

FRANCISCO DE ASIS

Vivir según el evangelio

TESTIGO



EDICIONE

VICTORIANO CASAS

FRANCISCO DE ASIS

Vivir según el evangelio

3.^a edición

EDICIONES PAULINAS

*A los hermanos menores de Castilla,
y a tantos otros amigos de aquí y de allá,
franciscanos de ayer y de mañana.*

© Ediciones Paulinas 1983 y 1988 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
© Victoriano Casas García 1983 y 1988

En la portada: *Francisco acoge y celebra la vida*. Rivotorto (Asís)

Fotocomposición: Marasán, S. A. San Enrique, 4. 28020 Madrid
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. Humanes (Madrid)

ISBN: 84-285-0920-4

Depósito legal: M. 26.104-1991

Impreso en España. Printed in Spain

A modo de prólogo. Una carta

Victoriano Casas, ofm
Madrid

Torre Gaia, junto a Roma
6 de Septiembre de 1982

Querido Victoriano: Con pasión he leído el manuscrito que tuviste la amabilidad de enviarme. En la ya fría noche de Salamanca, en los cansancios del camino y bajo el sol implacable de Lacio, tus páginas me han sido de gozo y de esperanza. Te he sentido cerca, ¿sabes?; precisamente a ti, el amigo a quien la vida ha mantenido tan lejano. Además he disfrutado la presencia de Francisco, el gran hermano. Todo lo que dices lo sabía, por haberlo descubierto en otros libros o en la historia y vida de tus hermanos franciscanos. Pero has tenido la virtud de revelármelo de nuevo, como hallazgo inesperado, deslumbrante, creativo.

Me enviaste el manuscrito con un rasgo confiado: ¿podieras escribirme unas palabras que sirvieran como prólogo? Me has hecho un honor, amigo Victoriano. Pero no puedo cumplir estrictamente lo que pides. Se añade un prólogo a los libros discursivos, complicados de entender; a los tratados eruditos y a los textos de dialéctica escolar, privilegio de iniciados. ¡Francisco no requiere ningún prólogo! Tampoco tú lo necesitas, Victoriano. Tu libro es como espejo, límpido y cordial, no es un tratado sobre el tipo de vida de Francisco. Por eso te aconsejo que lo ofrezcas como está: ruborosamente ingenuo, poético, espontáneo. De esa forma los lectores entrarán directamente en la materia, sin perderse en engañosas palabras de erudito.

No puedo mandarte aquel estudio, prólogo científico, que pides; pero quiero confiarte mi palabra de amistad en esta car-

ta. Sabes que me gustan los esquemas ordenados, deductivos, al modo filosófico. Por eso, al enfrentarme con tu texto me he sentido algunas veces contrariado: hay momentos en que pienso que has quebrado el rigor del argumento; anuncias un problema y luego lo soslayas; caminas en zigzag, como rompiendo las casillas de mi lógica. Bien sabes que yo hubiera disfrutado comentando, discutiendo, corrigiendo contigo algunos temas o pasajes del conjunto. Pero luego he descubierto que no tengo ni derechos ni razones para hacer que cambie tu proyecto. Deja las cosas como están, con esa lógica que muestras, más cercana a las mismas "Floreccillas" que al discurso de Hegel o Descartes. Recuerdo aquí el disgusto que he sentido, aun confesándome erudito, al enfrentarme en este centenario con algunos exegetas: ¿cómo pueden complicarse así? ¿Cómo se atreven a enturbiar el agua limpia de Francisco con razones que parecen lógica del mundo? Por eso he terminado alegrándome en tu estilo. Francisco jamás ha discutido, no ha querido razonar, nunca ha tenido afán demostrativo; le ha bastado con mostrar en su persona el Evangelio de Jesús. Lógicamente, al presentar su buena noticia, has preferido mantenerte narrador, sin pretensiones de erudición, sin equilibrios de teoría o de discurso.

El agua de Francisco es limpia; basta, como has hecho, con dejar que siga siendo transparente y corra. Eso no quiere decir que renunciemos a entender. ¡En modo alguno! Pero existe un tipo de visión o de mirada que penetra en lo profundo y nos permite contemplar las cosas del Señor con más finura que los grandes teoremas de la tierra. Es la mirada que has querido potenciar; sin darme cuenta he terminado entusiasmandome con ella. De esa forma me he venido a sumergir en tu palabra, situándome por dentro en el latido de la vida de Francisco. Por un momento he renunciado a mi afición de juicio: me he dejado admirar, he dilatado los ojos y he mirado. Simplemente, como ayuda del recuerdo iba anotando algunos elementos que encontraba más constantes, poderosos, creadores. Los conservo aquí, en una cuartilla, y me sorprende releýéndolos. Decía que tu libro no requiere prólogo alguno. Sin negar eso, he pensado, sin embargo, que te pueden valer mis reflexiones. Te las mando, en signo de amistad, como expresión de mi alegría por tu escrito franciscano.

He iniciado una sonrisa. Conoces mi protesta contra aquellos que diluyen a Francisco en sus razones. ¡Ahora corro el riesgo

de caer en eso mismo! Lo hago para ti. Deja tu palabra como está, espontánea, libre, inmotivada. Sobre ella iré diciéndote la glosa marginal de mi discurso. Simplemente he condensado en cuatro puntos los aspectos más salientes de mi perspectiva. Quizá puedan ayudarte a descubrir, en forma unida y sistemática, lo mismo que tú has dicho de manera más nítida en tu libro. Evidentemente, no he querido demostrarte nada. Tampoco puedo dictar lección alguna. Sólo quiero que te pares y me digas si esta forma de lectura unitaria de Francisco te resulta fiel y positiva.

Me refiero a una lectura unitaria. Conoces mi pasión por los esquemas conceptuales bien precisos. Alguien deformó mi pensamiento de tal modo que tengo la impresión de que no entiendo lo que digo si no logro ajustarlo en un conjunto conceptual de tres o cuatro puntos unitarios. Quizá te extrañarás de mi manía. Puedes hacerlo, te digo. Pero no quedo tranquilo si no ordeno los apuntes de lectura de tu libro y te los mando, unidos a mi forma de entender esa aventura cristiana de Francisco. Cuatro son, a mi entender, los elementos que condensan el misterio de su vida: apertura hacia la naturaleza, seguimiento de Jesús, entrega plena y fraternidad universal. Evidentemente, todos se encuentran implicados de tal forma que se exigen y penetran entre sí. Tenlo en cuenta en lo que sigue. Y ten en cuenta que no estoy haciendo un prólogo a tu libro; simplemente me he animado a confiarte, como amigo, mis pequeñas reflexiones, o metarreflexiones, sobre aquello que yo encuentro subyacente en el camino de la vida de Francisco. Con humor te lo presento. Con humor tendrás que recibirlo.

1) Lo primero que sorprende en tu libro y en la vida de Francisco es la actitud ante la naturaleza. Tomo naturaleza en un sentido extenso: es el mundo, es el conjunto de la realidad, es lo divino. Tuvo Francisco un matiz de caballero, un aire de esforzado soñador que se dispone a descubrir espacios nuevos de vida y de sentido. Ha sido caballero, pero no conquistador; tuvo que luchar contra lo malo, pero nunca asumió un papel violento, una osadía de batallas o de imposiciones. Por eso, tanto más que caballero fue poeta, trovador: se sintió como implicado en el conjunto de la naturaleza, embriagado en su perfume, rico en su riqueza, desbordante en su potencia creadora.

Esa actitud se ha reflejado, a mi entender, en clave mística: la naturaleza ha terminado siendo como inmensa y bondadosa

madre en que Francisco se ha sentido originado, integrado, realizado. Precisamente estaba perdido en sus quereres, en las fuerzas de un mundo que rasga y aplasta, enfrenta y divide. Se hallaba oprimido en su propio pecado, en un campo de olvido, escapismo, ansiedades. Poco a poco, a través de un proceso de cambio, que va desnudándole dentro y le vuelve hombre nuevo, Francisco se siente asumido y salvado, un ser verdadero. De pronto descubre su vida en la vida del todo, esa especie de madre divina que ha visto en su fondo: dentro y fuera, en su experiencia originaria o en el latido de los varios elementos del conjunto, Francisco ha encontrado un camino de gracia, ha entrevisto el fulgor del misterio.

Este es su punto de partida. Francisco ha dejado que el todo le inunde, se ha puesto en las manos y seno del cosmos sagrado. De esa forma quiere ser, mejor dicho, deja que la vida sea, en un esfuerzo inaudito de fidelidad personal, de entrega y transparencia. Desaparece lo que puede llamarse el hombre viejo: el egoísmo, el gusto del placer y predominio. Abandona sus metas parciales y olvida, al mismo tiempo, sus posibles posesiones incompletas. Puesto en manos del misterio, ya no aceptará más dolor y placer que el absoluto.

En este primer rasgo, que has de ver de forma estructurante, nunca cronológica, Francisco se ha movido en una especie de religiosidad materna, definida por la ausencia de ley y la inmersión cuasi-total, inmediata, en lo sagrado. Cuando digo ausencia de ley has de entenderme: no es que piense que Francisco es anarquista en el sentido malo de ese término; no es un hombre que se deja llevar desde el motor de sus deseos inmediatos. Anarquismo significa aquí la ausencia de una ley externa: Francisco y sus primeros compañeros confían en la vida y permiten que ella se explicita en su existencia; confían en eso que podríamos llamar la cercanía del misterio, y de tal forma lo asumen que se dejan traspasar, plenificar por su regalo y exigencia. Sólo en esta perspectiva me refiero a una inmersión cuasi-inmediata en lo divino: estrictamente hablando, parece que no existe un Dios arriba, separado, fulminando sus decretos sobre el hombre, pequeño y obediente de la tierra. Dios hace escuchar su voz por dentro, desde el fondo del mismo corazón, como fuente que mana caudalosa, como música que suena, desbordada, en las entrañas. Pues bien, para escuchar la música y beber el agua —en el mejor modo anarquista— es necesario que el hombre se desvista, supe-

rando todos sus deseos, apetencias y dominios. Sólo en este radical despojamiento, en esta nada, viene a ser posible la eclosión de lo divino.

En este plano descubrimos ya lo que será raíz del movimiento de Francisco: la naturaleza no se encuentra en lo inmediato de los gustos, posesiones y placeres. Sólo quebrando ese nivel, a través de un proceso de purificación o nada, alcanzaremos la inmersión en lo divino como todo. Al esbozar ese proceso, Francisco se mueve muy cerca de los grandes movimientos religiosos de la historia. Es casi contemporáneo espiritual del hinduismo: traza su camino como un tipo de retorno del hombre hacia un misterio de Dios que aparece, al mismo tiempo, como mundo y supramundo. Es vecino del budismo: ha renunciado al proceso de la técnica contemplativa y desarrolla una especie de simpatía universal que le introduce en los repliegues más ocultos de la realidad, a través de una vía media de distanciamiento bondadoso. Se hallaría cerca de muchos espiritualistas actuales, deseosos de evocar una presencia sacral, más allá de los dogmas y mandatos, de estructuras normativas y de iglesias.

2) *Pero éste ha sido sólo un elemento de Francisco. Tú acentúas bien su segundo plano: la identificación con el camino de Jesús dentro de la Iglesia. En un momento determinado, por intuición de fe que precede a todas las razones, Francisco ha descubierto que la vieja plenitud cósmica ha quedado asumida, condensada y desbordada en Cristo. Esto es determinante: estancado en el momento anterior, Francisco no sería más que un tipo de testigo de la religiosidad natural, abocado al panteísmo iluminado de las viejas religiones o las nuevas sectas. Lo que ha configurado expresamente su camino es eso que podríamos llamar recreación cristiana de su intento espiritual, con los tres elementos correctivos que son la historia de Jesús, la trascendencia de Dios Padre y la fidelidad a la Iglesia.*

Está en primer lugar la corrección que viene de la historia: más allá de todo espiritualismo genérico, Francisco ha descubierto el Evangelio o, mejor dicho, la misma buena noticia que es Jesús como persona en nuestra historia. Por eso lo que podría ser camino de identificación con el todo sagrado se transforma en urgencia de fidelidad y seguimiento: fidelidad al Evangelio de Jesús, seguimiento a su persona. Desde esta perspectiva han de entenderse aquellas “reglas” religiosas en que ofrece a sus her-

manos el camino de su vida: ellas actualizan como forma de vida la sacralidad del Evangelio, en renuncia plena y absoluta entrega. Sin afán de novedades, Francisco lleva a sus discípulos y amigos a ese campo de plena transparencia de Jesús que inaugura el Evangelio.

Esto significa un correctivo en la visión de lo divino: allí donde la vieja sacralidad genérica del plano anterior parecía centrarse en un todo impersonal emerge el Padre, con su rasgo concreto, impredecible, trascendente. Dicen algunos que Francisco nunca ha desplegado en su riqueza de distancia y de matices lo que implica esta figura: su Dios aparece una y otra vez como velado bajo rasgos divinos maternos, de ternura, plenitud y misticismo. Sea como fuere, el caso es que a partir del Evangelio de Jesús emerge el Padre, al menos simbólicamente, influyendo en los momentos centrales del proceso espiritual, como para inscribir su trascendencia por encima del camino de los hombres. Permíteme decir esto de un modo más expreso: cerrado en el momento anterior, Francisco habría corrido el riesgo de identificar a Dios con lo sagrado, esa especie de totalidad originaria en que se inaugura y desborda nuestra vida. Pues bien, el Evangelio de Jesús, apasionadamente vivido, le ha obligado a rasgar ese peligro de clausura: Dios trasciende aquello que podría describirse como fondo y misterio de la vida. Existe por sí mismo y nos sorprende desde arriba, desde el más allá de su propia realidad, imprevisible, soberana. Por eso, su palabra adviene a partir de lo distinto, su ley nos sobrecoge desde fuera. Así lo muestra en el mensaje y vida de su Hijo Jesucristo.

Pienso que Francisco no ha tematizado esto que quiero ahora decirte, pero lo ha vivido en toda fuerza; sólo así se entiende la importancia que le ha dado al camino y mediación concreta de la Iglesia. Los iluminados de aquel tiempo y de siempre, los que absolutizan la experiencia interior de sacralidad, terminan destruyendo el orden de la Iglesia: se sienten dueños de una especie de hilo rojo que está unido al absoluto y dejan que Dios mismo se despliegue en su experiencia. Por eso acaban entendiendo a Jesús como un ejemplo del pasado y a la Iglesia como simple transmisora de experiencias comunes que no valen más que en la medida en que me ayudan a trazar y realizar un camino que resulte exclusivamente mío. Pues bien, en contra de eso, Francisco se ha mostrado siempre fiel a la exigencia y comunión, al don y espacio de vida de la Iglesia. Eso significa que su acceso a Dios se

encuentra necesariamente vinculado a la existencia concreta de unos hombres, al camino compartido de unos fieles, al cuidado de una jerarquía.

Eso es necesario resaltarlo en tiempos como éstos, propensos a escindir la experiencia de Francisco del camino de la Iglesia. Como tú sabes muy bien, disociado del espacio de fidelidad eclesial, Francisco habría terminado diluyéndose en un campo de mística evasiva: habría perdido su contexto vital, su capacidad de entrega a los hombres, su experiencia de creyente. Precisamente aquí donde sacralidad de la naturaleza y fidelidad histórica a Jesús, dentro de la Iglesia, se han unido y fecundado, criticándose mutuamente, adquiere su pleno contenido la aventura de Francisco y su palabra, nueva para siempre. Pocas veces se ha encontrado un hombre de tanta libertad interior que, al mismo tiempo, sepa inscribirse con fidelidad plena en el contexto concreto de la Iglesia de Jesús. Ha sido precisamente esta necesidad de introducir su movimiento en el espacio y tiempo de la Iglesia lo que ha puesto a Francisco en camino hacia Roma.

Quizá sin darse cuenta, Francisco ha repetido, intuitivamente, la actitud de Pablo. Se ha encontrado con Jesús. Quiere vivir su Evangelio de una forma radical, quiere exponerlo entre los hombres. Sin embargo, para hacerlo necesita saber si su elección está de acuerdo con la ley y tradición de los hermanos y no es simple caminar en sombra. Pablo se acercó a Jerusalén para exponerle su Evangelio a Pedro y recibir así su mano de hermandad abierta a las iglesias. Francisco vino a Roma: no cesó hasta presentar su forma de Evangelio al Papa, a fin de recibir su aprobación para el conjunto de la Iglesia. Allí donde la extrema libertad en el amor y seguimiento de Jesús se encuentra unida a la más fiel obediencia y comunión con el conjunto de la Iglesia ha de entenderse la figura y obra de Francisco.

3) En este fondo emerge su tercera nota: aquella libertad creadora que le capacita para descubrir de nuevo el Evangelio como gracia y encarnarlo en su persona. Siglos de tradición repetitiva, reflejada en libros y fijada en leyes, corrían el riesgo de convertir el Evangelio en agua de un pasado que no mueve ni transforma los actuales corazones de los hombres. Pues bien, Francisco tuvo la osadía de tomar el Evangelio como voz presente: lo asumió a la letra y lo vivió hasta el fondo, de manera que

su propio caminar vino a mostrarse como signo y realidad de Cristo sobre el mundo.

En primer lugar, Francisco vive el Evangelio como libertad. Los hombres y mujeres de la tierra se hallan dominados por afanes de riqueza: trabajan para poseer, luchan por defender lo poseído y se combaten mutuamente, originando de esa forma una espiral de ambición, en la que todos terminan por hallarse amenazados, destruidos, impotentes. Pues bien, en contra de esa esclavitud del poseer, Francisco instaura aquello que podríamos llamar la libertad de la pobreza. No pretende condenar el mundo como malo, a fin de promover así una especie de paz supramundana. Todo lo contrario, Francisco ha rechazado la servidumbre de la posesión para instaurar la libertad de un mundo sin violencia. Por eso va rompiendo uno por uno los cebos de su fiebre de dominio: asume en radicalidad el seguimiento de Jesús y es libre no porque ha logrado impedir que otros le manden, sino porque consigue arrancar hasta el cimiento de su propio instinto posesivo. Pase lo que pase, hagan lo que hagan con su vida, él se descubre libre, y como tal se entrega en manos de una realidad que está centrada en Jesucristo, dentro de la Iglesia.

Esta libertad, que se edifica sobre la renuncia a todo instinto posesivo, se traduce en una gran capacidad de creación. La mayor parte de los hombres intentamos crear para provecho propio; por eso hacemos mundos dominantes, conflictivos, pervertidos. Renunciando a todo lo que sea creación por egoísmo, Francisco se ha ido convirtiendo en transparente ante la luz del Evangelio. No impone su ley, no obliga a los demás, nunca se empeña en defender coactivamente sus razones. Pues bien, precisamente así empieza a ser creador: viene a resultar transfigurado de tal forma que a su paso se renueva el Evangelio, el hombre vuelve a ser humano, el mundo espacio del misterio de Dios y transparencia de gracia ante nosotros. De esa forma empezaremos a entender algo mejor la paradoja radical del Evangelio: Dios no ha cimentado el mundo en su poder de imposición, sino en la pura gratuidad del Señor crucificado. No está el crear en imponerse de una forma masiva sobre el mundo sino en dar gratuitamente, a fin de que la vida sea, en pura entrega, en plena transparencia.

Este gesto creativo configura totalmente la existencia. No nos roza simplemente desde fuera, no se expresa sólo en la pala-

bra interna. Así lo muestra el camino de Francisco, como un hombre que, en esfuerzo de plena coherencia, ha logrado superar la escisión de lo interno y de lo externo, de tal modo que su mismo cuerpo viene a convertirse en transparencia de Jesús, el Cristo. En este fondo se interpretan sus llagas: su vida entera viene a convertirse en signo de Jesús, lugar de su presencia entre los hombres. Tenemos la impresión de que Francisco va cesando, va muriendo. En su camino emerge el Cristo, como el hombre nuevo, liberado, creador desde la entrega, transfigurado en la cruz, resucitado desde el fondo de la muerte.

A partir de aquí, yo pienso que el proyecto de Francisco ha de entenderse en clave de experiencia pascual. El plano superior, de inmersión en el cosmos sagrado, ha sido trascendido. Francisco y sus primeros compañeros, que en un momento clave son doce, vienen a entender su vida como nuevo colegio apostólico: siguen a Jesús en el proceso de su entrega y de su muerte; permanecen dolorosamente fieles al Calvario de la plena entrega; saben sufrir hasta el final el desamparo; entonces, sólo entonces, reciben sorprendidos, en gesto de absoluta gratuidad, el gozo de la Pascua. Me atrevería a sospechar que todo el camino de Francisco ha culminado en esta especie de nueva aparición pascual: el mismo Jesús se desvela, en lo más hondo de su vida, como un día vino a desvelarse a Pedro, a Pablo, a los apóstoles; no le confía una nueva misión de crear espacios de Iglesia diferente, pues la Iglesia de Jesús ya está fundada en la palabra y testimonio de los apóstoles; pero le fundamenta de nuevo en el principio, le injerta en la raíz, le hace ser un pregonero de la vida y libertad del Evangelio entre los hombres.

4) Como nota final diremos que este Evangelio de Francisco se explicita, conforme a su experiencia, en forma de fraternidad de redimidos. Pasa a segundo lugar aquello que habíamos llamado la maternidad de la naturaleza, concebida en forma de absoluto. Arriba permanece, en trascendencia, el Padre de Jesús, como final hacia el que tiende toda la alabanza y la grandeza de las cosas. En primer plano, como expresión y sentido de la nueva experiencia salvadora, emerge con Francisco eso que llamamos la fraternidad universal.

Es fraternidad consigo mismo. Hubo un momento en que se pudo pensar que en el camino de Francisco habría que sufrir la pérdida del cuerpo. Así venían a exigirlo aquellas sectas más o

menos maniqueas que acababan predicando el dualismo: el hombre interno se transforma en Dios; la carne de la tierra se abandona, se somete y muere. Pues bien, en un esfuerzo de austera y genuina fidelidad evangélica, Francisco termina reconciliándose con el hermano cuerpo, asumiendo su misterio como espacio de presencia de Jesús, esto es, espacio de muerte y resurrección. Quizá a lo largo del camino es más intenso todo lo que alude a muerte: debemos someter al cuerpo, destruyendo su deseo de dominio impositivo. Pero, tomando todo el arco de su vida, en el “Canto de las Creaturas” y en el gesto de tranquilidad reconciliada de sus años finales, Francisco nos ha dejado una especie de Evangelio corporalizado, el testimonio de un cuerpo que, superando la dimensión del gozar y del perderse, se convierte de algún modo en expresión de Pascua.

Es fraternidad con todos los hombres. Antes de crear ninguna especie de asociación religiosa, Francisco ha proclamado y vivido la fraternidad universal: se siente identificado con Jesús, hermano original; asume su camino, extiende su Evangelio entre los hombres y mujeres de su tiempo. De pronto, sus discípulos inundan los caminos y los bosques, las calles y las plazas con un tipo de mensaje diferente. No empiezan siendo nobles ni plebeyos, oprimidos ni opresores, grandes ni aun pequeños. Vienen simplemente como hermanos, y en función de tales se dejan recibir, reciben la limosna de amistad de quienes quieran obsequiarles y libremente ofrecen a todos su presencia fraternal, transfigurada. Cesan las antiguas divisiones, las fronteras de las gentes, los estratos sociales. No terminan por imposición externa, por dominio o ley obligatoria. Mueren porque surge en libertad algo más alto: la presencia fraterna de Francisco, que acoge y se deja acoger, ama y se deja amar, viviendo de una forma confiada, libre, transparente, entre los hombres. Aquí, en esta fraternidad abierta, se explicita para el mundo el mensaje de la Pascua: Jesús se vuelve hermano de todos los que habitan en la tierra.

Es una fraternidad que se condensa en forma de orden. Había en aquel tiempo muchos tipos de vida religiosa, centrados en la vida retirada, el anuncio del mensaje o la liturgia. Sin rechazarlos, Francisco ha pretendido que los hombres que le siguen se destaquen simplemente por hermanos, en absoluta disponibilidad, en libertad interna. Como hermanos los ha ido reuniendo, en un gesto inaudito de confianza, en solidaridad plena

con los hombres. Vivirán la pobreza no sólo en forma de comunión intracomunitaria de bienes, sino en forma de total desprendimiento: la misma fraternidad renuncia a poseer, de tal manera que todos buscarán un campo de existencia en libertad, en confianza respecto de los hombres y mujeres del entorno. Por eso se desprenden, aportan lo que tienen, viven con sencillez, trabajan donde pueden y esperan —sin imposición— la mano bondadosa de los otros. Como hermanos confían y se entregan a la gracia de los hombres; de esa forma expresan en la tierra un testimonio de absoluta gratuidad, como un mensaje pascual hecho figura concreta, hecho palabra de comunidad entre los hombres.

Es una fraternidad abierta al cosmos. La victoria de la cruz de Jesús se ha explicitado por los anchos espacios, en el cielo y en la tierra. Desde esa perspectiva, Francisco ha terminado concibiendo a cada una de las cosas como signo luminoso de hermandad: sol y tierra, aguas y vientos, vida y muerte, todo lo que existe se explicita como espacio de amistad fraterna, signo del Señor resucitado en nuestra vida. De esa forma, Francisco, el hombre de la renuncia total —de la total pobreza— se convierte en el hermano de la plena transparencia: no posee nada y lo goza todo; no reserva nada para sí y todo lo encuentra transformado, como realidad abierta a su palabra y su presencia. De esa forma se ha cambiado el orden de la vida: termina la actitud impositiva, empieza un nuevo estilo de transparencia entre los hombres y las cosas del cielo y de la tierra.

Es fraternidad misionera. Lo has mostrado bien: al situarse en el hondón del Evangelio, Francisco y sus compañeros descubrieron, casi por instinto, la exigencia de la misión de Cristo dentro y fuera de la Iglesia. Ellos no pertenecían —no debían pertenecer— al orden de la jerarquía que predica oficialmente la palabra y preside el sacramento. Pero son hermanos de Jesús: han vivido en toda fuerza la experiencia pascual y se han sentido llamados a expresarla. Como misioneros libres del Evangelio y testigos de la fraternidad del Señor, van por los pueblos de la tierra, en gesto de absoluta transparencia: no imponen nunca nada, no critican ni destruyen lo que existe. Asumen el mundo como está, en libertad y benevolencia. Después ofrecen sencillamente su palabra, el testimonio de su desprendimiento, de la gracia y hermandad sobre la tierra.

De esta forma, como sin advertirlo, en proceso de reinversión creadora, Francisco ha pasado de lo que podríamos llamar inmersión materna a la apertura misionera en lo fraterno. Materno fue el origen de su movimiento: una especie de identificación mística en el todo, por encima de las leyes y principios más superficiales de la tierra. En el camino que partía de ese origen vino a despertarle Jesucristo, llevándole al espacio de la entrega y conversión, en ámbito de Iglesia. Pues bien, en el final de ese camino, flanqueado por las grandes señales de la cruz y de la resurrección, Francisco transformó su búsqueda materna en actitud de entrega misionera y servicial en favor de los hermanos. Así culminó su recorrido como seguidor de Jesucristo. Entonces pudo morir, como un hermano que nos sale al encuentro y nos ayuda en la aventura gratificante de la fraternidad. Al llegar a este final se interpenetran los cuatro elementos de mi interpretación, formando una especie de círculo sagrado: de la inmersión materna, por el seguimiento de Jesús y la entrega de la vida, podemos pasar y pasamos al surgimiento de la fraternidad. En ese proceso, que cada uno de nosotros habrá de rehacer, nos sale al encuentro Francisco. Precisamente ahí has querido situarnos con tu libro, querido Victoriano.

Con esto termina propiamente mi carta. No quería ser prólogo y quizá ha venido a convertirse en tratado. Haz con ella lo que veas. He pensado en alta voz, partiendo de tu libro. He puesto en orden y transcrito lo pensado, por si acaso te sirviese de ayuda. Tú eres directamente franciscano: dejas hablar a Francisco, como buen jardinero que abre cauce a las aguas del canal a fin de que se esparzan por el huerto. Yo sólo consigo ser franciscanista: me asomo a tus aguas y pienso, por ver lo que puede pasar con su cauce. No sé si te valen mis temas. Pensarás, quizá, que estorban, planeando sobre el huerto. Tendrás razón. Pero tú me los pediste y yo te los envío.

Quiero despedirme con una evocación, amigo Victoriano. Por descansar de mi trabajo, he subido a la terraza. Bajo un sudor de fuego he contemplado las colinas: Monte Cavo, las laderas tusculanas, las alturas tiburtinas, Palestrina. Lleno de recuerdos de estudiante, me he dejado embriagar por el ensueño de la vieja madre tierra. He sentido así como una vaga palabra de Evangelio que me alcanza todavía de más lejos, del misterio de Dios, desde el Oriente material y espiritual de nuestra historia. Brotando de ese fondo de Evangelio me ha parecido descu-

brir al hermano Francisco que venía muy cerca, de la sombra de los bosques, por la vera de las viñas, con sus doce compañeros. He vuelto la mirada, y allí, hacia el occidente, sobresaliendo de todos los tejados, he vuelto a distinguir la cúpula de Roma: San Pedro, el Vaticano. Como sin quererlo he tenido que entornar los ojos. No sé si era el brillo quemador del sol, la esperanza o la fatiga del trabajo medio-realizado. Francisco y sus amigos avanzaban hacia Roma. Habían sobrepasado la nueva muralla de la autopista circular, entraban al enjambre de los barrios y las casas. En alegría contagiosa y fe absoluta volvían hacia el Papa, disponiéndose a decir, como al principio, su palabra de Evangelio, de pobreza fraterna y de esperanza. Estaba pensando en eso cuando sentí que los ojos me hacían daño. Los había abierto de nuevo. Bajo el mediodía latino estaba descubriendo de nuevo las colinas; en el lado opuesto seguía Roma, bañada de esperanza. Ahora sentía la seguridad de que en medio de la tierra se encontraban y avanzaban los nuevos hermanos menores, millones de cristianos, fieles y pequeños, que ofrecían su palabra en ámbito de Iglesia. ¿Caminaban hacia Roma? ¿Volvían ya de Roma, enriquecidos con la nueva misión ya confirmada? No lo sé. Ya no lo podía distinguir. Con eso bastaba. He bajado de la terraza y me he puesto a transcribir las anteriores palabras de mi carta. Con esta evocación final quiero enviarlas. Quizá ellas puedan ayudar a comprender tu libro.

Nada más. Dentro de unas semanas volveré a Roma. En el camino que lleva a Salamanca, trataremos de estas cosas, procurando que se encienda mutuamente la esperanza que hemos puesto, con Francisco, en el mensaje de Jesús, desde el centro de la Iglesia. Quisiera contagiarte este calor de Roma. Un abrazo muy fuerte. Hasta pronto.

XABIER PIKAZA

El encanto de Francisco reside, sin duda, en que su estilo y talante de vida ofrecen una ternura y una libertad que para la mayor parte de los hombres constituye un “paraíso”, al que con dificultad se tiene acceso, o al que se da por perdido merced a la dureza de la vida o a nuestra insensatez y banalidad humanas. De sus breves, ingenuas y cortas palabras escritas es tal la frescura que mana, que son como una clara corriente de agua que lava el corazón y la vida, hasta llegar a amarla y llegar a creer en la bondad soterrada y pura de los hombres.

Y del cortejo de admiradores forman parte católicos y protestantes, agnósticos y racionalistas, panteístas y poetas, estudiosos y gentes de poco espíritu religioso. En él se descubre la integración de todos los eslabones dispersos, reconciliando la ternura y la suavidad, el humor y la cortesía, el encanto y el coraje, la delicadeza y la decisión. No fue mediocre ni mezquino, como lo somos la mayoría de los hombres. No fue servil, como tantos que viven de la adulación y de la farsa.

Francisco amó también el dinero, lo repartía a manos llenas en fiestas mundanas, que pasan y dejan cansancio en el alma. Llegó a despojarse del dinero y a no quererlo. Sintió vergüenza de los mendigos y empobrecidos, y les dio su propio vestido. No supo especular ni organizar, pero él sí tuvo buen sentido y penetración del corazón humano. Amó, tuvo afecto y acogió a los leprosos; buscó y acogió a los bandidos y salteadores de caminos, arrieros y frecuentadores de posadas; tuvo ternura e indulgencia con los perdidos y equivocados de la tierra. No quiso juzgar, pero sí asumir sus propias debilidades y pecados.

El respeto y la alegría, la caballerosidad y cortesía fueron aire permanente en su persona. Tomó conciencia de la ruindad

del corazón humano, pero decidió creer en lo más noble que se halla en cada hombre, estimándolo hasta su rehabilitación. Supo del mal, de sus líos, oscuridades y entramados ocultos; se dio cuenta del “pecado del mundo”, pero renunció a gastar el tiempo en lamentarse. Dedicó sus días a promover el reino del bien, de la confianza y el perdón, del amor y de la pacificación en el amor, la paciencia y el respeto benévolo. Renunció a la ambición, al agobio de poseer y acumular, y al afán de sobresalir. Así llegó a ser libre de la insatisfacción, del rencor y del resentimiento.

La jovialidad de Francisco contagiaba, y sigue contagiando, a quienes se le aproximan: su austeridad fue sin tristeza, su fe religiosa fue sin amargura, ni agresividad, ni intolerancia, ni tajante dureza. Fue casto y vivió en castidad, sin condenar jamás los afectos puros ni el amor transparente, comprometido y fiel. Fue cristalino y claro en grado sumo. Vivió entregado al Espíritu que le hablaba en el corazón, sin querer jamás someter a nadie a esta voz. Francisco no porfiaba ni discutía, sino que proclamaba la paz en un tiempo de enfrentamientos feroces, de inquisición, de conflictos y cruzadas.

Y fue poeta, bebiendo sin cesar las aguas que sacian e inspiran la admiración y el respeto fraterno y amoroso por los hombres, los animales y las cosas. Cantaba, dramatizaba y escenificaba como los juglares y trovadores, él, “juglar de Dios”. Amaba la música y componía poemas y salmos en la más pura tradición bíblica y cristiana. En todo lo que él compuso y cantó puso su toque, su matiz, su personalidad de poeta y cristiano.

Mérito suyo es el haber dado voz a los seres de la creación, mudos por tanto tiempo. Sus ojos se posaban, con la mirada limpia, como la del primer hombre en la mañana nueva del mundo, en la naturaleza. En ella volvió a encontrar las huellas de la ternura y de la belleza primeras, todavía no pisadas, no humilladas ni maltratadas. Francisco amó las flores, las plantas, los animales, el sol y el agua... El incitaba a todos los seres a unírseles en la alabanza al Creador, formando así un coro ancho y extendido, que invadiese la tierra y traspasase el aire. Todos los elementos comulgaron con este hermano que fue Francisco, despojándose así para con él de su natural reserva y recelo: no le hará daño el hermano fuego, vivirá manso el her-

mano lobo, las hermanas alondras escucharán la voz de quien les habla...

Francisco no es sólo el fundador de los franciscanos, ni un santo del cristianismo, ni un personaje histórico del Medioevo que llena de ternura, de atractivo y admiración a los hombres de cualquier tiempo. Francisco es, ante todo, un “hombre bueno”, al que la fe en el Evangelio de Jesús sacó de sus pecados, equivocaciones y sinsentidos, hizo feliz y contagió por ello gozosamente a sus hermanos. Francisco es un hombre de tan gran corazón y amor desconcertante, que él es un fiel testigo de Jesús de Nazaret, en quien creyó y al que siguió locamente, de manera humilde y limpia.

Las aventuras de este “cristiano pobre” fueron vividas y expresadas por él lisa y llanamente, sin asperezas, sin arrogancias, sin recovecos, sin falseamientos ni complicaciones, con “palabra breve” —como escribe él—, de manera que todos pudiesen entender las pocas verdades necesarias para la vida y la andadura humanas.

La personalidad de Francisco no pertenece a esta época o a la otra, ni se la puede circunscribir a tal lugar o encerrar dentro de tal escuela. El mismo confiesa ser un iletrado, atestiguando no haber tenido otro maestro que el Altísimo Dios. Poco pero suficiente fue lo que él aprendió: algunas canciones populares, los textos litúrgicos, el catecismo y el Evangelio. Este fue su bagaje cultural en este mundo.

Francisco no se afilió a sistema alguno ni pretendió crear algo nuevo. Por eso que lo que él vivió, intuyó y dejó sea de todos los tiempos. Su herencia no ha sufrido menoscabo. Está ahí, como don y llamada, invitación y propuesta, aventura y hoguera luminosa, abierta a jóvenes y adultos, al hombre corriente y al complicado. De sus signos y gestos pueden beber todos y compartir con él la paz del corazón, del tiempo y de la vida. Su tesoro fue el Evangelio. El da la mano, señala el camino, avanza delante de nosotros y así nos sea posible el gozo de también dar con el Evangelio, acogerlo, venderlo todo y dejarlo a cambio suyo.

Ya en vida hubo gente que lo amó. Y la hay que lo siguen amando después de muerto. No les será simpático Francisco a los sectarios, a todos quienes creen que todo se resuelve a golpe de cincel, de coacción o miedo. Tampoco los autoritarios se sien-

ten a gusto ante Francisco en la medida en que se resisten a creer que el Sermón del Monte pueda librar al hombre de las cadenas que lo tienen cautivo.

Francisco fascina a los sencillos, a los respetuosos y admiradores del misterio, de la belleza y de los hombres: tantos buscadores de caminos, tantos cansados e inquietos, tantos creadores y desesperados han dado, llevados de su mano, con el Evangelio.

Martín Lutero, padre de la Reforma, lo llamó "hombre admirable y de espíritu ardentísimo". Voltaire lo despreció, y Ernest Renan escribió de él: "Después de Jesús, nadie ha tenido conciencia tan limpia como Francisco, sencillez tan absoluta, sentimiento tan vivo de su relación filial con el Padre celestial... Después de Jesús, Francisco ha sido el único cristiano perfecto... Después del cristianismo, la mayor obra popular que registra la historia es el movimiento franciscano".

Francisco es un cristiano, que amó con toda el alma a Jesús, testigo de Dios y camino hacia El. Francisco es un cristiano que vivió el Evangelio con sencillez, a la letra, sin glosa, sin reducirlo, acallararlo o falsearlo. Los cómodos y fáciles se sentirán incómodos y delatados ante este cristianismo. Francisco predica con tanta seducción y, a la vez, convicción la pobreza y la humildad que quienes tienen su corazón corriendo tras las riquezas y la gloria le sentirán siempre como un peligro manifiesto.

Quienes se aproximan a él con corazón limpio lo descubren maravillosamente humano, tan alto y puro y, al mismo tiempo, tan transparentemente familiar y cercano, que en él reconocerán lo mejor de ellos mismos: los anhelos y sueños, la esperanza y utopía que no se alcanza a vivir, ni encontrar ni empezar a realizar, al precio de vender tantas cosas por comprarla.

Más que otra cosa, Francisco es un espíritu y un talante, una forma de vivir y un modo de ser. Esta es su oferta y su palabra, su invitación y alternativa: ponerse de camino, despiertos y animados por Dios y su Evangelio.

VICTORIANO CASAS

*Madrid, 11 de agosto de 1982
Fiesta de santa Clara de Asís*

1. Asís, 1182

Umbría es una región de Italia central. Olivos y cipreses dan un aire ágil a su paisaje. Hay luminosidad, hay dulzura y hay una paz que se adentra en todo el ser, deambulando sus caminos, avistando sus castillos y fortalezas y atisbando sus pueblecitos, asentados en las faldas de los montes o en las laderas de las colinas.

Tal es el encanto de la tierra umbra que cuesta abandonarla. Visitadas incluso otras regiones italianas más ricas y más variadas, uno desea volver otra vez a Umbría para aquietar el corazón y descansar los ojos en sus valles y montes.

Asís está tendida en la falda izquierda del monte Subasio. A sus pies se extiende el valle del Chiascio. Sus calles, enlосadas. Sus casas, de ladrillo y de piedra, con balcones de flores y ventanas pobladas de geranios. Plaza del Ayuntamiento con su torre, adosada al antiguo templo de Minerva, y su fuente de piedra al centro, presidiendo los días y las noches de sus gentes. La catedral de San Rufino, con su hermosa fachada románica del siglo XII. En el lomo del monte, la Rocca Maggiore, la ingente fortaleza de esta pequeña ciudad umbra. Comerciantes, campesinos y artesanos son la mayor parte de sus ciudadanos.

Aquí nació Francisco a finales de 1181 o comienzos de 1182. A partir de entonces creció el nombre y la hermosura de esta ciudad pequeña. Asís y toda Italia ardían en aquel tiempo en pasiones brutales: odio en los ánimos y lucha en los cuerpos de los hombres, que bajaban a las llanuras o subían a las colinas al grito de sangre y guerra.

El emperador está enfrentado con el papa, gibelinos contra güelfos, burgueses contra nobles, menores contra mayores. No hay ciudad italiana, por pequeña que sea, que no disponga de un ejército para afrontar a su ciudad vecina. Hay un aire extendido de inseguridad y de inestabilidad.

Desde tiempo inmemorial, Asís y su ciudad vecina, Perugia, luchan por alcanzar el monopolio económico. Esta es más rica y poderosa, con un ejército más numeroso. Además, los "mayores", es decir, los nobles, los señores y los caballeros, que han jurado fidelidad al emperador, hacen a veces causa común con su rival, Asís, para aplastar las pretensiones de los burgueses.

En este tiempo hay una fiebre de posesión y de violencia. Los hombres de iglesia, por otra parte, no manifiestan especiales preocupaciones apostólicas. Es grande la riqueza de las abadías benedictinas, sobre todo las de Cluny, que constituye una ofensa a la miseria pública y provoca un enfriamiento del fervor y de la piedad populares. En tiempos de escasez, la beneficencia de los monjes se vuelca sobre las masas afamadas. San Bernardo de Claraval es el más ardiente promotor de la reforma cisterciense, que pretende revivir en toda su pureza la regla de san Benito, sobre todo en lo referente a la pobreza de los monasterios. A la muerte de san Bernardo, el movimiento cisterciense contará con trescientos cincuenta monasterios. San Norberto funda, el año 1120, la Orden de los Premonstratenses, canónigos regulares, que, recitando en comunidad el oficio canónico de las horas litúrgicas, se dedicarán al ministerio apostólico.

La decadencia es más sensible en el clero diocesano, al ser ellos los encargados directos del cuidado pastoral. El bajo clero vive en la pereza y en la ignorancia, los prelados se hallan enfrascados en negocios de influencia y de dinero. Ciertos beneficios se han convertido incluso en hereditarios. En 1215, el IV Concilio de Letrán tomará severas medidas contra los clérigos que se entregan a la bebida y a la caza, al comercio, a los vestidos lujosos y brillantes... Estos cánones conciliares testifican el estado de abandono en que los pastores tenían a su grey al entregarse a sus asuntos personales.

Con todo, el amor al Evangelio está vivo. Por todas partes surgen movimientos de reforma: en el mediodía de Francia,

en Bélgica, en Italia. Se predica denunciando las riquezas de los prelados y el poder temporal de la Iglesia. De día en día este movimiento evangélico va creciendo y organizándose, dispuesto a seguir a Cristo pobre: Los Hermanos del Libre Espíritu, en Alemania y en Flandes; los valdenses o humillados, en Lyon y en Lombardía; los albigenses o cátaros, en Languedoc y en Provenza. De todas las capas sociales salen los miembros de estos movimientos.

Este brotar de renovación de vida evangélica será incapaz de contagiar a causa de su orgullo y su espíritu de rebeldía contra la Iglesia. La desprecian llamándola Babilonia, la gran ramera del Apocalipsis. Niegan el respeto a los clérigos. Nadie posee lícitamente; de ahí que empujen a sus seguidores a despojarles de sus bienes, echando mano de la violencia, los motines y el asesinato. Este espíritu de rebeldía engendra la herejía: se rechaza la presencia real de Cristo en el sacramento de la eucaristía, el bautismo de los niños y el culto a las imágenes. Se enseña la inspiración individual por parte del Espíritu Santo y la inutilidad de los sacramentos. Se niega el sacerdocio y la jerarquía en la Iglesia. Se admite el dualismo: dos principios eternos, el Dios bueno, creador de los espíritus, y el Dios malo, creador del mundo sensible.

Calles y plazas, campos y pueblos se ven invadidos y acosados por estas doctrinas, tanto que el III Concilio de Letrán (1179) debió prohibir a los seglares predicar y comentar la Sagrada Escritura. Estos movimientos son, finalmente, condenados. Sólo algunos de ellos, como Durando de Huesca y sus "Pobres Católicos", se someterán. Todo esto tiene su lado trágico y penoso: la división y el enfrentamiento del poder eclesiástico.

En gran parte, todos se sienten "iluminados" y se presentan como instrumentos del Espíritu Santo, escogidos para empezar una era nueva. La verdad es que este prurito de purificación les llevó, en gran medida, a la depravación: tantos de ellos se creyeron impecables, sin reprocharse jamás alguna falta, debilidad o pecado, persuadidos de obrar en todo según Dios, deleitándose en ser "huéspedes del Espíritu Santo", haciéndolo todo movidos por El. Otros condenaron el matrimonio y la generación, permitiendo, sin embargo, a sus fieles, que no se sentían con fuerzas para pertenecer al grupo de los

“perfectos”, llevar una vida disoluta hasta la recepción del “consolamentum”, rito que confería, en los últimos momentos, la purificación indispensable para salvarse.

Estos hombres, llevados del espíritu de reforma de una Iglesia corrompida, no eran testigos de humildad, de amor, de paciencia y respeto ni, la mayor parte de las veces, de castidad. El reverso, lamentable ciertamente, fue, por otra parte, la represión de los desórdenes con dureza y rigor: los obispos abrieron sus prisiones; el brazo secular, el destierro y la tortura. Finalmente, los príncipes “cristianos”, bajo requerimiento de Roma, desencadenarán en el Languedoc una terrible cruzada contra los albigenses, que, empezando el año en que Francisco, escuchando la llamada del Evangelio, funda su Orden (1209), no acabará sino en el tiempo de su muerte (1226).

Este es el mundo en el que nace Francisco: un mundo de violencia, de enfrentamiento, de corrupción, de traición y de sangre. A él le llamará el Señor a ser testigo del evangelio de la paz en el corazón de un mundo violento.

El padre de Francisco se llamaba Pedro Bernardone. Era de una familia adinerada de comerciantes de paños. Su madre se apodaba Donna Pica, de origen provenzal¹. El dinero da fácil acceso al poder y al prestigio, de ahí que Bernardone esperase que su hijo un día llegase a ser caballero y, por tanto, gentilhomme. Pica, su madre, “amaba a Francisco más que a sus hijos”², que, según se cree, fueron tres. El corazón de Francisco era tan compasivo y ancho como el de su madre. De ahí que ella le perdonase toda su generosidad hacia los pobres.

Cuando Francisco nació, su padre viajaba por las ferias de Francia³, comerciando con telas y paños. Fue bautizado en la catedral de San Rufino y le llamaron Juan⁴. De ahí la devoción de Francisco a san Juan⁵. Al volver su padre de

¹ I CELANO 53; cf *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*. BAC, Madrid 1980². (Este será el libro-referencia en lo que pertenece a escritos, biografías y documentos de la época.)

² *Tres compañeros* 9.

³ *Tres compañeros* 2.

⁴ *Tres compañeros* 2.

⁵ 2 CELANO 3.

Francia quiso que se llamara Francesco (“francesito”)⁶. Francia era el país de los juglares y de los trovadores. Su lengua era la lengua internacional del comercio en Occidente. Francisco amaba esta lengua: cuando se sentía desbordado de gozo y de serenidad cantaba en francés, con música que él componía o conocía⁷.

Francisco no estudió teología, ni decretales (derecho), ni cualquier otra ciencia de su tiempo. De los hombres aprendió a leer y a escribir, a rezar y a gustar de la música y de la poesía. Fue el Señor quien se encargó de enseñarle lo demás.

Francisco se entusiasmaba con las canciones de gesta y los romances de caballería tan en boga en aquel tiempo⁸. Los trovadores de Languedoc y de Provenza llenaban con canciones de amor los castillos y plazas de Italia. Su lengua era una jerga franco-italiana, no hablada en país alguno, pero entendida por todas partes.

Francisco frecuentaba los círculos de la juventud elegante, que gastaba gran parte de su tiempo en festines y rondas. Este aire de vanidad fue en el que creció el joven Bernardone⁹.

Pedro Bernardone era un cristiano corriente: autoritario, vuelto de tiempo y alma a enriquecerse, ávido del prestigio social, burgués... Pica era una mujer religiosa y piadosa¹⁰.

Francisco iba a lo suyo: vestía bien, señal de gente rica, le gustaba el lujo, ir a las ferias a vender y comprar, montarse fiestas y, sobre todo, disponer de dinero y derrocharlo en banquetes, farándulas, serenatas y músicas. Era un mani-rroto¹¹. Simpático, cortés, caballero y afable, rebosando espontaneidad y generoso. Con un hijo así Pedro Bernardone se sentía orgulloso y confiado en que el negocio familiar ensancharía su horizonte.

Tenía un aire festivo, juguetón, divertido, este joven Francisco, conocido en toda la comarca. Jamás, sin embargo,

⁶ *Tres compañeros* 2.

⁷ I CELANO 16; 2 CELANO 13.127.

⁸ *Espejo de perfección* 4.72.

⁹ *Leyenda Mayor* 1.

¹⁰ 2 CELANO 3.

¹¹ *Tres compañeros* 2.

cedió a un lenguaje procaz o licencioso. Siempre fue caballero y respetuoso con las mujeres en grado máximo¹².

Francisco soñaba con ser juglar y caballero. Su corazón inquieto buscaba también la experiencia de lucha y de guerra. Asís, por otra parte, llevaba años luchando por sacudirse el yugo imperial y papal, hasta conseguir la independencia de todo otro poder extraño. Y la ocasión llegó al ausentarse Conrad de Irslingen, duque de Spoleto, bajo cuyo dominio se hallaba Asís. Los asisianos se lanzaron sobre la fortaleza de Rocca Maggiore, símbolo de su poder, y la guarnición popular se apoderó asimismo de las murallas. Este golpe de mano tan audaz hizo tomar conciencia de su poder a la burguesía, de la que el joven Francisco formaba parte. Se apoderaron del poder civil hasta ahora bajo los nobles, vendidos a los intereses del emperador. De éstos, unos cayeron muertos, otros huyeron a Perusa. Entre éstos se hallaba el senador Offreduccio, conde Sasso-Rosso, padre de Clara y de Inés, que años más tarde seguirán el camino de Francisco, convirtiéndose de la vanidad al Evangelio.

Los nobles, huidos a Perusa, no cejaron hasta declarar la guerra a Asís. La república de Asís no aceptó sus condiciones y salieron rumbo a Perusa. En Ponte San Giovanni tuvo lugar el choque. El ejército de Asís fue aplastado. Quienes no perecieron en la refriega fueron hechos prisioneros. Francisco estaba entre éstos. Un año pasó en los calabozos de Perusa. Dentro de la prisión mantenía el ánimo de sus compañeros. Allí se esforzó por que se ejerciese el respeto hacia uno de los prisioneros, aborrecido por los demás¹³.

¹² Tres compañeros 3; cf *Consideraciones sobre las Llagas* 4, BAC, o.c., 917.

¹³ Tres compañeros 4.

2. Francisco, repara mi Iglesia

Salido de la cárcel en 1203, Francisco se enroló, otra vez, en sus negocios, fiestas y banalidades. El no era un cristiano que, hasta ahora, se hubiese preguntado nada acerca de su fe en Jesucristo. Con todo, poco a poco, en sufrimiento y tinieblas, irá avanzando, a través de acontecimientos diversos, a un encuentro con El. Esto provocará un viraje total en su vida.

La primera ocasión fue una enfermedad grave. La verdad es que Francisco jamás gozó de buena salud. Desde joven estuvo amenazado de tuberculosis, enfermedad que, entre otras, le llevó prematuramente a la muerte. Esta enfermedad grave en que cayó era una especie de depresión y de apatía, a la vez corporal y espiritual, que le tuvo aplanado por semanas enteras, robándole el gusto por todas las vanidades hasta ahora tan buscadas y gozadas. “Ni la hermosura de los campos, ni la frondosidad de los viñedos, ni cuanto de más delicioso hay a los ojos pudo en modo alguno deleitarle. Maravillábase de tan repentina mutación y juzgaba muy necios a quienes amaban tales cosas”¹. “Afligiendo su cuerpo con prolijas enfermedades, disponía así el Señor su alma a la unión del Espíritu Santo”².

Francisco, aun en la enfermedad, seguía soñando con la gloria de este mundo: ser armado caballero. Habían pasado ya, con todo, los tiempos de las rondas y fiestas, de la música y versos. Su corazón corría inquieto y desbordado hacia algo que, como tesoro, pudiese acallarlo. La guerra con Perusa

¹ I CELANO 3.4.

² *Leyenda Mayor* 2.

había sido, por otra parte, corta y desastrosa. Un noble de Asís, llamado Gentil, estaba disponiéndose para marchar a la Pulla, en el sur de Italia. Allí Gualterio de Brienne era el jefe triunfal de los ejércitos pontificios frente a las tropas del emperador. Los trovadores esparcían su fama de guerrero a lo largo y ancho de la península itálica. De todos los caminos marchaban jóvenes, prontos para la guerra. Ser armado caballero, ir montado en un caballo, con un escudero siempre al lado era una perspectiva halagüeña para tantos hombres. También para Francisco Bernardone³, en un entusiasmo delirante. En sueños veía ya la casa de su padre convertida en un palacio, repleto de armas militares. “No estaba hecho a ver tales objetos en su casa, sino, más bien, pilas de paño para la venta”⁴. Y partió para la Pulla; pero, apenas llegado a Spoleto, el Señor se encargó de hacerle entender que no era para eso para lo que le había curado de su enfermedad. Y le habló por la noche: “Francisco, ¿de quién puedes esperar más recompensa, del señor o del siervo?”. “Del señor”, respondió. “Entonces, ¿por qué corres tras el criado en lugar de buscar al señor?”. “Señor”, dijo Francisco, “¿qué quieres que yo haga?”. “Vuelve a la tierra en que naciste: que tu visión se realizará espiritualmente”⁵.

A costa de Francisco, los amigos montaron una fiesta. Ellos se dieron cuenta, sin embargo, que él se iba despegando de ese mundo⁶. El Señor le iba mostrando el camino⁷ poco a poco. Pasó por una época de lucidez y de euforia espiritual, tanto que sus amigos le preguntaban si es que iba ya a casarse. “Estoy pensando en tomar una esposa tan noble, rica y hermosa como nunca habéis visto otra”⁸, decía; pero lo tomaron a risa. Aquélla fue la última fiesta mundana para Francisco. Su corazón iba ya dando con el tesoro⁹. Francisco, sin embargo, no gustaba dar señal de la transformación radical que en él se estaba dando. “Así, retirándose del barullo del mundo y del negocio, procuraba guardar en

lo íntimo de su ser a Jesucristo”¹⁰. Al sentirse alcanzado¹¹ por el Señor Jesucristo, no se agostará nada de lo noble, cortés, poético y hermoso que hay en él: siempre soñó ser caballero y así lo encontrará la “hermana muerte”¹². De este ideal caballeresco medieval, Francisco conservará el sentido del humor, del alegre entusiasmo, del desinterés, de la lealtad, de la cortesía, de la liberalidad... Francisco, caballero, estará siempre pronto al llamamiento de su Señor. Si fuere necesario, hasta morir por Él. El irá, sí, tras su Señor pobre, siguiendo sus pisadas, imitando su vida, sus gestos y palabras. No sabe, sin embargo, Francisco todavía hacia qué rumbo le está el Señor encaminando. Con corazón puro, busca el Señor en la oración¹³: sólo los puros de corazón ven a Dios.

Francisco compartía con un amigo toda esta luz y la niebla por las que iba pasando. Y rezaba. “En una gruta pedía al Señor le mostrase el camino”¹⁴. También el Padre Dios le descubrió, como a Jesús de Nazaret, el camino del rebajamiento y despojamiento¹⁵, mostrándole el amor a la dama pobreza. Francisco se hará pobre con los pobres al volcarse de corazón y vida todo a Dios. “Daba el dinero, el gorro, el cinturón..., hasta la camisa a veces... Compraba ornamentos para las iglesias pobres..., invitaba a su mesa a los pobres... Terminó por no cuidar sino de los pobres y por no encontrarse a gusto sino tratando con ellos”¹⁶.

Por aquel entonces fue como peregrino a Roma, al sepulcro de los apóstoles Pedro y Pablo. Sobre el altar de san Pedro lanzó todas sus monedas. A la salida del templo, le cambió sus vestidos a un mendigo y se puso allí entre ellos, haciéndose uno de tantos¹⁷. Al ir conociendo a su Señor, fue entendiendo que debía vivir como su Señor Jesús, pobre¹⁸.

Y llegó otro momento decisivo en su conversión. Francisco, el joven refinado, de espíritu cortés y galante, un día

³ *Tres compañeros* 5; 2 CELANO 5.

⁴ 1 CELANO 5.

⁵ 2 CELANO 6. La experiencia de Francisco es semejante a la experiencia de Saulo de Tarso, camino de Damasco: He 9,5; Gál 1,12-17.

⁶ 2 CELANO 7.

⁷ *Testamento* 14.

⁸ *Tres compañeros* 7; 1 CELANO 7.

⁹ Mt 6,21.

¹⁰ 1 CELANO 6.

¹¹ Flp 3,12b.

¹² 1 CELANO 5.9.36.93.114.

¹³ Mt 5,8.

¹⁴ 1 CELANO 6.7.

¹⁵ Flp 2,5ss.

¹⁶ *Tres compañeros* 9.

¹⁷ 2 CELANO 8.

¹⁸ *Tres compañeros* 10.

se halló de frente a un hombre despojado de su dignidad. Era un leproso que encontró en las afueras de Asís. El era la imagen de Cristo, despreciado, silenciado y maltratado. Lo besó. Un escalofrío corrió por toda su alma y cuerpo. Este acontecimiento marcará para siempre su persona y quedará vivo en su memoria. Al final de su vida escribirá: “Como estaba en pecado, me parecía muy amargo ver leproso. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo se me tornó en dulzura de alma y cuerpo; y después de esto permanecí un poco de tiempo y salí del siglo”¹⁹. Después se fue con los leproso, haciéndose uno de ellos. “Vivía con ellos..., lavaba sus cuerpos infectos y curaba sus úlceras purulentas...”²⁰. En él se iba adentrando la palabra de Cristo: “Limpiad leproso”²¹, recordando que también a El lo tuvieron por leproso. “Despreciado y evitado de la gente..., lo tuvimos por nada; a él, que soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores, lo tuvimos por un contagiado, herido de Dios y afligido”²².

En un repecho de Asís, hacia Spello, había una capilla ruinosa. Un día pasó Francisco a orar. En ella había un precioso crucifijo bizantino ennegrecido por el tiempo y el humo. El Crucificado le habló al corazón: “Francisco, ¿no ves que mi casa se derrumba? Anda, pues, y repárala”²³. Así lo entendió Francisco: se puso, manos a la obra, a reconstruir la iglesia. Para sacar dinero cogerá un lote de piezas de paño y un caballo de casa de su padre y marchará a Foligno a venderlo, volviendo a pie²⁴. El sacerdote rechaza el dinero que le entrega: no se fía de la familia Bernardone ni de su hijo, que hace estos gestos. Con todo, le permite que se quede con él, que era un sacerdote pobre. Tomando el dinero, Francisco lo arroja en el hueco de una ventana, olvidándose de él para siempre²⁵. Al enterarse su padre, le reprende. Francisco huye y se esconde durante un mes en la cueva de

una casa. Allí en el silencio el Señor se le irá manifestando y mostrando el camino²⁶.

Cuando salió de su escondrijo, sus paisanos se burlaban de él. Tal iba siendo el cambio, que lo tomaban por un loco. Su padre se sentía molesto que su hijo estuviese en boca de todos. Decidió, por fin, salir a su encuentro. Lo llevó obligado a casa y lo encerró y azotó para ver “si entraba en razones”²⁷. Francisco recordaba el Evangelio: también a Jesús, su Señor, le buscaron sus parientes para llevarlo a casa, pues pensaban que “no estaba en sus cabales”²⁸. Pica, su madre, trató también de “hacer volver al buen camino” a su hijo, aturdido por no sé qué ideas. Todo fue inútil, tanto que un día le soltó las cadenas y le dejó libre en ausencia de su marido. Vuelto, se lo echó en cara duramente²⁹.

Francisco se presentó a su padre y le manifestó “que ni cadenas ni azotes le asustaban lo más mínimo”³⁰. El padre, con todo, ya que no conseguía recuperar a su hijo, sí deseaba conseguir el dinero de Foligno, enviando a su hijo fuera de Asís, desterrado. Francisco fue a buscar el dinero arrojado y lo entregó a su padre, emplazándolo ante el obispo de la ciudad “para que, renunciando en sus manos a todos los bienes, le entregara cuanto poseía”³¹.

Pedro Bernardone se dirigió al palacio del ayuntamiento y denunció a su hijo: habría de devolverle el dinero sustraído a casa. Francisco recusa acudir a la cita, alegando que es siervo de Dios y, por eso, está libre de la autoridad del padre. La denuncia se vuelve ahora al obispo, ante el que Francisco acude. Este le invita a devolver lo sustraído, animándole: “Hijo, ten confianza en el Señor y obra con hombría y no temas, porque El será tu mejor ayuda y te proporcionará con abundancia todo lo que necesites para las obras de su Iglesia”³².

Francisco entra en el palacio episcopal. Se desnuda enteramente y aparece así, con los vestidos en las manos, en la

¹⁹ Testamento 2.3; 2 CELANO 9.

²⁰ 1 CELANO 17.

²¹ Mt 10,8.

²² Is 53,3.4.

²³ Tres compañeros 13.14; 2 CELANO 10.11.

²⁴ Tres compañeros 16; 1 CELANO 8.

²⁵ 1 CELANO 9.

²⁶ Tres compañeros 16; 1 CELANO 10.

²⁷ Tres compañeros 17; 1 CELANO 11.12.

²⁸ Mc 3,21.

²⁹ Tres compañeros 18; 1 CELANO 13.

³⁰ 1 CELANO 13.

³¹ 1 CELANO 14.

³² Tres compañeros 19.

plaza, delante del palacio. Sereno, habla: “Oídmelos todos: Hasta ahora he llamado padre mío a Pedro Bernardone..., desde ahora quiero decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, y no padre Pedro Bernardone”³³.

Es un gesto profético, como el de Isaías³⁴, que anduvo desnudo y descalzo por Jerusalén como signo del quebrantamiento que Asiria asestaría a Egipto y a Etiopía; como Miqueas³⁵, que anunciará con el mismo gesto el juicio que caerá sobre Samaría y Jerusalén.

Para Francisco ya todo queda atrás. Ha sido vencido y alcanzado por Aquel a quien buscaba, sin apenas saberlo. Todo lo más querido y cercano a su corazón lo juzga ahora basura³⁶. Ya sólo cuenta Cristo: El es el Señor; Francisco, su vasallo y caballero. Francisco ya no se buscará a sí mismo, ni se apoyará en sí mismo, ni se justificará a sí mismo. Se sabe de la mano de Dios, en silencio agradecido. Bajo la gracia.

Sólo aquel que se considera totalmente referido a la gracia es capaz de la fe, de creer.

Como para cualquier otro hombre, la conversión para Francisco fue una experiencia paciente, que se llevó a cabo a tientas, que es como vamos todos buscando a Dios³⁷. El proceso de conversión se va realizando en las correcciones, en las dudas, en las equivocaciones y, sobre todo, en las transformaciones sucesivas. Quien considera, desde fuera, como espectador, el cambio dado en las personas, tiene la impresión sólo de su resultado inmediato y decisivo. Y es que los caminos del Dios, que viene de continuo, y la lenta y paciente iluminación del espíritu es algo que se va realizando secretamente y, a la vez, de una manera dolorosa, trabajosa y sangrante. Francisco no quedó fuera de esta andadura y hechura. Las intervenciones de Dios, que acabaron en la entrega incondicional, fueron, por otra parte, lo suficientemente claras como para que él fuese tomando conciencia de las mismas. En esta tensión inconsciente hacia Cristo hasta la plena toma de conciencia de su vocación, su itinerario espiritual pasó

por diversas etapas, como hemos visto, hasta hacer precisa su orientación interior y cada vez más estrecha y transparente su unión con Jesucristo.

Quien se convierte va dejando atrás caminos equivocados y va volviendo a Aquel de quien estaba separado. Quien se convierte está aprendiendo a entenderse como criatura de Dios, dejando que sea Dios quien disponga de él. Sólo quien se convierte cree. La fe, por otra parte, es confianza en el poder salvador de Dios, mediante el cual cede el agobio y es expulsada la duda y la zozobra. Francisco creyó y se entregó a sí mismo a Dios, llevado de la vida y de la palabra de Jesús.

La conversión de Francisco fue, pues, progresiva³⁸. Ocurrió unos veinte años antes de su muerte³⁹, es decir, a lo largo de los años 1205 y 1206.

No era la iglesia de piedra la que el Señor pedía a Francisco que reconstruyera, sino el templo de su pueblo, las piedras dislocadas, con los muros de este edificio vivo agrietados por el vicio, la apatía, la decadencia, el odio y la corrupción. Francisco, pobre y ardiente como los apóstoles de Cristo, será su testigo y humilde constructor.

Francisco tenía el aire de un campesino, vestía “un manto corto, pobre y vil, perteneciente a un labriego que estaba al servicio del obispo”⁴⁰. Fue en el palacio, al quedar desnudo, donde se lo dieron. “Con una tiza lo marcó con su propia mano en forma de cruz”⁴¹.

Desbordaba de gozo. Y no se preocupaba de lo que los hombres pudiesen decir o pensar de él. Marchaba por los campos y entraba por los bosques cantando, cosa que hacía en francés cuando quería expresar el gozo que lo inundaba dentro. Estando así, un día le salieron al encuentro unos bandoleros. Al preguntarle quién es, Francisco responde: “Soy el pregonero del gran Rey; ¿qué queréis?”. Dándose cuenta que iba ligero de equipaje y de bolsillo, le molieron a palos y lo arrojaron a un hoyo, todo lleno de nieve. “Descansa, rústico pregonero de Dios”, le gritaron. Francisco, “re-

³³ *Tres compañeros* 19.20; 1 CELANO 15; 2 CELANO 12.

³⁴ Is 20,2ss.

³⁵ Miq 1,8a.

³⁶ Flp 3,7-11.

³⁷ He 17,27.

³⁸ 1 CELANO 4; 2 CELANO 7.10.11.

³⁹ 1 CELANO 109.119.

⁴⁰ *Leyenda Mayor* 2,4.

⁴¹ *Ib.*

volviéndose de un lado para otro, de un salto se colocó fuera del hoyo y, reventando de gozo, comenzó a proclamar a plena voz, por los bosques, las alabanzas del Creador de todas las cosas”⁴².

Después se puso de camino rumbo a un monasterio cerca de Gubbio, a ver si a cambio del trabajo pudiesen darle algún vestido. “En él permaneció varios días, sin más vestido que un tosco blusón, trabajando como mozo de cocina, ansioso de saciar el hambre siquiera con un poco de caldo. Y al no hallar un poco de compasión, y ante la imposibilidad de hacerse al menos con un vestido viejo, salió de allí no movido de resentimiento, sino obligado por la necesidad”⁴³.

En Gubbio se fue a casa de un amigo, que le regaló una túnica pobre y corta⁴⁴. Vuelto a Asís, se fue con los leprosos. “Vivía con ellos y servía a todos por Dios con extrema delicadeza: lavaba sus cuerpos infectos y curaba sus úlceras purulentas”⁴⁵.

San Damián estaba a medio reconstruir todavía. Francisco no tenía dinero alguno para comprar materiales; por ello se puso a pedir limosna, pregonando por la ciudad: “Quien me diere una piedra, recibirá una merced; quien me diere dos, dos mercedes tendrá; quien me diere tres, recibirá otras tantas”. Y hablaba “no con palabras elocuentes de humana sabiduría, sino con absoluta sencillez”. Ese es el estilo⁴⁶ de Francisco. Las palabras brotaban siempre de su corazón y se dirigían asimismo siempre al corazón de los hombres, librándoles así de la tristeza y del pecado y mostrándoles la felicidad y el gozo para aquellos que se entregan con toda su alma a Dios. El obrar de Francisco era provocador, lanzando preguntas a la hondura de los hombres: había quienes se burlaban y había quienes pensaban qué o quién hubiese detrás de todo este viraje⁴⁷.

Francisco, en otro tiempo joven despreocupado y refinado, se puso un día a pedir aceite para la lámpara de la iglesia

de San Damián. Por las calles y rincones de Asís era de todos conocido. Al ver a un grupo de hombres que jugaban delante de una puerta, sintió vergüenza y se echó atrás. Tomando fuerzas, confesó su falta de coraje y, en francés, pidió limosna: aceite para San Damián. Y siguió hablando, hasta manifestar “que llegará a haber en esta iglesia un monasterio de santas vírgenes de Cristo”⁴⁸.

El sacerdote de San Damián era pobre, pero se sentía preocupado por la salud del joven Bernardone. “Lo veía abatido por la demasiada fatiga, de modo que, movido a compasión, comenzó a darle de comer cada día algo especial, aunque no exquisito, pues también él era pobre”⁴⁹. Esto creó problemas de conciencia a Francisco. Y así se decidió a “tomar un plato, marchar a la ciudad y pedir limosna de puerta en puerta”⁵⁰. Sentía asco él, educado en mesa exquisita y formas delicadas. “Y pudo decir al presbítero aquel que, en adelante, no preparara ni hiciera preparar para él manjar alguno”⁵¹.

Una mañana de invierno, Francisco estaba en oración en una iglesia, tiritando de frío, envuelto en sus harapos. Angel, hermano carnal de Francisco, acierta a verlo temblando de frío. De forma irónica dice al amigo que lo acompaña: “Di a Francisco que te venda un sueldo de sudor”. Sin pizca de amargura, le respondió su hermano: “Por cierto que lo venderé a muy buen precio a mi Señor”⁵².

Todo lo soportaba, pero le traspasaba el alma el desprecio y la dureza de su padre, Pedro Bernardone, hacia él. “Se avergonzaba tanto y tanto sufría al contemplar la carne de su hijo extenuada por la excesiva penitencia y por el frío, que dondequiera lo encontraba lo maldecía”⁵³.

Ahora, a la distancia de unos años, Francisco iba sabiendo que él era ya un vasallo de tan gran Señor. En acción de

⁴² 1 CELANO 16; *Leyenda Mayor* 2,5.

⁴³ 1 CELANO 16; *Leyenda Mayor* 2,6.

⁴⁴ 1 CELANO 16; *Leyenda Mayor* 2,6.

⁴⁵ 1 CELANO 17; *Leyenda Mayor* 2,6.

⁴⁶ *Tres compañeros* 21; 1 CELANO 36; *Leyenda Mayor* 4,5.

⁴⁷ *Tres compañeros* 21.

⁴⁸ 2 CELANO 13; 1 CELANO 18.

⁴⁹ 2 CELANO 14.

⁵⁰ *Tres compañeros* 22.

⁵¹ *Ib.*

⁵² 2 CELANO 12.

⁵³ *Tres compañeros* 23; 2 CELANO 12a; *Anónimo de Perugia* 9a.

gracias, una y otra vez leía su pasado, tejido de la preocupación de Dios y su ternura. Y lo rezaba:

*“Francisco, de andar otros caminos,
tenía su corazón cansado y viejo.
Francisco, de buscar tanta gloria,
le vino la sospecha de la vacuidad
de los constantes ídolos del mundo.
... El Señor Jesucristo
salió a su encuentro claro
y se le fue calmando la sed de vida
y el hambre de la gloria.
Jesucristo, el hermano,
le hizo aquietarse
en la fontana pura,
que se llama Evangelio”.*

3. El Señor me dio hermanos

En los alrededores de Asís había tres iglesitas: San Damían, San Pedro y Santa María de la Porciúncula. Francisco, una tras otra, las fue reconstruyendo con sus manos.

Junto a Santa María había un pequeño terreno, que pertenecía a la iglesita. Era tan poca cosa (“porzioncola= partecita, pedacito), que de ahí le venía el nombre. Era propiedad de la abadía benedictina de monte Subasio. Cada vez estaba más abandonada y descuidada¹.

En la conciencia del pueblo existía la creencia que, por la noche, bajaban los ángeles a esta iglesita a cantar las alabanzas de Dios. De ahí que también se la llamase Santa María de los Angeles. Francisco era devoto de la Virgen María; por eso resolvió establecerse allí y restaurarla².

Estando una mañana allí, en la celebración de la eucaristía, escuchó el Evangelio, que leía el sacerdote: “Id proclamando que el reino de Dios está cerca. Sanad enfermos... No toméis oro, ni plata, ni sandalias...”³. Al acabar, se le acercó y le pidió le explicase el texto. Fue entonces cuando desaparecieron las últimas nieblas que impedían atisbar el camino. De modo que exclamó: “Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica”⁴. A este hombre sin letras e ignorante se le vino delante el Evangelio con toda su claridad, su

¹ 1 CELANO 21.

² 2 CELANO 198; 1 Regla 9.

³ Mt 10,7-13; Lc 10,3-9.

⁴ 1 CELANO 22; *Tres compañeros* 25a; *Leyenda Mayor* 3,1.

vigencia y propuesta. “El Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio”⁵. Esta “buena noticia” significa la paz y la salvación de Dios para los hombres, la liberación de la esclavitud de hacer el mal, buscarlo, desearlo y tramarlo, con todas sus oscuras y horribles consecuencias. A la vez, esta “buena noticia” significa la promesa de una existencia más allá de la muerte y la promesa de una transformación, dignificación y transfiguración del mundo presente en Dios.

Francisco no era teólogo académico. El se acercaba al Evangelio como un niño, tomándolo al pie de la letra, sin falsearlo, sin glosa, fiado del Espíritu Santo, “que nos guía hasta la verdad completa”⁶. Por eso que quien lo conoció escribiese que él “nunca fue oyente sordo del Evangelio”⁷.

La Iglesia se derrumba en la medida que olvida el Evangelio y vive a espaldas de él. Francisco proclamaba la conversión al Evangelio⁸. “El Señor os dé la paz”⁹.

Era, al mismo tiempo, servidor y testigo del Evangelio. “Muchos que habían permanecido enemistados con Cristo y alejados del camino de la salvación, se unían en verdadera alianza de paz por sus exhortaciones”¹⁰.

Francisco hablaba con humildad, con encanto, sin incurrir ni humillar a nadie, sin maldecir de su tiempo, con cordial convencimiento... Y empezaron a llegar quienes deseaban seguir su camino: Bernardo de Quintaval, un señor rico de Asís, Pedro Cattani, el campesino Gil, Felipe, el sacerdote Silvestre, Sabbatino, Morico, Juan della Capella... Son los primeros hermanos de la Fraternidad.

Muy en seguida empezaron a salir en misión. Francisco y el hermano Gil marcharon a las Marcas. Al verles pobres, la gente se reía de ellos. Fue una misión en desprecio, sin éxito¹¹.

⁵ Testamento 14.

⁶ Jn 16,13.

⁷ 1 CELANO 22.

⁸ 1 CELANO 23.

⁹ Testamento 23.

¹⁰ Tres compañeros 26.

¹¹ Tres compañeros 33; 1 CELANO 28. Florecillas 1.

El grupo comenzó a crear preocupación en Asís. “Si no hubiesen renunciado a sus bienes y oficios, no tendrían necesidad ahora de mendigar el pan ajeno”, se decía. Guido, el obispo, se lo advirtió igualmente a Francisco, que respondió: “Señor, si poseyéramos bienes habríamos menester armas para defenderlos”¹². Los hermanos se ganarían la vida trabajando, en caso de necesidad pedirían limosna. De este modo, los primeros hermanos eran jornaleros en los monasterios y en las casas particulares. Los que no sabían trabajar, aprendían¹³. Otros cuidaban leprosos en los hospitales vecinos. Al no haber siempre trabajo, pedían limosna para poder subsistir y compartir con los pobres¹⁴.

En el verano y otoño del año 1209, Francisco se dedicó a la formación espiritual de sus nuevos hermanos, instruyéndolos, animándolos, corrigiéndolos y enseñándoles a orar. Por el despojamiento y la pobreza iban en búsqueda de Dios y se adherirían a El exclusivamente¹⁵.

Enseñando a orar, Francisco decía lo que sabía y hacía. “En bosques y soledades... desde el santuario recóndito del corazón hablaba con Aquel que había encontrado... Allí respondía al juez, oraba al Padre, conversaba con el amigo, se deleitaba con el esposo... Rumiaba muchas veces en su interior sin mover los labios, e, interiorizando todo lo externo, elevaba su espíritu a los cielos... Así, hecho todo él no ya sólo orante; sino oración, enderezaba todo en él —mirada interior y afectos— hacia lo único que buscaba en el Señor”¹⁶.

La preocupación hacia sus hermanos era algo que él había aprendido del Señor: “Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio”¹⁷.

Pocos e ignorantes eran a los comienzos los hermanos. Francisco, sin embargo, los animaba diciéndoles que ven-

¹² Tres compañeros 35.

¹³ 1 CELANO 39; 2 Regla 5; Testamento 20.21; 2 CELANO 161.

¹⁴ 2 CELANO 74; Espejo de perfección 18.

¹⁵ 1 CELANO 45.47.

¹⁶ 2 CELANO 95.

¹⁷ Testamento 14.

drían hermanos cultivados y estudiosos de todas las partes de la tierra¹⁸.

Los ocho hermanos se esparcieron. Bernardo y Gil marcharían, en peregrinación y misión, a Santiago de Compostela, Francisco y otro compañero irían al valle de Rieti, los otros cuatro se dirigirían hacia otras partes. “Francisco los abrazaba y, con dulzura y devoción, decía a cada uno: ‘Pon tu confianza en el Señor, que El te sostendrá’. Estas palabras las repetía siempre que mandaba a algún hermano a cumplir una obediencia”¹⁹.

Yendo de camino, entraban en las iglesias que encontraban y rezaban: “Te adoramos, Cristo, y te bendecimos por todas tus iglesias que hay en el mundo entero, porque por tu santa cruz has redimido al mundo”. Anunciaban la paz y exhortaban a todos a temer y amar al Creador de cielo y tierra y a cumplir sus mandamientos²⁰.

Exhortar a la conversión, invitar a creer en el Evangelio²¹: éste era el mandato de Francisco a los hermanos cuando predicaban a los hombres.

Todo este ministerio tenía su paga y su riesgo: los apaleaban, los tomaban por ladrones, por herejes peligrosos... Al ser preguntados: “¿De dónde venís?”, decían sencillamente ser *hombres penitentes de la ciudad de Asís*²². Este fue el primitivo nombre de la comunidad de Francisco y sus primeros hermanos, “Penitentes de Asís”.

En este tiempo, orando Francisco durante un retiro de silencio en una gruta de Poggio Bustone, le reveló el Señor que todos sus pecados le habían sido perdonados²³.

Después se reunieron todos los hermanos, alegrándose de verse de nuevo congregados en la Porciúncula. Todavía la alegría fue mayor porque se les habían agregado cuatro nuevos hermanos. La Fraternidad recién nacida estaba ya compuesta por doce, que se animaban y corregían mutuamente.

Francisco les comunicó su voluntad de escribir una Regla y someterla a la aprobación del papa Inocencio III²⁴.

El estilo de vida de los hermanos era sumamente sencillo: se apoyaban y alegraban recíprocamente, se dedicaban a la oración diligente y devotamente, ni recibían dinero ni lo llevaban, se amaban con tanta ternura que muchos venían avergonzados de haberles ofendido y les pedían perdón, o a que los admitieran en su compañía, se ocupaban en trabajos manuales y en la oración diariamente, se servían unos a otros y se atendían en todo²⁵.

El espíritu de los comienzos era de simplicidad, sin mezcla alguna de envidia u orgullo solapado. “Cierta día en que dos de estos hermanos iban de camino, se encontraron con un demente, que empezó a tirarles cantos. Luego que se dio cuenta uno de ellos que los cantos iban a pegar al otro, al momento se interpuso para que los golpes dieran contra él, prefiriendo recibir él los cantazos a que los recibiera el hermano, por la mucha caridad que se tenían; tan dispuestos estaban a dar la vida el uno por el otro”²⁶. Se reverenciaban unos a otros. “Se abstendían de las apetencias de la carne, juzgándose a sí mismos con rigor y evitando ofender de cualquier modo al hermano”²⁷. Se acogían y perdonaban prontamente. “Nada reclamaban como propio. Los libros y demás objetos que les habían sido dados, los usaban según la forma transmitida y observada por los apóstoles. A la par que en ellos y entre ellos reinaba una verdadera pobreza, eran liberales y generosos con todo lo que les había sido entregado por Dios, y por su amor daban de buena gana a cuantos se las pedían, y particularmente a los pobres, las limosnas que ellos habían recibido”²⁸.

“Se gozaban cordialmente en la pobreza, pues no ambicionaban riquezas, sino que despreciaban todo lo caduco que pueden codiciar los amantes de este mundo... Se alegraban de continuo en el Señor y no encontraban entre sí ni dentro de sí motivo de tristeza”²⁹.

¹⁸ I CELANO 27; *Tres compañeros* 36.

¹⁹ I CELANO 29.30.

²⁰ *Tres compañeros* 37.

²¹ I Regla 21.

²² *Tres compañeros* 37.38.40.

²³ I CELANO 26.

²⁴ I CELANO 30.31.

²⁵ *Tres compañeros* 41; *Anónimo de Perusa* 24.25a.

²⁶ *Tres compañeros* 42; *Anónimo de Perusa* 26a.

²⁷ *Tres compañeros* 42; *Anónimo de Perusa* 26b.

²⁸ *Tres compañeros* 43; *Anónimo de Perusa* 27a.

²⁹ *Tres compañeros* 45; *Anónimo de Perusa* 29c; cf I CELANO 38-41.

Inocencio III fue un papa que impuso su voluntad sobre la mayoría de las naciones. Según la teoría de las dos espadas, Dios había otorgado a la Iglesia el dominio del cielo y de la tierra, teniendo, por ello, jurisdicción sobre todos los soberanos temporales y potestad para destituirlos y destruirlos si de ello eran merecedores. Los príncipes que, sin embargo, rechazaban esta teoría caían bajo la excomunión, luchando contra el papa.

Entre el clero, la mayoría ofrecía un espectáculo tristísimo: el ministerio pastoral estaba grandemente descuidado y la dedicación a los asuntos y negocios temporales acaparaba los días de estos hombres. Estudiaban poco, predicaban menos, siendo la ignorancia teológica apabullante. Eran simoníacos, perezosos, disolutos, corriendo tras los placeres, el dinero y los honores, ejerciendo la autoridad con prepotencia. Es comprensible que el estado moral y religioso de los fieles corriese parejas con el de sus pastores.

El paso de los días hacía sentir con fuerza la necesidad de una reforma en la Iglesia de Cristo. Por todas partes empezaron a pulular profetas y profecías. Entre éstos, sin duda, el más extraordinario fue Joaquín de Fiore (1145-1202). Por otra parte, todos los reformadores y sus movimientos deseaban volver al Evangelio, en una vida pobre, apostólica y en el espíritu del primitivo cristianismo. Así, los valdenses o pobres de Lyon, que profesaban la pobreza, la renuncia y la igualdad fraterna entre ellos. Tenían de tiempo en tiempo sus capítulos, en los que todos se reunían y tomaban parte. Los humillados, originarios de Lombardía, fueron aprobados por Inocencio III. Los cátaros iban también tras la pureza del Evangelio, rechazaban la “corrupción” de la Iglesia romana y los sacramentos presididos por sacerdotes indignos.

Fue en este tiempo cuando apareció Francisco en Roma para pedir la aprobación de su Regla. Era la primavera de 1209.

Inocencio III tuvo un talante abierto hacia todos los grupos de reforma evangélica, invitando e inculcando a los obispos a que los trataran como ortodoxos. Les concedió facultad para que predicasen y exhortasen a la conversión. El papa creía en la savia evangélica de estos movimientos para la vida lánguida de la Iglesia: todas sus energías eran una posibilidad

de desarrollo y de frescura cristianos. Con fecha 17 de noviembre de 1206, el papa Inocencio envió una bula a su legado en Francia meridional referente a los cátaros. En ella se hablaba de enviar a hombres que, con vestido pobre y llevados del Espíritu de Cristo, se acerquen a los alejados. Esta bula es más bien una carta fundamental en favor de predicadores del Evangelio que, de manera distinta a los cistercienses, que tenían esta misión, fuesen testigos con su vida y no tanto con su eficacia doctrinal o su prepotencia, según el espíritu de este mundo.

Ahora Inocencio tiene delante a Francisco y sus hermanos, penitentes de Asís, queriendo también vivir según el Evangelio y predicarlo, en pobreza y humildad. Inocencio III y Francisco de Asís, el poder y la santidad, según la conocida referencia de un poeta-escritor, Reinhold Schneider. El papado se encuentra en el culmen de su poder. Inocencio III es la cabeza espiritual y temporal de la Iglesia romana, rica y potente. Quizá nunca como entonces llegó a tal glorificación externa.

Para que fuese posible la confirmación por parte del papa habrían de tener la aprobación del propio obispo local. Francisco viene a la Iglesia de Roma porque desea obtener una confirmación universal de su proyecto de vida, que no es una Regla bien definida, sino un manojo de textos del Evangelio. Francisco intuye que un movimiento evangélico no puede surgir sino dentro del marco de la Iglesia, y ésta era la presidia por Inocencio, el obispo de Roma. Ya que la Iglesia de Cristo es, a la vez, carisma e institución.

Francisco había nombrado responsable y dirigente de la expedición a Roma de los doce primeros hermanos a Bernardo. En el camino, aquél tuvo una visión: se hallaba ante un árbol alto y hermoso, que se doblaba hasta el suelo. Era Inocencio III, que salía al encuentro de la petición de Francisco³⁰.

Este “escribió para sí y sus hermanos, presentes y futuros, con sencillez y en pocas palabras, una forma de vida y regla, sirviéndose sobre todo de textos del santo Evangelio, cuya perfección sólo deseaba. Añadió, con todo, algunas po-

³⁰ Tres compañeros 46.53.

cas cosas más, absolutamente necesarias para poder vivir santamente”³¹.

Sabemos, ciertamente, que Francisco, en el proceso de su conversión, se sintió tocado hondamente por ciertos textos evangélicos, en la iglesia de la Porciúncula, durante la celebración de la eucaristía: “Id proclamando que el reino de Dios está cerca. Sanad enfermos... No toméis oro, ni plata, ni sandalias”³². Asimismo nos consta que Francisco y sus dos primeros compañeros, Bernardo de Quintaval y Pedro Cattani, hallaron por medio de las así llamadas “suertes de los santos” o triple consulta del “evangelario”, estando en la iglesia de San Nicolás, en la plaza del ayuntamiento, unos textos del Evangelio que se les revelaron determinantes: “Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo”³³. “Nada llevéis en el camino...”³⁴. “Aquel que quiera venir detrás de mí, niéguese a sí mismo...”³⁵. Todas estas palabras formarían parte, sin duda, de la Regla de 1209, presentada a la confirmación del papa. En la conciencia de Francisco, ésta es la Regla, según manifestó a Bernardo y a Pedro: “Hermanos, ésta es nuestra vida y regla y la de todos los que quisieran unirse a nuestra compañía. Id, pues, y obrad como habéis escuchado...”. Desde entonces vivieron unidos según la forma del santo Evangelio, que el Señor les había manifestado. Por eso, Francisco escribió en su Testamento: “El mismo Señor me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio”³⁶.

Pasados unos días de su llegada a Roma, Francisco tuvo acceso y se presentó al papa Inocencio. Le expuso su plan de vida y le suplicó le confirmase la Regla que había escrito con palabras sencillas³⁷, que él había entresacado del Evangelio, a cuya perfección aspiraba con toda su alma. El papa empezó a decirse para sus adentros: “Verdaderamente, éste es aquel hombre religioso y santo por el que la Iglesia de Dios se levantará y sostendrá”³⁸.

³¹ 1 CELANO 32.

³² Mt 10,7-13; Lc 10,3-9; cf 1 CELANO 22; *Tres compañeros* 25a; *Leyenda Mayor* 3,1.

³³ Mt 19,21.

³⁴ Mt 10,9,10.

³⁵ Mt 16,24; cf *Tres compañeros* 29.

³⁶ *Tres compañeros* 29; *Testamento* 14.

³⁷ *Testamento* 15.

³⁸ *Tres compañeros* 51.

La forma evangélica de vida de Francisco guarda en verdad un gran parecido con la de los reformadores de la época. El hecho, sin embargo, es que él nunca siquiera los mencionó. Y, a diferencia de los “Pobres Católicos” de Durando de Huesca, de los cistercienses y de santo Domingo de Guzmán, se guardó siempre de disputar con los herejes.

Francisco manifestó que nadie sino el Señor le mostró a él y a sus hermanos el camino que debían seguir: “Después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostró qué debía hacer, sino el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo lo hice escribir en pocas palabras y sencillamente y el señor papa me lo confirmó”³⁹. La Regla confirmada dio, pues, solución ortodoxa a los conflictos que los reformadores contemporáneos resolvían en sentido herético. Portándose así Francisco y sus hermanos, quedaban dentro de la Iglesia de Roma. De manera acertada se ha escrito a este respecto: “De haber vivido un san Francisco en el siglo XVI, la voz de Lutero y de Calvino sólo hubiera tenido una tenue y pasajera resonancia”⁴⁰.

Por aquellos días se hallaba en Roma Guido, el obispo de Asís. Al saber de la presencia de Francisco y sus compañeros, diocesanos suyos, se inquietó pensando que habrían abandonado la diócesis para no volver jamás a ella. Pero fue tranquilizado en seguida, tanto que fue él mismo quien les ofreció hospitalidad⁴¹.

Oyendo éste de Francisco y sus hermanos el proyecto de vida que tenían, trató de disuadirles y orientarles hacia la vida monástica o eremítica. Francisco rehusó con entereza y convicción estas propuestas⁴².

Juan de san Pablo era un hombre espiritual, respetado por el papa. La petición de Francisco era atípica por su singularidad y la premura de confirmación. Por fin, Francisco obtuvo la deseada audiencia con el papa⁴³.

Este y los cardenales escucharon a Francisco. Con todo, Inocencio “difirió dar cumplimiento a la petición de Fran-

³⁹ *Testamento* 14.15.

⁴⁰ P. SABATIER, *Etudes inédites sur saint François d'Assise*. Paris 1932. 18.20-21.

⁴¹ *Tres compañeros* 47.

⁴² 1 CELANO 33.

⁴³ *Tres compañeros* 48.

cisco, dado que a algunos de los cardenales les parecía una cosa nueva y tan ardua que sobrepujaba las fuerzas humanas". El cardenal Juan de san Pablo, con clarividencia, defendió la petición de Francisco: "... Si alguno llegare a afirmar que dentro de la observancia de la perfección evangélica o en el deseo de la misma se contiene algo nuevo, irracional o imposible de cumplir, sería convicto de blasfemo contra Cristo, autor del Evangelio".

Francisco no pedía otra cosa sino vivir según el Evangelio dentro de la Iglesia de Cristo. En última instancia, era una propuesta de fe radical y de coraje. De hecho, con esta conciencia y voluntad se abre y se cierra la Regla que la Iglesia definitivamente aprobó el año 1223: "La regla y vida de los hermanos menores es ésta: observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, sin nada propio y en castidad... Siempre sumisos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia, firmes en la fe católica, guardemos la pobreza y la humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que firmemente prometimos"⁴⁴.

El papa pidió a Francisco que rezase —él también lo haría— para que el Señor les hiciese ver cómo hacer y qué decidir⁴⁵.

Francisco se entregó a la oración, pidiendo al Señor moviera el corazón de Inocencio y sus consejeros. A los pocos días volvió a presentarse al papa⁴⁶.

Francisco expuso ante él la parábola de la mujer pobre. Y el papa manifestó también una visión: "... estaba a punto de derrumbarse la basílica de Letrán, y un hombre pobrecito, de pequeña estatura y de aspecto despreciable, la sostenía arriando sus hombros, a fin de que no viniese a tierra". Ante esto, exclamó: "Este es, en verdad, el hombre que con sus hombros y su doctrina sostendrá a la Iglesia de Cristo". En esa misma audiencia "aprobó la Regla, concedió a Francisco y a todos los hermanos que le acompañaban la facultad de predicar la penitencia y ordenó que se les hiciera la tonsura para que libremente pudieran predicar la palabra de Dios".

Francisco debió entusiasmar al papa y a los cardenales con su ternura, su simplicidad y su transparencia: era un enamorado trovador que cantaba la dicha de haberse desposado con la dama pobreza. El y sus hermanos vivían la dicha del sermón del monte: "Dichosos vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios"⁴⁷. El papa les envió con su bendición⁴⁸.

En el camino de vuelta hacia Asís se pararon en un lugar cercano a la ciudad de Orte; allí estuvieron quince días, y luego lo abandonaron "a fin de que ni siquiera pudiera suscitar en ellos apariencia de propiedad..."⁴⁹.

En la oración Francisco vino a saber que no debía "vivir para sí solamente, sino para Aquel que murió por todos, pues se sabía enviado a ganar para Dios las almas que el diablo se esforzaba en arrebatárselas"⁵⁰.

Francisco había encontrado a Cristo y su Evangelio, junto con sus hermanos, dentro del espacio salvífico de la Iglesia. Como poeta, él lo cantaba y celebraba en un *Himno a la Iglesia*:

*"Cógeme de la mano, madre,
para que no me pierda.
Agárrame fuerte;
déjame andar también,
pero no me sueltes.*

*No sé adónde ir,
pero tú sí sabes
adónde llevarme.*

*Eres la madre, experta en años,
que vas andando con nosotros,
para acertar así el camino.*

*Nos das el alimento para vivir,
para crecer,
para amar.*

*Y nos enseñas a hablar
el lenguaje de lo sencillo,
de lo puro, de lo respetuoso,
de lo humilde y de lo transparente,
más allá de lo cotidiano.*

⁴⁴ 2 Regla 1.12.

⁴⁵ Leyenda Mayor 3,9.

⁴⁶ Leyenda Mayor 3,10.

⁴⁷ Mt 5,3; Lc 6,20.

⁴⁸ Leyenda Mayor 3,10; 2 CELANO 16.17; Tres compañeros 50.51.

⁴⁹ 1 CELANO 34.35.

⁵⁰ Leyenda Mayor 12,1-2.

*Y nos confortas con la copa de vino,
que anima nuestro viaje,
cansado de múltiples tristezas,
de tantos sobresaltos,
de presentes agobios,
oscuros y visibles.*

*Benditas sean tus manos,
benditos sean tus ojos,
bendita sea tu voz y tu garganta,
bendito sea, ante todo, tu corazón,
recio y entero,
querida madre Iglesia”.*

4. La primavera de Rivotorto

Rivotorto quiere decir arroyo tortuoso. Es un lugar cerca de Santa María de la Porciúncula, y en tiempo de Francisco había un bosquecillo. Vueltos a Asís, allí se fueron los hermanos a vivir. Había allí una choza abandonada y fueron ellos a ocuparla¹. Era, ciertamente, tan pequeño el espacio, que no se podían ni sentar ni descansar; con todo, mantenían una alegría de ánimo y una serenidad constante todos ellos².

Para poder orar o descansar, Francisco escribió el nombre de los hermanos en las maderas de la choza, de manera que cada uno pudiese hallar su puesto³.

El tiempo de Rivotorto representaba, dentro de la historia del movimiento franciscano, la primavera. Allí vivieron y descubrieron tantos lados ocultos del Evangelio de Jesús Francisco y sus primeros hermanos.

Este tiempo de Rivotorto es el que Francisco canta en el poema que escribió y que tiene por título *Saludo a las virtudes*:

*“¡Salve, reina sabiduría; el Señor te salve con tu hermana la santa
pura sencillez!*

*¡Señora santa pobreza, el Señor te salve con tu hermana la santa
humildad!*

*¡Señora santa caridad, el Señor te salve con tu hermana la santa
obediencia!*

*¡Santísimas virtudes, a todas os salve el Señor, de quien venís y
procedéis!*

*Nadie hay absolutamente en el mundo entero que pueda poseer a
una de vosotras, si antes no muere. Quien posee una y no ofende a las*

¹ 1 CELANO 42.43.

² Tres compañeros 55.

³ 1 CELANO 44.

otras, las posee todas. Y quien ofende a una, ninguna posee y a todas ofende (cf Sant 2,10). Y cada una confunde los vicios y pecados.

La santa sabiduría confunde a Satanás y todas sus astucias.

La pura santa simplicidad confunde toda la sabiduría de este mundo (cf 1 Cor 2,6) y la sabiduría del cuerpo.

La santa pobreza confunde la codicia, y la avaricia, y las preocupaciones de este siglo.

La santa humildad confunde la soberbia y a todos los mundanos, y todo lo mundano.

La santa caridad confunde todas las tentaciones diabólicas y carnales y todos los temores carnales.

La santa obediencia confunde todos los quereres corporales y carnales; y mantiene mortificado su cuerpo para obedecer al espíritu y para obedecer a su hermano, /y lo sujeta y somete a todos los hombres que hay en el mundo; /y no sólo a los hombres, sino aun a todas las bestias y fieras, para que, en cuanto el Señor se lo permita desde lo alto, puedan hacer de él lo que quieran”⁴.

En este poema, Francisco lo primero que canta es la *sabiduría* que viene del Evangelio, que lleva a pensar, desear, proyectar y vivir desde él. Esta sabiduría la da el Señor a los pobres y limpios de corazón. Esta sabiduría no tiene entrada y fracasa en los sabios y entendidos de este mundo⁵.

La *pobreza* es el agua que mana de quien vive en docilidad pura y en vacío, de modo que Dios venga y lo llene de su Espíritu. Es el corazón de juglar de Francisco y su espíritu caballeresco y cortés los que le empujan a hablar de “señora” santa pobreza, “señora” santa caridad. La pobreza es la esposa pobre del esposo pobre, Jesús⁶.

Ciertamente, en Rivotorto la “señora” era la pobreza. Era extrema⁷. Francisco llamó a su Fraternidad “orden de los hermanos menores” porque “estaba fundada en la excelsa humildad y en la pobreza del Hijo de Dios”⁸. Los hermanos servían a los pobres, a los leprosos, residiendo en sus hospitales. Y “en las casas que habiten han de estar como extranjeros y peregrinos, ya que nada han de desear tener bajo el cielo si no es la santa pobreza”⁹.

La pobreza está sometida a la ternura. Si la penitencia, la mortificación y la ascesis llevan a las extravagancias, a la in-

moderación y al corazón duro, todavía no se ha entrado en el hombre nuevo del Evangelio, tallado según el espíritu de las bienaventuranzas. Francisco también creía que la penitencia ha de permitir conseguir la perfecta armonía entre espíritu y cuerpo. El resultado de esta orientación es la compasión. Una profunda humanidad es algo que se tiene a costa del rigor, la ordenación y el carácter. Por eso, cuando un hermano se puso a gritar por la noche: “¡Me muero, me muero de hambre!”¹⁰, Francisco se levantó y mandó preparar la mesa. Fue él quien empezó primero a comer, de modo que el hermano hambriento no sintiese vergüenza. También invitó a todos a unirse con gozo, saliendo al encuentro de la necesidad de este hermano.

Decía Francisco que “el siervo de Dios, tanto en el comer y dormir como en remediar otras necesidades, debe dar con discreción lo suficiente al cuerpo, para que el *hermano cuerpo* no pueda quejarse... Pero si el hermano cuerpo quiere ser negligente, perezoso y soñoliento en la oración, vigiliass y otras obras buenas, entonces lo deberá castigar como a un jumento malo”¹¹.

Francisco consideraba la vida como un don y un favor recibido de Dios, que hay que cuidar, amar y mantener en vigor¹². Tal era la preocupación de Francisco hacia los hermanos, que todos lo querían como a una madre amadísima¹³. Silvestre era uno de los hermanos. Francisco le notó tal aspecto de hambriento, que un día, de madrugada, lo despertó, hallándose todos durmiendo en la choza, y le invitó a marchar con él a buscar un racimo de uvas frescas en una viña cercana¹⁴.

Francisco alertaba de los sobresaltos que vienen encima cuando sólo se vive de las novedades sociales, políticas o científicas, apartando así el espíritu de otros negocios que son más importantes. Por eso, cuando en 1209 pasó cerca de Rivotorto el emperador Otón IV, que iba a Roma “a recibir la corona del imperio terreno”, Francisco y los suyos permanecieron en la choza. “Ni salió él a verlo ni permitió que

⁴ BAC, o.c., 47.48.

⁵ Mt 11,25-26.

⁶ 2 CELANO 55. 1 Regla 9; cf *Sacrum commercium*.

⁷ 1 CELANO 42. *Sacrum commercium* 12-15.

⁸ *Leyenda de Perusa* 9.

⁹ 2 Regla 6,2.6.

¹⁰ 2 CELANO 22; *Espejo de perfección* 27.

¹¹ *Espejo de perfección* 97; 2 CELANO 129.

¹² *Leyenda de Perusa* 96.

¹³ 2 CELANO 137; *Regla de los eremitorios*.

¹⁴ 2 CELANO 176; *Leyenda de Perusa* 53; *Espejo de perfección* 28.

saliera sino aquel que valientemente le había de anunciar lo efímero de aquella gloria”¹⁵.

En otro tiempo, Francisco, muy activo por naturaleza, había corrido también tras la gloria y el prestigio que proporciona el espíritu de este mundo. El también se sintió prisionero de ambiciosos proyectos. Ahora se consideraba el último de los hombres, y así quería ser tratado por todos como tal. Un día, un hermano le preguntó: “Hermano Francisco, ¿en qué concepto te tienes?”. Y él respondió: “Me parece que soy el más grande de los pecadores, porque, si Dios hubiese tenido con un criminal tanta misericordia como conmigo, sería diez veces más espiritual que yo”¹⁶. Otras veces, al pensar en esto, se decía a sí mismo: “Francisco, si un ladrón hubiera recibido del Altísimo tan grandes dones como tú, sería más agradecido que tú”¹⁷. Este sentido de los propios límites lo expresaba, pues, con sencillez, libre de toda altanería.

Esto le hacía vivir con gran espíritu de discernimiento, sin amargura, con una espontánea *humildad*. El predicaba delante de los obispos, nunca contra ellos y muchas veces con su permiso, todo lo contrario a los reformadores de su tiempo¹⁸. Sin jactancia reconocía lo bueno que estaba llevando a cabo el Señor por su medio en su Iglesia y en todos los hombres, dándose cuenta que a veces hombres de iglesia ironizaban sobre él.

Una vez, Francisco predicó ante el obispo de Terni, que declaró de él públicamente: “En esta última hora, Dios ha ilustrado a su Iglesia con este pobrecito y despreciado, simple e iletrado...”. Francisco se echó a sus pies, diciendo: “Verdaderamente, me has dispensado un gran honor, señor obispo..., ya que tú me has atribuido enteramente lo que me corresponde, mientras otros me lo quitan. Como dotado de discernimiento, has distinguido lo precioso de lo vil y has dado a Dios la alabanza y a mí el desprecio”¹⁹.

Francisco dio un nombre a sus hermanos: los *hermanos menores*. Este nombre señala el puesto que están destinados a

tener en el mundo y en la Iglesia: el último. Escuchando una vez el Evangelio, que habla de los pequeños y menores²⁰, él exclamó: “Quiero que esta Fraternidad se llame Orden de Hermanos Menores”, estando sometidos a todos²¹, buscando siempre el último puesto, empleándose en oficios que no dan brillo, prestigio e influencia²². Estando Francisco y Domingo de Guzmán en Roma con el cardenal Hugolino, éste les hizo la propuesta de escoger para obispos y prelados a “aquellos entre vuestros hermanos que destacan sobre los demás por la doctrina y por el ejemplo”. Después de responder Domingo, rehusando, Francisco dijo: “Mis hermanos se llaman menores precisamente para que no aspiren a hacerse mayores. La vocación les enseña a estar en el llano y a seguir las huellas de la humildad de Cristo para tener al fin lugar más elevado que otros en el premio de los santos. Si queréis que den fruto en la Iglesia de Dios, tenedlos y conservadlos en el estado de su vocación y traed al llano aun a los que no lo quieren. Pido, pues, padre, que no les permitas de ningún modo ascender a prelacías, para que no sean más soberbios cuanto más pobres son y se insolenten contra los demás”²³.

Vino una vez un ministro y hablaba con Francisco acerca de la pobreza, hasta llegar a preguntarle: “¿Qué he de hacer yo, que tengo tantos libros que suponen un valor superior a las cincuenta libras?”. A lo que Francisco respondió: “Vosotros, los hermanos menores, queréis que los hombres os consideren y os llamen los observadores del santo Evangelio, pero, en la práctica, queréis tener bolsas... Los ministros ¿piensan burlarse de Dios y de mí? Pues bien, a fin de que todos los hermanos sepan y queden advertidos de que están obligados a observar la perfección del santo Evangelio, quiero que se escriba al principio y al fin de la Regla: los hermanos están obligados a observar el santo Evangelio de nuestro señor Jesucristo”²⁴.

Este espíritu evangélico de humildad habría de presidir las casas, las iglesias, los huertos de los hermanos. “Ni quería que ocuparan ningún lugar a título de propiedad, sino

¹⁵ 1 CELANO 43.

¹⁶ 2 CELANO 123; *Espejo de perfección* 60.

¹⁷ 2 CELANO 133.

¹⁸ 2 CELANO 147; 2 *Regla* 9.

¹⁹ 2 CELANO 141.

²⁰ Mt 25,40.45; cf 2 CELANO 18.71.148.

²¹ *Testamento* 19.

²² 1 CELANO 38.

²³ 2 CELANO 148.

²⁴ *Leyenda de Perusa* 102.

que vivieran en ellos ‘como peregrinos y forasteros’. Tampoco quería que fueran establecidos muchos hermanos en cada lugar, porque le parecía difícil que, siendo muchos, se guardara la pobreza”. Este espíritu de humildad se ha de mostrar en relación al clero, obispos y sacerdotes: “... el bien de las almas que los hermanos intentan conseguir, más eficazmente lo consiguen viviendo en santa paz con el clero, ganando así a clero y pueblo, que no escandalizando a aquél, aunque se atraigan al pueblo... Dios nos ha llamado para ayuda de su fe y de los clérigos y prelados de la santa Iglesia. Por tanto, estamos obligados a amarlos cuanto podamos, a honrarlos y a respetarlos. Se llaman hermanos menores porque, al igual que por su título, por el ejemplo y las obras han de ser los más humildes de todos los hombres”²⁵.

Su benevolencia, compasión y respeto hacia los dirigentes de la Iglesia eran exquisitos. Francisco proclamaba esto en un tiempo decadente en costumbres según el Evangelio: “Quiero amar, y venerar, y tener por mis señores no solamente a los obispos, sino hasta a los pobrecillos sacerdotes”²⁶.

Las iglesias pobres de los hermanos sólo se podrán levantar con la bendición del obispo, aunque sería mejor, por más evangélico, predicar en otras iglesias: “Después de haber recibido la bendición del obispo... háganse construir casas pobres, de ramas y barro, y algunas celdas donde los hermanos puedan a veces orar y dedicarse al trabajo, para ocupar mejor el tiempo y evitar la ociosidad. Háganse también edificar iglesias pequeñas... Mayor humildad y mejor ejemplo supone salir a predicar a otras iglesias... Es siempre preferible que los hermanos construyan edificios pequeños y muy pobres, como fieles cumplidores de su profesión y dando buen ejemplo al prójimo, a que procedan contra lo que profesaron y den a los demás mal ejemplo”²⁷.

Los hermanos menores están llamados a ser un pueblo pobre, pequeño, humilde y nuevo en medio de los hombres de la tierra. “Decía Francisco que el Señor le había revelado ser voluntad suya que se llamaran hermanos menores, porque ellos son el pueblo pobre, humilde y nuevo que, por su hu-

mildad y pobreza, sea distinto de cuantos le han precedido, sintiéndose contento con tener tan sólo al mismo Altísimo y Glorioso”²⁸.

Francisco canta también en *Saludo a las virtudes a la paciencia*. “Los hermanos que van entre los no-cristianos no promuevan disputas y controversias, sino que se sometan a toda criatura por Dios (1 Pe 2,13) y confiesen que son cristianos”²⁹.

Bernardo, Gil, Junípero... fueron testigos evangélicos de esta paciencia. “Cuando los hermanos van por el mundo... no resistan al mal, sino a quien les pegue en una mejilla vuélvanle también la otra³⁰. Y a quien les quita la capa, no le impidan que se lleve también la túnica. Den a todo el que les pida; y a quien les quita sus cosas, no se las reclamen”³¹.

Los hermanos “de tal modo estaban revestidos de la virtud de la paciencia, que... muchas veces padecieron afrentas, oprobios, fueron desnudados...”³².

Transparencia, no doblez, sinceridad, sin engañar ni tener ser engañados... son los signos de la sencillez evangélica, que, en Francisco y sus hermanos, tenía un singular encanto. Así, Francisco, comiendo, bien con sus hermanos, bien con seglares, contaba con candidez lo que le habían ofrecido. “Ya que me toman por un santo —decía— sería un hipócrita, si yo no llevase la vida que ha de llevar un santo”³³.

Cuando estaba enfermo del bazo y del estómago, le permitieron coserse dentro de la túnica una piel de zorro para abrigarse. “Si quieres —dijo al guardián— que lleve esta piel bajo mi túnica, cóseme otro trozo fuera para que se sepa que llevo un forro bajo mi hábito”³⁴.

Después de una enfermedad que todos sabían, manifestó: “Confieso ante Dios y ante vosotros que en esta enfermedad he comido carne y caldo condimentado con carne”³⁵.

²⁸ *Espejo de perfección* 26.

²⁹ *1 Regla* 16.

³⁰ Mt 5,39.

³¹ Lc 6,29.30; *1 Regla* 14.

³² *1 CELANO* 40.

³³ *Leyenda de Perusa* 40; *Espejo de perfección* 62.

³⁴ *2 CELANO* 131.

³⁵ *Espejo de perfección* 61.62.

²⁵ *Espejo de perfección* 10.

²⁶ *Espejo de perfección* 10; *2 CELANO* 146.

²⁷ *Espejo de perfección* 10.

Francisco era un hombre leal, que tampoco sospechaba nunca de la lealtad ajena. Honraba a los demás, confiaba en los hombres, lejos de toda suspicacia, y creía en la palabra dada. La candidez de Francisco y sus hermanos de Rivortorto era extraordinaria: no podían creer en la malicia humana. La finura y delicadeza de conciencia eran también el aire de esta pequeña Fraternidad. “Confesaban con frecuencia sus pecados a un sacerdote secular de muy mala fama, y bien ganada, y digno del desprecio de todos por la enormidad de sus culpas... No dejaron, sin embargo, de confesarle sus pecados como solían, ni de prestarle la debida reverencia... Este sacerdote dijo un día a uno de los hermanos: ‘Mira, hermano, no seas hipócrita’... Esto empezó a intranquilizar a dicho hermano, que les comunicó a los demás: ‘Como un sacerdote no miente, se impone que creamos ser verdadero lo que ha dicho’”. Fue la intervención de Francisco lo que hizo que de nuevo recobrase la paz³⁶.

El trabajo manual era la dedicación de los hermanos en Rivortorto. Francisco ordenó que se trabajase no sólo para desechar la ociosidad y practicar la virtud, es decir, como motivo ascético o de unión con Dios, según se recordaba y transmitía en la tradición benedictina, sino como una de las consecuencias lógicas de una vida pobre, que necesita del trabajo para poder subsistir³⁷.

La Regla de los hermanos menores se abre con la invitación evangélica de renunciar a los bienes y dárselos a los pobres. Esto inevitablemente encara a los hermanos con el trabajo, poniendo su existencia en la realidad de los verdaderos pobres³⁸.

Francisco, que siempre fue débil físicamente, trabajaba con sus manos, “sin permitirse desperdiciar en nada el don precioso del tiempo”. Quienes estaban ociosos recibían reproche de Francisco³⁹.

Para Francisco, sin embargo, el trabajo está sometido a la oración, en el sentido de que ha de promover, ayudar y no distraer de la misma. “Más bien advertía a los hermanos que

tenían que orar, y no quería que, por ganar lo que es perecedero, se apague la oración”⁴⁰.

Con los ociosos e irresponsables en la cooperación a la marcha de la Fraternidad era exigente. A un hermano “que era un nadie para pedir limosna y una legión a la hora de la mesa”, le reprendió Francisco, diciéndole: “Vete por tu camino, hermano mosca, pues quieres comer del sudor de tus hermanos y estarte ocioso en la obra de Dios. Te pareces al hermano zángano, que no aporta nada al trabajo de las abejas y pretende ser el primero en comer la miel”⁴¹.

También es hermano mosca aquel que deja lo suyo a sus parientes y quiere vivir del trabajo y las limosnas de sus hermanos⁴².

Francisco, en los comienzos de su conversión, trabajó como “mozo de cocina” en un monasterio⁴³. Debía de darse alguna maña en trabajar la madera, pues “una cuaresma, en su afán de aprovechar hasta los últimos segundos de tiempo, hizo un pequeño vaso”⁴⁴. Y como esto le distrajesse cuando estaba en oración, lo arrojó al fuego.

La tarea principal de los primeros hermanos era asistencial: el cuidado de los leprosos. Esto pertenecía al espíritu primitivo de la Fraternidad. “Cuando venían a la orden, ya fueran nobles, ya plebeyos, entre otras, se les hacía la advertencia de que habían de servir humildemente a los leprosos y vivir en sus casas o leproserías, como se contiene en la primera regla”⁴⁵.

Francisco, en su Testamento⁴⁶, establece una relación entre el cuidado de los leprosos y la conversión al Evangelio por la propuesta a vivir en misericordia hacia ellos que esto entraña. A Francisco le vino la gracia de la conversión a Jesucristo a través de su experiencia del servicio de los leprosos. “El Señor mismo me condujo en medio de ellos, y prac-

⁴⁰ SAN BUENAVENTURA, *Epistola de tribus quaestionibus*, “Opera omnia” 8 (1898) 334.

⁴¹ 2 CELANO 75; *Espejo de perfección* 24.

⁴² *Leyenda de Perusa* 62.

⁴³ 1 CELANO 16.

⁴⁴ *Leyenda Mayor* 10,6; 2 CELANO 97.

⁴⁵ *Espejo de perfección* 44; *Leyenda de Perusa* 9; 1 Regla 9,3.

⁴⁶ *Testamento* 1-3.

³⁶ 1 CELANO 46.

³⁷ 1 Regla 7; 2 Regla 5; *Testamento* 20-23; *Tres compañeros* 41.

³⁸ 1 Regla 2,4.

³⁹ 2 CELANO 161.

tiqué con ellos la misericordia”⁴⁷. En ellos contemplaba a Cristo leproso, desfigurado y despojado de su dignidad⁴⁸. Ese servicio de amor a los hermanos leprosos era el noviciado que Francisco exigía a quienes deseaban ser miembros de la Fraternidad de hermanos menores. Con los leprosos había que compartir el fruto del trabajo y de lo recibido en la mendicación, según estableció en la primera regla⁴⁹.

A los leprosos, Francisco los llamaba “hermanos cristianos”. Nadie como ellos eran imagen de Cristo pobre. Una vez dijo al hermano Santiago el Simple: “No debes llevar contigo a los hermanos cristianos, pues no es conveniente ni para ti ni para ellos”. Se avergonzó después de esto al haber humillado al hermano leproso. Marchó al hermano Pedro Cattani, y le confesó su falta, diciendo: “Quiero que me confirmes la penitencia que he pensado hacer por esta falta, y te ruego que no me contradigas”. El hermano Pedro le respondió: “Hermano Francisco, haz lo que mejor te plazca”. Francisco fue a sentarse al lado del leproso, bebiendo en su copa y comiendo en su escudilla, en la que introducía sus dedos sanguinolentos y deformados⁵⁰.

Bentivoglia se llamaba un hermano que cuidaba a un leproso. Le ordenaron marcharse a otra casa. Tomó al leproso, se lo cargó y se lo llevó consigo durante todo el viaje, distante quince millas⁵¹.

Rivotorto era un mundo de libertad, en el que se habían dejado atrás los deseos atormentadores y afanosos de la envidia, los celos y la competencia. “No se oía murmuración o queja alguna; antes bien, con ánimo sereno y espíritu gozoso, conservaban la paciencia”⁵². Este espíritu de serenidad, de pacificación y de no violencia es el estilo que Francisco deseó para sus hermanos. “Y dondequiera que estén o en cualquier lugar en que se encuentren unos con otros, los hermanos deben tratarse espiritual y amorosamente y honrarse mutuamente, sin murmuración (1 Pe 4,9). Y guárdense de mostrarse tristes exteriormente o hipócritamente ceñudos; mués-

trese, más bien, gozosos en el Señor (cf Flp 4,4), y alegres y debidamente agradables”⁵³.

Con la *jovialidad* de Francisco no podían ni el cansancio, ni las desilusiones, ni los trabajos. El había soñado siempre con ser caballero. Ahora lo era de su Señor Jesús. Por El todo lo dejó y estaba dispuesto a padecer lo que fuese menester por serle fiel⁵⁴. La fidelidad a Jesús, el Señor, sabía su caballero, Francisco, que se lleva adelante a través de muchas tribulaciones, angustias y combates⁵⁵. Esto exige entereza y ánimo dispuesto a luchar frente a los asaltos de todo aquello que quiere separar al hombre y arrancarle esta lealtad⁵⁶. El seguimiento no es un camino para blandos y sentimentales, sino para recios y decididos. Lo sabía Francisco y lo advertía a sus hermanos. Esta jovialidad, que inundó siempre el espíritu de Francisco y con la que contagió a quienes con él vivieron y lo conocieron, la manifestó ya al comienzo de su conversión, cuando al echarle mano los bandoleros en el bosque y precipitarle en un barranco de nieve, él respondió: “Soy el pregonero del gran Rey. ¿Qué queréis?”⁵⁷.

La *alegría espiritual* es fruto de un corazón limpio y acallado ante Dios. Y esta limpieza dimana de una continua oración. Es la enseñanza de Francisco. “Hermanos míos, ya que la alegría espiritual dimana de la limpieza de corazón y de la pureza de una continua oración, es necesario poner todo el empeño posible en adquirir y conservar estas dos virtudes, con el fin de que, para edificación del prójimo y escarnio del enemigo, podáis tener esta alegría interior y exterior, que de todo corazón deseo y amo verla y sentirla tanto en mí como en vosotros. Al demonio y a su comparsa toca estar tristes; a nosotros, en cambio, alegrarnos y gozarnos en el Señor”⁵⁸.

Lo que saca del hombre la tristeza y la tiniebla no son las palabras humanas, ni siquiera los libros, sino el ponerse a rezar. Esta era la conducta de Francisco. “Evitaba con sumo

⁴⁷ *Ib.*

⁴⁸ *Floreccillas* 25; cf Is 53,3.4.

⁴⁹ *1 Regla* 8,10.

⁵⁰ *Espejo de perfección* 58.

⁵¹ *Floreccillas* 25.

⁵² *1 CELANO* 42.

⁵³ *1 Regla* 7.

⁵⁴ *1 CELANO* 92.

⁵⁵ *1 CELANO* 93.

⁵⁶ *Ib.*

⁵⁷ *1 CELANO* 16.

⁵⁸ *Espejo de perfección* 95.

cuidado la pésima enfermedad de la flojera, de manera que, a poco que sentía insinuársele en el alma, acudía rapidísimamente a la oración”⁵⁹. Desde ahí él predicaba la paz y la conversión⁶⁰.

Los últimos meses de su vida, Francisco fue perdiendo la vista corporal, pero se le fue dando cada vez una luz más intensa, penetrante y ardiente, sin que muriese en él la alegría⁶¹.

Le preocupaba el estado de ánimo y el gozo de sus hermanos. Se gozaba con ellos y se entristecía con ellos. Al volver un día un hermano de mendigar, Francisco le salió al encuentro y lo besó. El hermano, lleno de gozo, venía cantando. “Bendito sea mi hermano —dijo Francisco—, que va presto, humilde pide y vuelve contento”⁶². El servicio de los hermanos menores a los hombres es compartir con ellos la alegría que les ha sido dada. “Así quiero que vayan y vuelvan mis hermanos con la limosna: alegres, jubilosos y alabando a Dios”⁶³.

Francisco era un hombre maduro y honesto, porque no gustaba que “esta alegría se manifestase con risas y exceso de palabras vanas, porque así no se demuestra la alegría, sino, más bien, la vanidad y fatuidad”⁶⁴.

Al componer el *Canto del hermano sol*, él mandó al hermano Pacífico, “el rey de los versos”, y a los demás hermanos que lo cantasen por las calles y las plazas. El hermano con más facilidad para hablar, después de esto, habría de dirigirse al pueblo, diciéndole: “Nosotros somos juglares del Señor, y esperamos vuestra remuneración, es decir, que permanezcáis en verdadera conversión”. Francisco añadía a esto: “¿Pues qué son los siervos de Dios sino unos juglares que deben levantar y mover los corazones de los hombres hacia la alegría espiritual?”. “Y de manera muy especial decía esto de los hermanos menores, que ha puesto Dios en el mundo para salvación de su pueblo”⁶⁵.

⁵⁹ 2 CELANO 125.

⁶⁰ 1 CELANO 23.36.

⁶¹ *Leyenda menor* 3,3; 1 CELANO 107.

⁶² 2 CELANO 76.

⁶³ *Espejo de perfección* 25.

⁶⁴ *Espejo de perfección* 96; *Aviso espiritual* 20,1-3.

⁶⁵ *Espejo de perfección* 100.

Sentía preocupación también por la tristeza que aprisiona el corazón de los hombres. El la llamaba “mal babilónico”⁶⁶. La alegría en la cara es signo de una vida en paz, integrada, reconciliada y transparente. “Amaba en sí y en los demás la sensatez y madurez en el rostro y en todos los miembros del cuerpo y sus sentidos, y en cuanto podía inducía a esto de palabra y con el ejemplo”⁶⁷.

El alejamiento, endurecimiento y rebeldía contra Dios crean un lago de tristeza que anega la existencia de los hombres. Esto le hacía a Francisco estar atento, de manera cordial y delicada, a la situación de sus hermanos. “Una vez reprendió a uno de sus compañeros, que aparecía con cara triste, y le dijo: “¿Por qué manifiestas en lo exterior dolor y tristeza de tus faltas? Muéstrasela a Dios; pídele que te perdone por su misericordia y devuelva a tu alma la alegría de su salvación”⁶⁸, de la que has sido privado por el demérito del pecado... Es indigno del siervo de Dios aparecer ante sus hermanos u otros con tristeza y rostro turbado”⁶⁹.

Toda la ternura, candidez y frescura de esta primavera de Rivotorto tiene su expresión en las *Florecidas*. Ellas son testigo de estos primeros tiempos. Posiblemente sean ellas la obra maestra de toda la literatura universal, al estar del todo limpias de amargura y describiendo al hombre, transfigurado, en el disfrute real de la felicidad y de la reconciliación.

En todo este tiempo, Francisco no había abandonado su ministerio apostólico. Los sábados subía a Asís. Los canónigos tenían un huerto con una choza. Allí pasaba Francisco la noche en oración. El domingo por la mañana predicaba al pueblo en la catedral de San Rufino⁷⁰. Exhortaba siempre a la paz, al perdón de corazón, a tender la mano, a olvidar las ofensas. Por su palabra de pacificación hicieron las paces un día los ciudadanos de Arezzo, enfrentados a muerte en una guerra civil⁷¹.

La estancia en Rivotorto acabó de una manera inesperada, a la vez ingenua y tozuda. Un día llegó por allí un cam-

⁶⁶ 2 CELANO 125.

⁶⁷ *Espejo de perfección* 96.

⁶⁸ Salmo 50,14.

⁶⁹ *Espejo de perfección* 96; 2 CELANO 128.

⁷⁰ *Leyenda Mayor* 4,4.

⁷¹ 2 CELANO 108.

pesino con su burro. Los hermanos estaban en oración en la choza. Allí metió el buen hombre a su animal, al tiempo que le decía: “¡Entra, entra, porque haremos un favor a este lugar!”. Francisco, ante esto, animó a sus hermanos: “Bien sé, hermanos, que el Señor no nos ha llamado para preparar albergue a ningún asno ni para recibir frecuentes visitas de hombres, sino para que nos dediquemos principalmente a la oración y acción de gracias, predicando de tanto en tanto a los hombres el camino de la salvación y dándoles consejos saludables”⁷².

5. Los nuevos hermanos

Día tras día, el número de hermanos que venían a la Fraternidad crecía. Por eso, junto con ellos, Francisco decidió pedir al obispo o a los canónigos de Asís “una iglesia pequeña y muy pobre, donde los hermanos puedan recitar sus horas, y tener junto a la misma solamente una casa pequeña y pobrecilla, construida de barro y madera, donde los hermanos puedan descansar y dedicarse a lo que han menester”.

A la petición de Francisco respondieron negativamente tanto el obispo como los canónigos. Marchó él entonces a ver y hablar con el abad del monasterio benedictino de San Benito, contándole su petición y negativa. El les cedió la iglesita de Santa María de la Porciúncula, “la más pobre de todas las que poseían y también la más pobre de todos los alrededores de la ciudad de Asís”. Esto llenó de agradecimiento el espíritu de Francisco, que cada año mandaba se enviase a los monjes “en señal de mayor humildad y pobreza una canastilla de peces pequeños... Y cuando los hermanos llevaban los pececillos a los monjes, éstos, en razón de la humildad de Francisco, que por iniciativa propia tenía este gesto, le enviaban a él y a sus hermanos una cántara de aceite”¹.

Para Francisco, la iglesita de la Porciúncula y la casa de los hermanos, junto a ella, ambas pequeñas y pobres, habrían de ser el prototipo de las demás iglesias y casas que para ellos se habrían de construir en la medida que la Orden se iba extendiendo. Con todo, a esto se empezaron a oponer tanto los ministros como los intelectuales y estudiosos, cons-

⁷² 1 CELANO 44; *Tres compañeros* 55b.

¹ *Leyenda de Perusa* 56; *Espejo de perfección* 55.

tituyendo para Francisco un conflicto y un tormento para su conciencia de hombre radicalmente evangélico².

El espíritu que aleteaba sobre la Fraternidad de la Porciúncula, en expresión de Francisco, era el de las “madres” y los “hijos”. Las madres eran aquellos que desempeñaban los quehaceres de Marta. Los demás, como María, se dedicaban a la escucha del Maestro. Eran los hijos. De cuando en cuando se invertían los papeles, haciendo los hijos de madres y las madres de hijos. Se obedecían mutuamente, sirviéndose unos a otros de buen grado. “Esta es la verdadera y santa obediencia de nuestro Señor Jesucristo”³. Con el pasar del tiempo, en las casas donde había más de tres o cuatro hermanos, las “madres” fueron sustituidas por los “guardianes”, llamados así posiblemente porque a la vez que de los hermanos cuidaban de la puerta.

La Fraternidad evangélica había de acoger con cortesía y caridad a todos cuantos llamasen a su puerta, fuesen ladrones o malhechores.

Las ocasiones de vivir estas exigencias se les iban presentando a los hermanos. En Monte Casale había un eremitorio. Un día aparecieron por allí unos ladrones a pedir limosna. El hermano Angel, el guardián, les echó en cara su desvergüenza y les cerró la puerta. Francisco y su compañero habían ido a mendigar. A la vuelta, el guardián, ufano, les contó lo sucedido. Francisco “le respondió fuertemente, diciéndole que se había portado cruelmente, porque mejor se conduce a los pecadores a Dios con dulzura que con duros reproches...”. Y le mandó por santa obediencia llevar su alforja, buscarlos, ofrecerles el pan y el vino, confesando su dureza y su culpa. Y que les comunique “que no hagan ningún daño en adelante, que teman a Dios y no ofendan al prójimo... Si lo hacen así —añadió Francisco—, yo me comprometo a proveerlos de lo que necesiten y a darles siempre de comer y de beber”. “Una vez que les hayas dicho esto con toda humildad, vuelve aquí”.

Francisco, en la Regla, escribirá a este respecto: “Y todo aquel que venga a ellos, amigo o adversario, ladrón o bandi-

do, sea acogido benignamente”⁴. Les tocaron el alma estas palabras a los “*hermanos ladrones*”, que vinieron a ver a Francisco. “Los recibió con caridad y bondad, los animó con muchos ejemplos, les aseguró de la misericordia de Dios y les prometió con certeza que se la obtendría de Dios, haciéndoles ver cómo la misericordia de Dios es infinita... Francisco los recibió en la Orden y comenzaron a hacer gran penitencia”⁵. A ejemplo de Jesús de Nazaret, la naciente Fraternidad no excluía a nadie, acogiendo a los desviados y perdidos.

Había un labriego, con muchísimos hermanos, que se llamaba Juan. Dejando su casa, su labor y sus bueyes, vino a pedirle a Francisco vivir con él y sus compañeros. Le amaba tanto, que imitaba de modo literal a Francisco. Murió pronto. Y Francisco le proponía, por el ejemplo de su vida, como camino a seguir. Con gran gozo no lo llamaba Juan el Simple, como solían, sino san Juan⁶.

Junípero era el hermano lleno de espontaneidad. Sus extravagancias molestaban a quienes se las daban de equilibrados y prudentes. Estando en la ciudad de Viterbo, lo tomaron por espía y lo llevaban ya a sentenciar a muerte, ahorcándolo. Al enterarse su hermano guardián, fue a salvarlo. Junípero no quiso defenderse. Sólo quería observar aquellas palabras del Evangelio de Jesús: “Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: No resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha, ofrécele también la otra”⁷. Junípero no caía tampoco en el “culto a la personalidad”, gustando que lo reverenciasen y le rindiesen honores más que a los demás⁸. Así una vez, al entrar en Roma, salieron a recibirlo algunas personas devotas. Viendo a unos niños que jugaban al columpio, se puso a montar en él, teniendo que marcharse sus admiradores.

El leía en la Regla, que propone las palabras del Evangelio: “Y a quien les quita la capa, no le impidan que se lleve

⁴ 1 Regla 7,14.

⁵ Florecillas 26; *Espejo de perfección* 66.

⁶ 2 CELANO 190; *Espejo de perfección* 57.

⁷ Mt 5,38-39.

⁸ He 10,25-26: “Cuando Pedro entraba, salió Cornelio a su encuentro y cayó postrado a sus pies. Pedro le levantó, diciéndole: Levántate, que también yo soy un hombre”.

² *Espejo de perfección* 84; cf *ib.* 10,11.

³ 1 Regla 5,13-15; *Regla de los eremitorios*.

también la túnica. Den a todo el que les pida; y a quien les quita sus cosas, no se las reclamen”⁹. De ahí que, viendo a pobres más que él, cortaba trozos de su túnica o les daba la túnica entera. Su guardián, conociendo su forma de ver y de hacer, le reprendía por ello. Una vez, sin embargo, Junípero se halló ante un pordiosero andrajoso. “En mala hora has dado conmigo, amigo, —le dijo—. Mi guardián me acaba de prohibir regalar la túnica a nadie. Con todo, si tú me la quieres quitar, no voy a ser yo quien te lo impida”. El pordiosero le quitó la túnica, llegando a casa Junípero en calzoncillos.

Estando en la basílica de San Francisco, en Asís, cortó los flecos del altar mayor, del que colgaban unas campanillas de plata, de gran valor, dándoselas a una pordiosera. El ministro general de la Orden le reprendió tanto que quedó ronco. Ya por la noche, se levantó Junípero, le preparó una papilla con mantequilla para que, tomándola, se pusiese bueno. El ministro general se molestó, tomando esto como una broma pesada. “Bueno, está bien —dijo Junípero—, ya que no te va mi papilla, hazme el favor de cogerme la vela y alumbrarme mientras yo me la como”.

Según el corazón y el espíritu de Francisco, Junípero era un ministro, es decir, un servidor de sus hermanos. Sin duda, él había oído muchas veces de su boca lo que después escribió en la Regla: “Ninguno de los hermanos tenga potestad o dominio, y menos entre ellos... Y todo el que quiera hacerse mayor entre ellos, sea ministro y siervo, y el que es mayor entre ellos, hágase como el menor”¹⁰... Sírvanse y obedézcanse unos a otros de buen grado”¹¹. Esta es la verdadera y santa obediencia de nuestro Señor Jesucristo”¹². “Y el ministro procure proveer tal como querría que se hiciese con él, si se encontrase en caso semejante”¹³. La dignidad de los hermanos menores viene medida, pues, por la voluntad de lavarse los pies unos a otros. Junípero estaba siempre movido de este espíritu, del más puro Evangelio de Jesús. “Los que han sido constituidos sobre otros gloriense de tal prela-

cía, tanto como si estuviesen encargados del oficio de lavar los pies a los hermanos”¹⁴.

Visitando un día a un hermano enfermo, Junípero le preguntó: “¿Qué podría yo hacer por ti?”. Aquél le respondió: “Creo que me pondría mejor si pudiese comerme una patita de cerdo”. Junípero salió en busca de un machete, se marchó al bosque y al primer cerdo que vio le cortó una pata. La guisó y en seguida se la trajo preparada a su hermano enfermo. Al poco tiempo apareció el amo, enfadado contra los hermanos. Francisco no logró calmarlo, y mandó al hermano Junípero a darle explicación y pedirle perdón por la fechoría”¹⁵.

Era hermosa la amistad y la solicitud entre los hermanos. Estaba constantemente presente la memoria de las palabras de Francisco: “Y dondequiera que estén y se encuentren unos con otros los hermanos, condúzcanse mutuamente con familiaridad entre sí. Y exponga confiadamente el uno al otro su necesidad, porque si la madre nutre y quiere a su hijo carnal”¹⁶, ¿cuánto más amorosamente debe cada uno querer y nutrir a su hermano espiritual?”¹⁷.

Este amor mutuo era el testimonio que ellos ofrecían al mundo de los hombres, reconociéndoles así por verdaderos discípulos de Jesús”¹⁸. Junípero representa un modo de ser franciscano a lo largo de la historia. Francisco lo quería con toda su alma, y respetando la “gracia” de cada hermano, de Junípero subrayaba y proponía su paciencia”¹⁹. De él solía decir Francisco: “¡Quién me diera un bosque de Juníperos!”. Clara lo apodaba cariñosamente el “juglar de Dios”, y quiso estuviere presente, junto a su cabecera, cuando ella moría en 1253.

El hermano *Gil* es otro de los hombres que, después de Bernardo de Quintaval y Pedro Cattani, se juntó en seguida a Francisco. Gil es el representante ejemplar más genuino y puro del franciscanismo de los comienzos. Hombre intuitivo, naturalmente agudo, en ocasiones su ironía resultaba cáusti-

⁹ Lc 6,29-30; 1 Regla 14.

¹⁰ Lc 22,26.

¹¹ Gál 5,13.

¹² 1 Regla 5,9-12.

¹³ 1 Regla 6,2.

¹⁴ *Aviso espiritual* 4.

¹⁵ La vida del hermano Junípero se halla descrita en la *Crónica de los 24 Generales*, en “*Analecta Franciscana*” 3, Quaracchi 1897, 54-64.

¹⁶ 1 Tes 2,7.

¹⁷ 2 Regla 6,7-8.

¹⁸ *Tres compañeros* 41.

¹⁹ *Espejo de perfección* 85.

ca. Hombre de Dios, de una hondísima experiencia religiosa y mística.

Gil fue siempre un jornalero. Trabajaba donde le llamaban y le contrataban. Hoy en una granja, mañana en un monasterio, el otro día de criado en el palacio del cardenal Nicolás, en Rieti. Cuando estaba para embarcarse para Tierra Santa, paró unos días en Brindis hasta que se le arreglase el pasaje. Tomó un cántaro de agua y un vaso de metal, y de aguador, con el cántaro al hombro, iba ofreciendo agua por las callejuelas de la ciudad: “¿Quién quiere agua fresca? ¡A la rica agua fresca!”. Al regreso, desembarcó en Ancona. Allí se puso a fabricar cestillos de junco y, como enterrador, conducir a los muertos al cementerio.

Como pago de su trabajo, Gil jamás aceptaba dinero. En el deseo de observar las palabras del Evangelio: “No os preocupéis del día de mañana”²⁰, la costumbre en la Porciúncula era no recibir en especie más de lo que se podía consumir en el día²¹. Esto también lo cumplía el hermano Gil.

A veces, después de la recolección del verano, Gil se iba a espigar. Un día un campesino le ofreció unas gavillas de sus campos. Gil se lo agradeció, diciendo: “Vivo como las aves del cielo: no tengo granero donde guardar mi trigo”. Iba por haces de leña al monte o al bosque, trayéndolos al hombro. Una vez, una señora quiso pagarle más de lo convenido los haces de leña. Gil respondió: “¡Dios me libre de caer en la avaricia!”.

Estando en Roma, un señor buscaba quien le varease las nueces de su nogal. Buscando, no encontró a nadie. Por fin, se enteró el hermano Gil, y se ajustó yendo a medias en las nueces que cogiesen. Gil, hecha la señal de la cruz, se puso manos a la obra, trepando árbol arriba. Al atardecer dio por acabada su tarea. Tantas fueron las nueces que le correspondieron, que no sabía en dónde recogerlas. Se quitó su túnica e hizo así un saco para llevárselas, repartiendo abundantemente entre los pobres.

No tenía facilidad para hablar, y lo reconocía; por eso prefería permanecer en silencio. Cuando otros hermanos ha-

blaban en público, él los recomendaba al Señor para que les diese palabra ardiente y acertada.

Como campesino que era, Gil era un iletrado. Con todo, tuvo el don de penetrar en la hondura de los hombres y en el secreto de las cosas. Entre sus hermanos, ejerció un cierto magisterio espiritual. Sus sentencias y dichos, llenos de unción espiritual y buen sentido han llegado hasta nosotros²². San Buenaventura lo estimaba grandemente como a hombre de Dios y lo consideraba maestro en la vida del espíritu. En él se inspiró para escribir sus tratados místicos.

Gil era un admirador de Francisco; como él, componía versos, cantaba, bailaba y tocaba el violín, acompañándose con dos palos.

El formaba parte de los fieles al espíritu de Rivotorto y de la Porciúncula; por eso se lamentaba, después de la muerte de Francisco, de la degeneración y mundanismo en que habían caído tantos hermanos. Una vez, en Perusa, el hermano León le contó acerca del magnífico convento que el hermano Elías estaba construyendo, junto a la basílica de San Francisco, en Asís, en la colina del infierno. Lleno de tristeza, se echó a llorar, diciendo: “¡Vaya! ¡Ya sólo os falta ahora tener mujeres!”.

“Hermano Gil, ¿cómo te atreves a decir estas cosas?”, le requirió el hermano León. “He querido decir que, como habéis abandonado la santa pobreza, ya sólo os queda que abandonéis la santa castidad, que también profesasteis”²³.

Cuando Francisco dejaba la Porciúncula y se marchaba a la soledad solía coger como compañeros a los hermanos Angel, Rufino, Maseo y León. Su lugar eran Las Cárceles, en la ladera del monte Subasio. Allí se encuentran, en pleno bosque, unas cuantas cavernas abiertas. Es un lugar de silencio, que todavía conserva el aire y el perfume de la vida de aquellos primitivos tiempos del franciscanismo. El hermano Silvestre solía pasar allí largos días y noches. El, “como otro Moisés, tenía la dicha de conversar con Dios como un amigo habla con su amigo”²⁴. La tradición franciscana conserva el

²⁰ Mt 6,34.

²¹ *Espejo de perfección* 19.

²² Son los “Dichos del beato Gil” (Dicta beati Aegidii), editados en “Bibliotheca Franciscana Ascetica Medii Aevi”; Quaracchi 1905.

²³ Su vida, extensamente referida, se encuentra en la *Crónica...*, o.c., 74-115.

²⁴ *Floreillas* 2; cf Ex 33,11.

recuerdo todavía de la gruta del hermano Francisco, del hermano Silvestre, del hermano Rufino y del hermano Bernardo.

Bernardo fue el primer compañero de Francisco que se le unió en el camino del Evangelio. Ya el año 1211 Francisco lo envió a Bolonia para que abriese allí una casa²⁵. Horas y días enteros pasaba en oración, olvidándose de comer. “De todos los hermanos, Bernardo era el más humilde; además, descollaba en la interpretación de los pasajes más difíciles de las Sagradas Escrituras y, cual otro san Juan, mereció elevarse, como águila, hasta la luz de la divina sabiduría”²⁶.

El hermano Elías lo persiguió, hasta el punto que, si hubiese logrado cogerlo, lo hubiese enviado, apresado, a los calabozos que él, ministro general, había mandado construir para castigo de los hermanos. Y es que un día, Bernardo, impulsado por su espíritu evangélico-franciscano, manifestó lisa y llanamente, ante un grupo de hermanos, lo que pensaba del tren de vida principesco y mundano que llevaba el hermano Elías. Este, que admiraba a Francisco, pero no lo amaba, yendo como él en seguimiento de Cristo pobre, se encolerizó y juró que Bernardo iría a dar con sus huesos en la cárcel. A toda prisa, éste tuvo que huir de Asís. Era el año 1238. Durante dos años permaneció escondido en los bosques entre Camerino y Nocera. Elías, hombre orgulloso y prepotente, no soportaba las palabras, que, como denuncia profética, le mandaba el Señor por medio de los más fieles hermanos.

Estando ya para morir, Bernardo, el primogénito de la vida franciscana, habló así a los hermanos presentes: “Hermanos, os he de decir que, por mi parte, por nada del mundo y de otros mil mundos como éste quisiera haber vivido de otra manera ni servido a otro Maestro que a nuestro Señor Jesucristo”.

Francisco decía del hermano Bernardo “que era digno de toda consideración y que era él quien había fundado este Orden, porque fue el primero en abandonar el mundo sin reservarse cosa alguna, sino dándolo todo a los pobres de Cristo; él fue el iniciador de la pobreza evangélica al ofrecer-

se a sí mismo, despojado totalmente, en los brazos del Crucificado”²⁷.

En la descripción del perfecto franciscano, Francisco habla de “la fe del hermano Bernardo, que, con el amor a la pobreza, la poseyó en grado perfecto”²⁸. Este espíritu de oración y su gran pureza son perlas de la tradición espiritual viva del franciscanismo²⁹.

Los inquietos intelectuales creyentes de su tiempo, venían a ver al hermano Bernardo y a escuchar sus palabras sabias: “Llegó a una tal clarividencia y luz de la mente, que aun los hombres más doctos acudían a él en busca de solución de cuestiones difíciles y de pasajes intrincados en la Sagrada Escritura; y él aclaraba toda dificultad... Por esta razón solía decir de él el hermano Gil que no a todos se concede este don otorgado al hermano Bernardo”³⁰.

Rufino era también de Asís, como Bernardo. De familia noble, era primo de Clara. Tímido, recatado, amante del silencio, tal vez algo tartamudo, por lo que, sintiéndose acomplejado, se horrorizaba teniendo que hablar en público. Francisco, siempre comprensivo con él, una vez lo probó, mandándolo en calzoncillos a predicar a la ciudad de Asís. Esto para él resultó de una gran humillación y, a la vez, curación de sentimientos mundanos al pertenecer a la flor y nata de la ciudad³¹.

Estando en Las Cárces, se sentía deprimido y atormentado al preguntarse por su salvación. Cristo quitó de él los densos nubarrones³².

Le daba vergüenza mendigar y tampoco sentía inclinación por predicar, tanto que pensó que el Señor le llamaba a vivir como ermitaño. De manera manifiesta llegó a apartarse de Francisco. Este mandó al hermano Maseo que lo fuese a buscar. Rufino le respondió con brusquedad: “¡Qué tengo yo que ver con el hermano Francisco!”. Maseo le hizo ver que estaba engañado y encerrado en sí mismo; por eso se

²⁵ *Floreillas* 5.

²⁶ *Floreillas* 28.

²⁷ *Floreillas* 2.

²⁸ *Espejo de perfección* 85.

²⁹ *Floreillas* 3.

³⁰ *Floreillas* 28; la vida del hermano Bernardo está en la *Crónica...*, o.c., 35-45.

³¹ *Floreillas* 30.

³² *Floreillas* 29.

sentía perdido. Al fin, decidió ir al encuentro de Francisco. Viéndole venir de lejos, éste comenzó a gritarle: “¡Rufino, Rufino, tontuelo! ¡Vaya por Dios!, ¿de quién te has ido a fiar?”³³.

Junto con los hermanos León y Angel, Rufino tomó parte en la compilación de los *Tres compañeros*³⁴.

León es, sin duda, el más célebre de los compañeros de Francisco. Al ser sacerdote, Francisco lo tomó como confesor y secretario. Tal era su dulzura y su candor que Francisco lo llamaba “hermano ovejuela de Dios”³⁵. Era el discípulo amado de Francisco. La “florequilla” de la “perfecta alegría” es uno de los textos más hermosos y diáfanos de la literatura cristiana³⁶. Lo es asimismo la narración en que el hermano Francisco y el hermano León rezan el oficio sin breviario³⁷.

Al haber sido el más íntimo confidente de Francisco, los defensores del primitivo franciscanismo acabaron viendo en él al único y al auténtico intérprete del espíritu de san Francisco.

Un día, el hermano León marchó a Asís. Entró en la basílica de San Francisco y, sacando un martillo, rompió a martillazos un cepillo de mármol dispuesto allí para recoger las limosnas de los fieles. El hermano Elías, constructor de la basílica y del sacro convento, mandó que lo azotasen y lo encarcelasen.

Gran parte de las fuentes biográficas sobre san Francisco se inspiran en los recuerdos que dejó escritos el hermano León. A él dio Francisco el escrito autógrafo con la bendición y las alabanzas, que León llevó siempre en su pecho, junto a su corazón, como precioso memorial³⁸.

Al paso de los días, Asís y su comarca sentían vivir, bajo este aire que Francisco y sus hermanos esparcían, un nuevo despertar cristiano. La reputación de la Fraternidad de Asís iba de boca en boca: ellos ofrecían una presencia evangélica fresca en su ir y venir, en su trabajar y vivir como los pobres y con los leprosos, en su rezar en común y en silencio en las iglesias de San Damián, de la Porciúncula y del retiro de Las Cárceles.

También para las mujeres, ya que para los hombres lo había sido ya, la Fraternidad de Francisco y sus hermanos fue una llamada y una gracia. La primera en ser llamada fue Clara de Offreducci, prima del hermano Rufino. Nacida y educada en una familia noble y aristocrática, era once años más joven que Francisco. Su padre se llamaba Favarone y su madre Ortolana, mujer decidida y religiosa, que en aquella época realizó tres peregrinaciones: Tierra Santa, Roma y Monte Gargano, en el sur de Italia, santuario de San Miguel Arcángel. Dice la leyenda que Ortolana, estando encinta, tuvo una visión: el fruto de su vientre sería luz para muchos; de ahí el nombre de Clara puesto a su hija en el bautismo.

La joven Clara entendía y escribía el latín, le encantaba la música y le gustaban las predicaciones doctas y el hablar elegante. En su palacio oyó a los trovadores, leyó romances y supo de la literatura cortesana. Cosía primorosamente; testigo de ello es la preciosa alba que hizo para Francisco, diácono de la Iglesia, y que se conserva todavía en el monasterio de las clarisas de Asís.

Clara es, con seguridad, una de las figuras femeninas más nobles y encantadoras que han dejado sus huellas en la his-

³³ *Ib.*

³⁴ Su vida, en la *Crónica...*, o.c., 46-55.

³⁵ *Florequillas* 8.

³⁶ *Ib.*

³⁷ *Florequillas* 9.

³⁸ Su vida está en la *Crónica...*, o.c., 65-73.

toria. Ya a los doce años sus padres la habían prometido a un joven. Ella, por el contrario, estaba decidida a seguir el camino que Dios la iba ofreciendo de manera cada vez más luminosa. Oía la predicación de Francisco en las iglesias de Asís y en la catedral. La admiración por él iba de la mano del deseo de entregarse a Dios como él y sus hermanos. Por fin, un día fue a encontrarlo en secreto y le abrió de par en par su corazón: su familia quería casarla, muy en contra suya. Sólo Jesucristo sería su esposo. Francisco sabía en propia carne la resistencia a las ilegítimas pretensiones de este mundo. La conversión a Jesucristo y su Evangelio hizo que dejase de ser “el rey de la juventud” y se entusiasmase caballeramente como “juglar de Dios”¹.

También esto había impresionado hondamente a Clara. Ambos decidieron adelantar el desenlace: la noche del Domingo de Ramos ella salió de la casa paterna. Era el día 18 de marzo de 1212. Ella, junto con su prima Pacífica de Gueffuccio, huyeron del palacio de los Offreducci y se fueron a encontrar a los hermanos menores de la Porciúncula. Presentes todos los hermanos, Francisco les cortó la cabellera y las vistió una túnica parecida a la suya ante el altar de Nuestra Señora de los Angeles. Seguidamente las condujo al monasterio de las benedictinas de san Pablo, distante de allí tres kilómetros.

La vida evangélica de Francisco resultó contagiosa. Con él, como con Abrahán (Gén 12,1ss), marcharon otros, “seducidos” por Dios. La virginidad, vivida como íntima comunión con El, libera de la preocupación de vencer la muerte mediante el matrimonio y la generación.

A la mañana siguiente, sus padres y parientes fueron en su búsqueda. Cuando estos acontecimientos se ven tan sólo desde las perspectivas de la carne y de la sangre, parecen siempre locuras. A Jesús de Nazaret entonces, a Francisco después² y ahora a Clara, pretendieron los suyos hacerla entrar en razones, pues eso era cosa de “no estar en sus cabales”. Clara no volvería atrás. Su mano estaba ya puesta en el arado³. Ante la presión de sus parientes, Clara, junto al

altar, mostró su cabeza ya rapada, señal de su consagración total a Cristo. Su decisión era, pues, irrevocable. Sus bienes serían todos repartidos a los pobres, no pudiendo siquiera sus familiares, como hubiesen deseado, conservarlos en el patrimonio familiar.

Después de esto, Francisco, acompañado de los hermanos Bernardo y Felipe, trasladó a Clara y a Pacífica a la abadía de Sant’Angelo di Panzo, en las faldas del monte Subasio.

Ocho días después de Pascua, Inés, hermana de Clara, repitió lo sucedido. Tenía quince años y era novia. Abandonó su casa y se unió a su hermana y a su prima. Hubo presiones más fuertes que sobre su hermana de parte de sus parientes, incluso la arrastraron en medio de hombres armados. Francisco le cortó asimismo la cabellera. Resultó todo imposible.

Las tres hermanas pobres tenían necesidad de un lugar para vivir y de una regla, que les ayudase a seguir el camino abrazado bajo el contagio de Francisco. Fueron los benedictinos quienes ofrecieron a Francisco la iglesita de San Damián, en la que él había escuchado la invitación premurosa del Crucificado: “Francisco, ¿no ves que mi casa se derrumba? Anda, pues, y repárala”⁴. Este sería el monasterio de las “Damas Pobres”. La Iglesia de Cristo se estaba reconstruyendo desde las iglesitas de Santa María de la Porciúncula y de San Damián, reparadas con el sudor y las manos, el corazón y el amor de Francisco. Ambas eran ahora un símbolo de la Iglesia, viva por el Evangelio, que se estaba ya alzando.

En San Damián nació, pues, la Orden de las “Damas Pobres” o Clarisas. Allí vivió Clara hasta su muerte. Después vino su otra hermana, Beatriz, y también su madre, Ortolina, andando todas en seguimiento de Cristo pobre. Dos sobrinas, Balbina y Amada, se hicieron asimismo damas pobres.

Francisco, como fundador⁵, escribió para las hermanas una regla parecida a la escrita para los hermanos, exaltando igualmente la santa pobreza. “Y viendo el bienaventurado Padre que no nos arredraban la pobreza, el trabajo, la tribu-

¹ 2 CELANO 7.

² Mc 3,21; *Tres compañeros* 19.20; 1 CELANO 15; 2 CELANO 12.

³ Lc 9,62.

⁴ *Tres compañeros* 13.14; 2 CELANO 10.11.

⁵ 1 CELANO 18b.

lación, la afrenta, el desprecio del mundo; antes al contrario, que consideráramos todas estas cosas como grandes delicias, movido a piedad, nos redactó la *fórmula de vida* en estos términos: 'Ya que por divina inspiración os habéis hecho hijas y siervas del Altísimo sumo Rey celestial y os habéis desposado con el Espíritu Santo, eligiendo vivir según la perfección del santo Evangelio, quiero y prometo dispensaros siempre, por mí mismo y por medio de mis hermanos, y como a ellos, un amoroso cuidado y una especial solicitud'"⁶.

Los hermanos no sólo ejercían el ministerio en San Damián, sino que, después de pedir limosna, compartían lo recogido con las damas pobres. Años después, un ministro general de la Orden, Juan Parente, prohibió a los hermanos confesar y predicar a las pobres de San Damián. La hermana Clara mostró un talante decidido: "Si no hay limosna para las almas, están de sobra las del cuerpo". El papa Gregorio IX, el viejo cardenal Hugolino, amigo de Francisco y de los primitivos hermanos, revocó este decreto.

Una vez Francisco predicó a las damas pobres en San Damián. No hubo palabras. Francisco empezó a rezar a Cristo con los ojos alzados. Mandó le trajesen ceniza. Con ella hizo un círculo en torno a sí; el resto se lo echó sobre la cabeza. Se hincó de rodillas. Y estuvo en silencio. Levantado, comenzó a recitar el salmo: "Misericordia, Dios mío, por tu bondad..."⁷. Por medio de estos gestos quiso hacer entender a Clara y a las hermanas la humildad y simplicidad del vivir evangélico, a que poco a poco fuesen prescindiendo de él y a que las hermanas no midiesen el progreso espiritual por la cantidad de sermones que escuchasen.

En su trato con las mujeres, Francisco era afable y cortés en palabras y parco en miradas. Decía "no reconocer por la cara sino a dos"⁸, ciertamente, su madre o el "hermano" Jacoba de Settesoli y la hermana Clara.

Si los ojos son castos, también lo es el corazón y el cuerpo. Su gallardía caballeresca le llevó a enseñar todo esto en una graciosa parábola⁹: un rey envía mensajeros a la reina.

⁶ Regla de santa Clara 6,17, en *Los escritos de Francisco y Clara de Asís*, Aránzazu 1980.

⁷ Salmo 50; 2 CELANO 207.

⁸ 2 CELANO 112.114.

⁹ 2 CELANO 113; *Espejo de perfección* 86.

Tanta era la insistencia de los hermanos, que una vez Francisco invitó a Clara que, con otra hermana, vino a cenar a la Porciúncula con toda la Fraternidad. El encuentro fue ingenuo, cordial y hermoso¹⁰.

Francisco, seguidor estricto de Jesús, vivió una vida del todo consagrada a Dios en celibato y castidad. El vivió en pureza, para lo cual no basta con renunciar a las relaciones conyugales. Pureza es libertad. Ser puro es ser libre para el Absoluto, que es Dios, estando alerta frente al asalto y los apegos que constituyen los falsos absolutos de esta vida: la acumulación de honra, la propia promoción, el culto a la personalidad, la fama y la imagen, la influencia, la riqueza, el poder, el brillo y el prestigio...

Dios, para Francisco, era todo el Bien, el sumo Bien¹¹. El se da a conocer, se entrega como Aquel que no consiente competidores de ninguna especie. Se hace impuro aquel que busca y halla "sucedáneos" de Dios. Esto no significa, sin embargo, que no tenga sentido buscar y hallar los valores de este mundo. Tiene significación y sentido, pero de manera finita. Francisco vio que la pureza está en amarse los hermanos y hermanas de tal forma que el amor de Dios y el amor a Dios crezca y empiece a ser gustado ya en esta tierra. Los hombres de corazón puro son felices¹², viendo a Dios de manera transparente y acogéndolo en los hermanos y hermanas.

Esta pureza se dio en la relación de Francisco con Clara. Su amor y sus relaciones fueron de extraordinaria ternura. Sus intenciones se mantuvieron siempre transparentes, convergiendo en la búsqueda y el amor de Dios por encima de toda duda o sospecha.

El amor que entre ambos existía se veía de continuo trascendido por el amor que uno y otro tenían a Cristo, a su Evangelio y a los pobres, haciéndoles espiritualmente gemelos. Fueron Clara y sus hermanas, junto con el hermano Silvestre, quienes pidieron al Señor mostrase si Francisco debía entregarse del todo a la oración o también dedicarse a la predicación del Evangelio a los hombres¹³.

¹⁰ Florecillas 15.

¹¹ Alabanzas al Dios altísimo 3.

¹² Mt 5,8.

¹³ Leyenda Mayor 12,2; Florecillas 16.

El lenguaje simbólico de las leyendas nos transmite y conserva la grandeza de los hechos primordiales e inefables del corazón. Francisco, que fue un poeta y compuso el *Cántico del hermano sol*, también compuso “unas letrillas santas con música para mayor consuelo de las damas pobres del monasterio de San Damián; particularmente porque sabía que estaban muy afectadas por su enfermedad”¹⁴. Para Francisco, la mujer no fue motivo de huida ni de obsesión. El fue capaz de mirar a Clara con casto amor, enriqueciéndose ambos en vistas a conseguir su propia identidad esencial: la búsqueda y entrega al Absoluto, que es Dios, y su amor, vivido en el seguimiento de Cristo pobre.

En San Damián, las hermanas se dedicaban a trabajos manuales, cuidaban los enfermos, rezaban las horas canónicas según el oficio de la Iglesia, vivían la pobreza y la penitencia, al modo como hacían los hermanos en la Porciúncula.

Y cuenta la leyenda^{14a} que, hacia el año 1240, las tropas del emperador Federico II se apoderaron de Italia central. Formaban parte de ellas también un cierto número de sarracenos. Al llegar a Asís escalaron las murallas, penetraron en la ciudad e intentaron tomar San Damián, invadiendo su pequeño claustro. Clara mandó que se trajese el Santísimo Sacramento. Oró al Señor, pidiendo liberase la ciudad y el monasterio, alejándose así los invasores.

Sus escritos, como los de Francisco, son pocos. Entre ellos se encuentran tres cartas, de alto vuelo y hondura, a Inés de Praga, hija del rey de Bohemia y prometida del emperador Federico II, que en 1233 fundó con cinco hermanas de San Damián un monasterio en dicha ciudad. En esas cartas, sobre todo en la primera, se habla de la santa pobreza. Ser pobre es el acto creador de la soberanía de Dios sobre el hombre. Sólo el hombre pobre recibe el reino de Dios: “Pues creo firmemente que Vos sabéis cómo el reino de los cielos se promete y se da por el Señor sólo a los pobres”¹⁵.

En la Regla, en la que Francisco tuvo parte determinante, se recuerda y defiende la pobreza evangélica, frente a

¹⁴ *Leyenda de Perusa* 85; cf BAC, o.c., Exhortación cantada a santa Clara y hermanas, 126-127.

^{14a} *Leyenda de Santa Clara Virgen* 21, en *Fonti Francescane*, Padova 1986, 1231-1232.

¹⁵ *Carta* 1,4 (a la beata Inés de Praga), en *Los escritos...*

cualquier otro intento de minimalismo o relajamiento en el seguimiento de Cristo pobre: “Por ello no han de recibir o tener, por sí o por interpuesta persona, posesión o propiedad ni nada que razonablemente pueda considerarse como propiedad, a no ser aquella porción de tierra exigida por la necesidad en razón del decoro y del aislamiento del monasterio”¹⁶.

También el trabajo, como para los hermanos, es la base de la subsistencia, poniéndose así en el modo normal de vida de los pobres: “Aquellas hermanas a quienes el Señor ha dado la gracia del trabajo ocúpense fiel y devotamente en un trabajo honesto y de común utilidad... Y la abadesa o su vicaria distribuyan, en capítulo y ante todas, los trabajos manuales”¹⁷.

Clara obtuvo del papa Inocencio III el “privilegio de pobreza radical” (exclusión de bienes y de herencias). Era el año 1215 ó 1216. Cuando el siguiente papa, Gregorio IX, vino a Asís para canonizar a Francisco (1228) trató de revocarlo. De manera incesante luchó Clara por mantener la fidelidad radical a la pobreza evangélica, que algunos monasterios aceptaron y otros rechazaron. Tanto que Inocencio IV, con fecha 6 de agosto de 1247, promulgó una bula, imponiendo a las damas pobres o clarisas una nueva regla, en la que se reconocía a todas el derecho de poseer bienes y rentas.

Todavía un poco antes de morir, Clara deseó escribir una Regla que rebatiese la impuesta por Inocencio IV. Ella no quiere apartarse un ápice del camino de Francisco, expresado en la Regla de los hermanos menores. “Las hermanas no se apropien nada para sí, ni casa, ni lugar, ni cosa alguna. Y, cual peregrinas y forasteras en este siglo, que sirven al Señor en pobreza y humildad, vayan por limosna confiadamente. Y no tienen por qué avergonzarse, pues el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo. Esta es la excelencia de la altísima pobreza, la que a vosotras, mis queridísimas hermanas, os ha constituido en herederas y reinas del reino de los cielos, os ha hecho pobres en cosas y os ha sublimado en virtudes”¹⁸.

Ante la tenacidad y persistencia evangélicas de Clara, cedió por fin el papa Inocencio IV. El día 9 de agosto de 1253 firmó en Perusa la bula por la que quedaba aprobada la nueva

¹⁶ *Regla de santa Clara* 6,18.

¹⁷ *Ib.* 7,19.

¹⁸ *Ib.* 8,20.

Regla. Los primeros compañeros de Francisco —Junípero, Gil y León— eran asiduos en visitar a Clara. Rodeada de ellos y de sus hermanas, y con el gozo de la regla aprobada, murió en San Damián el día 12 de agosto de 1253. Dos años después —12 de agosto de 1255— fue canonizada.

Clara es una mujer de pocas ideas, límpidas sin embargo, fuertes, profundas y vividas con una coherencia y una hondura tales que llegaron a ser ideas-fuerza e ideas-vida a todo lo largo de su existencia.

Clara es una *mujer pobre*. Su experiencia fue dura, desnuda, integral tanto en pobreza material cuanto en pobreza moral, como ella misma, bajo distintos nombres, subraya: “No nos arredraban la pobreza, el trabajo, la tribulación, la afrenta, el desprecio del mundo”¹⁹.

La pobreza llegó a ser para ella fe desnuda. Ella también, como Francisco, dejó su casa, “salió del siglo”, renunciando a vivir desde él y desde él andar en búsqueda del futuro.

En San Damián, entre los olivos del monte Subasio, ella y sus hermanas, “peregrinas y forasteras en este siglo, sirven al Señor en pobreza y humildad”²⁰.

Clara es una *mujer escondida en el misterio de Dios*. Ella sabe que ser pobre es abrirse al Espíritu del Señor, que viene para limpiar y levantar, para dar vida y llenar de claridad. A los dieciocho años, Clara volvió la espalda al mundo sólo para abrir su puerta incondicional al misterio de Dios. En fidelidad y en silencio estará siempre a la espera humilde del Espíritu, para acogerlo. Esto es lo que, como Francisco, recordará a sus hermanas: “Apliquense a lo que por encima de todo deben anhelar: tener el espíritu del Señor y su santa operación, orar continuamente al Señor con corazón puro y tener humildad y paciencia...”²¹.

Clara es una *hermana entre sus hermanas*. Como a Francisco, también a ella “el Señor le dio hermanas después de su conversión”²². Clara reconoce su Fraternidad con el nombre de “Orden de las hermanas pobres”²³. Sólo a partir del

año 1263, con la bula del papa Urbano, las hermanas pobres empezarán a ser llamadas “clarisas”. La hermandad brota del seguimiento del Evangelio, en pobreza y humildad²⁴, amándose mutuamente, sin airarse ni conturbarse por las debilidades y pecados unas de otras²⁵. Sin difamarse, sin murmurar, tratándose y acogándose con gran familiaridad²⁶. Participando todas las hermanas en la elección de la abadesa y reuniéndose una vez por semana en capítulo, en el que se hable y se escuche con respeto y libertad²⁷.

Ya en vida de Clara, la Orden de las hermanas pobres o clarisas se extendió por toda Europa.

¹⁹ *Ib.* 6,17.

²⁰ *Ib.* 8,20.

²¹ *Ib.* 10,26; *Carta* 3,3,4.

²² *Testamento de santa Clara* 4.

²³ *Regla de santa Clara* 1,3.

²⁴ *Testamento* 7.

²⁵ *Regla* 9,22.

²⁶ *Regla* 10; *Testamento* 9.

²⁷ *Regla* 4.

7. El lobo y el cordero

Se hacían rogativas y procesiones. Se invitaba a los cristianos a empuñar las armas. En 1212 se vivía en el temor de una invasión musulmana sobre Europa entera.

Inocencio III alertó a la cristiandad. Su voz no tuvo mucho alcance al haber ya cristianos luchando entre sí o al permanecer sordos a esta llamada. España se halló sola frente a las huestes musulmanas. Su triunfo el 14 de julio de 1212 en las Navas de Tolosa provocó un entusiasmo por toda Europa, alejando el miedo del poder islámico.

De tanto en tanto, brotaba el interés por la cruzada, llamando a rescatar los Santos Lugares de la fe cristiana. De Francia y de Alemania salió incluso una cruzada de niños rumbo a Oriente. Fue desastrosa: o perecieron por los caminos, muertos de hambre o devorados por las alimañas, o cayeron en manos de mercaderes de esclavos, que los compraron a bajo precio.

Francisco era aventurero, de espíritu caballeresco. Dentro de esta atmósfera y fiado de Dios, decidió él y un compañero embarcarse para Oriente, en la espera de que también los no cristianos aceptarían el Evangelio de Jesús. Viajaban hacia Siria. Era finales de 1212. Los vientos, sin embargo, vinieron contrarios y arrojaron la nave a las costas de Dalmacia. Desde allí resolvieron volver a Italia, zarpando rumbo a Ancona. No teniendo con qué pagar el pasaje, se embarcaron clandestinamente como polizones, con la complicidad de un marinero benévolo¹.

¹ 1 CELANO 55; *Leyenda Mayor* 9,5.

Francisco deseaba llegar a los “hermanos mahometanos”. El año siguiente, 1213, se puso en marcha hacia Marruecos. Con toda probabilidad, Francisco y el hermano Bernardo se juntarían a alguna caravana de peregrinos que iban de camino a Santiago de Compostela, siendo protegidos por templarios y hospitalarios, ya que en el sur de Francia la cruzada contra los albigenses hacía inseguros y peligrosos los caminos. Una tradición quiere que Francisco haya fundado varios conventos en su peregrinar por estas regiones. Se sabe que él no permitía en esta época moradas estables para sus hermanos. En este viaje, Francisco caminaba enardecido. “Tal era la vehemencia del deseo que le movía, que a veces dejaba atrás a su compañero de viaje y no cejaba, ebrio de espíritu, hasta dar cumplimiento a su anhelo”².

Al caer enfermo en España, hubo de volver a Italia, donde seguía sus correrías apostólicas por el norte de Umbria y por Toscana. En Pisa recibió a dos hermanos, Alberto y Agnello. En Florencia, a Juan Parente, que estudió derecho en la facultad de Bolonia y era juez en Civitá Castellana.

Pasó una cuaresma en una isla del lago Trasimeno. Durante los cuarenta días sólo comió un panecillo “por respeto al ayuno de Cristo bendito, que ayunó cuarenta días y cuarenta noches, sin tomar alimento alguno material”³.

Francisco ayunaba doscientos treinta y un días al año, o sea cinco días de cada siete. 1. Desde la fiesta de la Epifanía hasta el 15 de febrero⁴. En la Regla, esta cuaresma será voluntaria para los hermanos⁵. 2. Del miércoles de ceniza a la fiesta de Pascua, cuaresma obligatoria también para los hermanos⁶. 3. Del 20 de mayo al 29 de junio, “en reverencia y amor hacia los apóstoles Pedro y Pablo, Francisco dedicaba al Señor el ayuno de una cuaresma especial”⁷. 4. En honor de la madre del Señor “ayunaba con suma devoción desde la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo (29 de junio) hasta la fiesta de la Asunción (15 de agosto)”⁸. 5. Asimismo, “por

devoción (a los ángeles) ayunaba durante cuarenta días a partir de la Asunción de la Gloriosa Virgen (15 de agosto), entregándose a una ininterrumpida oración (25 de septiembre)”⁹. 6. Desde la fiesta de Todos los Santos (1 de noviembre) hasta Navidad¹⁰.

Francisco, sin embargo, mantiene una libertad evangélica, extraña e incluso escandalosa en aquel tiempo en lo que se refiere a la prohibición ascética de alimentos a los hermanos: “Y les está permitido, según el santo Evangelio, comer de todos los manjares que se les sirvan”¹¹. Una vez más esto revela la opción de Francisco por el Evangelio antes que por cualquier otra y venerable tradición. Afirma netamente la bondad de todos los alimentos¹², frente a los cátaros, por ejemplo, que la negaban.

Estando en Cortona acogió a dos hombres tan diversos entre sí como el hermano Elías, que acabó excomulgado por la Iglesia, y el hermano Guido.

Guido era hombre “afable y cortés para con el prójimo y para con los pobres”. Fue él quien acogió en su casa a Francisco y a su compañero. Cortesía es delicadeza de espíritu y finura en el trato. Viendo al hermano Guido, Francisco dijo a su compañero: “Has de saber, hermano carísimo, que la *cortesía* es una de las propiedades de Dios, que por cortesía da el sol y la lluvia a buenos y malos. La cortesía es hermana de la caridad, que extingue el odio y fomenta el amor. Puesto que yo he encontrado en este hombre de bien en tal grado esta virtud divina, me gustaría tenerlo por compañero”¹³.

Francisco era igualmente un hombre cortés, según nos cuenta el biógrafo que lo conoció. “Era de trato muy humano, hábil y en extremo afable”¹⁴. Se dolía si no lo era con las personas, sobre todo con los despreciados y los pobres: “En cierta ocasión le sucedió, contra su modo habitual de ser —porque era en extremo cortés—, que despidió de malas formas a un pobre que le pedía limosna”¹⁵. En el retrato

² 1 CELANO 56; *Leyenda Mayor* 9,6.

³ *Floreccillas* 7; Mt 4,1-11; 1 CELANO 60.

⁴ *Leyenda Mayor* 9,2.

⁵ 2 Regla 3,6.

⁶ 2 Regla 3,7.

⁷ *Leyenda Mayor* 9,3.

⁸ *Leyenda Mayor* 9,3.

⁹ *Leyenda Mayor* 9,3.

¹⁰ 2 Regla 3,5.

¹¹ 2 Regla 3,14; Lc 10,8.

¹² He 10,13-15.

¹³ *Floreccillas* 37.

¹⁴ 1 CELANO 2.

¹⁵ 1 CELANO 17.

que se nos ofrece de Francisco se dice: “Plácido por naturaleza, afable en la conversación..., lleno de gracia en todo. Sereno de mente. Pronto al perdón. Agudo de ingenio... Riguroso consigo, indulgente con los otros, discreto con todos”¹⁶.

El quería que los hermanos se trataran entre sí y trataran a todos cortésmente: “Y guárdense de mostrarse tristemente o hipócritamente ceñudos; muéstrense, más bien, gozosos en el Señor (cf Flp 4,4) y alegres y debidamente agradables”¹⁷.

Ciudades y plazas, castillos y caminos eran andados por Francisco, “derramando por doquier la semilla de bendición” del Evangelio. En Ascoli, el pueblo se atropellaba por verlo y por oírlo. “Fue entonces cuando recibieron de sus manos el hábito de la santa Orden treinta entre clérigos y laicos”¹⁸.

Francisco no era sacerdote ni obispo, no era teólogo ni docto. Sólo tenía la riqueza de su fe radical y su libertad evangélica. Esto no gusta a veces a los hombres, que se sienten denunciados y, por ello, molestos. Una vez ocurrió que, estando en Imola, el obispo negó a Francisco el permiso para predicar. “Hermano, basta que predique yo a mi pueblo”, le advirtió. Francisco inclinó la cabeza y salió fuera. Al poco rato volvió a entrar. “¿Qué quieres, hermano? ¿Qué buscas otra vez aquí?”, le pregunta el obispo. “Señor, si un padre hace salir al hijo por una puerta, el hijo tiene que volver a él entrando por otra”, replicó Francisco. Desarmado por su humildad y ternura, el obispo lo abrazó con alegría, dándole licencia a él y a sus hermanos para predicar¹⁹.

Francisco ponía un aire de frescura y bondad en las relaciones entre los hombres. La proclamación evangélica que él llevaba adelante era una primavera espiritual. “Cuando entraba en una ciudad se alegraba el clero, se volteaban las campanas, saltaban gozosos los hombres, congratulábanse las mujeres, los niños batían palmas y muchas veces, llevando ramos de árboles en las manos, salían a su encuentro cantando”²⁰.

El hermano Maseo preguntó una vez a Francisco de manera insistente: “¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti, Francisco?... ¿Por qué todo el mundo va detrás de ti y no parece sino que todos pugnan por verte, por oírte y obedecerte?”. “... Me ha escogido a mí —respondió Francisco— para confundir la nobleza, la grandeza, y la fortaleza, y la belleza, y la sabiduría del mundo, a fin de que quede patente que de El, y no de criatura alguna, proviene toda virtud y todo bien y nadie puede gloriarse en presencia de El, sino que quien se gloria ha de gloriarse en el Señor, a quien pertenece todo honor y toda gloria para siempre”²¹. Son los “caprichos” de Dios, que “escoge lo tonto para avergonzar a los sabios y lo débil para avergonzar a lo fuerte”²². Dios echa mano de la no fuerza, del no poder, de la no aristocracia, de la no riqueza y del no brillo para darse El como buena noticia a los hombres. La fuerza y la riqueza, el poder y el prestigio ocultan o imposibilitan que los hombres “vean” a Dios.

Una noche de luna, estando todo el campo nevado, Francisco sufrió una terrible tentación de lujuria. A esas horas estaba rezando en una celdita del eremitorio de Sarteano²³. Sólo la vigilancia y la oración hacen que el hombre no sea víctima de la fornicación, quedando desintegrado bajo los instintos desorientados. “El cuerpo no es para la lascivia, sino para el Señor; y el Señor, para el cuerpo. ¿No sabéis que vuestro cuerpo es como un templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, y que habéis recibido de Dios? Ya no os pertenecéis a vosotros: porque habéis costado caro. Honrad, pues, a Dios en vuestro cuerpo”²⁴. El cuerpo interesa directamente al Señor, que lo creó. La fe en Cristo da al cristiano la conciencia de que ya no se pertenece: pertenece a Cristo, que es Dios, con quien está unido. Para el creyente es libertinaje no someterse a Cristo. El creyente está todo él enmarcado en esa operación de servicio a la humanidad, en la que confluyen todas las restantes actividades humanas.

Fue en el año 1213 cuando messer Orlando de Chiusi entregó el monte Alvernia a Francisco y sus hermanos²⁵.

¹⁶ 1 CELANO 83.

¹⁷ 1 Regla 7,15.

¹⁸ 1 CELANO 62.

¹⁹ 2 CELANO 147; *Leyenda Mayor* 6,8.

²⁰ 2 CELANO 62.

²¹ *Floreillas* 10.

²² 1 Cor 1,26-31.

²³ 1 CELANO 116-117; *Leyenda Mayor* 5,4.

²⁴ 1 Cor 6,13.15.19-20.

²⁵ *Consideraciones sobre las Llagas* 1.

Francisco empezó a preguntarse si en verdad quería el Señor que permaneciesen en el monte, dedicados a la oración, renunciando a las correrías apostólicas entre los hombres. Durante largos días, esta duda atormentó el ánimo de Francisco. Y así lo expuso a sus hermanos. Por fin, mandó al hermano Maseo a San Damián para que consultase a la hermana Clara y a las damas pobres, y a Las Cárceles, donde estaba el hermano Silvestre. Eran éstos los contemplativos de los primeros tiempos franciscanos. La respuesta de ambos fue coincidente: “Era voluntad de Dios que el heraldo de Cristo saliese afuera a predicar”²⁶. La respuesta del hermano Maseo fue clara: “Tanto al hermano Silvestre como a la hermana Clara y a sus hermanas ha respondido y revelado Cristo que su voluntad es que vayas por el mundo predicando, ya que no te ha elegido para ti solo, sino también para la salvación de los demás”²⁷.

“¡Vamos en el nombre de Dios!”, dijo Francisco, acabando de oír al hermano Maseo. Con él y con el hermano Angel comenzaron a andar hasta llegar a Cannara. Entre esta aldea y Bevagna se puso a hablar Francisco a las avecillas: “Hermanas mías avecillas...”²⁸. El las quería porque recuerdan al hombre la invitación de Cristo, en el Evangelio, a no dejarse arrastrar por la preocupación y agobio de acaparar cosas²⁹. “A partir de este día comenzó a exhortar con todo empeño a todas las aves, a todos los animales y a todos los reptiles, e incluso a todas las criaturas insensibles, a que loasen y amasen al Creador, ya que comprobaba a diario la obediencia de todos ellos al invocar el nombre del Salvador”³⁰.

Nadie como Francisco tuvo conciencia tan clara y viva de este común origen y parentesco de los seres. Ahí reside la explicación de su actitud tan reverente frente a la naturaleza y del cariño respetuoso que mostraba con todos los animales. Jesús de Nazaret se alegró también sabiendo que el Padre cuida de los pájaros y de las flores, vistiendo todo de una belleza y armonía tan gozosas. El corazón de Francisco estaba tallado con este amor respetuoso hacia los animales y las cosas, al modo como lo estaba el de Jesús, su Maestro. “La

piedad de Francisco se llenaba de una mayor ternura cuando consideraba el primer y común origen de todos los seres, y llamaba a las criaturas todas —por más pequeñas que fueran— con los nombres de hermano o hermana, pues sabía que todas ellas tenían con El un mismo principio”³¹.

Toda la vida de Francisco está poblada de anécdotas, que hablan de su comunión y relación con los animales. En los comienzos de su conversión, estando de “mozo de cocina” en el monasterio de San Verecundo, tuvo una ovejita y un corderito, a los que cuidaba con ternura³². Encontrando a la entrada de Siena un rebaño de ovejas, se pusieron todas en torno a él, balando de contento los corderos y saltando de gozo³³. En Santa María de los Angeles vivió con él una ovejita devota. Cuando los hermanos empezaban a rezar entraba en la iglesita, “doblaba sus rodillas y emitía un suave balido ante el altar de la Virgen, madre del Cordero, como si tratara de saludarla”. Igualmente, en la celebración de la eucaristía, en la elevación, doblaba sus rodillas³⁴. En Roma tuvo consigo un corderito, que entregó al “hermano” Jacoba de Settesoli para que lo cuidara³⁵. En Greccio le regalaron un lebratillo. Seguía a Francisco como un perrito, cobijándose y descansando en su regazo³⁶. En la isla del lago Trasimeno, un campesino le trajo un conejo que había cazado. El animal se refugiaba en Francisco, que lo acariciaba con sus manos³⁷.

El martín pescador y el pez, en el lago de Rieti, venían puntualmente y le pedían su bendición, jugando después con él y divirtiéndose³⁸. En las lagunas de Venecia, Francisco y otro hermano se encontraron con una gran bandada de aves. Cuando ambos se ponían a cantar, se les unían las aves. Tal era el barullo que se armaba que las tenían que mandar callar para poder seguir rezando. Obedientes, se mantenían en silencio entretanto. Después continuaban en libertad sus gorjeos y trinos³⁹. En la Porciúncula, “cercana a la celdita de

²⁶ *Leyenda Mayor* 12,1-2.

²⁷ *Floreccillas* 16.

²⁸ *Floreccillas* 16; 1 CELANO 58; *Leyenda Mayor* 12,3.

²⁹ Mt 6,26-29; Lc 12,24-27.

³⁰ 1 CELANO 58.

³¹ *Leyenda Mayor* 8,6.

³² *Ib.*

³³ *Ib.* 8,7.

³⁴ *Ib.*

³⁵ *Ib.* 8,8.

³⁶ *Ib.*

³⁷ *Ib.*

³⁸ *Ib.*

³⁹ *Ib.* 8,9.

Francisco había una cigarra sobre una higuera”. Desde allí arriba se deshilaba en conciertos. Francisco, lleno de gozo, la animaba: “¡Canta, mi hermana cigarra, y alaba jubilosamente al Señor!”. Venía, se posaba en sus manos y seguía su canto. Después de ocho días, Francisco la dio libertad y marchó⁴⁰. Estando enfermo en Siena una vez, le regalaron un faisán. Le entraba tal tristeza cuando desaparecía Francisco, su amigo, que se negaba a comer⁴¹. Cuando se retiró al monte Alvernia para la cuaresma de san Miguel, aves de diversa especie venían a estacionarse alrededor de su chocita. Un halcón le estuvo tan cerca, en un pacto de amistad, que cuando solía levantarse Francisco para rezar, el animal le despertaba con sus cantos y juegos. Cuando Francisco se sentía enfermo, débil o cansado, era tan cordial con su amigo que no le despertaba a una hora tan temprana⁴².

En el corazón de Francisco cabía toda la belleza del mundo. Su cariño a todas las criaturas le hacía sentirse cercano a ellas, amándolas, cuidándolas, preocupado por ellas. Predicando al pueblo en una aldea llamada Alviano, mandó a las golondrinas callar para que pudiesen oírle los hombres. “Las mismas criaturas irracionales percibían el afecto y barruntaban el dulcísimo amor que sentía por ellas”⁴³. En Greccio, un hermano le trajo una liebre que cazó a lazo, pero él mandó que los hermanos la devolviesen al bosque, dejándola libre⁴⁴. Un pescador le regaló un pez grande, estando en el lago de Rieti. “El lo recibió alegre y benigne y comenzó a saludarlo con el nombre de hermano”. Francisco lo hizo volver al agua. Rezando Francisco, el animal se colocaba junto a la barca, retozaba hasta que él mandaba que se fuese. “Fue así como Francisco, caminando en la vía de la obediencia y en la absoluta sumisión a la divina voluntad, consiguió de Dios la alta dignidad de hacerse obedecer de las criaturas”⁴⁵.

Yendo de camino con el hermano Pablo hacia Osimo, en la Marca de Ancona, se encariñó de una ovejita que pacía tranquila entre cabras y machos cabríos. Logró llevarla con-

sigo a Osimo. El obispo quedó sorprendido al ver la ovejita que acompañaba a Francisco y a éste la gran ternura que sentía hacia ella. Luego la regaló al monasterio de clarisas⁴⁶. Viendo unos corderillos atados llevados al mercado, Francisco se conmovió. Los acarició como puede hacerlo una madre con su hijo, por el que siente una honda compasión⁴⁷.

Francisco estaba lleno de dulzura y gozaba contemplando en las criaturas la sabiduría, el poder y bondad del Creador. “Esta consideración le llenaba muchísimas veces de admirable e inefable gozo viendo el sol, mirando la luna y contemplando las estrellas y el firmamento”. Hasta contemplando los gusanillos ardía en amor hacia ellos al recordar aquel texto de la Sagrada Escritura: “Yo soy gusano y no hombre”⁴⁸.

Le daban alegría las flores: su belleza, la hermosura de sus formas, la fragancia de sus aromas... Las hablaba, y lo mismo hacía con las viñas y las mieses, con los bosques y las piedras, con los campos y las aguas de las fuentes, los huertos y remansos, el fuego y la tierra, el viento y el aire... “En fin, a todas las criaturas las llamaba hermanas, como quien había llegado a la gloriosa libertad de los hijos de Dios, y con la agudeza de su corazón penetraba, de modo eminente y desconocido a los demás, los secretos de las criaturas”⁴⁹.

Las pequeñas casas donde moran Francisco y sus hermanos han de tener un rincón donde se cultiven y crezcan las flores. “Manda al hortelano que deje a la orilla del huerto franjas sin cultivar para que a su tiempo el verdor de las hierbas y la belleza de las flores pregonen la hermosura del Padre de todas las cosas. Manda que se destine una porción del huerto para cultivar plantas que den fragancia y flores... Andaba con respeto sobre las piedras, por consideración al que se llama ‘piedra’ (1 Cor 10,4)... A los hermanos que hacen leña prohíbe cortar del todo el árbol, para que le quede la posibilidad de echar brotes”⁵⁰.

Se conmovía y lloraba ante la violencia que ejercen unos animales sobre otros, así cuando una cerda mató a un corde-

⁴⁰ *Ib.*

⁴¹ *Ib.* 8,10.

⁴² *Ib.*

⁴³ 1 CELANO 59.

⁴⁴ 1 CELANO 60.

⁴⁵ 1 CELANO 61.

⁴⁶ 1 CELANO 77,78.

⁴⁷ 1 CELANO 79.

⁴⁸ 1 CELANO 80; Salmo 21,7.

⁴⁹ 1 CELANO 81.

⁵⁰ 2 CELANO 165.

rillo recién nacido. Francisco la maldijo: “Hermano corderillo, animal inocente, que representas a Cristo entre los hombres. Maldita sea la impía que te mató. Ni hombre ni animal coma su carne”⁵¹. Su sentido de mansedumbre y de no violencia hacía que “llamase hermanos a todos los animales, si bien amaba particularmente, entre todos, a los mansos”⁵².

La alondra, tocada con su capuchita y rezumando humildad, le recordaba a sus hermanos. De entre todas las aves, amaba con predilección a la alondra. De ella solía decir: “La hermana alondra tiene capucho como los hermanos y es humilde, pues va contenta por los caminos, buscando granos que comer. Y aunque los encuentre en el estiércol, los saca y los come. Cuando vuela alaba a Dios con dulce canto, como los buenos hermanos, que desprecian todo lo de la tierra y tienen su corazón puesto en el cielo y su mira constante en la alabanza del Señor. El vestido, es decir, su plumaje, es de color de tierra y da ejemplo a los hermanos para que no se vistan de telas elegantes y de colores, sino viles por el valor y el color, así como la tierra es más vil que otros elementos”⁵³.

Ninguno tan famoso como el lobo de Gubbio entre los animales, con los que compartió Francisco su amor. Cerca de esta ciudad estaba el monasterio de San Verecundo, junto al cual pasaba un camino. Por este camino iba Francisco, acompañado de un hermano, un anochecido. Montaba un borriquillo al encontrarse enfermo, y se cubría los hombros y la espalda con un trozo de saco. Los campesinos, que volvían de sus faenas, lo conocieron. “Hermano Francisco —le advirtieron—, quédate aquí con nosotros y no sigas más adelante, que andan por ahí unos lobos feroces que se comerán a tu borriquillo y os lastimarán también a vosotros”. “Yo no he hecho ningún mal —contestó Francisco— al hermano lobo para que tenga la osadía de comerse a nuestro hermano borriquillo. Adiós, pues, hijos, y vivid en el temor de Dios”. Y, en efecto, el hermano Francisco recorrió su camino sin sufrir ningún daño⁵⁴.

⁵¹ 2 CELANO 111; *Leyenda Mayor* 8,6; cf *Pasión de san Verecundo*, BAC, o.c., 971.

⁵² 2 CELANO 165.

⁵³ *Espejo de perfección* 113.

⁵⁴ *Pasión de san Verecundo*, BAC, o.c., 971.

Entrando en Gubbio, en la boca de sus gentes todo eran cuentos de lobos. En especial, uno de éstos daba mucho que hablar. Era feroz, descomunal. No sólo atacaba a los animales, sino que también acometía a hombres y a mujeres, devorándolos. El hambre volvía a este animal agresivo y rabioso. Los habitantes estaban atemorizados y un pánico general les corría por el cuerpo. Francisco se enteró de todo esto, y decidió ir al encuentro del lobo y hablarle: “Hermano lobo, tú estás haciendo daño en esta comarca, has causado grandísimos males, maltratando y matando las criaturas de Dios sin su permiso; y no te has contentado con matar y devorar bestias, sino que has tenido el atrevimiento de dar muerte y causar daño a los hombres, hechos a imagen de Dios. Por todo ello has merecido la horca como ladrón y homicida malvado. Toda la gente grita y murmura contra ti y toda la ciudad es enemiga tuya. Pero yo quiero, hermano lobo, hacer las paces entre ti y ellos, de manera que tú no les ofendas en adelante, y ellos te perdonen toda ofensa pasada y dejen de perseguirte hombres y perros”. Francisco hizo promesa al lobo de que sería alimentado por los ciudadanos de Gubbio. El lobo, por su parte, habría de prometer no meterse con nadie. En prueba de su asentimiento, el animal alargó su pata, levantándola hacia Francisco⁵⁵.

Existe toda una literatura y un arte en torno al “hermano lobo”. Las opiniones respecto a esta narración son diversas: bien podría ser una pura alegoría, siendo la adaptación de una leyenda antigua, extraña a san Francisco; bien un milagro real, bien la transposición en una forma dramática y pintoresca de la liberación de Gubbio, asolada por los lobos, o del viaje de Francisco al monasterio de San Verecundo, cerca de dicha ciudad, en el que los campesinos le exhortaban a él y a su compañero a detenerse por miedo a las manadas de lobos feroces; bien podría tratarse también de la transformación de la historia de un bandido, con el que los habitantes de Gubbio habrían hecho las paces por medio de Francisco⁵⁶.

El cardenal Hugolino tenía un gran afecto a Francisco, venerándolo como a enviado de Dios. El quiso que tuviese

⁵⁵ *Leyenda de Perusa* 74; 2 CELANO 35-36; *Leyenda Mayor* 8,11; *Floreillas* 21.

⁵⁶ A. MASSERON, en *Th. Desbonnets-D. Vorreux, Saint François d'Assise. Documents, écrits et premières biographies*, París 1968, 1236-37.

lugar en su casa un encuentro entre Domingo de Guzmán y Francisco de Asís. Al ser el cardenal más influyente de la curia, apoyaba también a Domingo, que era hombre de su confianza. Culto, organizador, hábil teólogo y dialéctico.

Fue entonces cuando Hugolino, pariente de Inocencio III, les propuso a ambos elegir obispos entre los hermanos predicadores y los hermanos menores. Como colaborador del papa Inocencio, tenía su mira puesta en la reforma de la Iglesia. Esta propuesta fue rehusada tanto por Domingo como por Francisco⁵⁷.

En el discurso de apertura del IV Concilio de Letrán, el 11 de noviembre de 1215, Inocencio III expresó su voluntad de reforma de la Iglesia y de reconquista de los Santos Lugares. De hecho, fueron los dominicos y franciscanos quienes iniciaron y prosiguieron esta reforma, gozando siempre del favor del papa y consiguiendo por entonces el reconocimiento oficial en la Iglesia. Los dominicos adoptaron la Regla de san Agustín y las constituciones de los premonstratenses.

Antes de que acabase aquel encuentro y despedirse ambos, Domingo manifestó a Francisco su voluntad de unión de una y otra Orden. “Desearía, hermano Francisco, que nuestras Ordenes se fusionaran en una sola y nosotros viviéramos en la Iglesia la misma forma de vida”⁵⁸.

8. El árbol florecido y azotado

Desde muy pronto, Francisco instituyó la costumbre de celebrar las asambleas o encuentros capitulares de los hermanos, que se congregaban en la Porciúncula.

Una de estas primeras asambleas, sin embargo, tuvo lugar cerca de Gubbio, en el monasterio de San Verecundo. Allí reunió Francisco a sus primeros trescientos hermanos¹.

Estos encuentros, a los comienzos, fueron bastante seguidos: solían tenerse para la fiesta de Pentecostés y para la del arcángel san Miguel. Con el paso del tiempo se hicieron menos frecuentes. Y desde el año 1221 este acontecimiento sólo tenía lugar cada tres años.

El fin de estas asambleas era el de tratar cómo observar mejor la Regla y hablar del destino de los hermanos para la predicación al pueblo. Francisco exhortaba, daba órdenes, amonestaba, reprendía e invitaba de corazón a guardar el santo Evangelio y la Regla. Se hacía un examen de conciencia sobre la reverencia y devoción en la celebración de los sacramentos, la oración y las leyes de la Iglesia.

Un testimonio, externo a los franciscanos, escribe en una carta de primeros de 1216, que los hermanos menores se reúnen una vez al año: “Los hombres de esta Orden, una vez al año, y por cierto para gran provecho suyo, se reúnen en un lugar determinado para alegrarse en el Señor y comer juntos, y con el consejo de santos varones redactan y promulgan algunas santas constituciones, que son confirmadas

⁵⁷ 2 CELANO 148; *Espejo de perfección* 43; *Leyenda Mayor* 6,5; *Leyenda de Perusa* 49.

⁵⁸ 2 CELANO 150; *Espejo de perfección* 43f; cf 2 CELANO 149.

¹ *Pasión de san Verecundo*, BAC, o.c., 971.

por el señor papa. Después de esto, durante todo el año se dispersan por Lombardía, Toscana, la Pulla y Sicilia”².

Sin duda, el más famoso de todos estos encuentros o asambleas fue el “capítulo de las esteras”. Hubo cinco mil hermanos menores, estando también presente Domingo de Guzmán con siete hermanos de su Orden. “Había por toda la explanada (de Santa María de los Angeles de la Porciúncula) cobertizos hechos con cañizos y esteras, agrupados según las provincias a que pertenecían los hermanos; por eso este capítulo fue llamado el capítulo de los cañizos o de las esteras”³. Los hermanos estaban distribuidos en grupos de sesenta, de cien y de trescientos.

Con humildad, pero con entereza, se alzó Francisco en medio de los hermanos haciendo una breve exhortación: “Hermanos míos, grandes cosas hemos prometido, pero mucho mayores son las que Dios nos ha prometido a nosotros; mantengamos lo que nosotros hemos prometido y esperemos con certeza lo que nos ha sido prometido. Breve es el deleite del mundo, pero la pena que le sigue después es perpetua. Pequeño es el padecer de esta vida, pero la gloria de la otra vida es infinita”⁴.

Sus palabras escuetas no olvidaron el amor a la santa pobreza. Enterándose de que “muchos hermanos llevaban cilicios y argollas de hierro a raíz de la carne, lo cual era causa de que muchos enfermaran, llegando incluso algunos a morir y de que otros se hallaran impedidos para la oración, ordenó, por santa obediencia, que todos aquellos que tuviesen cilicios o argollas de hierro se los quitasen y los trajeran delante de él. Así lo hicieron”⁵. Por este motivo, en este capítulo Francisco “prohibió que los hermanos llevaran sobre la carne otra cosa que la túnica”⁶. En este afán de mace-ración del cuerpo, Francisco ha visto un peligro real para la verdadera pobreza de espíritu, que es una vida hecha en sencillez y en humildad, sin escandalizarse ni alterarse por los

sobresaltos, dificultades o sufrimientos que nos vengan encima por fidelidad al Evangelio de Jesús⁷.

La Fraternidad se había difundido rápidamente. Esto requería que se introdujese en ella una cierta organización. Toda la Orden fue dividida en Provincias, tomando el nombre del país donde radicaban. Al frente de las mismas se puso al ministro provincial. Con el pasar del tiempo, algunas provincias numerosas o extensas fueron subdivididas en custodias, presididas por un custodio. Las casas de los hermanos recibían los nombres de eremitorios, conventos o residencias, sometidas a la jurisdicción del respectivo guardián. Todo esto muestra la intuición y el grado de creatividad de Francisco, así como su sentido de la realidad histórica en este punto. Esta organización era del todo nueva en la tradición monástico-religiosa de la Iglesia.

Los superiores podían elegirse indistintamente tanto entre los laicos como entre los clérigos de la Fraternidad. Francisco, sin embargo, no cedió un ápice en el mantenimiento del espíritu de igualdad que, en cierto sentido, regía desde los comienzos. Nada en los títulos de los superiores habrá de evocar la idea de autoridad o de ambición. Nada de “maestros” o “priors”, sino “ministros”, siervos de los hermanos⁸, “custodios”⁹, “guardianes”¹⁰, “ministro y siervo general de toda la Fraternidad”¹¹. Todo este lenguaje denota que ellos están al servicio antes que al frente de los hermanos.

Para Francisco, el servicio del “ministro” es el de madre que cuida de sus hijos. Se halla también aquí presente la dimensión de ternura de que estaba lleno el corazón de Francisco. El escogió para sí como madre, es decir, como su guardián, al hermano Elías¹². El hermano Pacífico, “el rey de los versos”, llamaba a Francisco “madre amadísima”¹³. En la Regla, Francisco exhorta a justificar el título que llevan mediante el ejercicio de su ministerio: “Todos los her-

² JACOBO DE VITRY, *Carta primera*, BAC, o.c., 964.

³ *Floreccillas* 18; *Leyenda Mayor* 4,10; *Espejo de perfección* 68.

⁴ *Floreccillas* 18; 2 CELANO 191.

⁵ *Floreccillas* 18.

⁶ *Leyenda de Perusa* 50; *Espejo de perfección* 27.

⁷ *Aviso espiritual* 14.

⁸ 1 *Regla* 4,2.6.

⁹ 2 *Regla* 4,2.

¹⁰ *Testamento* 27.

¹¹ 2 *Regla* 8,1.

¹² 1 CELANO 98; *Regla de los eremitorios* 8-10.

¹³ 2 CELANO 137.

manos, que son constituidos ministros y siervos de los otros hermanos, distribuyan a éstos por las provincias y en los lugares donde estén, visítenlos frecuentemente y amonésténlos y ánimenlos espiritualmente. Y todos los otros, mis hermanos benditos, obedézcanles prontamente en todo lo que no se opone a su conciencia o a nuestra forma de vida”¹⁴.

Francisco impone asimismo la obligación a los hermanos de observar la conducta de sus ministros y de corregirlos si no se atienen a la forma de vida de la Fraternidad, y aun de denunciarlos al capítulo general si no se enmiendan. “Todos los hermanos que están bajo los ministros y siervos consideren razonable y atentamente la conducta de los ministros y siervos; y si vieran que alguno de ellos se comporta carnal y no espiritualmente en conformidad con nuestra vida, y que, después de una tercera amonestación, no se enmienda, denúncienlo en el capítulo de Pentecostés al ministro y siervo de toda la Fraternidad, sin que oposición alguna se lo impida”¹⁵. Los límites de la autoridad, de manera que no se ejerza arbitrariamente, y la corrección fraterna de los ministros por parte de los hermanos demuestran hasta qué punto Francisco se resistía a dejar a los hermanos incondicionalmente a merced de los superiores y trataba de protegerlos contra posibles desviaciones del ideal común¹⁶.

La consecuencia inmediata del capítulo de las esteras, en 1217, fue el establecimiento de la Orden fuera de Italia; para ello, Francisco pidió voluntarios. En esos países nadie los llamaba ni nadie los esperaba. Desconocían las costumbres y el idioma. Irían sin dinero e incluso sin autorización para que les recibiesen, sin cartas de recomendación ni civiles ni eclesiásticas, quedaban expuestos a toda clase de sospechas, la primera de las cuales, indudablemente, era la de ser tenidos por herejes o heterodoxos.

Francisco quiso dar ejemplo siendo el primero. Pidió que se orase al Señor. El también lo hizo. Y escogió Francia. “Elijo la provincia de Francia, porque la gente es allí católica y, sobre todo, porque tiene una gran reverencia al santísimo Cuerpo de Cristo; esto me es sumamente grato, y por eso

¹⁴ 1 Regla 4,2.3; 5,2.

¹⁵ 1 Regla 5,3.4.

¹⁶ L. IRIARTE, *Historia franciscana*, Ed. Asís, Valencia 1979,59.

viviré con ellos de muy buen grado”¹⁷. Por aquel tiempo hubo en los países de lengua francesa una renovación y un incremento del culto eucarístico. Esto merced sobre todo a María de Oignies y a Juliana de Cornillon. En París se mandó a los sacerdotes alzar la sagrada hostia para enseñarla a los fieles en el momento de la consagración. Todo esto Francisco lo conocía del ir y venir de su padre a Francia y, sobre todo, de la ciudad de Perusa, adonde acababa de llegar en 1216 el sacerdote francés, más tarde obispo y cardenal, Jacobo de Vitry¹⁸.

Quienes se ofrecieron como voluntarios, recibieron de Francisco unas recomendaciones: “En el nombre del Señor, id de dos en dos por el camino con humildad y dignidad... sea vuestro hablar tan humilde y mirado como si estuviésteis en el eremitorio o en la celda”¹⁹. Luego los bendijo, y él, acompañado del hermano Maseo, se puso en camino, tomando la dirección del norte. Un día llegaron a una aldea. Francisco, por una parte, y Maseo, por otra, empezaron a pedir limosna. Francisco, “que era de aspecto despreciable y pequeño de estatura...”²⁰ no recogió sino mendrugos y desperdicios de pan seco. Al hermano Maseo, en cambio, por ser tipo gallardo y de buena presencia, le dieron buenos y grandes trozos y aun panes enteros”. “Terminado el recorrido se juntaron los dos en las afueras del pueblo para comer en un lugar donde había una hermosa fuente, y cerca de la fuente una hermosa piedra ancha, sobre la cual cada uno colocó la limosna que había recibido”. Francisco estaba rebosante de gozo por este regalo del pan, del agua de la fuente y de la mesa espaciosa de piedra. “Esto es precisamente lo que yo considero gran tesoro, hermano Maseo: el que no haya aquí cosa alguna preparada por industria humana, sino que todo lo que hay nos lo ha preparado la santa providencia de Dios, como lo demuestran claramente el pan obtenido de limosna, la mesa tan hermosa de piedra y una fuente tan clara. Por

¹⁷ *Espejo de perfección* 65; *Leyenda de Perusa* 108a; 2 CELANO 201.

¹⁸ THOMAS DE ECCLESTON, *Llegada de los hermanos menores a Inglaterra*; cf. A.G. LITTLE y J.R.H. MOORMAN, *Fratrís Thomae vulgo dicti de Eccleston Tractatus de adventu fratrum minorum in Angliam*. Manchester 1951, 119. K. ESSER, *Die Eucharistielehre des hl. Franziskus von Assisi*, en “Wissenschaft und Weisheit” 23 (1962) 81-108.

¹⁹ *Espejo de perfección* 65.

²⁰ 1 CELANO 86; cf. TOMAS DE SPALATO, BAC, o.c., 971.

eso quiero que pidamos a Dios que nos haga amar de todo corazón el tesoro de la santa pobreza, tan noble, que tiene por servidor al mismo Dios”²¹.

De aquí se volvieron a Roma a pedir a los apóstoles Pedro y Pablo “nos enseñen y ayuden, querido compañero Masseo, a poseer el tesoro inapreciable de la santísima pobreza”²².

En Florencia se encontraron con el cardenal Hugolino, que estaba predicando entonces la cruzada en Toscana. Este aconsejó a Francisco no continuar el viaje emprendido, sino que se dedicase más enteramente a los que el Señor le había encomendado. “Hermano, no quiero —le dijo Hugolino— que vayas a las partes ultramarinas, porque hay en la curia romana muchos prelados y otras gentes que muy a gusto impedirían el bien de tu Orden”²³.

Al no permitirle Hugolino continuar su viaje a Francia envió para allí al hermano Pacífico con otros muchos hermanos, volviendo Francisco al valle de Spoleto²⁴.

Pacífico fue un trovador famoso, al que llamaban “el rey de los versos” “por no tener rival en interpretar canciones lascivas y en componer cantares profanos”. Fue el mismo emperador quien lo coronó públicamente en una fiesta de poetas, trovadores y juglares.

El Señor se le hizo el contradicho una vez que Pacífico, joven poeta cortesano, fue a visitar a una pariente, clarisa en el monasterio de Colpersito, cerca de San Severino. Pacífico “había ido allí con muchos camaradas. Y la mano de Dios fue sobre él” al dar allí con Francisco y teniendo una visión acerca de él. “Sobrecogido por la visión, empieza a proponerse mejorar de conducta, pero a la larga...”. Francisco lo toma aparte, amonestándolo amablemente de la vanidad del siglo y del desprecio del mundo. “¿Para qué más palabras? Vayamos a los hechos. Sácame de entre los hombres y devuélveme al gran Emperador”, dice Pacífico. Al día siguiente, Francisco le vistió el hábito y, como a quien ha sido devuelto a la paz del Señor, le pone el nombre de hermano Pacífico”²⁵.

²¹ *Floreccillas* 13.

²² *Floreccillas* 13.

²³ *Leyenda de Perusa* 108; *Espejo de perfección* 65h; 1 CELANO 74.75.

²⁴ *Espejo de perfección* 65h.

²⁵ 2 CELANO 106; cf 1 CELANO 78.

Al llegar a París, los primeros hermanos menores se albergaron en unas dependencias de la abadía de Saint Denis. Se les tomó, en los comienzos, por albigenses de intenciones un tanto subversivas. No llevaban cartas de presentación ni comprobantes de su ortodoxia. Sólo la Regla. Con ella se presentaron al obispo de París y a los teólogos de la Sorbona. Leyéndola y examinándola, reconocieron ser católica, pero no quedando satisfechos se volvieron al papa para tener informes más completos acerca de ellos. Honorio III respondió con fecha 11 de junio de 1219, escribiendo que los hermanos menores son excelentes cristianos, que merecen ser tratados con toda bondad. Con todo, hubo obispos que continuaron persiguiendo a los hermanos, tanto que fue menester otra bula, con fecha 29 de mayo de 1220, en la que de nuevo se declaraba que los hermanos menores no constituían peligro alguno para la seguridad pública.

Hacia los años 1223 ó 1224 el hermano Pacífico salió de Francia. En su lugar vino Gregorio de Nápoles. Este emprendió la construcción de una casa hermosa y amplia, poco en conformidad, sin embargo, con la pobreza de los hermanos. Sabiéndolo Francisco, ordenó se destruyese dicha casa, pero no le obedecieron. La obra fue acabada en 1229, viniéndose toda ella abajo. Muy pronto fue reconstruida, todavía con mayor amplitud. En ella moraron hermanos tan sabios y famosos como Alejandro de Halés, san Buenaventura, Rogelio Bacon, Juan Duns Scoto y Guillermo de Ockham. A lo largo de todo un siglo, junto con la casa de los dominicos, se mantuvo como el centro intelectual más importante de toda la Iglesia²⁶.

Un grupo de hermanos se embarcó rumbo a *Hungría*. Iba con ellos un obispo del país, que estaba de regreso. Debió, sin embargo, dejarles solos pronto, pues, una vez que llegaron, fueron cruelmente maltratados en aquella tierra. Según parece, se les debió tomar por unos santones, venidos a explotar la devoción del pueblo. Les expulsaban de las ciudades. Los campesinos azuzaban contra ellos sus perros, los pastores les arremetían con sus largos cayados puntiagudos. Creyendo

²⁶ SALIMBENE DE ADAM, *Crónica*: cf O. HOLDER-EGGER, *Chronica fratris Salimbene de Adam*, Hannover 1905-1913. M.T. LAUREILHE, *Sur les routes d'Europe au XIII siècle. Chroniques de Jourdain de Giano, Thomas d'Eccleston et Salimbene d'Adam*, París 1959, 15-66.

los hermanos que campesinos y pastores deseaban sus pobres ropas, les entregaban sus mantos; ellos, siguiendo maltratándolos, les arrancaban también las túnicas²⁷.

En *Alemania* fueron todavía peor acogidos los hermanos. Encabezados por Juan de Penna, llegaron unos sesenta hermanos. Ninguno de ellos conocía el alemán. Lo que aprendieron en seguida fue *ja*, es decir, *sí*. La primera noche les preguntaron si tenían hambre. La respuesta fue *ja*, sirviéndoles alimento en abundancia. A la mañana siguiente se les volvió a preguntar, esta vez si no serían ellos de esa ralea de malditos herejes que estaban corrompiendo Lombardía y ahora venían a infectar Alemania. Sin entender la pregunta ellos respondieron *ja*. Ocurrió, pues, que pronto se esparció el rumor de que la peste cántara se estaba apoderando del Imperio. Como medida inmediata fueron detenidos, apresados, mandados al calabozo, atados en lo alto de un palo y azotados hasta derramar sangre. Como pudieron volvieron a Italia contando que no había en el mundo nada más terrible que la tierra de los alemanes, donde para ir allí había que tener vocación de mártir.

Las misiones de 1217 fueron en verdad un gran fracaso²⁸.

Algunos años más tarde, en 1221, en el capítulo general, el hermano Elías, ministro general de la Orden, dijo: “Hermanos míos, el Hermano (refiriéndose a Francisco, que así se le llamaba en la Fraternidad, y ahora estaba demasiado débil como para poder hablar) quiere advertir que se nos ha olvidado tratar de los alemanes... Si quisieren algunos, de su propia voluntad, dirigirse a aquel país, los bendecirá aun más que si se embarcasen para las tierras de ultramar. Por lo mismo, quienes tengan voluntad de ir a Alemania que se levanten y se coloquen a un lado”. Al oír esto se levantaron unos noventa hermanos, poniéndose todos aparte, a la espera que se dispusiera de ellos. “Acababan precisamente de leer la lista de los hermanos distribuidos por provincias y yo, acabando de oír que el provincial nombrado para Alemania era el hermano Cesáreo de Spira, veo —escribe Jordán de Giano— que se acerca a nuestro grupo para elegir a aquellos

que habían de acompañarlo. Algunos le llamaron la atención sobre mi persona, a lo que yo exclamé: ‘¡De ninguna manera! Yo nunca he pensado en ir a Alemania. Son tierras, por otra parte, muy frías, en nada convenientes a mi salud’... Me llevaron a la presencia del hermano Elías para que él resolviera el asunto. ‘Hermano —me dijo el ministro general—, te ordeno por santa obediencia que te decidas de una vez y declares si quieres ir a Alemania o no’... El hermano Elías me ordenó acompañar al hermano Cesáreo. Salimos veintisiete hermanos: doce clérigos y quince laicos”.

Caminaban en pequeños grupos para no dar así lugar a que su marcha se interpretase como una invasión. Se alojaban con preferencia en las leproserías. Entre ellos iban Juan de Pian de Carpine, que más tarde penetró en el corazón de Asia, Tomás de Celano y otros elocuentes predicadores.

Los hermanos lograron pleno éxito en su empresa, ganándose el cariño del pueblo alemán. Numerosas vocaciones vinieron a la Orden; se fundaron casas no sólo por toda *Alemania*, sino también por *Bohemia*, *Polonia*, *Rumanía* y aun en *Noruega*.

Los hermanos de *Sajonia* se quejaron del hermano Elías, ministro general, al papa Gregorio IX. Era el año 1238. Jordán de Giano fue el encargado, junto con otro hermano, de transmitir a Roma estas quejas de los hermanos alemanes. El papa tenía ya cerca de noventa años. “Sentóse en la cama y nos escuchó con mucha bondad —escribe el testigo ocular Jordán—. Luego nos dijo que acertamos apelando a él y prometió meter a Elías en cintura. Efectivamente, fue destituido el año siguiente”²⁹.

A *Ingllaterra* fueron los hermanos algunos años más tarde, después del capítulo de 1223. Allí no hubo tantas dificultades como en otros países.

La expedición fue de nueve hermanos. Quien los dirigía era Agnello de Pisa. Se embarcaron en una nave de los benedictinos de Fécamp, llegando al puerto de Dover el día 10 de septiembre de 1224. Unos marcharon a Canterbury, otros quedaron en Londres, encaminándose otros a Oxford, ciudad en la que pronto se les unieron multitud de estudiantes

²⁷ JORDAN DE GIANO, *Crónica*; cf. H. BÖHMER, *Chronica fratris Jordani* T. VI.6., París 1908.

²⁸ JORDAN DE GIANO, *o.c.*, 5.8.

²⁹ JORDAN DE GIANO, *o.c.*, 17-24.27.43.59.63.66.

y maestros ilustres. En todos su entrega al estudio era tanta cuanta su fidelidad a la santa pobreza. Fueron los mismos hermanos quienes se pusieron a construir con sus manos la casa de Oxford. Alta gente de Iglesia, recién ingresados en la Orden, llevaban piedras y mortero como cualesquiera otros. Quienes estudiaban en la universidad habían de recorrer descalzos un largo camino nevado y atravesar terrenos pantanosos en los que el agua les llegaba a las rodillas.

El primer hermano inglés se llamaba Salomón. En el mundo era conocido por ser un joven elegante. Cogía la alforja, se la echaba al hombro y salía a pedir limosna. Un día se presentó en casa de sus padres. Fue su hermana quien le abrió la puerta. Al verle así, exclamó: “¡Maldita sea la hora! ¡Y tenerte yo que ver con mis ojos hecho una irrisión...!”. Y le dio con la puerta en las narices. Salomón se alegraba de tener que pagar estas cuentas, como Francisco, a cambio de seguir a Cristo pobre. Encargado de los enfermos, el hermano Salomón iba por haces de leña, trayéndolos bajo el brazo, para calentar a sus hermanos.

A la vuelta de diez años de su llegada los hermanos menores contaban entre sus filas con hombres de tanto prestigio intelectual y espiritual como Adam de Marsch, Ricardo de Cornualles y Rogerio Bacon. A los comienzos el pueblo los conocía por el nombre de “hermanos de la Orden de los Apóstoles” por lo que su humilde forma de vida les recordaba la de los iniciadores pobres de la Iglesia³⁰.

Vuelto Francisco de su intentado viaje a Siria, decidió emprender otro, por tierra, hacia Marruecos, acompañado del hermano Bernardo. Atravesando el sur de Francia entrarían en España por tierra y no por mar. Con toda probabilidad se unieron a algunas de las caravanas de peregrinos que seguían la ruta del camino de Santiago. Respecto al recorrido hecho por Francisco y el hermano Bernardo no hay sino probabilidades. Existen, por otra parte, numerosas tradiciones locales y leyendas antiguas que intentan jalonar las estaciones y puntos de este viaje. En tiempos posteriores hubo interés en afirmar la antigüedad de ciertos conventos, resultando para ello cómodo ponerlos en relación con el viaje de Fran-

³⁰ THOMAS DE ECCELESTON, *Llegada de los hermanos menores a Inglaterra*; cf A.G. LITTLE y J.R.H. MOORMAN, *o.c.*, 1-5.12.

cisco a España. En este país “le sobrevino una gravísima enfermedad que le impidió llevar a cabo su anhelo”, habiéndolo de regresar a Italia³¹.

Con toda probabilidad, Francisco llegó hasta Santiago de Compostela. Los escritores-biógrafos del siglo XIII no lo mencionan expresamente, cosa que sí ocurre en los escritos del siglo XIV. “En los comienzos de la fundación de la Orden, cuando aún eran pocos los hermanos y no habían sido establecidos los conventos, san Francisco fue, por devoción, a Santiago de Galicia, llevando consigo algunos hermanos; entre ellos, al hermano Bernardo. Yendo así juntos por el camino, encontraron en un país a un pobre enfermo; san Francisco, compadecido, dijo al hermano Bernardo: hijo mío, quiero que te quedes aquí a servir a este enfermo. El hermano Bernardo, arrodillándose humildemente e inclinándole la cabeza, recibió la obediencia del Padre santo y se quedó en aquel lugar, mientras san Francisco siguió con los demás compañeros para Santiago”³².

Francisco se alegraba oyendo hablar bien de sus hermanos. Un día vino un clérigo español a visitarle y a hablar con él. Le trajo buenas y ejemplarmente evangélicas noticias de los hermanos de España, que él conocía, y que vivían en un pobre eremitorio de esta tierra. Al acabar su información el clérigo español, Francisco, lleno de gozo, desde lo más profundo, exclamó: “Gracias te doy, Señor, santificador y guía de los pobres, que me has regocijado con tales noticias de mis hermanos. Bendice, te ruego, a aquellos hermanos con amplísima bendición y santifica con gracias especiales a cuantos por los buenos ejemplos hacen que su profesión sea fragante”³³.

En torno al año 1219 las relaciones de Francisco con los suyos ya no eran las de antes. Hasta ahora lo habían venerado como a padre. Poco a poco fue creciendo el número de

³¹ 1 CELANO 56; *Leyenda Mayor* 9.6.

³² *Floreccillas* 4; *Actus beati Francisci et sociorum* 3; *Crónica de los 24 Generales*, en “*Analecta franciscana*” 3, Quaracchi 1897, VII-VIII. Sobre la fundación de la Orden de los Hermanos Menores en España, cf ATANASIO LOPEZ, *Viaje de san Francisco a España*, Archivo Ibero-Americano (1914) 13-45. GRATIEN DE PARÍS, *Historia de la fundación y evolución de la Orden de Frailes Menores en el siglo XIII*. Buenos Aires 1947. 458-459. LUIS DE SARASOLA, *San Francisco de Asís*, Madrid 1960², 314.

³³ 2 CELANO 178.

quienes impugnaban su proyecto de vida evangélica y trataban de arrinconar su autoridad espiritual.

Era, por otra parte, inevitable que, en la medida que el número de hermanos aumentaba y se iban dispersando por los distintos países, la Fraternidad dejase de ser menos homogénea y más floja evangélicamente.

Ya la inmensa mayoría de hermanos estaba formada por aquellos que no habían recibido de Francisco su formación espiritual. Muchísimos, además, apenas lo conocían.

De los superiores o “ministros”, los más provenían de esa clase de clérigos distinguidos e influyentes, reacios a dejarse guiar por un “iletrado” e “ignorante”, como era Francisco, al que, por otra parte, altos hombres de Iglesia tenían por quimérico, cuando no por peligroso o corrosivo incluso.

Estos clérigos progresistas, cuando acudieron al capítulo de 1219, estaban dispuestos a no disimular ni esconder por más tiempo sus quejas y proyectos. En fin, sus pretensiones eran que esta Orden de hermanos menores se asemejase más a las ya existentes, que se pudiese cultivar en ella el estudio con un cierto brío competitivo, que la práctica de la pobreza fuese menos estricta y que se pudiese echar mano de privilegios. Francisco, por su parte, por nada del mundo quería para sí privilegios, bulas o exenciones, no deseando tampoco oír hablar de ser protegido. En verdad, el grupo innovador estaba empujando a “otra cosa”, a “otra Fraternidad”, distinta de la que el Señor reveló a Francisco y a los primeros hermanos: seguidores pobres de Cristo pobre.

Francisco sentía que se pretendía “desplazarle”, escapándosele de las manos esta su Fraternidad. Con el hermano León, su predilecto, a quien quería inculcar la verdadera nobleza y felicidad del hombre, que va de la mano del sufrimiento y de la persecución, tuvo Francisco el diálogo sobre la perfecta alegría. Después del Evangelio de Cristo, ésta es una de las páginas más sorprendentes de la literatura cristiana y espiritual-religiosa de siempre. Esta página, junto con el *Cántico del hermano sol* y su *Testamento*, constituye la obra maestra de Francisco de Asís. “Si, cuando lleguemos a Santa María de los Angeles, mojados como estamos por la lluvia y pasmados de frío, cubiertos de lodo y desfallecidos de hambre, llamamos a la puerta del lugar y llega malhumorado el

portero y grita: ‘¿Quiénes sois vosotros?’ Y nosotros le decimos: ‘Somos dos de vuestros hermanos’. Y él dice: ‘¡Mentira! Sois dos bribones que vais engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres. ¡Fuera de aquí!...’”³⁴.

Este episodio de la perfecta alegría no es sino el desarrollo de una maravillosa fantasía, bajo una forma, a la vez, dramática y lírica, de un texto muy auténtico de san Francisco, la quinta admonición o aviso espiritual, que lleva por título: “Que nadie se enorgullezca, sino, al contrario, que uno se gloríe en la cruz del Señor”³⁵.

Entre los hermanos que vinieron al capítulo de 1219 los había, pues, que preferían alegrías menos perfectas y verdaderas y casas menos pobres. En general, mayor confortismo y bienestar y más seguridad. En todo caso, hacía falta —opinaban evolucionistas e intelectuales, favorables a una Orden fuerte, jerarquizada y prestigiosa— más realismo y pragmatismo y sobraba poesía y Evangelio radical.

Para su sorpresa, casi de la noche a la mañana, vio Francisco, junto a Santa María de los Angeles, levantado un edificio de piedra. Ante esto, él, ayudado de algunos hermanos, trepó al tejado y comenzó a desmantelarlo, echando las tejas abajo. Un poco distanciados se hallaban apostados unos caballeros y otros ciudadanos de Asís, que, observando a Francisco y a sus hermanos, les dijeron: “Hermano, esta casa es del ayuntamiento de Asís y nosotros somos sus representantes; por eso, te ordenamos que no destruyas nuestra casa”. Francisco respondió: “Está bien; si ésta es vuestra casa, no quiero tocarla”³⁶.

Entre capítulo ocurrió algo más trágico: los dirigentes de los “hermanos sabios” intentaron presionar a Francisco y exigirle que los tomase como colaboradores y consejeros, en vistas a descartar la Regla, que él, como fundador, estaba preparando y que proponíase hacer adoptar por la Fraternidad. El cardenal Hugolino compartía la opinión de los evolucionistas. Fueron a hablar con él, y le dijeron: “Señor, queríamos que persuadierais al hermano Francisco a que

³⁴ *Floreccillas* 8.

³⁵ DESBONNETS-VORREUX, o.c., 1200-1203; cf BAC, o.c., 814-816.

³⁶ *Espejo de perfección* 7; *Leyenda de Perusa* 56 II; 2 CELANO 57; *Leyenda Mayor* 7,2.

siguiera el parecer de los hermanos sabios y se dejara guiar de su consejo”. Ellos se refirieron a la Regla de san Benito, san Agustín y san Bernardo, que enseñaban a vivir de manera distinta a la espontaneidad evangélica que fomentaba Francisco.

Hugolino buscando a Francisco le hizo saber todos estos planes. El, como respuesta, dio el silencio. Tomando de la mano, sin embargo, al cardenal, presentóse con él en la asamblea, donde se hallaban los hermanos, a quienes habló así: “Hermanos míos, hermanos míos... por vuestra ciencia y sabiduría, Dios os confundirá. Y yo espero que el Señor, por medio de sus verdugos, os dará su castigo, y entonces, queráis o no, retornaréis con afrenta a vuestro estado”. Ante estas palabras, Hugolino quedó estupefacto, sin responder palabra. Todos los restantes hermanos quedaron sobrecogidos de temor³⁷.

Este capítulo de 1219, borrascoso por una parte, y, por otra, bajo un aire de entereza evangélica, mantuvo las decisiones anteriores en lo referente a la división de la Orden en provincias, llegando incluso a aumentarse el número de las mismas. Fueron designados misioneros para los países cristianos donde todavía no habían llegado los hermanos y también para aquellos de donde habían sido expulsados. Sin duda, la mayor innovación de esta asamblea capitular fue la institución de misiones entre infieles.

Varios hermanos se encaminaron a Marruecos. El hermano Gil se dirigió a Túnez. Y Francisco, siempre deseoso de proclamar el Evangelio a los no cristianos, decidió ponerse en marcha hacia Egipto.

Antes de partir, designó dos vicarios, que lo reemplazasen en el gobierno de la Fraternidad. Se llamaban Mateo de Narni y Gregorio de Nápoles. Ambos eran representantes genuinos del partido evolucionista y jerarquizante³⁸. El primero residiría en la Porciúncula, el segundo iría visitando las provincias.

A principios de junio, Francisco se puso de camino hacia Ancona. Allí se embarcaría rumbo a Egipto, haciendo la tra-

vesía en las naves de los cruzados. En este viaje eran sus compañeros los hermanos Pedro Cattani, Iluminado de Rieti y Leonardo, ambos caballeros antes de su conversión al Evangelio, y Bárbaro, uno de los primeros discípulos de Francisco. En Chipre hicieron la primera escala. El hermano Bárbaro injurió de palabra a otro hermano en presencia de un caballero de la isla. El hermano se sintió humillado y ofendido. Al darse cuenta de lo dicho y hecho, tomó el hermano Bárbaro un boñigo de asno, se lo metió en la boca y dijo: “¡Masque el estiércol la lengua dañina que ha derramado contra mi hermano el veneno de la iracundia!”. Después se puso de rodillas ante él, y con humildad le pidió perdón, según era costumbre entre los hermanos menores³⁹.

Francisco abominaba a los que desacreditaban y difamaban a los demás como detractores. “Execrando, en efecto, de modo espantoso a los detractores más que a otra clase de viciosos, solía decir de ellos que llevan veneno en la lengua, con que infeccionan a los demás... Por eso, si los chismosos y pulgas mordaces hablaban alguna vez, los evitaba —como nosotros lo vimos— y se apartaba por no prestarles oído, no fuera que se manchase oyéndolos”⁴⁰.

“Calumnia, que algo queda” es un modo malvado de hacer de ciertos hombres. No tienen más coraje que para esparcir especies sobre aquellos a los que, por envidia, celos o miedo, desean anular. Esto no es algo que pueda ser justificado desde la moral del Evangelio. Francisco lo sabía, por eso escribe: “Dichoso el siervo que tanto ama y respeta a su hermano cuando está lejos como cuando está con él y no dice detrás de él nada que no pueda decir con caridad delante de él”⁴¹.

Francisco retrata así al detractor: “El detractor se dice a sí: Me falta santidad de vida, no tengo el prestigio de la ciencia o de otra disposición peculiar, por lo que no encuentro puesto ni ante Dios ni ante los hombres. Ya sé qué he de hacer: pondré tacha en los elegidos y ganaré el favor de los grandes. Sé que mi prelado es un hombre y que echa a veces

³⁷ *Espejo de perfección* 68.

³⁸ L. IRIARTE, o.c., 62.

³⁹ 2 CELANO 155; *Espejo de perfección* 51.

⁴⁰ 2 CELANO 182.

⁴¹ *Aviso espiritual* 25.

mano de este mismo procedimiento, es decir, de cortar los cedros y dejar ver sólo zarzales en el bosque”⁴².

A mediados de julio, llegaron a San Juan de Acre; pocos días después, a Damietta, asediada por los cruzados desde hacía ya un año. Entre éstos lo había de todo tipo: desde hombres llenos de santo celo, hasta aventureros los más, que habían partido rumbo a oriente por afán de saqueos, pillajes y deleites. Era tal el grado de libertinaje y de desunión el que reinaba en el ejército cristiano que bien se entienden los fracasos sufridos.

El asalto definitivo iba a tener lugar el día 29 de agosto de 1219. Francisco intuyó el desenlace, diciéndole a su compañero: “Si el encuentro tiene lugar en ese día, me ha dado a entender el Señor que no se les resolverá en éxito a los cristianos. Pero, si descubro esto, me tomarán por fatuo; y, si me callo, la conciencia me lo reprochará. Dime: ¿qué te parece? Respondió el compañero: Padre, no se te dé nada ser juzgado por los hombres, que no es precisamente ahora cuando vas a empezar a ser tenido por fatuo. Descarga tu conciencia y teme, más bien, a Dios que a los hombres”.

Los cristianos no hicieron caso a las palabras de Francisco. El asalto acabó en un desastre: entre muertos y cautivos perdieron seis mil.

Francisco tenía partido el corazón por los españoles. Lloraba, sobre todo, por ellos “al ver que su arrojo los había diezmado”⁴³.

El obispo de San Juan de Acre era Jacobo de Vitry. Con frecuencia visitaba el campamento cristiano. Es él quien habiendo conocido a Francisco y a sus hermanos, escribe sobre el movimiento franciscano: “Esta Orden se está multiplicando mucho por todo el mundo, porque busca expresamente imitar la forma de la primitiva Iglesia y llevar en todo la vida de los apóstoles... A esta misma Orden ha ingresado también Colino, el inglés, clérigo nuestro, y además otros dos de nuestros compañeros: el maestro Miguel y el señor Mateo, al que había encomendado la iglesia de Santa Cruz; y me veo en aprietos para retener junto a mí al chantre, a Enrique y a

otros”⁴⁴. En otro escrito, el dicho obispo comunica asimismo que “el hermano Francisco se hallaba tan penetrado de embriagueces y fervores de espíritu, que, cuando vino al ejército de los cristianos, que se hallaba ante los muros de Damietta, en Egipto, se dirigió intrépidamente a los campamentos del sultán de Egipto, defendido únicamente con el escudo de la fe”⁴⁵.

Predicar el Evangelio a los musulmanes debió parecer quimérico y demencial a quienes hasta entonces sólo habían pensado en la espada para acabar con ellos, exterminándolos. Los musulmanes, por su parte, recompensaban con un besante de oro a quienes presentasen la cabeza de un cristiano⁴⁶. El legado pontificio, cardenal Pelayo Gaitán, no quería que Francisco fuese al sultán, pasando al otro lado⁴⁷.

Francisco se puso en oración. Confortado por el Señor, cantaba: “Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque Tú vas conmigo. Tu vara y tu cayado me sosiegan”⁴⁸. Tomando consigo al hermano Iluminado, se puso de camino. Andando se encontraron con dos ovejitas. De repente, avanzando, se les echaron encima los guardias sarracenos, injuriándolos, maltratándolos con azotes y cadenas. Llevados ante el sultán, Francisco, en francés, explica que “no ha sido enviado por hombre alguno, sino por el mismo Dios, para mostrarles a él y a su pueblo el camino de la salvación y anunciarles el Evangelio de la verdad”⁴⁹. En aquella corte de Melek-el-Khamel no faltaban ciertamente hombres cultivados que apreciaban en verdad la belleza del Evangelio, como asimismo hombres tolerantes, que sabían estar y mostrarse como perfectos caballeros.

El sultán sentía admiración por Francisco. La constancia e intrepidez de su fe y su despojamiento y alejamiento de este mundo, que observaba en él, le causaron impresión saludable⁵⁰.

⁴⁴ JACOBO DE VITRY, *Carta segunda*, BAC, o.c., 964-965.

⁴⁵ JACOBO DE VITRY, *Historia del Oriente* 967.

⁴⁶ *Leyenda Mayor* 9,7.

⁴⁷ ERNOUL, *Chronica*, BAC, o.c., 968-969.

⁴⁸ Salmo 23,4.

⁴⁹ *Leyenda Mayor* 9,8.

⁵⁰ *Floreccillas* 24; 1 CELANO 57b.

⁴² 2 CELANO 183.

⁴³ 2 CELANO 30; *Leyenda Mayor* 11,3.

Fue el mismo sultán quien le puso en un aprieto. Mandó extender ante él una hermosa alfombra, casi por completo cubierta de señales de la cruz y dijo a los presentes: “Sea llamado ahora ese que parece un buen cristiano; si al llegar a mí pisa las señales de la cruz de la alfombra, le diremos que ha injuriado a su Señor; si, por el contrario, se niega a pasar, le diré que por qué se resiste a acercarse a mí”. Francisco entró y, sin vacilar, “caminó por la alfombra hasta llegar al sultán”. Este le hizo observar que estaba pisando la cruz, a lo que Francisco replicó: “Debéis saber que con nuestro Señor fueron crucificados también dos ladrones; nosotros reconocemos la verdadera cruz de nuestro Señor y Salvador Jesucristo y la adoramos y abrazamos con toda devoción; a nosotros nos ha sido dada la cruz del Señor y a vosotros se os han dejado las cruces de los ladrones; por eso no he tenido inconveniente en pisar sobre los signos de los ladrones. La santa Cruz en nada os pertenece”⁵¹.

El sultán trabó amistad con Francisco “y le invitó insistentemente a permanecer con él”. Francisco respondió: “Si os resolvéis a convertirlos a Cristo tú y tu pueblo, muy gusto permaneceré por su amor en vuestra compañía”. Y la leyenda cuenta que Francisco propuso al sultán la prueba del fuego, a la que se someterían él y sus sacerdotes. Francisco fue obsequiado con muchos y preciosos regalos de parte del sultán. El sultán rehusó. El sultán insistió que los aceptase y distribuyera —por su salvación— entre los cristianos pobres y sus iglesias⁵².

Francisco era un hombre cortés, siempre respetuoso hacia cada persona, sin avasallar, ni amedrentar, ni causar susto a nadie. El encuentro con los “hermanos musulmanes” acabó bien. “El sultán mandó que lo devolviesen a nuestros campamentos con muestras de honor y garantías de seguridad —escribe Jacobo de Vitry—, y al despedirse le dijo: ruega por mí, para que Dios se digne revelarme la ley y la fe que más le agrada”⁵³.

Llegado a San Juan de Acre, para embarcarse rumbo a su país, se le comunicó la noticia que cinco de los hermanos,

idos a Marruecos, habían sido muertos por su fe en el Evangelio el día 16 de enero de 1220. Sus nombres eran Berardo, Otón, Pedro, Adyuto y Acursio. Cuando a Francisco le refirieron su martirio, exclamó: “¡Ahora sí que puedo gloriarme de tener cinco verdaderos hermanos menores!”⁵⁴.

El hermano Elías lo esperaba en San Juan de Acre, a donde había acudido para recibirlo.

Francisco “visitó el santo Sepulcro” de Cristo. Su peregrinación duró varios meses. Recorrió la Palestina musulmana sin tener que pagar el acostumbrado tributo gracias al permiso que le extendió Conradino, sultán de Damasco y hermano de Melek-el-Khamel.

El verano del año 1220 se presentó en Siria el hermano Esteban, emisario de la Porciúncula, que traía pésimas noticias. Mateo de Narni y Gregorio de Nápoles habían convocado a toda prisa un capítulo, en el que solamente tomaron parte “algunos hermanos seniores de Italia”. Esta asamblea de élite dictó varios estatutos adicionales, en vistas a que la Orden tuviese un prestigio ascético, adoptando las abstinencias monásticas. Por principio, se establecía la abstinencia perpetua. Todo esto era contrario a la libertad evangélica. Por cuenta propia, los vicarios, portavoces del grupo progresista, pretendían dar a la Fraternidad otro rumbo: hacia el monaquismo⁵⁵.

Francisco se apresuró, pues, a volver a Italia. Los hermanos sencillos se vieron llenos de alegría con su llegada.

⁵¹ Palabras del hermano Iluminado, BAC, o.c., 975-976.

⁵² Florecillas 24; Leyenda Mayor 9,8.

⁵³ JACOBO DE VITRY, *Historia de Oriente*, BAC, o.c., 967.

⁵⁴ JORDAN DE GIANO, *Crónica* 8.

⁵⁵ JORDAN DE GIANO, *Crónica* 11.12.13.

9. La senda del prestigio y de la gloria

Eran días difíciles aquellos para la Fraternidad, azotada por las tiranteces y las discusiones. El número de hermanos había crecido tanto que era menester ciertamente una mayor organización, saliendo al encuentro, al mismo tiempo, de los problemas nacidos con la llegada de hermanos intelectuales y estudiosos a la Orden.

Los comienzos estuvieron libres de estos conflictos. Francisco oyó el Evangelio, con corazón abierto, incondicional, dejándose seducir por Cristo pobre: “Si quieres ser perfecto, despójate de cuanto tienes... Y no llevéis nada en el camino... Quien quiera ser mi discípulo, que renuncie a sí mismo, y se venga detrás de mí...”¹.

La Regla del año 1209 era, por otra parte, más un programa de vida ascética que una legislación conventual. Los hermanos gozaban de una increíble libertad: unos vivían como ermitaños, otros como peregrinos, otros como jornaleros, otros como enfermeros, cuidando a los leprosos, algunos, en fin, como predicadores ambulantes de pueblo en pueblo. El voto de obediencia, además, era bastante original, al no existir entre los hermanos procedencia duradera y escogerse los superiores indistintamente, bien entre los iletrados, bien entre los clérigos, versados en derecho canónico y en teología.

Esta forma de vida, tan espontánea cuanto radicada en un corazón libre de mala hierba, podía convenir a unos pocos hombres, estimulados por la presencia del carismático

¹ 1 CELANO 22; *Leyenda Mayor* 3,1; *Tres compañeros* 25a.

Francisco. Ahora eran ya miles de hermanos, diseminados por todas las partes del mundo, y entre los cuales se contaban muchos clérigos y doctos, que hallaban hartos y limitado el ideal primitivo de Rivotorto.

De tiempo atrás se había ido gestando este rescoldo, ahora escondido bajo la ceniza. La ocasión de salir a la superficie fue el viaje de Francisco a Oriente. Ya la desunión cundía en la Fraternidad. Ambos vicarios apoyaban las alternativas monásticas y poderosas de los progresistas. Gregorio de Nápoles era ferviente partidario de los estudios y lo mismo su amigo, el hermano Elías. Hablaba bien, siendo orador famoso y administrador efectivo el hermano Gregorio. Pero, a la vez, se mostró más tarde tan cruel y autoritario que hubo de ser recluido y condenado a cadena perpetua².

Había signos, por otra parte, de la extravagancia y de la pérdida del sentido de la vida evangélica en algunos hermanos. Uno de ellos, “so pretexto de mayor perfección, se apartó de los demás... Hizo del hábito una túnica corta, llevaba la capucha descosida de la túnica, y andaba en esa forma por la tierra, despreciándose en todo”³.

Había quienes, perdido el espíritu del celibato evangélico, buscaban la compañía de las mujeres, dejando de ser castos. Francisco era un hombre exquisito en este punto, y así quería lo fuesen sus hermanos. “Todos los hermanos dondequiera que estén o vayan, guárdense de las malas miradas y del trato con mujeres. Y ninguno se entretenga en consejos con ellas, o con ellas vaya solo de camino, o coma a la mesa del mismo plato”⁴. La frivolidad es fácil salida y manera corriente de ir por la vida desgraciadamente. Francisco “afirmaba que es frivolidad toda conversación con mujeres, fuera de la confesión o de algún breve consejo que se acostumbra”⁵.

Otros tomaban caminos tan estrafularios que nada tenían que ver con la forma de vida de los hermanos menores. Así, el hermano Juan de Capella se puso al frente de una tropa de leprosos de ambos sexos, marchando a Roma a solicitar la

aprobación papal para que pudiesen vivir juntos, reuniéndolos en una congregación de vida mixta⁶. Algunos corrieron la voz de que Francisco había muerto en Oriente, aumentando así la desorientación y el sobresalto.

Por varios sitios, en lugar de las antiguas y pobres residencias, se iban alzando amplios y sólidos edificios. Un “ministro”, llamado Juan de Staccia, edificó en Bolonia una casa de estudios, semejante a la que regían los dominicos. Hubo hermanos que, para no ser molestados en su trabajo y apostolado, solicitaron favores y privilegios de la corte romana. Felipe el Largo, visitador de las damas pobres, para defender su feudo en exclusiva, consiguió una bula de excomuniación contra aquellos que importunaran a sus protegidas.

Tanto favoritismo, tanta decadencia, tanta frivolidad y tanto escándalo hizo que los hermanos sencillos levantasen su voz y protestasen, llegando algunos de ellos a rebelarse. La debilidad es cómplice cuando está en juego la fidelidad y pureza del Evangelio. Gregorio de Nápoles, el amigo del hermano Elías, y su círculo, la emprendieron con estos hermanos. En su intento de acabar con estas voces y denuncias, pusieron en marcha un vasto programa de depuración y de limpieza: hubo quienes fueron abrumados de castigos injustos, hubo quienes fueron echados de la Fraternidad, como si se tratase de hombres de vida corrompida; otros, para librarse de la saña de los perseguidores, hubieron de huir, en exilio exterior o interior, vagando desde allá para acá, llorando la ausencia de su querido pastor y guía Francisco⁷.

Con Francisco volvieron de Oriente el hermano Pedro Cattani, el fiel amigo de los primeros días, el hermano Cesáreo de Spira, y el hermano Elías que, de manera inesperada, se presentó allí, dispuesto a acompañar también a Francisco, ya enterado, por otra parte, del conflicto de los innovadores⁸.

Desembarcaron en Venecia. En Oriente, Francisco había contraído nuevas enfermedades. Esta es la razón por la que él quiso tomar allí algunos días de descanso antes de ponerse en camino a la Porciúncula.

² THOMAS DE ECCLESTON, *Llegada de los hermanos menores a Inglaterra* 6.

³ 2 CELANO 32-33.

⁴ 1 Regla 12; 2 Regla 11.

⁵ 2 CELANO 114; *Leyenda Mayor* 5,5.

⁶ JORDAN DE GIANO, *Crónica* 6.

⁷ *Ib.* 12.

⁸ *Ib.*

Francisco nunca anduvo bien de salud. Sobre él vinieron, con el pasar del tiempo, un cúmulo de enfermedades. “Durante largos años sufrió mucho del estómago, del bazo, del hígado y de los ojos”⁹. No se cuidaba de sí mismo y estaba desnutrido, produciéndole esto una debilidad y un cansancio, a veces, agobiantes. “Era hidrópico y estaba casi del todo escuálido y tenía otras muchas enfermedades”¹⁰.

La enfermedad de los ojos¹¹ —a lo que parece una conjuntivitis denominada tracoma— la contrajo en su viaje y estancia en Oriente (1219-20).

Esta debilidad y decaimiento de su cuerpo no podían aplastar el ánimo de Francisco, que sentía la alegría y el gozo de verse acogido por los animales de la tierra. Fue en las lagunas de Venecia donde, un día, una bandada de pájaros, al verlo, se puso a gorjear. Francisco dijo a su compañero: “Vamos a ponernos también nosotros en medio de ellos y vamos a cantar también nosotros al Señor, recitando sus alabanzas y las horas canónicas”¹².

Reanudaron el viaje hacia Bolonia. Francisco, enfermo, estaba rendido y fatigado. Durante un poco tiempo hubo de montar en un borriquillo. Iba detrás de él el hermano Leonardo, de la más alta nobleza de Asís. También él se sentía cansado y fatigado, tanto que empezó a decir para sus adentros: “No eran de la misma condición social los padres de éste y los míos; pero mira por dónde él va montado, al tiempo que yo camino a pie, guiando su borriquillo”. Aquí no era el caso de hablar de confortismo o de faltar a la Regla, que prohibía cabalgar, cosa que, en aquel tiempo, utilizaba únicamente la gente rica. Era necesidad y enfermedad, algo que el hermano Leonardo no quería o no podía ver. “Y no deben cabalgar, sino apremiados por una manifiesta necesidad o enfermedad”¹³.

Francisco leyó el corazón amargado del hermano Leonardo. Se apeó del animal y le dijo: “No es justo, hermano, que yo cabalgue y que tú vayas a pie, porque en el siglo

fuiste mucho más noble y poderoso que yo”. El hermano Leonardo quedó descubierto, avergonzado y sorprendido. “Le manifestó sus pensamientos y le pidió perdón”¹⁴.

Al llegar a Bolonia, “oyó decir que recientemente habían construido allí la ‘casa de los hermanos’. Salió de la ciudad y mandó, con todo rigor, que todos los hermanos la abandonaran cuanto antes y que, bajo ningún pretexto, moraran en ella. Salieron, pues, todos, sin dejar ni a los enfermos, que se los llevaron consigo, hasta que el señor obispo de Ostia, Hugolino, legado en Lombardía, hizo público que la casa era suya”¹⁵. Esto quiere decir que los innovadores contaban con el apoyo de personajes poderosos.

Los hermanos fieles al proyecto evangélico se alegraron del regreso de Francisco. Salieron de sus escondrijos, de sus silencios, de sus “exilios interiores”, pensando que todo volvería a su cauce¹⁶. Francisco, sin embargo, sabía que ya no dependía sólo de él restablecer la paz entre todos. Un día tuvo una visión: era una gallinita negra, con muchos más polluelos en su derredor de los que ella podía cobijar bajo sus alas. Al volver en sí, Francisco se dijo: “Yo soy esa gallina: pequeño de estatura y moreno; debo ser sencillo como la paloma y remontar el vuelo hasta el cielo por medio de los afectos, que son las plumas de las virtudes. Pero el Señor, por su gran misericordia, me ha dado y me dará muchos hermanos, a quienes, por mis solas fuerzas, no podré proteger. Así pues, es necesario que yo los recomiende a la santa Iglesia para que los proteja bajo sus alas y los gobierne”¹⁷. Desde esa hora, los hijos experimentarán las dulces atenciones de la madre y se adherirán por siempre con especial devoción a sus huellas venerandas”¹⁸.

Para Francisco, el seguimiento de Cristo no es posible sin la adhesión a la Iglesia.

Francisco no quiso pasar por la Porciúncula ni encontrarse con los rebeldes progresistas. Marchó directamente a Roma para entrevistarse con el papa, y pedirle un mediador

⁹ *Leyenda de Perusa* 119.

¹⁰ *Leyenda de Perusa* 90.

¹¹ *Floreccillas* 19; *Leyenda de Perusa* 83; *Espejo de perfección* 100.

¹² *Leyenda Mayor* 8,9.

¹³ *1 Regla* 15; *2 Regla* 3,12.

¹⁴ *Leyenda Mayor* 11,8; *2 CELANO* 31; *Leyenda de Perusa* 72.

¹⁵ *2 CELANO* 58; *Espejo de perfección* 6.

¹⁶ *JORDAN DE GIANO, Crónica* 14-15.

¹⁷ *2 CELANO* 24.

¹⁸ *Tres compañeros* 63.

“hombre bueno” y protector de la Fraternidad. “Como sabéis, señor, los pobres y despreciados no pueden llegar fácilmente a tan alta majestad. Tenéis el mundo entero en vuestras manos y las enormes preocupaciones no os dejan tiempo para ocuparos de asuntos de menos monta. Por eso, señor —concreta Francisco—, acudo a las entrañas de vuestra santidad, para que nos concedáis, con veces de papa, al señor obispo de Ostia aquí presente, para que, sin mengua de vuestra dignidad, que está sobre todas las demás, los hermanos puedan recurrir en sus necesidades a él y beneficiarse con su amparo y dirección”¹⁹. Hugolino amaba y acogía a Francisco y a sus hermanos. Después fue elegido papa, con el nombre de Gregorio IX, rigiendo la Iglesia desde el 19 de marzo de 1227 hasta su muerte, ocurrida el 22 de agosto de 1241²⁰.

Hugolino aceptó ser el asesor de Francisco, siendo el árbitro supremo entre los partidos rivales, evangélicos e innovadores. Fue también Hugolino quien, después de haber intentado restablecer la paz entre los hermanos, contribuyó a darles un estatuto definitivo.

El tacto y la autoridad de este hombre se hicieron sentir: Francisco recobró la tranquilidad y los innovadores no quedaron desalentados. Juan de Capella fue obligado a disolver su congregación mixta de leprosos volviendo a la Fraternidad. Felipe el Largo hubo de renunciar a su cargo de visitador de las damas pobres, siendo rescindida la bula de excomunión que él obtuvo en favor de las mismas.

El papa emanó una bula, con fecha 22 de noviembre de 1220, en la que se prohibía a los aficionados y amantes del vagabundear el andar de una parte a otra sin letras obedenciales. Lo más importante de dicha bula fue el año obligatorio de noviciado para cuantos desearan ingresar en la Fraternidad, con lo cual se podría descartar a los indeseables y se formaría en la disciplina a los demás.

Mateo de Narni y Gregorio de Nápoles, los vicarios rebeldes, portavoces de la alternativa del prestigio y de la gloria para esta Orden, que ellos querían ante todo intelectual y monástica, fueron destituidos. Su puesto lo ocupó el

hermano Pedro Cattani, que ya en otras ocasiones había suplido a Francisco en sus ausencias. Por desgracia, Pedro falleció prematuramente el 10 de marzo de 1221²¹.

La muerte del leal y antiguo discípulo de Francisco, hará que tome las riendas de la Fraternidad el hermano Elías, “uno de los más funestos hombres de la Orden franciscana”²². Será él quien dirija la Fraternidad a lo largo de trece años, ya que, salvo el intervalo de 1227 a 1232, él ejerció las funciones de ministro general de 1221 a 1239.

Este hermano Elías, personaje misterioso y discutido, era un hombre enérgico y absolutista. Antes de ingresar en la Fraternidad había sido fabricante de colchones, luego maestro de escuela y finalmente notario público. Era hombre ambicioso y seductivo, capaz de triturar a aquellos que no le sirviesen ni apoyasen en su hacer carrera. Fue laico, no sacerdote. Por muchos era tenido por hombre extraordinariamente sabio. “Nadie en su tiempo fue más célebre en toda la cristiandad”²³. Hombre brillante buscado por ciudades italianas para ser árbitro de sus diferencias. Para ganarse su apoyo, Bela IV, rey de Hungría, le obsequió con una copa de oro. Gozando de la confianza del emperador y del papa, por largo tiempo, desempeñará el papel de conciliador entre ambos. Clara de Asís sentía hacia él simpatía. Se le imputan hasta trece cargos; sin embargo, mérito suyo digno de encomio es el de haber promovido los estudios teológicos en la Orden²⁴.

Se ha observado²⁵ que el hermano Elías gozó de la confianza de Francisco, quizá, precisamente, porque éste admiraba en aquel organizador genial las dotes que él no tenía. De ahí que Elías, por la misma ley del contraste, amase sinceramente a Francisco, carismático e improvisor.

Su meta fue hacer de esta Orden una Orden grande y poderosa. Francisco para él fue más una gloria, del que había que sentirse orgullosos frente a los demás, que un modelo a

²¹ 2 CELANO 143; cf 1 CELANO 25; *Leyenda de Perusa* 11a; *Espejo de perfección* 39.

²² IVAN GOBRY, *Saint François d'Assise et l'esprit franciscain*, Seuil, París 1957, 41.

²³ THOMAS DE ECCLESTON, o.c., 6.

²⁴ SALIMBENE DE ADAM, *Crónica*, o.c., 96.

²⁵ E. RENAN, *Nouvelles d'histoire religieuse*, París 1884, 344.

¹⁹ 2 CELANO 25.

²⁰ 1 CELANO 99.

imitar en su seguimiento de Cristo. Por eso, que él dedicase toda su preocupación a la erección de la basílica, donde reposasen sus restos, y del sacro convento. Su pretensión era poder rivalizar con las grandes abadías benedictinas. Su estilo de gobierno estuvo más cercano al de un abad benedictino medieval que al de un “ministro y siervo general de toda la Fraternidad”²⁶.

El sistema centralizador y personal de gobierno y la incesante exacción de contribuciones a los provinciales, para dar fin a las obras monumentales de Asís, acabaron por exacerbar los ánimos de todos en la Orden. En menos de doce años levantó esa obra, de piedra, colosal.

Quienes no cuadraban en el concepto de honor de la Orden, al que habían de plegarse todos, aunque este ideal colectivo fuese en verdad disfraz de intereses privados de gloria y prestigio, eran perseguidos. Elías supo desentenderse de los hermanos celantes del primitivo proyecto evangélico-franciscano marginándolos, dispersándolos y castigándolos duramente.

Gil, León y los compañeros de Francisco consideraban la basílica, en la que habían colocado al Pobrecillo, y el sacro convento de Asís, un permanente y vergonzoso desafío “al vivir según la forma del santo Evangelio”, como escribió Francisco.

Para Elías y sus partidarios, por el contrario, esos majestuosos edificios habrían de ser el símbolo permanente del prestigio y del puesto elevado al que podrían aspirar en adelante los hermanos menores.

El fomentó el número creciente de hermanos, de manera que la Orden fue dividida en 72 provincias, honrando así, como pretexto, a los 72 discípulos de Jesús, y humillando, sobre todo, a los hermanos dominicos, cuyo efectivo era menos numeroso.

Nada más morir Francisco, ya no guardará miramiento. Se pone en marcha toda la inmensa máquina que ha de hacer de esta Orden un movimiento influyente, temido y poderoso. Quienes no se dobleguen ante él, no hallarán perdón, sean quienes sean. Todo su decisionismo y su acción tratarán de

separar y marginar toda razón o voz, todo discurso o idea. Cuando el pragmatismo hace injustificable el lenguaje y la palabra, se instaura el dominio de la violencia, imponiendo el silencio y la depuración.

Por orden suya, el hermano Cesáreo de Spira, antiguo compañero suyo en Siria, será arrojado en un calabozo, donde morirá víctima de los malos tratos. También quiso echar mano del hermano Bernardo de Quintaval, que hubo de huir de Asís y pasar a la clandestinidad de los bosques para no correr la misma suerte. En la distribución de oficios, prefería de manera escandalosa a los ignorantes, como más fáciles de dominar²⁷.

Ya el año 1235, los hermanos de Alemania, de Francia y de Inglaterra suplicaron al cardenal Hugolino, entonces papa Gregorio IX, que acabase con tal insoportable e irrespirable dictadura.

Fue el año 1239 cuando fueron satisfechas todas estas voces de queja y de protesta por un gobierno tan arbitrario y autoritario. Elías, por otra parte, estaba demasiado inclinado al partido gibelino o imperial. Al ser excomulgado por el papa, Elías se refugió en la corte de Federico II, quien siguió aprovechándose de sus servicios.

Bajo el pontificado de Inocencio IV, el año 1244, Elías trató de volver a la Orden y de reconquistar en ella el poder. Su intento, sin embargo, sólo le proporcionó otra segunda excomunión. Siguió viviendo todavía algún tiempo en la corte imperial. Luego se retiró con un grupo de seglares al humilde y acogedor eremitorio de Le Celle, próximo a la ciudad de Cortona. Fue allí donde edificó otro santuario para honrar a san Francisco, muriendo allí el 22 de abril de 1253. A última hora se reconcilió con la Iglesia²⁸.

Aunque Francisco hubiese resignado el cargo de ministro general en manos del hermano Elías, él, sin embargo, no dejó de ser para todos el verdadero Padre y el legislador de la Fraternidad.

Con el hermano Cesáreo de Spira, muy versado y experto en Sagrada Escritura, que lo ayudaba, Francisco se

²⁷ L. IRIARTE, o.c., 74.

²⁸ *Floreccillas* 38.

²⁶ *1 Regla* 8,1.

puso a redactar la Regla, sobre la que había de pronunciarse el capítulo de 1221. Dicho escrito consta de 23 capítulos, con unos cien textos del Nuevo Testamento que lo fundamentan, e inspirado en el más puro espíritu de Rivotorto.

En dicha Regla ya se asume el mandato del papa, que establece el año de noviciado: “Y cumplido el año y término de la probación, sea recibido a la obediencia”²⁹.

Se pone fuera de ley el andar vagando de un lado para otro³⁰.

La obediencia de los hermanos a los ministros no está sometida a la arbitrariedad: cuando los ministros manden algo contrario a la conciencia y la forma de vida franciscana, no están obligados a obedecer: “Si alguno de los ministros manda a un hermano algo contra nuestra vida o contra su alma, el tal hermano no esté obligado a obedecerle, pues no hay obediencia allí donde se comete delito o pecado”³¹.

Los ministros están bajo la vigilancia y corrección fraterna de los hermanos, con lo cual queda injustificada toda veleidad, autoritarismo o dictadura espiritual de parte de aquéllos. Han de ser amonestados hasta tres veces, y si no se enmiendan han de ser denunciados en el capítulo de Pentecostés al ministro y siervo general de toda la Fraternidad, “sin que oposición alguna se lo impida”³².

Los hermanos menores no podrán poseer cosa alguna propia ni en particular ni en común: “Impongo a todos mis hermanos, tanto clérigos como laicos, que, cuando van por el mundo o residen en lugares, de ningún modo tengan bestia alguna, ni consigo, ni en casa de otro, ni de ningún otro modo”³³. Los lugares donde viven los hermanos no han de ser de su propiedad, ni siquiera los eremitorios: “Guárdense los hermanos, donde quiera que estén, en eremitorios o en otros lugares, de apropiarse para sí ningún lugar, ni de vendérselo a nadie”³⁴.

En cuanto al dinero, les está prohibido no sólo tenerlo, sino también usarlo de algún modo: “Porque no debemos

tener en más ni considerar más provechosos los dineros y la pecunia que las piedras... Y si en algún lugar encontráramos dineros, no les demos más importancia que al polvo que pisamos, porque vanidad de vanidades y todo vanidad (Eclo 1,2). Y si acaso —¡ojalá no suceda!— ocurriera que algún hermano recoge o tiene pecunia o dinero, exceptuada tan sólo la mencionada necesidad de los enfermos, tengámoslo todos los hermanos por hermano falso y apóstata, ladrón y bandido, y como a quien tiene bolsa (cf Jn 12,6), a no ser que se arrepienta de veras”³⁵.

La clase social de los hermanos es la de los pobres. Sentir vergüenza de esto es no haber descubierto la bienaventuranza de la pobreza³⁶. “Y deben gozarse cuando conviven con gente de baja condición y despreciada, con los pobres y débiles, y con los enfermos y leprosos, y con los mendigos de los caminos”³⁷. Esto era válido tanto para clérigos como para laicos. Francisco, por otra parte, exhortaba, amonestaba e impulsaba “particularmente a los ministros y prelados a que practicasen obras de humildad: pedir limosna, trabajar manualmente... como los demás hermanos, “por el buen ejemplo y por el bien de sus almas y del prójimo”³⁸.

La única distinción que Francisco hace entre los hermanos, clérigos o no, es aquella que deriva de la legislación eclesiástica de aquel tiempo en lo referente al oficio divino o liturgia de las horas: los clérigos rezan según el breviario y los laicos un cierto número de padrenuestros³⁹.

El estilo de la Regla recuerda el del Evangelio. En él preceptos y prohibiciones se hallan entretnejidos con avisos y consejos, dictados por la más honda ternura. Así, Francisco, por ejemplo, en lo que respecta a los hermanos enfermos: “Si alguno de los hermanos, esté donde esté, cae enfermo, los otros hermanos no lo abandonen, sino désignese un hermano o más, si fuere necesario, para que le sirvan como querrían ellos ser servidos (cf Mt 7,12)... Y ruego al hermano enfermo que por todo dé gracias al Creador”⁴⁰.

²⁹ 1 Regla 2,9.

³⁰ 1 Regla 5,16-17.

³¹ 1 Regla 5,2; 1 Regla 4,2.

³² 1 Regla 5,3-4.

³³ 1 Regla 15,1.

³⁴ 1 Regla 7,13.

³⁵ 1 Regla 8,3.6.7; cf *Espejo de perfección* 14; 2 CELANO 65.

³⁶ Mt 5,3.

³⁷ 1 Regla 9,2.

³⁸ *Espejo de perfección* 73.

³⁹ 1 Regla 3.

⁴⁰ 1 Regla 10.

Francisco invita a los hermanos a vivir el amor cristiano en sus exigencias más radicales, contrarias a la así llamada “ética corriente”, y sublimes: “... amor a los enemigos, hacer el bien a los que nos odian... Son, pues, amigos nuestros todos los que injustamente nos causan tribulaciones y angustias, sonrojos e injurias, dolores y tormentos, martirio y muerte; y los debemos amar mucho, ya que por lo que nos hacen obtenemos la vida eterna”⁴¹.

La Regla se cierra, en su último capítulo, con un himno, al estilo de los de la liturgia antigua. Sin duda alguna, es testimonio auténtico del modo de estar Francisco ante Dios, de su hablar con El y a la vez, de su hablar de El, cuando él dejaba que su corazón se derramase ante el que él tenía por “el Bien, todo el Bien, sumo Bien, Señor Dios vivo y verdadero”⁴².

*“Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios,
Padre santo y justo, Señor rey de cielo y tierra,
te damos gracias...
Y te damos gracias, porque, al igual que nos creaste...
y, porque todos nosotros, míseros y pecadores,
no somos dignos de nombrarte...
Y a la gloriosa Madre y Beatísima siempre Virgen María...
Y a cuantos quieren servir al Señor Dios en el seno de la
santa Iglesia católica y apostólica...
y a todos los órdenes siguientes...
humildemente les rogamos y suplicamos todos nosotros,
hermanos menores, siervos inútiles,
que todos perseveremos en la verdadera fe y penitencia,
porque de otro modo nadie se puede salvar.
Amemos todos con todo el corazón, con toda el alma, con toda la
mente, con toda la fuerza y poder, con todo el entendimiento,
con todas las energías...
Ninguna otra cosa, pues, deseemos,
ninguna otra cosa queramos, ninguna otra cosa nos agrade...
Nada, pues, impida, nada separe, nada adúltere;
nosotros todos, dondequiera, en todo lugar, a toda hora y en todo
tiempo...
¡En el nombre del Señor!, ruego a todos los hermanos...”*⁴³.

Esta era la Regla que Francisco se disponía a presentar al capítulo de 1221. Quizá sea la más hermosa y sublime propuesta evangélica que se haya hecho a los hombres por

mediación de otro hombre, Francisco. Los ministros e intelectuales esperaban, más bien, un texto de transacción y pacto. Francisco les salió al encuentro con un texto de desafío evangélico.

En este capítulo hubo más de tres mil hermanos. Presidió el cardenal Rainerio Capocci, al verse impedido de hacerlo Hugolino. De haber estado éste presente, habría sido difícil todo intento de conciliación, al estar los “ministros” tan predispuestos a reducir el radicalismo evangélico de la Regla.

Ya la Fraternidad de los hermanos menores tenía diez años de existencia. La mayoría de los hermanos conocían, querían y reverenciaban a Francisco, atraídos como estaban por su prestigio espiritual, su integridad y su entereza evangélica.

La razón de la no aprobación de esta Regla de 1221 reside, según parece, en que el sector progresista de los innovadores y ministros la recibió con descontento. Ellos preferían un código de vida más preciso y disciplinado. Por otra parte, no les agradaba que se insistiese en que los hermanos vigilasen, amonestasen, corrigiesen y denunciasen a los ministros “si vieren que alguno de ellos se comporta carnal y no espiritualmente en conformidad con nuestra vida”⁴⁴.

⁴¹ I Regla 22.

⁴² Alabanzas al Dios altísimo 2.

⁴³ I Regla 23,1-10.

⁴⁴ I Regla 5,4; cf I Regla 6; L. IRIARTE, o.c., 65.

10. El movimiento penitencial franciscano

El espíritu evangélico de Francisco ejercía un influjo y un contagio tales que, oyéndolo y viéndolo, había muchos que querían abandonarlo todo para vivir así.

Había en verdad una avalancha de vocaciones. A principios del año 1220, Jacobo de Vitry escribía: “Esta Orden se está multiplicando mucho por todo el mundo, porque busca expresamente imitar la forma de la primitiva Iglesia y llevar en todo la vida de los apóstoles. Debo añadir, con todo, que, a mi juicio, esta Orden incurre en un serio peligro, porque envía a través del mundo de dos en dos no solamente a los hermanos ya formados, sino también a los jóvenes todavía imperfectamente formados, quienes más bien debieran ser probados y sometidos durante algún tiempo a la disciplina conventual”¹.

Francisco mismo se lamentaba del número excesivo de adeptos: “Si fuera posible o, más bien, ¡ojalá pudiera ser que el mundo al ver hermanos menores en rarísimas ocasiones, se admire de que sean tan pocos!”².

Para desviar esta afluencia y, asimismo, para ofrecer a los seglares oportunidad de vivir el Evangelio en su estado, Francisco pensó instituir la Orden de Penitencia.

Ya una vez, llegando a una aldea llamada Cannara, hombres y mujeres, tocado el corazón por su palabra, deseaban irse tras él, abandonando incluso el pueblo. Francisco, sin

¹ JACOBO DE VITRY, *Carta segunda*, BAC, o.c., 964.

² 2 CELANO 70.

embargo, no se lo consintió, sino que les dijo: “No tengáis prisa, no os vayáis de aquí; ya os indicaré lo que debéis hacer para la salvación de vuestras almas. Fue entonces cuando le vino la idea de fundar la Orden Tercera para la salvación universal de todos”³.

La Orden de Penitencia entra dentro de los movimientos evangélico-penitenciales de la época. Como movimiento franciscano fue instituida canónicamente el año 1221.

Se ha de recordar, entre los seglares, con este espíritu evangélico-franciscano penitencial, al conde Orlando de Chiusi, que fue quien donó a Francisco y a los hermanos el monte Alvernia⁴, a la señora Práxedes, reclusa romana, a quien Francisco dio la túnica y el cordón de penitencia⁵, y a la señora “hermano” Jacoba de Settesoli, también romana, viuda del caballero Graciano Frangipane⁶.

A los pocos meses de vestir Clara la túnica de penitencia en Santa María de los Angeles de la Porciúncula, Francisco trabó amistad con Jacoba. Era el año 1212. Ella fue la gran y fiel amiga de Francisco y de los hermanos.

Quedó viuda muy joven. Y vivía en Roma. Muerto Francisco, tanto era su amor al Pobrecillo y a sus hermanos que se estableció en Asís, muriendo allí y siendo enterrada en la basilica inferior de San Francisco⁷. Era toda una mujer, mereciendo por su energía el nombre de “hermano” Jacoba con que Francisco la hizo pasar a la posteridad. Siempre que iban Francisco y los hermanos a la Ciudad Eterna se hospedaban en su casa.

Jacoba obsequiaba siempre a Francisco con un delicioso pastel, que ella preparaba, llamado “mostaccioli”, hecho de almendras, azúcar o miel y otros ingredientes. Tanto le encantaba a Francisco que, estando para morir, y mandándola avisar, le recordó no se olvidase del pastel⁸. En pago de sus cariñosas atenciones, Francisco una vez la regaló un corderi-

to, que “como si estuviera aleccionado por Francisco en las cosas espirituales, no se apartaba de la compañía de la señora Jacoba lo mismo cuando iba a la Iglesia que cuando permanecía en ella o volvía a casa”⁹. Antes de morir, Francisco manifestó el deseo de que tanto la hermana Clara como el “hermano” Jacoba pudieran verlo por última vez. “Sabéis que la señora Jacoba de Settesoli ha sido y es muy devota y fiel a mí y a nuestra Orden. Creo —dijo Francisco— que agradecería mucho y le serviría de gran consuelo que le comunicarais mi estado de salud...”¹⁰.

En torno a Francisco fueron surgiendo, pues, núcleos de hermanos y hermanas. Fue él quien comunicó una nueva vitalidad con su impulso de renovación evangélica al movimiento penitencial, que oficialmente, en el lenguaje eclesiástico medieval, pronto empezó a llamársele “Orden de Penitencia”.

Estas agrupaciones venían de muy atrás, no sólo como efecto de la disciplina penitencial de la Iglesia, sino también como compromiso comunitario —*propositum*— de seguir el Evangelio de Cristo. Llega un momento en que junto a los clérigos —*ordo clericorum*— y a los monjes —*ordo monachorum*— hubo de ponerse el de los entregados, convertidos al Evangelio o penitentes —*ordo poenitentium*—, acogidos también al fuero eclesiástico. Francisco y sus primeros hermanos, antes de que les fuese reconocida su forma de vida, se presentaban como “los penitentes de Asís”¹¹. Por lo cual ellos también formaron parte de este gran movimiento eclesial. Algunos de estos grupos de “convertidos” al Evangelio se ponían bajo la dirección de un monasterio o se acogían a las nuevas instituciones regulares, como los premonstratenses o los humillados, formando así una “tercera orden” de seglares casados o célibes. Este compromiso libre de vivir en conversión implicaba una serie de renunciaciones y de exenciones, así como el de vestir una túnica pobre, además de un mayor rigor y coherencia que los cristianos comunes en lo referente a los ayunos, la oración y la frecuencia y celebración de los sacramentos.

³ Florecillas 16.

⁴ Consideraciones sobre las Llagas 1,1.

⁵ CELANO, Tratado de los milagros 181.

⁶ CELANO, Tratado de los milagros 37-39; Leyenda Mayor 8,7; Leyenda de Perusa 8; Espejo de perfección 112.

⁷ CELANO, Tratado de los milagros 37.

⁸ Leyenda de Perusa 8.

⁹ Leyenda Mayor 8,7.

¹⁰ Leyenda de Perusa 8; Espejo de perfección 112.

¹¹ Tres compañeros 37; Anónimo de Perusa 19.

Los “convertidos” eran aquellos que, escuchando el Evangelio, se habían decidido por la “conversión”, es decir, habían manifestado, públicamente con frecuencia, la voluntad de ruptura, más o menos radical, con el estilo de vida anterior —al que se llamaba “siglo”—, frívola, materializada, libertina, de espaldas a Dios y a su Evangelio. Este compromiso de vivir un nuevo género de existencia prácticamente llevaba a unirse a alguna de las formas de vida penitencial existentes entonces en la Iglesia.

La *Carta a los fieles*¹², escrita por Francisco, sería una exhortación evangélica suya, dirigida a los hermanos y hermanas de penitencia. Ahí tendríamos el mejor testimonio de la conciencia del fundador respecto al movimiento penitencial franciscano.

La primera mención oficial de los hermanos de penitencia, como corporación organizada dentro del franciscanismo, se halla en la bula de Honorio III al obispo de Rímini, con fecha 16 de diciembre de 1221. En ella se le encarga los proteja contra las autoridades civiles, que pretenden forzarles a tomar las armas, bajo juramento, en defensa del ayuntamiento. Existen otras bulas, dirigidas a los obispos de Italia, de 1225 a 1234. Mediante ellas se conoce la gran difusión alcanzada, en breve tiempo, por el movimiento penitencial franciscano¹³.

En 1221 fue cuando tuvo lugar la primera redacción de la Regla de la Orden tercera penitencial franciscana. En ella tomó parte el cardenal Hugolino. En este texto legislativo abundan elementos tomados del *propositum* de los humillados, que aprobó el papa Inocencio III en 1201. El texto que nosotros conocemos es una revisión hecha en 1228¹⁴.

Dicho texto constaba de trece capítulos. Una serie de ellos se refería a la santificación personal de los penitentes, otros a su vida social, y otros, finalmente, a la organización de las Fraternidades.

Santificación personal. Los hermanos han de *vestir sencilla* y austeramente según el estilo de vida de penitencia que

han abrazado. Las pieles de sus vestidos han de ser humildes pieles de cordero. Las bolsas y los cinturones que lleven serán de simple cuero, sin adornos ni ribetes de seda.

Como a hombres convertidos al Evangelio de Jesús, les está prohibido asistir a banquetes, espectáculos y bailes mundanos, como asimismo organizar festejos y *diversiones*.

El uso de la carne les está limitado a tres días a la semana. Harán dos *comidas* al día, ayunarán todos los viernes del año y, además, alrededor de otros cien días al año. El visitador de las Fraternidades concederá oportunas dispensas a los enfermos, a los obreros y a las mujeres embarazadas.

Los que sepan leer, han de *rezar* diariamente las ocho horas canónicas. En caso contrario, rezarán cincuenta y cuatro padrenuestros con el “gloria al Padre”. Durante la cuaresma, si no están impedidos, acudirán todos a maitines a la iglesia. Diariamente, por la noche, harán examen de conciencia. Habrán de confesarse y comulgar tres veces al año: Navidad, Resurrección y Pentecostés. Mensualmente tendrán una reunión: celebrarán la eucaristía, con homilía o sermón, se hará una colecta por los hermanos pobres y por los enfermos y participarán en las oraciones comunes.

Vida social. Pagarán fielmente los diezmos. Satisfarán las deudas contraídas y restituirán los bienes y riquezas mal adquiridos. *No llevarán armas ni las tomarán contra nadie.* Se abstendrán de juramentos solemnes, excepto en los casos en los que lo requiera la paz, la fe, la calumnia o el testimonio. Y evitarán también los juramentos privados. Cada cual habrá de cuidar de que su familia viva cristianamente. Los pobres y los enfermos no quedarán nunca desatendidos. Los ministros, es decir, los responsables de las Fraternidades, tienen la obligación de procurarles visitas, que les animen y conforten, y cuantos auxilios necesiten. De ahí que en la reunión mensual se haga colecta.

Tienen obligación de asistir a los funerales de los hermanos difuntos y rezar por ellos un número de salmos o de padrenuestros con el *requiem*. Cada hermano ha de hacer testamento dentro de los tres meses siguientes a su ingreso en la Fraternidad. Para evitar discordias y escándalos, los pleitos se resolverán dentro de la Fraternidad.

¹² BAC, o.c., 51-60.

¹³ G. G. MEERSSEMAN, *Dossier de l'Ordre de la Pénitence du XIII siècle*, Fribourg 1961, 41-51; L. IRIARTE, o.c., 516.

¹⁴ G. G. MEERSSEMAN, o.c., 91-112.

Organización de la Fraternidad. La gobiernan un visitador, dos ministros y varios consejeros. La suprema autoridad la tiene el visitador: entiende en las infracciones de la Regla, concede las dispensas convenientes y decreta la expulsión de los incorregibles.

Para la admisión de un candidato habrá de examinarse si pagó previamente las deudas contraídas, los diezmos atrasados, si está reconciliado con sus prójimos y si está inmune de toda sospecha de herejía. La mujer no puede ser recibida sin el consentimiento del marido. Después de un año de prueba, el candidato, si es juzgado idóneo, podrá emitir su profesión —*promissio*— por toda la vida. De dicho acto se redactará documento público, teniendo entendido que a ninguno le será lícito salir de la Fraternidad si no es para tomar vida religiosa.

Esta Regla es más bien un enunciado de preceptos y de prohibiciones. Se ve la mano aquí del canonista cardenal Hugolino. Francisco no debió tomar mucha parte en su redacción, al carecer de unción y de referencias a la Sagrada Escritura, ya que él no podía hablar o escribir sin citar el santo Evangelio y pronunciar el nombre del Salvador.

De lo legislado en dicha Regla, el artículo sobre los juramentos y el rechazo de las armas es el más revolucionario para la época en que se redactó. En la Edad Media, todo el edificio político estaba basado en el juramento. Quien había prestado juramento al señor feudal o al municipio sabía que estaba del todo a su servicio, de manera que, por ejemplo, fuese arbitraria o “justa” la guerra en la que se hallaba envuelto el soberano o la ciudad, el juramentado quedaba obligado a tomar las armas y ponerse de parte de su señor o municipio.

Esta medalla tiene también su reverso, ya que la Santa Sede podía disponer de un poderío cuantioso contra sus adversarios. Al oponerse por ese medio a las guerras que juzgaba injustas, y al favorecer por lo mismo las “justas”, podía quebrantar la resistencia de los municipios, enfrentarse al poder civil y poner en jaque al mismo emperador.

En la península italiana, el movimiento penitencial franciscano fue de hecho un auxiliar valiosísimo, con cuya ayuda la Santa Sede logró acorralar a los gibelinos y hacer que

amainase el aire de violencia y enfrentamiento que existía entre las ciudades, con la inseguridad y el miedo consiguientes.

Las consecuencias sociales de esta nueva institución franciscana fueron también incalculables: la obligación de testar, que tenían sus miembros, privaba al señor feudal de los beneficios del ab-intestato, es decir, del sin testamento. El que en cada Fraternidad se crease un fondo común facilitaba el rescate de las pechas, o sea, del pago de tributos, y la emancipación de los siervos. Esta relación entre nobles y villanos, en el seno de las Fraternidades, acercaba a las clases sociales, echando abajo muros levantados en nombre de la riqueza, del poder o de la cultura. La inmunidad canónica, que eximía a los hermanos de la jurisdicción civil y laica, y el sistema de elección y votación, por el que ellos mismos nombraban y cambiaban a sus dirigentes y “ministros”, todo ello contribuyó a minar, poco a poco, el edificio feudal, vertical, piramidal, haciendo germinar en las conciencias de los hombres sentimientos y proyectos democráticos, más participativos y horizontales.

Entre las actividades de los penitentes o convertidos hay que observar la de restaurar iglesias como también la de ayudar gratuitamente en la construcción de las catedrales¹⁵. Francisco, en su camino de conversión, restauró con sus manos tres iglesitas de los alrededores de Asís. Cuando escuchó la invitación del Crucificado de San Damián: “Francisco, ¿no ves que mi casa se derrumba? Anda, pues, y repárala”¹⁶, empezará a entender que son las piedras vivas, caídas y pisadas, dejadas al margen del camino, o sea, los hombres, las que han de ser alzadas y dignificadas. Esta construcción de la iglesia viva de Cristo es la que promovió, de múltiples maneras, el movimiento penitencial franciscano.

¹⁵ E. DELARUELLE, *L'autel roman de saint-Sernin* (1095). Cofrères, pelerins et penitents, en *Mélanges R. Crozet*, Poitiers 1966, 383-389.

¹⁶ *Tres compañeros* 13.14; 2 CELANO 10.11.

11. La apuesta por la sencillez

Los envidiosos y los ignorantes suelen despreciar la ciencia, las intuiciones de los estudiosos y las producciones de los sabios.

Francisco era sumamente respetuoso con todo ese mundo, a pesar de que él no tuviese una formación sistemática, superior o especializada, y afirmando, por ello, de él mismo: “porque soy ignorante e idiota-indocto”¹.

Sentía tal respeto por los libros, que si encontraba en el suelo algún fragmento escrito, lo recogía para ponerlo en un sitio decoroso². Cortés como era, mostraba reverencia a los sabios, teólogos y estudiosos, tributándoles testimonios de respeto. “Y también a todos los teólogos y a los que nos administran las santísimas palabras divinas debemos honrar y tener en veneración, como a quienes nos administran espíritu y vida (cf Jn 6,64)”³. Al ilustre hermano Antonio de Padua, primer enseñante de teología en la Fraternidad, lo llama “mi obispo”, y es que los documentos de la Edad Media “dan, a veces, a los monjes misioneros el nombre de obispos, que es como decir ‘predicadores autorizados’. Encontrándose, por ello, honrados con el título de ‘episcopi’ simples sacerdotes como san Ricard, san Fursy, san Gregorio de Utrecht”⁴. Al hermano Pedro Cattani, doctor en derecho, le honraba siempre con el título de “messer”⁵.

¹ Carta a toda la Orden 39.

² 1 CELANO 82; Testamento 12; Carta a los clérigos 12; Carta a toda la Orden 35-36; 1.ª Carta a los custodios 5.

³ Testamento 13.

⁴ CARD. SCHUSTER, *Vie de saint Benoît*. 12, 153; Carta a san Antonio de Padua, BAC, o.c., 73-74; 2 CELANO 163; cf DESBONNETS-VORREUX, o.c., 148-149.

⁵ JORDAN DE GIANO, *Crónica* 5.

Por otra parte, Francisco se hallaba tan ajeno a cualquier prevención contra los letrados, que designó para las funciones de la Fraternidad a algunos de ellos, como a Elías, a Pacífico, a Juan de Staccia, a Gregorio de Nápoles...

Sin embargo, aun teniendo a la ciencia por algo noble y benéfico, él no la creía útil para sus hermanos. Vanamente se le intentaba alegar la necesidad de la misma para escrutar los misterios de Dios. El sabía bien que el hombre, incapaz de resolver lo insoluble y de adentrarse en lo impenetrable, sólo por la oración y la humildad puede recibir la luz que da acceso a Dios. Para ponerse en camino hacia Dios y dar con El no es menester buscar mucho en los libros, sólo el silencio y tomar en las manos el Evangelio harán que El se dé a conocer. Tal era el pensamiento de Francisco en este punto. “También yo, hermano —decía Francisco una vez, sentado calentándose junto a la lumbre, a un novicio—, sufrí la tentación de tener libros; pero para conocer la voluntad del Señor sobre este punto tomé el libro de los Evangelios y le pedí al Señor que me diera a conocer, en la primera página que yo abriese al azar, lo que El quería de mí. Terminada mi plegaria, abrí el libro, y ante mis ojos apareció este versículo: ‘A vosotros se os ha dado conocer el misterio del reino de Dios, pero a los otros todo se les dice en parábolas’ (Mc 4,11)”. Continuó: “Son tantos los que desean adquirir ciencia, que es dichoso quien se hace estéril por amor del Señor Dios”⁶.

No entendía que el sentido del estudio estuviese en la mera curiosidad. Cuando sobreviene la tentación y la tribulación para nada sirven los libros, sino para que el hombre esté con las manos vacías. “Porque la tribulación ha de venir, y entonces los libros para nada servirán, y los tirarán a las ventanas y a rincones ocultos”⁷.

Para él vale más entregarse a la bondad que aprender a saber disertar sobre ella. “Son muchos los que buscan el honor y la alabanza de los hombres por la sola narración de estas gestas. Por eso escribió en la explicación de estas palabras en sus admoniciones, donde escribe: Los santos hicieron las obras, y nosotros, con narrarlas y predicarlas, queremos recibir honor y gloria”⁸.

Francisco conocía y se alegraba de sabios modestos y sencillos, pero también sabía de aquellos que, henchidos de sí mismos, se vuelven altaneros, insoportables y obstinados. Por eso, que él viese en la ciencia un escollo para la humildad, la limpieza de corazón y la pobreza de los hermanos menores. “La ciencia hace indóciles a muchos, —decía él— impidiendo que cierto engolamiento que se da en ellos se pliegue a enseñanzas humildes”⁹.

No era posible tener bibliotecas y vivir como estudiosos, si los hermanos “debían vivir en casas de arcilla y de madera”¹⁰, como quería Francisco.

La ciencia y los conocimientos procuran satisfacciones al amor propio; quien los posee recibe una pública estimación y un reconocido respeto; por otra parte, para dedicarse a estudiar ha de haber dinero, y por ello gastos. Francisco, sabedor de todo esto, temía que el estudio hiciera peligrar la vocación de los suyos, hermanos menores, elevándolos y arrancándolos de la condición en la que él los había establecido.

A un novicio, candidato a la Fraternidad, le dijo: “Son tantos los que desean adquirir ciencia, que es dichoso quien se hace estéril por amor del Señor Dios”¹¹. Deseaba de corazón que sus hermanos vivieran como él, ligeros de equipaje: “Quien quiera ser hermano menor, no debe tener sino las túnicas que concede la Regla, la cuerda y los calzones, y el calzado, si la manifiesta necesidad o la enfermedad lo exigen...”¹².

Para Francisco, como para Jesús, al buen árbol se le conoce por los buenos frutos (cf Mt 7,17-20). La ciencia sirve en la medida que lleva a descubrir el Evangelio y a vivir según él. “Tanto sabe el hombre, cuanto obra; y tanto sabe orar un hermano, cuanto practica”¹³, tal era el consejo de Francisco. La despreocupación de este cristiano “iletrado” brotaba de esa conciencia y de esa visión de la realidad, por

⁹ 2 CELANO 194; *Leyenda de Perusa* 57-58.

¹⁰ *Leyenda de Perusa* 106; *Espejo de perfección* 11; cf *Testamento* 24.

¹¹ *Leyenda de Perusa* 104.

¹² *Leyenda de Perusa* 105.

¹³ *Leyenda de Perusa* 105.

⁶ *Leyenda de Perusa* 104.

⁷ *Espejo de perfección* 69; 2 CELANO 195.

⁸ *Leyenda de Perusa* 103h; *Espejo de perfección* 4; *Aviso espiritual* 6,3.

otra parte, tan sumamente evangélica. “Y no se preocupen de hacer estudios los que no los hayan hecho”¹⁴.

Muchos letrados que habían venido y seguían viniendo a la Fraternidad, ¿habrían de volver a la ignorancia, olvidando todo lo aprendido, por falta de libros? La verdad es que a Francisco le hubiese gustado, con todo, que los letrados, hechos hermanos menores, sacrificasen su saber¹⁵.

Francisco deseaba que, despojándose de todo vestigio o señal de superioridad, letrados e iletrados se afanasen por adquirir “la *santa simplicidad*, hija de la gracia, hermana de la sabiduría, madre de la justicia”¹⁶. La santa simplicidad o sencillez “contenta con Dios, estima vil todo lo demás. Se gloria en el temor de Dios, no sabe hacer ni decir nada malo. Porque se conoce a sí, no condena a nadie, cede a los mejores el poder, que no apetece para sí... Prefiere obrar a enseñar o aprender. Esta es la que, dejando para los que llevan camino de perderse los rodeos, las florituras y los juegos de palabras, la ostentación y la petulancia en la interpretación de las leyes, busca no la certeza, sino la médula; no la envoltura, sino el cogollo; no la cantidad, sino la calidad, el bien sumo y estable”¹⁷. La santa sencillez había de ser el aire de los hermanos menores, bien fuesen letrados o iletrados. La sencillez o simplicidad es hermana de la sabiduría, en la que viven todos aquellos que, ante todo, andan en la búsqueda del reino de Dios y su justicia. De ahí que Francisco en el poema, que lleva por título *Saludo a las virtudes*, escriba así: “¡Salve, reina sabiduría, el Señor te salve con tu hermana la santa pura sencillez!...”¹⁸.

El camino de la humildad y de la oración constituyen el centro de la vida de los hermanos menores. Todo cuanto no lleve ni contribuya a esto es dispersión¹⁹.

No podemos olvidar que Francisco, hombre de Dios, era un auténtico trovador, por lo que confiaba asimismo en el poder de la poesía, del canto y de la música. Para él, los hermanos menores, los franciscanos, son unos juglares.

“¿Qué son, en efecto, los siervos de Dios sino unos juglares que deben mover los corazones para encaminarlos a las alegrías del Espíritu?”²⁰. Los hermanos menores han sido dados por Dios al mundo para salvación de su pueblo. Han de cantar y predicar, comunicando de palabra al pueblo: “Somos juglares del Señor, y la única paga que deseamos de vosotros es que permanezcáis en verdadera penitencia”²¹.

Al principio de la Fraternidad la predicación era del todo sencilla: el saludo de la paz y una exhortación a la conversión. Era el ministro general quien concedía este permiso²².

Inocencio III había permitido a los hermanos una predicación exhortativa, de tipo moral y práctico. Les estaba prohibido afrontar temas de dogma o de Sagrada Escritura, para lo que los hermanos no estaban todavía preparados. El espíritu de la primitiva predicación franciscana se encuentra así recogido y transmitido en la Regla: “Amonesto, además, y exhorto a los mismos hermanos a que cuando predicán, sean ponderadas y limpias sus expresiones (cf Sal 11,7; 17,31), para provecho y edificación del pueblo, pregonando los vicios y las virtudes, la pena y la gloria, con brevedad de lenguaje, porque palabra sumaria hizo el Señor sobre la tierra (cf Rom 9,28)”²³.

Así era la predicación de Francisco: sin sabiduría de discursos persuasivos, sino en la humildad y en el convencimiento del perdón, de la gracia y de la paz²⁴.

Cuando Francisco proponía a sus hermanos la libertad frente a los libros y la ciencia, no hacía sino hablar de su propio modo de obrar: inspirado por el Señor, conmovía y penetraba los corazones de los hombres. Este era su método. “Aquella su seguridad en la predicación procedía de la pureza de su espíritu y, aunque improvisara, decía cosas admirables e inauditas para todos. Mas, si alguna vez se recogía en meditación antes del sermón y le sucedía que ante el auditorio no recordaba nada de lo meditado y no se le ocurría de qué hablarles, entonces, sin rubor alguno, confesaba ante el

¹⁴ 2 Regla 10,7.

¹⁵ 2 CELANO 194; *Leyenda Mayor* 7,2.

¹⁶ 2 CELANO 189.

¹⁷ *Ib.*

¹⁸ *Saludo a las virtudes* 1, BAC, o.c., 46-48.

¹⁹ *Espejo de perfección* 72; *Leyenda de Perusa* 103c; 2 CELANO 164a.

²⁰ *Leyenda de Perusa* 83e; *Aviso espiritual* 20,1-2.

²¹ *Espejo de perfección* 100; 2 CELANO 113.

²² 1 CELANO 23.

²³ 2 Regla 9,3-4.

²⁴ 1 CELANO 36.

pueblo que había pensado sobre muchas cosas con el objeto de predicárselas, pero que de todas ellas se había olvidado; y al momento se llenaba de tanta elocuencia, que dejaba admirados a los oyentes. Otras veces, en cambio, no sabiendo qué decirles, les daba la bendición y despedía a la gente, sobremanera evangelizada con sólo esto”²⁵.

Los sermonarios de la época de Francisco hacen gala de procedimientos enumerarios y dialécticos. El, como iletrado, no encajaba en estos sermonarios. Su predicación era sencilla, llena de una ingenuidad evangélica, rezumando unción y ternura y, sobre todo, una misteriosa eficacia.

Una vez predicó Francisco ante el papa Honorio III y su corte, en Roma. “Tal era el fervor de espíritu con que hablaba que, no cabiendo en sí mismo de alegría, al tiempo que predicaba movía sus pies como quien estuviera saltando; no por ligereza, sino como inflamado en el fuego del amor de Dios, no incitando a la risa, sino arrancando lágrimas de dolor. Muchos de ellos sintieron compungidos de corazón, admirando la gracia de Dios y la seguridad de tal hombre”²⁶. Tenemos el testimonio de un estudiante, que lo escuchó una vez, en la plaza de la ciudad de Bolonia; yendo dirigida toda su palabra a proclamar el perdón, la paz y la reconciliación entre una población enfrentada y desgarrada: “Habían acudido allí casi todos los habitantes de la ciudad... Habló tan bien y con tanta discreción... que muchas personas cultas que estaban presentes quedaron muy admiradas del sermón que predicaba un hombre iletrado, y que por cierto no se atenía a los recursos de la oratoria, sino que predicaba en forma de exhortación. Todo el contenido de sus palabras iba encaminado a extinguir las enemistades entre los ciudadanos y a restablecer entre ellos los convenios de paz. Desaliñado en el vestido, su presencia personal era irrelevante, y su rostro nada atrayente. Pero con todo, por la mucha eficacia que, sin duda, otorgó Dios a sus palabras, muchas familias de la nobleza, que desde antiguo se habían tenido entre sí un odio tan feroz que les había llevado muchas veces a mancillarse con el derramamiento de sangre, hicieron entonces las paces. Era tal la reverencia y la devo-

ción hacia el Santo, que hombres y mujeres se le precipitaban en tropel, tratando de tocar, al menos, el borde de su hábito o de arrebatarle algún trocito de su pobre indumentaria”²⁷.

Sin duda alguna fue el tacto y la consabida habilidad del cardenal Hugolino quienes hicieron comprender a Francisco que, dado el crecido número de hermanos, que algunos eran letrados, que había que proveer a su formación teológica y espiritual y a las necesidades del pueblo, habría de abrirse de nuevo la casa de estudios de Bolonia, reanudándose los cursos que había inaugurado allí Juan de Staccia. “Hugolino declaró en público en un sermón que la mencionada casa era propiedad suya”²⁸.

Francisco también gustaba hablar y consultar con los sabios²⁹. A los ministros de la Palabra “los quería tales que, dedicándose a estudios espirituales, no se embargasen con otras ocupaciones”. Habían de orar antes de predicar. Y debían de ser venerados. “Ellos son —decía— la vida de la Iglesia, los debeladores de los demonios, la luz del mundo”. Dignos todavía de mayor honor y reverencia juzgaba a los teólogos³⁰.

Los sabios y entendidos de este mundo, como los de París, según nos cuenta quien conoció a Francisco, “veneran, admiran y honran humilde y devotísimamente a Francisco, idiota y amigo de la verdadera simplicidad y de toda sinceridad”³¹.

Francisco encomendó al hermano Antonio de Padua la formación y la instrucción de los hermanos³². El fue una síntesis entre teólogo, estudioso y evangelizador popular. Tenía una gran comprensión de las Sagradas Escrituras y hablaba de Cristo con ternura y coraje³³. Fue el predicador más popular de la cristiandad de su tiempo. Muchedumbres inmensas se agolpaban para escucharlo. Discutía con los herejes, afrentaba y denunciaba públicamente la mala conducta

²⁷ TOMAS DE SPALATO, BAC, o.c., 970.

²⁸ 2 CELANO 58.

²⁹ 1 CELANO 91; *Leyenda Mayor* 12,2.

³⁰ 1 CELANO 163; *Testamento* 13.

³¹ 1 CELANO 120.

³² *Carta a san Antonio de Padua*, BAC, o.c., 73-74.

³³ 1 CELANO 48; *Leyenda Mayor* 4,10.

²⁵ 1 CELANO 72.

²⁶ 1 CELANO 73.

de los prelados. Esto denota que los santos de la segunda generación franciscana, como san Antonio de Padua, contrariamente a Francisco, su Padre y Hermano, ya no aborrecían las discusiones teológicas y dialécticas ni los ataques personales.

La carta de Francisco a Antonio parece ser del año 1223, ya que ese invierno es cuando éste inauguró sus lecciones en la casa de Bolonia. Después de ésta, como a una señal esperada, se fueron abriendo de inmediato escuelas de teología en todas las provincias de la Orden. Diez años más tarde de la apertura de la casa de Bolonia, los franciscanos tenían cátedras en Oxford, París, Colonia y otras ciudades. Muy pronto alcanzaron renombre y respeto universales. Hacia el año 1230 se abolió la prohibición de que los hermanos menores no pudiesen predicar públicamente el dogma y la Sagrada Escritura.

Simultáneamente seguía abierta la humilde escuela de Rivortorto. Los hermanos León, Bernardo y Gil estaban resueltos a mantener, en sus discípulos y con sus discípulos, el espíritu de sencillez y de pobreza de los primeros tiempos. De esta escuela salieron el *Espejo de perfección*, el *Sacrum Commmercium* y las *Floreccillas*, tan incomparablemente hermosas, ingenuas y frescas, que, para muchos hombres han sido y son fuente más accesible que las “Sumas” y los “Comentarios” de Oxford o de París.

Esta escuela espiritual de los primeros compañeros de Francisco sostenía que los hermanos cometían un error queriendo hacerse sabios y que la fama hiciese que todos hablasen de ellos. “Ah, París, París —exclamaba el hermano Gil—, tú estás llevando a la ruina la Orden de san Francisco”³⁴.

Cuando llegue el momento de la dura e implacable persecución de sus discípulos, los así llamados espirituales o celantes, el poeta franciscano Jacopone de Todi acusará a París de haber destruido a Asís³⁵.

El hermano Gil, como buen campesino, era tan irónico a veces como transparente ante Dios y ante los hombres. Es-

tando un día en un eremitorio con san Buenaventura se puso a charlar un rato con él. “Cuando uno da vueltas a la cabeza y piensa en las luces que vosotros, los doctores, tenéis, me pregunto si será posible que nos salvemos nosotros, los pobres ignorantes”. “Lo esencial para salvarse es amar a Dios”, respondió el hermano Buenaventura. “Aunque esto sea verdad, ¿no me vayas tú a decir que un inculto como yo puede amar tanto a Dios como un sabio?”. “¡Cómo que no, hermano Gil! Con toda certeza. Y, fíjate, no sólo tanto, sino quizá incluso más, que esto no se puede medir. Sé yo de viejitas que, en este sentido, les dan mil vueltas a los mejores teólogos”, subrayó Buenaventura. Al poco tiempo, Gil divisa más allá de la cerca del eremitorio a una ancianita que vuelve del bosque, con un haz de leña al hombro. Dando un salto, se encarama al pequeño muro, y dirigiéndose a la mujer encorvada, empieza a gritarle: “Abuela, ¿te has enterado? ¡Qué alegría tan inmensa saberlo! ¡Tú puedes amar a Dios más aún que el hermano Buenaventura!”³⁶.

³⁴ *Crónica de los 24 Generales*, 263.

³⁵ JACOPONE DE TODI, *Poesi spirituali*, Ed. B. Brugnoli, Firenze 1914, 57.

³⁶ *Vida del hermano Gil*, en “*Analecta Franciscana*” 3, 101.

No fue restablecida la paz con la Regla de 1221. El fallo de la misma estaba claramente en su empeño por querer mantener en toda la Fraternidad la fisonomía primitiva, correspondiente a una situación ciertamente ya superada.

La redacción de la misma carecía, por otra parte, del rigor y de la concisión imprescindibles en un documento legislativo. Esto reducía la probabilidad de conseguir la aprobación de la curia romana.

Fueron los ministros quienes, ayudados por el cardenal Hugolino pidieron a Francisco que redactara otro texto. Ante esto, Francisco tomó consigo al hermano León y al hermano Bonicio de Bolonia, experto jurista, retirándose a los bosques y alturas de Fontecolombo, cerca de Rieti. Acabada de escribir esta nueva Regla, Francisco la entregó al hermano Elías. No debió ser, sin embargo, del agrado de los ministros innovadores, ya que llegado el momento de someterla a discusión, el hermano Elías, a quien le fue encomendada, declaró que “se le había perdido por descuido”¹.

Cuando los diplomáticos quieren conseguir mejor sus objetivos echan mano con frecuencia a dar largas al asunto. De ahí que, en esta ocasión, queda la sospecha que el hermano Elías y los suyos hayan hecho desaparecer intencionadamente la Regla.

Francisco y sus compañeros volvieron otra vez al dicho lugar solitario, recomponiendo la Regla de forma idéntica. Esto era una dura prueba para Francisco: tenía en su Fraternidad hombres cuya actitud era rechazar el radicalismo del

¹ *Leyenda Mayor* 4,11; *Espejo de perfección* 1; *Leyenda de Perusa* 17.

Evangelio como forma de vida. El, sin embargo, no podía dejar sin el alimento necesario a tantos hijos y hermanos, dispuestos a vivir su entrega incondicionalmente. Así ocurrió que, una noche, vio en sueños a unos hermanos hambrientos, que se le acercaban, pidiéndole de comer. Trató de recoger unas migajas, que vio esparcidas por el suelo, pero se le escurrían de las manos como si fuere polvo. Una voz le animó: “Francisco, haz con todas las migajas una hogaza y dala a comer a los que quieran comerla”. Haciéndolo así, unos la recibían con devoción; otros, no o, recibida, no la apreciaban debidamente, apareciendo su cuerpo llagado por la lepra. Luego le fue desvelado el misterio de las migajas recogidas: “Francisco, las migajas de la noche pasada son las palabras del Evangelio; la hostia es la Regla; la lepra, la maldad”².

Los ministros seguían preocupados por el nuevo texto. Algunos de ellos, con el hermano Elías al frente, se llegaron a Francisco. Al verlos, éste les preguntó: “¿Qué desean estos hermanos?”. Replicó el hermano Elías: “Son ministros que, habiendo oído que estás componiendo una nueva Regla, y, temerosos de que la hagas demasiado estrecha, dicen y reafirman que no quieren obligarse a ella; que la hagas para ti, no para ellos”. Francisco quedó un momento pensativo, y dirigiéndose a Cristo, dijo: “Señor, ¿no dije bien que no te creerían?”. A lo que Cristo le respondió: “Francisco, nada hay en la Regla que proceda de ti; todo lo que ella contiene viene de mí. Quiero que esta Regla sea observada a la letra, a la letra, a la letra; sin glosa, sin glosa, sin glosa. Sé lo que puede la debilidad humana y lo que yo quiero ayudarles. Los que no quieren observarla, que se salgan de la Orden”³.

Ante esta situación hubo ministros que, tentados y acosados por los problemas y los conflictos de su oficio absorbente y de una vida enfrentada, estaban decididos a dejarlo todo y marchar a un eremitorio. Para ellos escribió Francisco una carta. Con fuerza subraya en ella el amor bondadoso al hermano que nos ofende y nos molesta. “Te hablo, como mejor puedo, del caso de tu alma: todas las cosas que te estorban para amar al Señor Dios y cualquiera que te ponga

estorbo, se trate de hermanos u otros, aunque lleguen a azo-tarte, debes considerarlo como gracia. Tú debes aceptar voluntariamente tu situación tal y como es, y no deseársela diferente. Y cumplo por verdadera obediencia al Señor Dios y a mí, pues sé firmemente que ésta es verdadera obediencia. Y ama a los que esto te hacen. Y no pretendas de ellos otra cosa, sino cuanto el Señor te dé. Y ámalos precisamente en esto, y tú no exijas que sean cristianos mejores. Y que te valga esto más que vivir en un eremitorio. Y en esto quiero conocer que amas al Señor y me amas a mí, siervo suyo y tuyo, si procedes así: que no haya en el mundo hermano que, por mucho que hubiere pecado, se aleje jamás de ti después de haber contemplado tus ojos sin haber obtenido tu misericordia, si es que la busca. Y, si no busca misericordia, pregúntale tú si la quiere. Y, si mil veces volviese a pecar ante tus propios ojos, ámale más que a mí, para atraerlo al Señor y compadécete siempre de los tales. Y, cuando puedas, comunica a los guardianes que por tu parte estás resuelto a comportarte así... Este escrito, para que mejor se guarde, tenlo contigo hasta Pentecostés; allí estarás con tus hermanos”⁴.

El acuerdo previsto por Francisco no se dio sino a costa de nuevos y difíciles ajustes. En mayo de 1223 tuvo lugar el capítulo general en la Porciúncula. Francisco estuvo presente. Meses más tarde, salió para Roma. Allí Hugolino dio los últimos retoques a la Regla, por otra parte, ya muy manoseada. Con fecha 29 de noviembre de 1223 la aprobó el papa Honorio III. Desde aquel momento se convirtió en la legislación oficial y definitiva de la Orden de los hermanos menores.

En la Regla aprobada, Hugolino descartó prudentemente un texto que podría crear conflictos con el clero. Era aquel en el que se pide que los hermanos tengan hacia el santísimo Cuerpo de Cristo sumo cuidado y solicitud, habiendo de exhortar “a clérigos y sacerdotes a que guarden el cuerpo de Cristo en lugares buenos y decentes. Si éstos lo descuidaren, lo habrán de hacer los hermanos”. A los ministros no les pareció que esto debiera introducirse como precepto en la Regla, como Francisco pretendía. En el Testamento y en otros escri-

² 2 CELANO 209; *Leyenda Mayor* 4,11.

³ *Leyenda de Perusa* 17.

⁴ *Carta a un ministro*, BAC, o.c., 70-72; cf DESBONNETS-VORREUX, o.c., 137-138.

tos, sin embargo, él dejó claramente consignada su voluntad acerca de este punto.

Francisco deseaba que el ministerio o servicio de los dirigentes de la Fraternidad se realizase en la corresponsabilidad fraterna de obediencia y de corrección fraternas. En la Regla de 1223, los ministros hicieron, sin embargo, que fuese eliminado aquel texto que se encuentra en la Regla de 1221, y que dice: “Todos los hermanos que están bajo los ministros y siervos consideren razonable y atentamente la conducta de los ministros y siervos; y si vieran que alguno de ellos se comporta carnal y no espiritualmente en conformidad con nuestra vida, y que, después de una tercera amonestación, no se enmienda, denúncienlo en el capítulo de Pentecostés al ministro y siervo de toda la Fraternidad, sin que oposición alguna se lo impida”⁵.

Esta Regla de 1223 ha eliminado casi todo cuanto prescribía a los hermanos menores mantenerse en la condición de verdaderos pobres. Fueron los ministros quienes trabajaron porque se redujese el evangelismo en dicho texto definitivo. “Los ministros sabían muy bien que, según la Regla, los hermanos estaban obligados a observar el santo Evangelio. Sin embargo, hicieron que se suprimiese el pasaje de la Regla que cita las prohibiciones del Evangelio: ‘No llevéis cosa alguna para el camino...’ (Lc 9,3; 1 Regla 14,1), juzgando que ellos no estaban obligados a observar la perfección del santo Evangelio. Por eso, Francisco, advertido por el Espíritu Santo, se expresó así delante de algunos hermanos: ‘Los ministros, ¿piensan burlarse de Dios y de mí? Pues bien, a fin de que todos los hermanos sepan y queden advertidos de que están obligados a observar la perfección del santo Evangelio, quiero que se escriba al principio y al fin de la Regla: Los hermanos están obligados a observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Y para que los hermanos nunca tengan excusa ante Dios, quiero mostrarles con las obras y observar siempre, con la ayuda del Señor, las prescripciones que El ha puesto en mi boca, como ya les dije y ahora les anuncio, para salud y bien de mi alma y de mis hermanos’”⁶.

Ya para este tiempo, los hermanos menores se iban encumbrando al nivel social de los demás clérigos y religiosos. La nueva Regla no habla ya del estudio, ni impone con el mismo rigor el trabajo manual a todos los hermanos, ni les prohíbe que tengan libros. En la Regla de 1221, por el contrario, Francisco había escrito: “Y puedan tener solamente los libros necesarios para cumplir su oficio. Y también a los laicos que saben leer el salterio les está permitido tenerlo. Pero a los demás, ignorantes de las letras, no les está permitido tener ningún libro”⁷. En la búsqueda de la homologación, por parte de ciertas capas de hermanos, con el resto del clero, contaban también los privilegios, que, poco a poco, iban obteniendo de la curia romana, interpretando de modo cada vez más acomodado su voto de pobreza. Obraban así, muy a pesar de la voluntad de Francisco, expresada permanentemente y escrita en el Testamento⁸.

Era, con todo, preciso salir al encuentro de las necesidades reales de una Orden cada día más numerosa. Así fue Hugolino quien dio con la fórmula jurídica que les permitiera a los hermanos ocupar edificios, bien acondicionados para el estudio, de los cuales ya nadie pudiese desalojarlos. El tuvo que convencer a Francisco que debía autorizar a los hermanos volver a la casa de Bolonia. Hugolino, respetuoso con el espíritu y la conciencia exquisita de Francisco, declararía que el inmueble pertenecía a la Santa Sede⁹. Bien es verdad que, luego, poco a poco, fueron llegando más privilegios.

Hay quienes reprochan a Hugolino, después Gregorio IX, por su autoritarismo y poder, el haber modificado profundamente la fisonomía de la Fraternidad con ese cúmulo de arreglos y facilidades. Tanto es así que se llega a acusar de “haber desviado del todo el movimiento franciscano” para incautarse de él, en provecho de algo menos evangélico¹⁰.

Siendo equitativos, no se han de achacar a Hugolino más responsabilidades de las que tuvo. No era culpa suya que el proyecto de Francisco fuese tan puro que no pudiese ser

⁷ 1 Regla 3,7-9.

⁸ Testamento 25-26.

⁹ Espejo de perfección 9; 2 CELANO 58.

¹⁰ JOSE M.^a GONZALEZ RUIZ, *Los santos que nunca serán canonizados*, Planeta, Barcelona 1979, 144-145.

⁵ 1 Regla 5,3-4.

⁶ Espejo de perfección 3; Leyenda de Perusa 102; 2 CELANO 62b.

cabalmente realizado sino por unos cuantos hombres, tan profundos, radicalmente evangélicos e intachablemente enardecidos por Cristo pobre como él.

La Orden de los hermanos menores vino a ser pronto patrimonio de varios miles de discípulos, bajando inevitablemente el ideal evangélico, sin que pudieran así alcanzarlo todos. Al fin y al cabo, el seguimiento radical de Cristo y su Evangelio no es algo que se dé por decreto-ley, sino que ocurre en todos aquellos que se dejan “alcanzar” por Cristo, su gracia y el contagio de otros, que, así, van andando el camino. Por una parte, estaban Gil, León y los primeros hermanos y compañeros de Francisco; por otra, Elías y el partido de los progresistas e innovadores. Ambos habrían de confrontarse con una realidad: el aumento de la Fraternidad y el ingreso y la presencia de hermanos “letrados” que, de corazón, deseaban igualmente seguir a Jesucristo entre los hermanos y para el servicio de los hombres. Entre ellos estaban Antonio de Padua, Cesáreo de Spira... Todo esto planteaba una doble forma de entender la vida y el apostolado entre los hombres y en el mundo: unos abogaban por Rivotorto, y otros, por la acomodación.

En este conflicto doloroso, hubo de mediar el cardenal Hugolino. Su mediación fue, en cierto sentido, providencial: hubo de llegarse a una transacción, a un entendimiento, a un pacto entre las exigencias de los partidos enfrentados.

Como mandatario oficial de la Iglesia, al que pertenecía reglamentar el estatuto de las órdenes religiosas, fácil le hubiese sido, echando mano de Elías y de su partido, así como de los anatemas y condenas de la misma, aplastar o acallar, desperdigar o marginar a los celantes de Rivotorto. Esto no fue así. Su tacto y su sentido ético cristiano le llevaron a tratarlos con consideración y con respeto. Cuando el hermano Elías esté a punto de hacer triunfar en la Orden tendencias destructoras del espíritu franciscano, y esto mediante la implantación de un régimen de terror, de persecución y de muerte incluso, el papa Gregorio IX lo expulsará de ella, poniendo en ridículo a este hombre, tan poco franciscano, a los ojos de toda la cristiandad¹¹.

Siglo tras siglo, este proyecto evangélico de vida, tan sublime como atractivo, ha seguido actuando cual fermento de insatisfacción, depositado en el corazón mismo de esta Orden, impulsándola sin cesar a nuevas y más genuinas reformas.

Hugolino defendió siempre a Francisco contra los prelados y doctos que deseaban acabar pronto con la aventura franciscana. No sabemos qué hubiera ocurrido con este “cristiano pobre” que fue Francisco, sin el apoyo y la confianza de su amigo, el viejo cardenal de Ostia. Posiblemente su suerte podría haber sido decidida a la manera como lo podía ser la de un valdense cualquiera. Este ser único en el mundo se hubiera perdido, en medio de una multitud cansada y a la intemperie, sin llegar de él nada a nosotros. Ante esto, hemos de reconocer y venerar la memoria y la conducta hacia Francisco y sus hermanos de este poderoso amigo que fue Hugolino.

Francisco ha padecido tanto como el que más de los hombres. Estaba enfermo, débil, mortificando además su cuerpo sin descanso, hasta el punto que “hacía ya tiempo que había perdido la apetencia y el sentido del gusto”¹². Estando con un hermano “comenzó luego a hablar con alegría al cuerpo”: “Alégrate, *hermano cuerpo*, y perdóname, que ya desde ahora condesciendo de buena gana al detalle a tus deseos y me apresuro a atender placentero a tus quejas”¹³. Fue tan duro con su cuerpo que, antes de morir, hubo de hacer las paces con él, pues le había tratado como al “hermano asno”¹⁴. “Estando ya para morir, confesó que había pecado mucho contra el hermano cuerpo”¹⁵. Hablando con un hermano, Francisco le había dicho: “Hijo, soy testigo de que me ha sido obediente el hermano cuerpo en todo, de que no ha tenido miramiento alguno consigo, sino que iba, como precipitándose, a cumplir cuanto se le ordenaba. No ha recusado trabajo alguno, no se ha hurtado molestia alguna, todo para poder cumplir perfectamente lo mandado. Hemos estado de acuerdo yo y él en esto: en seguir sin resistencia alguna a Cristo el Señor”¹⁶.

¹² 2 CELANO 210.

¹³ 2 CELANO 211.

¹⁴ 2 CELANO 116.129.

¹⁵ *Tres compañeros* 14.

¹⁶ 2 CELANO 211.

¹¹ SALIMBENE DE ADAM, *Chronica*, Ed. Holder-Egger, 161.

Le llegó un terrible período de duda, de ansiedad, de depresión y agotamiento extremo. Francisco “fue víctima —para bien de su alma— de una grave tentación de espíritu”. “Durante más de dos años, día y noche, fue atormentado por aquella tentación”¹⁷. Este tiempo, se cree, fue el que corre entre 1223 a 1226, es decir, entre la redacción de la Regla definitiva y su Testamento¹⁸.

Francisco se sentía abandonado de Dios, dejado de su mano, caminando entre tinieblas. A veces estaba tan atormentado de dudas y de vacilaciones que rayaba en la desesperación. La causa principal de tan tremenda prueba era la evolución que, por entonces, se estaba produciendo en la Fraternidad.

Francisco se mostraba huidizo, evadiendo la compañía de sus hermanos. Y esto le hacía sufrir. El no era así. “Algunas veces hasta huía de la compañía de los hermanos, porque no podía, a causa de aquella tentación, presentarse con su sonrisa habitual”¹⁹.

Las damas pobres querían verlo. Durante largos meses se negó a visitarlas. La insistencia de la hermana Clara hizo que por fin accediese y aún comiese con ellas, librándolo así de sí mismo. “Carísimos, dijo Francisco a los hermanos, no creáis que no las amo de veras... Digo que es suma crueldad el no ocuparse de ellas una vez que han sido llamadas”²⁰.

Para Francisco, la obediencia fue siempre alegría y orgullo caballeresco. Ahora, enfermo y deprimido, se deja llevar al extremo opuesto, perdiendo esa dimensión gozosa, que él siempre subraya en sus escritos, y hablando ahora de ella en un tono macabro. La perfecta y suma obediencia es descrita bajo la figura de un cuerpo pesado y muerto: “Toma un cuerpo sin vida y colócalo donde mejor te pareciere. Verás que no se resiste a ser movido, ni a que le cambien de sitio, ni reclama el que ha dejado. Si es sentado en una cátedra, no mira altanero, sino hacia el suelo; si se lo rodea de púrpura, resalta el doble su palidez”²¹.

Al sentir su espíritu perturbado, cambiaban sus sentimientos. A veces se siente animado de una santa cólera: “De ti, santísimo Señor, y de toda la corte celestial y de mí, pequeño tuyo, sean malditos los que con su mal ejemplo confunden y destruyen lo que por los santos hermanos de esta Orden has edificado y no cesas de edificar”²². Otras, cayendo en la indignación y el desaliento, se ciñe a compadecer a aquellos hermanos fieles, a quienes, un día, los innovadores perseguirán, echarán de la Fraternidad, viéndose obligados a vivir escondidos y ocultos en los bosques²³.

Tal es la situación anímica de Francisco que, un día, llega a recelar que los sabios lo echen de la Fraternidad. “Supongamos que todos gritan contra mí: ‘No queremos que tengas mando sobre nosotros, pues no tienes la elocuencia conveniente; eres, en cambio, demasiado simple e ignorante, y nos avergonzamos de tener por superior a un hombre tan simple y despreciable. Así que no te llames en adelante superior nuestro’. Y, con esto, me echan, entre vituperios y denuestos”²⁴.

El sabe de este sufrimiento por la fidelidad. Por eso que él aconseja no romper con la Fraternidad, aunque en conciencia no se deba obedecer. “Si el superior manda al súbdito algo que está contra su conciencia, aunque no le obedezca, no por eso lo abandone. Y si por ello ha de soportar persecución por parte de algunos, ámelos más por Dios. Porque quien prefiere padecer la persecución antes que separarse de sus hermanos, se mantiene verdaderamente en la obediencia perfecta, ya que entrega su vida (cf Jn 15,13) por sus hermanos”²⁵.

Llegará un momento en que Francisco, por lo que toca a su propia conducta, tomará una postura media. Esquivando cada vez más el trato con los hermanos, se refugiará con un grupo de fieles compañeros en apartados eremitorios. “Se aislaba de la compañía de los hermanos, para no oír contar de uno o de otro algo malo, que le renovase el dolor”²⁶. La

²² 2 CELANO 156; *Leyenda Mayor* 8,3; *Leyenda de Perusa* 59.

²³ BARTOLOME DE PISA, *Libro de las conformidades* (De conformitate vitae beati Francisci ad vitam Domini Iesu), “Analecta” 4, Quaracchi 1906, 428.

²⁴ *Espejo de perfección* 64; *Leyenda Mayor* 6,5; 2 CELANO 145; *Leyenda de Perusa* 109.

²⁵ *Aviso espiritual* 3,7-9.

²⁶ 2 CELANO 157.

¹⁷ *Leyenda de Perusa* 63; *Espejo de perfección* 99; 2 CELANO 115.

¹⁸ VORREUX, o.c., 443.n.1.

¹⁹ *Leyenda de Perusa* 63; *Espejo de perfección* 99; cf 2 CELANO 128; *I Regla* 7,16.

²⁰ 2 CELANO 205; *Florencillas* 15.

²¹ 2 CELANO 152; *Leyenda Mayor* 6,4; *Espejo de perfección* 48.

búsqueda del silencio es camino a la pacificación interior: “Le apetecía apartarse de las relaciones con los hombres y marchar a lugares muy retirados, para que, libre de todo cuidado y abandonada toda preocupación por los demás, no hubiera otro muro que le separara de Dios, sino el de su propia carne”²⁷.

Añoraba la primitiva forma de vida. A ella hubiese querido volver incluso, dedicándose de nuevo al cuidado de los leprosos. “Le hubiera gustado volver a servir a los leprosos y padecer desprecios, como en tiempos pasados”²⁸.

De tarde en tarde, le volvía también la voluntad de luchar: “Y poco después —en el momento en que se le agravó en extremo la enfermedad—, movido por la fuerza del Espíritu, se incorporó en el lecho y dijo: ‘¿Quiénes son esos que me han arrebatado de las manos la Orden mía y mis hermanos? ¡Si voy al capítulo general, ya les haré ver cuál es mi voluntad!’”²⁹.

Eran sólo arrebatos pasajeros. Francisco no fue un hombre que se ensañase con nadie. “Después que no puedo corregirlos, ni enmendarlos con la predicación, amonestación y buen ejemplo, no quiero constituirme en verdugo que castigue y flagele, como las autoridades de este mundo”³⁰.

El “mundanismo” se ha ido apoderando ciertamente de amplios estratos de la Fraternidad. Francisco lo sabe, sintiéndose incapaz frente a ello. Alguien le reprochará que abandona y se despreocupa de los suyos, a lo que él responderá: “Yo amo a los hermanos cuanto puedo; pero si siguieran mis huellas, los amaría más y no me desentendería de ellos. Hay algunos entre los superiores que los arrastran hacia otras cosas, proponiéndoles el ejemplo de los antiguos (fundadores de Ordenes), y dan poca importancia a mis avisos”³¹.

Toda esta noche oscura y silencio de Dios, toda esta depresión y angustia desapareció a partir del momento en que Roma aprobó a este hijo sumiso de la Iglesia la Regla. Fue entonces cuando el Señor le dio a entender que su misión de

fundador había acabado. “¿Por qué te turbas, pobre hombrecillo? ¿Es que acaso no te he escogido yo como pastor de mi Orden, de suerte que no sepas que soy yo su principal dueño? A ti, hombre sencillo, te he escogido para esto: para que lo que yo vaya a hacer en ti con el fin de que los demás lo imiten, lo sigan quienes quieran seguirlo. Yo soy el que ha llamado, y yo el que defenderá y apacentará... No te inquietes, pues, antes bien trabaja por tu salvación, porque aun cuando el número de la Orden se redujere a tres, la Orden permanecerá por siempre firme con mi protección”³².

Ya nada conseguirá turbarlo. La paz y la ternura lo invadirán de nuevo y brotarán a raudales de él, de modo que cuando le hablen de mitigaciones en la Regla, de libros y de sabios, de hermanos que medran y hacen carrera, de clérigos maniobreros e importantes o que se dan a las prácticas de las antiguas órdenes, Francisco se limitará a responder: “¡Vivan a su gusto!... Los hermanos conocen lo que deben hacer y lo que deben evitar, sólo me resta enseñarles con mis obras, porque para esto les he sido dado durante mi vida y después de mi muerte”³³.

El mar se calmó. La gran tentación se acabó. Un día estaba Francisco rezando en la iglesita de la Porciúncula, recordando y dando gracias por tanta duda, tanto dolor y tanta oscuridad ya idos. Dentro de sí oyó clara una voz: “Francisco, si tienes fe como un grano de mostaza, dirás a esta montaña que se traslade, y se trasladará”. “Señor, —respondió él— ¿cuál es la montaña que quisiera yo trasladar?”. “La montaña es tu tentación”, volvió a oír. A Francisco se le caían las lágrimas. Así, llorando, dijo profundamente: “Señor, hágase en mí como has dicho”³⁴.

Por el ventanillo estaba entrando un sol pequeño y luminoso. Y las chicharras incendiaban de canto el silencio y el aire tenue. Francisco se alzó. Su cuerpo y su espíritu brillaban de un gozo inmenso.

²⁷ 1 CELANO 103.

²⁸ 1 CELANO 103.

²⁹ 2 CELANO 188; *Espejo de perfección* 41.

³⁰ *Espejo de perfección* 71; *Leyenda de Perusa* 106b.

³¹ *Espejo de perfección* 41.68; *Leyenda de Perusa* 44; 2 CELANO 188a.

³² 2 CELANO 158; *Espejo de perfección* 81; *Leyenda de Perusa* 112a.

³³ 2 CELANO 188; *Espejo de perfección* 81.

³⁴ 2 CELANO 115; *Leyenda de Perusa* 63; *Espejo de perfección* 99.

13. Religión popular y experiencia mística

Hasta tanto se le aprobaba la Regla, que él mismo presentó, Francisco estuvo en Roma algunos días. Vivían allí la señora Práxedes¹ y el “hermano” Jacoba de Settesoli². Había también prelados de la Iglesia que conocían a Francisco y lo veneraban. Entre éstos se encontraba su amigo el cardenal Hugolino.

Un día, éste lo invitó a comer. Antes Francisco, según su estilo evangélico, había ido a mendigar. Le dieron unos mendrugos de pan negro y con ellos se presentó en el palacio del cardenal. Entrado en el salón, caballeros y capellanes se encontraban allí como invitados. Francisco dejó sobre la mesa abastecida los pobres mendrugos. Seguidamente, se puso a distribuirlos entre los comensales. Esto causó una inesperada admiración. Nadie dijo nada sobre esto, pero todos recibían el mendrugo con devoción: unos lo comían y otros preferían guardarlo por veneración. Cuando se hubieron ido los invitados, el cardenal Hugolino dijo a Francisco: “Hermano mío, ¿por qué me has avergonzado en mi casa? —que es la tuya y la de tus hermanos— yendo a pedir limosna?”. A lo que Francisco replicó: “Por lo contrario, os he honrado... porque el pan de limosna es pan santo, santificado por la alabanza y amor de Dios...”. Al acabar Francisco de hablar, con tanta unción como convencimiento, le añadió el cardenal: “Hijo mío, haz lo que mejor te parezca, pues veo que el Señor está contigo, y tú con él”³.

¹ CELANO, *Tratado de los milagros* 181.

² *Espejo de perfección* 112.

³ *Espejo de perfección* 23; *Leyenda de Perusa* 97a; 2 CELANO 73; *Leyenda Mayor* 7,7.

Esos días se hallaba también en Roma el hermano Angel Tancredi⁴, uno de los compañeros más queridos de Francisco. Los hermanos menores, en los comienzos del franciscanismo, se colocaban de criados en las casas para ganarse el pan. El hermano Angel hacía de criado en casa del cardenal Brancalione. También el hermano Gil estuvo algún tiempo en Rieti de criado del cardenal Chiaramonti. Hubo hermanos, sin embargo, que se apegaron demasiado a la vida de los palacios, tanto que se censurará a los “hermanos palaciegos, dados a la ambición, la ociosidad y las comodidades”⁵. Uno de estos hermanos palatinos vivía en la corte del rey de Inglaterra, llegándose a echar a perder y acabando muy mal⁶.

Cuando Francisco hubo acabado las gestiones en la curia romana, decidió volver a la Umbria, acompañado del hermano Angel. Al saber de la partida el cardenal Brancalione, en cuya casa trabajaba el hermano Angel, rogó a Francisco que “se quedara en su casa unos días y comiera en lugar de un pobre de los que todos los días comían en su casa”. Podría alojarse en una torre, espaciosa y apartada, que había en la casa, a manera de un eremitorio. La primera noche Francisco la pasó mal, tanto que dijo a su compañero: “Hermano... quiero que te quedes cerca de mí, porque tengo miedo de estar solo...”. Se apenaba Francisco viviendo protegido, fuera del mundo de los pobres. “Cuando mis hermanos, que van por el mundo soportando hambre y otras penurias o viven en eremitorios y casas pobrecitas, se enteren de que yo me hospedo en casa del señor cardenal, pueden tomar de ello ocasión para murmurar de mí, diciendo: ‘Mira: nosotros toleramos tantas calamidades y él se permite sus desahogos’. Yo estoy obligado a darles siempre buen ejemplo, y para esto les he sido dado”. A la mañana siguiente, Francisco bajó de la torre. Yendo a ver al cardenal, le contó su situación de conciencia y lo que le había comentado a su compañero, añadiendo: “Crean los hombres que soy hombre santo, pero los demonios me han echado de la cárcel”⁷.

Despidiéndose de él, se puso en camino con el hermano Angel hacia el eremitorio de Fontecolombo, cerca de Rieti.

El corazón de Francisco andaba soñando de años atrás celebrar la Navidad en medio del templo de la naturaleza. A esta fiesta la llamaba la “fiesta de las fiestas”, en la que Dios, hecho niño pequeñuelo, tomó una condición de hombre. Recordando aquel día se ponía a llorar la penuria que rodeó a la Virgen pobrecilla. “Así, ocurrió una vez que, al sentarse para comer, un hermano recuerda la pobreza de la Bienaventurada Virgen y hace consideraciones sobre la falta de todo lo necesario en Cristo, su Hijo. Se levanta al momento de la mesa, no cesan los sollozos doloridos, y, bañado en lágrimas, termina de comer el pan sentado sobre la desnuda tierra”⁸.

Navidad era por otra parte una fiesta luminosa y gozosa para Francisco. Un año cayó en viernes. El hermano Morico se acercó a Francisco preguntándole si había que guardar abstinencia, a lo que él respondió: “Hermano, pecas al llamar día de Venus (viernes) al día en que nos ha nacido el Niño. Quiero que en ese día hasta las paredes coman carne; y ya que no pueden, que a lo menos sean untadas por fuera”⁹.

Navidad era asimismo una fiesta para compartir la abundancia o la escasez entre los hombres. “Quería Francisco que ese día los ricos den de comer en abundancia a los pobres y hambrientos y que los bueyes y los asnos tengan más pienso y hierba de lo acostumbrado... Si llegare a hablar con el emperador, le rogaría que dictase una disposición general por la que todos los pudientes estén obligados a arrojar trigo y grano por los caminos, para que en tan gran solemnidad las avecillas, sobre todo las hermanas alondras, tengan en abundancia”¹⁰.

Francisco tenía un amigo llamado Juan, “quien por su amor a Cristo había abandonado la milicia terrena y profesaba a Francisco una entrañable amistad”¹¹. Esto puede ser señal de su pertenencia a la Orden franciscana de penitencia. Quince días antes de Navidad lo llamó. Sabía que Juan tenía en Greccio una montaña alta, coronada por un bosquecillo.

⁴ *Espejo de perfección* 67.

⁵ 2 CELANO 120.

⁶ THOMAS DE ECCLESTON, *La llegada de los hermanos menores a Inglaterra* 6.

⁷ *Espejo de perfección* 7; *Leyenda de Perusa* 117; *Leyenda Mayor* 6,10; 2 CELANO 119-120.

⁸ *Espejo de perfección* 114; *Leyenda de Perusa* 14b; 2 CELANO 119-120.

⁹ 2 CELANO 119b.

¹⁰ 2 CELANO 200; *Leyenda de Perusa* 14b.

¹¹ *Leyenda Mayor* 10,7.

A Francisco le parecía bueno aquel lugar para escenificar el nacimiento de Jesús¹².

Sin duda alguna, esto era una novedad en la liturgia de aquel tiempo. De manera que antes de abandonar Roma, ya había sometido él su proyecto a juicio del papa Honorio III. Conociendo el talante evangélico de Francisco, se lo aprobó. “Mas para que dicha celebración no pudiera ser tachada de extraña novedad, pidió antes licencia al sumo pontífice; y, habiéndola obtenido, hizo preparar un pesebre con el heno correspondiente y mandó traer al lugar un buey y un asno”¹³. Posiblemente Francisco conociese la prohibición de los “juegos teatrales” (“ludi theatrales”), hecha por una decretal del papa Inocencio III el año 1207¹⁴.

Francisco era un intuitivo, un poeta, que busca a Dios y lo celebra con todos sus sentidos. Así se lo hizo entender a su amigo Juan, al explicarle el sentido de esta fiesta, en la que participaría de manera del todo activa el pueblo. “Deseo celebrar la memoria del Niño que nació en Belén y quiero *contemplar* de alguna manera *con mis ojos* lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno”¹⁵.

Los hombres sencillos, de formación simple, necesitan los sentidos para creer. Esto lo sabía Francisco también del hermano León desde los comienzos de la Fraternidad. Hablando un día con él, le preguntó: “¿Qué dices tú, hermano León?”. “No sé qué decir, mi joven señor, soy un hombre simple y, para creer, tengo que ver, oír y tocar. Sólo mirando lo visible puedo imaginar lo invisible”¹⁶.

La tarde de la Nochebuena empezaron a afluir de todos los pueblos, aldeas y quinterías. Los hermanos de los distintos eremitorios cercanos se acercaron también a Greccio. El monte se alzaba iluminado por las teas y los cirios de hombres y mujeres, de hermanos y de jóvenes. Mirado desde lejos, era un titilar de luces y cuerpos encendidos.

¹² 1 CELANO 84.85.86.

¹³ *Leyenda Mayor* 10,7.

¹⁴ Archivum franciscanum historicum 19 (1926) 135.

¹⁵ 1 CELANO 84.

¹⁶ NIKO KAZANTZAKIS, *El pobre de Asís*. Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1973, 41; cf *Aviso espiritual* 1,21.

Tambores, pífanos, castañuelas, laúdes y zampoñas pastoriles ponían acompañamiento a los villancicos de los campesinos. Se celebraba la Eucaristía de manera solemne. Para esto también Francisco hubo de obtener autorización. Entonces era muy raro el privilegio de poder celebrar la Eucaristía “no parroquial” en un altar portátil¹⁷. Francisco, que era diácono, canta con voz sonora el Evangelio. Después predica al pueblo. “... Cuando le llamaba “Niño de Bethlehem” o “Jesús” se pasaba la lengua por los labios como si gustara y saboreara en su paladar la dulzura de estas palabras”¹⁸.

Aquella noche del 24 de diciembre de 1223, en Greccio, hombres y mujeres vieron con los ojos del corazón la luz de Dios y su bondad que todo lo penetra y lo levanta. El heno del pesebre curó a los animales, a hombres y a mujeres aquejados de males diversos...¹⁹.

De esta celebración en Greccio se ha ido extendiendo la devoción y costumbre populares del “pesebre”.

Francisco cantaba la ternura y compasión del Dios hermano en esta fiesta. Era tan rico y luminoso esto, que él compuso un salmo, que solía rezar diariamente, después de la liturgia de las horas canónicas. “Glorificad a Dios, nuestra ayuda, cantad al Señor, Dios vivo y verdadero, con voz de alegría...”²⁰. Resuenan en este salmo los salmos bíblicos, el símbolo de los apóstoles o credo, el introito de la misa de Navidad y el Evangelio de la misa de media noche. Francisco bebía de los textos de la palabra de Dios. El sabía que Jesús también los había usado para dirigirse al Padre Dios. Francisco rezaba con las palabras y los sentimientos de los grandes orantes. Estos textos, que conservamos de él, señalan su fuente y el sentido de su particular orientación espiritual²¹.

El resto del invierno y la siguiente primavera los pasó Francisco en el eremitorio de Greccio. De tanto en tanto salía a proclamar la palabra del Evangelio a los campesinos y aldeanos de la comarca.

¹⁷ *Leyenda Mayor* 10,7.

¹⁸ 1 CELANO 86.

¹⁹ 1 CELANO 87.

²⁰ *Visperas de la Navidad del Señor*, Salmo 15, BAC, o.c., 44-45.

²¹ DESBONNETS-VORREUX, o.c., 178.

El día de Pascua los hermanos iban a tener fiesta. Había venido un ministro de los mismos. Querían honrarle por su visita y habían preparado “una mesa cubierta de hermosos y blancos manteles, que habían adquirido, y vasos de cristal para beber”. Entrando Francisco para comer y dándose cuenta de aquello, sintió vergüenza del refinamiento. Sale y “pide a un pobre, que había llegado aquel día al eremitorio, prestados el sombrero y el bastón, que había llevado en sus manos...”. Cuando ya están todos los hermanos acomodados, comiendo, Francisco llama a la puerta. Se le abre y avanza, “el sombrero echado a la espalda y el bastón en la mano, como un peregrino”. De esta guisa, dice como suelen hacer los mendigos: “Por el amor de Dios, dad una limosna a este peregrino pobre y enfermo”. “Por el amor de aquel Señor a quien has invocado, te daremos una porción de las limosnas que el Señor nos ha proporcionado”, le respondió el ministro, tendiéndole la escudilla en que estaba comiendo y un trozo de pan. Cuando los hubo recibido, Francisco se fue a sentarse al suelo, junto al fuego y de cara a los hermanos, que estaban sentados en la mesa, un poco elevada. El, suspirando, les empezó a hablar: “Al ver la mesa preparada, hermanos, con tanto refinamiento y cuidado, he pensado que no era mesa propia de los pobres hermanos, que salen todos los días a pedir de puerta en puerta. A nosotros, carísimos, nos va mejor que a otros religiosos seguir el ejemplo de humildad y pobreza de Jesucristo, porque ésta es nuestra vocación y esto hemos profesado ante Dios y ante los hombres. Por eso, me parece que ahora debo sentarme como hermano menor, pues las fiestas del Señor y de otros santos se celebran más dignamente con escasez y pobreza, con las cuales los mismos santos han conquistado el cielo, que no con superfluas curiosidades, que alejan a las almas del cielo”²².

Francisco no dejaba irsele de las manos cualquier oportunidad que se le ofrecía para reafirmar su proyecto evangélico de vida, denunciando las ofensas que se le inferían.

Por su parte, cada día que pasaba, estaba más identificado con Cristo, su Señor. “Bien lo saben cuantos hermanos convivieron con él: que a diario, que de continuo traía en sus

labios la conversación sobre Jesús... De la abundancia del corazón hablaba su boca, y la fuente de amor iluminado, que llenaba todas sus entrañas, bullendo, saltaba fuera... Jesús en el corazón, Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos, Jesús en las manos, Jesús presente siempre en todos sus miembros... Si, estando de viaje, cantaba a Jesús o meditaba en él, muchas veces olvidaba que estaba de camino y se ponía a invitar a todas las criaturas a loar a Jesús”²³.

Quienes conocían a Francisco y lo trataban se daban cuenta del parecido entre él y su maestro, Jesús. Al decidirse a seguir sus huellas, su vida era cada vez más un testimonio vivo de la de Aquel a quien amaba, escuchaba e imitaba con toda su alma. Los hermanos de Greccio, el día de Pascua, sintieron que, como los discípulos de Emaús, a ellos también les ardía el corazón en la medida que escuchaban a este peregrino, pobre y compañero de camino²⁴.

Al acercarse el capítulo general, que tendría lugar en junio de 1224, y que sería el último al que Francisco asistiría, abandonó Greccio. Semanas después, partiendo de la Porciúncula se pondría en camino al monte Alvernia. Con él fueron los hermanos León, Rufino y Angel, como Iluminado, que lo acompañó en Egipto en la entrevista tenida con el sultán, Maseo, compañero fiel e inseparable de tantos caminos y, posiblemente, Bonicio de Bolonia que, el año anterior, estuvo también con él en el eremitorio de Fontecolombo. A principios de agosto se pusieron en marcha. Francisco nombró al hermano Maseo guardián de esta Fraternidad peregrina y eremita. “Tú, hermano Maseo, serás nuestro guardián y nuestro superior en este viaje, mientras caminemos y estemos juntos, y observaremos nuestra costumbre de rezar el oficio, hablar de Dios y guardar silencio a las horas señaladas, y no andaremos pensando ni qué comeremos, ni dónde dormiremos, sino que, cuando llegue la hora de alojarnos, pediremos de limosna un poco de pan y nos quedaremos a reposar en el lugar que Dios nos depare”²⁵.

Era tanto el calor que Francisco, débil en sí y enfermo, se sentía extenuado sin poder apenas caminar. Los hermanos

²² *Espejo de perfección* 20; *Leyenda de Perusa* 74; 2 CELANO 61; *Leyenda Mayor* 7,9.

²³ 1 CELANO 115.

²⁴ 2 CELANO 61; cf Lc 24,23.

²⁵ *Consideraciones sobre las Llagas* 1.

marcharon a buscar por los alrededores un campesino que les prestase su borriquillo para poder montar a su hermano. Vino el campesino, trayendo su animal. Puestos en marcha y detrás del asno, preguntó este hombre del campo a Francisco: “Dime: ¿eres tú el hermano Francisco de Asís, de quien se oye hablar tanto y tan bien?”. Francisco le contestó afirmativamente. “Pues, cuida mucho —añadió el campesino— de ser tan bueno como la gente cree que eres, ya que son muchos los que han puesto su esperanza en ti. Te recomiendo, por tanto, que en ti no haya nada que contradiga lo que la gente espera”. Al oír esto Francisco, se apeó del borriquillo, “cayó de rodillas ante el campesino y le besó los pies, agradeciéndole con humildad, porque había tenido a bien amonestarle tan caritativamente”²⁶.

Subiendo ya el monte, el calor era sofocante y el andar fatigoso. El campesino sentía una sed terrible, tanto que no pudiendo más, empezó a gritar: “¡Ay de mí, me muero de sed! Si no hay algo que beber, voy a dejar aquí mi alma”. Francisco paró el animal, se bajó de él y se puso en oración, con las manos levantadas hacia arriba. Cuando supo que el Señor lo había escuchado, señaló que cerca había una peña, con una fuente de la que manaba un agua riquísima.

Muy cerca del lugar se pararon todos a descansar un poco a la sombra de unos castaños altos y frescos. “En esto se vio venir una gran multitud de pájaros de todas clases que, con sus trinos y batir de alas, manifestaban todos gran fiesta y alegría. Rodearon a Francisco, y unos se posaron sobre su cabeza, otros sobre sus hombros, otros en los brazos, otros en su regazo, y otros en el suelo junto a los pies”. Al ver Francisco todo esto, dijo: “Yo creo que a nuestro Señor Jesucristo le agrada que moremos en este monte solitario, ya que tanta alegría muestran por nuestra llegada nuestros hermanos los pájaros”²⁷.

La cima de este monte es una planicie, descansando sobre rocas gigantescas, cubierta de hayas y de pinos. En los días claros, desde allí se divisa la península itálica, del Adriático al Mediterráneo: Romaña, Marca de Ancona, Toscana y Umbría.

Al día siguiente de llegar Francisco y sus hermanos, vino a visitarles el conde Orlando. Francisco le “rogó que le hiciese preparar un chocita pobre al pie de una haya muy hermosa, que estaba a la distancia de un tiro de piedra del lugar de los hermanos, porque aquel sitio le parecía muy retirado y muy apto para la oración. Messer Orlando se la hizo preparar al punto”. Antes de partir, Orlando llamó aparte a Francisco, diciéndole: “... os lo digo una vez por todas, que enviéis confiadamente a mi casa para todo lo que necesitéis; y, si no lo hacéis así, lo llevaré muy a mal”²⁸.

Cuando cae el sol, el monte se puebla de silencio, roto sólo por el ir y venir de las aves, y el corazón del hombre se abre a este espacio de libertad, hecho de gozo y de aire puro. Era entonces cuando Francisco “hacía sentar a sus compañeros y les daba instrucciones sobre el estilo de vida que habían de llevar ellos y cuantos quisieran morar religiosamente en los eremitorios”²⁹.

El se ocupó de reglamentar, de modo escueto, como solía hacerlo todo, el estilo y el ambiente de la vida de los eremitorios, en los que él y los hermanos pasaban temporadas en retiro, oración e intimidad fraterna. Es la *Regla para los eremitorios*³⁰. En los eremitorios no debe haber más de tres o, a lo más, cuatro hermanos. La vida evangélica en ellos se desarrolla y articula en una alternancia y conjugación entre la vida de María y la vida de Marta. “Los que son madres sigan la vida de Marta, y los dos hijos sigan la vida de María”³¹. Para Francisco, esta experiencia no está basada tanto en una huida del mundo cuanto en una búsqueda de Dios. “El sentido y el fin principal de la vida eremítica para Francisco consiste menos en la huida ascética del mundo que en el deseo místico y la búsqueda de Dios”³².

Vivir en el eremitorio es encaminarse a una experiencia y vivencia del misterio de la comunión y de la fraternidad cristiana. Es el reino de Dios, que convoca, y que urge al mismo

²⁶ *Ib.*

²⁷ *Ib.*

³⁰ BAC, o.c., 116-117.

³¹ *Regla para los eremitorios* 2; cf Lc 10,38-42.

³² D. VORREUX, *Saint François d'Assise, o.c.,* 99; cf *Floreccillas* 16; *Consideraciones sobre las Llagas* 2.

²⁶ *Ib.*

²⁷ *Ib.*

tiempo al cuidado y al amor mutuos. "Y busquen primero el reino de Dios y su justicia"³³.

Francisco amaba grandemente para sí y para sus hermanos este estilo de vida evangélico-eremita-franciscana. La experiencia de Dios, en el silencio, el amor fraterno y la pobreza están en el corazón del proyecto evangélico de vida, revelado por el Señor a Francisco y a sus hermanos. Hablando con ellos, estos días, entre otras cosas les inculcaba de manera especial la guarda de la pobreza, diciéndoles: "No toméis en consideración el caritativo ofrecimiento de messer Orlando, que ofendáis en cosa alguna a nuestra señora madonna pobreza. Tened por cierto que cuanto más huyamos nosotros de la pobreza, tanto más huirá de nosotros el mundo y más necesidades padeceremos... Dios nos ha llamado a esta santa orden para la salvación del mundo, y ha establecido este pacto entre nosotros y el mundo: que nosotros demos al mundo el buen ejemplo y que el mundo nos provea de cuanto necesitamos".

En este tiempo de oración y de silencio, Francisco vino a saber que estaba ya al final del camino en esta tierra. Y así se lo comunicó a los hermanos: "Este es el modo de vivir que ha determinado para mí y para vosotros. Y, puesto que me voy acercando a la muerte, es mi intención estar a solas y recogido en Dios, llorando ante El mis pecados. El hermano León, cuando le parezca bien, me traerá un poco de pan y un poco de agua; y por ningún motivo habéis de permitir que se acerque ningún seglar, sino que vosotros responderéis de mi parte"³⁴.

El hermano León estaba pasando por un período de tentación espiritual, de oscuridad y duda. En esta situación "le vino un gran deseo de tener algún pensamiento devoto escrito de mano de Francisco, pensando que, si lo tuviera, aquella tentación desaparecería en todo o en parte"³⁵. León le daba vueltas a esta idea, pero sentía vengüenza de comunicárselo a Francisco. A éste, sin embargo, se lo dio a conocer el Señor. "Lo llamó a sí, le hizo traer un tintero, pluma y papel y con su propia mano escribió una lauda (alabanza) de Cristo, con-

forme al deseo del hermano, y al final trazó el signo de la *tau* (letra mayúscula griega, que representa la cruz de Cristo). Después se lo dio, diciendo: 'Toma, amadísimo hermano León, este papel y guárdalo cuidadosamente hasta tu muerte. Dios te bendiga y te guarde de toda tentación. No te desanimes por tener tentaciones, porque cuanto más combatido eres de las tentaciones, yo te tengo por más siervo y amigo de Dios y más te amo yo. Te aseguro que nadie debe considerarse perfecto amigo de Dios mientras no haya pasado por muchas tentaciones y tribulaciones'"³⁶.

El hermano León recibió este escrito con suma devoción, refiriendo a los hermanos del eremitorio la gracia que el Señor le había hecho por medio de Francisco. "Se lo guardó y lo conservó cuidadosamente"³⁷. Este pequeño pergamino se conserva en Asís³⁸. Por una parte están las *alabanzas de Dios*, y por otra, la *bendición al hermano León*. Las alabanzas son la expresión tanto de su admiración y adoración cuanto de su convicción de que al hombre le es dado entrar en el misterio de Dios, atisbándolo solamente. En este "himno a Dios" Francisco canta humilde, respetuosamente su grandeza y su total alteridad, a la vez que su inimaginable misericordia, compasión y cercanía. La bendición testimonia el amor al hermano concreto y su amor a la palabra de Dios, al ser un texto del Antiguo Testamento³⁹.

León, "ovejuela de Dios", en su sencillez y buena intención, observaba a Francisco. Cuando estaba en oración, Francisco quedaba fuera de sí, levantado del suelo, suspendido en el aire. A veces le oía el hermano León hablar con el Señor y lamentarse: "Señor Dios, ¿qué será, después de mi muerte, de esta mi familia pobrecita, que en tu benignidad me has encomendado a mí, pecador? ¿Quién la sostendrá? ¿Quién la corregirá? ¿Quién te pedirá por ella? Y el Señor, animándole, le respondió: "Te aseguro que tu Orden durará hasta el día del juicio; y que no habrá nadie tan pecador que, si ama de corazón tu Orden, no halle ante Dios misericordia, y nadie que por malicia persiga a tu Orden podrá alcanzar larga vida"⁴⁰.

³⁶ *Ib.*

³⁷ *Ib.*

³⁸ Cf los grabados del libro, pp 247-257.

³⁹ Núm 6,24-27; cf *Antología de textos franciscanos. Escritos de Francisco*.

⁴⁰ *Consideraciones sobre las Llagas 2.*

³³ *Regla para los eremitorios 3; cf Mt 6,33; Lc 12,31.*

³⁴ *Consideraciones sobre las Llagas 2.*

³⁵ *Ib.*

El día de la fiesta de la Asunción de María empezaba la cuaresma de san Miguel, patrón de los caballeros. Francisco se puso a buscar un lugar más alejado, donde pasar a solas dicha cuaresma. Francisco llamó al hermano León y le dijo: “Ve y ponte a la puerta del oratorio del eremitorio de los hermanos y cuando yo te llame vienes. Francisco llamó fuerte y el hermano León acudió. “Hijo —replicó Francisco—, busquemos otro lugar más oculto, donde tú no puedas oírme cuando te llame”⁴¹. Repetida la prueba, dieron finalmente con el lugar deseado. Allí le prepararon una chocita de cañas. Para pasar a él, hubieron de colocar un madero a manera de puente. Abajo está el precipicio.

Francisco se despidió de los hermanos. “Id a vuestro sitio y dejadme solo, porque es mi intención, con la ayuda de Dios, pasar esta cuaresma lejos de todo ruido y sin distracción alguna del espíritu. Ninguno de vosotros ha de venir aquí y no permitáis que se acerque ningún seglar. Pero tú, hermano León, vendrás un sola vez al día, trayendo un poco de pan y agua, y otra vez por la noche, a la hora de maitines. Entonces te acercaras silenciosamente y, cuando estés al extremo del puente, dirás: ‘*Domine, labia mea aperies*’ (Señor, abrirás mis labios). Si yo te respondo, pasas y vienes a la choza y diremos juntos los maitines; si no te respondo, márchate en seguida”⁴².

Había un *halcón* que cada noche un poco antes de maitines venía a despertar a Francisco, graznando y batiendo alas junto a su chocita. “De vez en cuando se entretenía con él familiarmente”⁴³. Francisco sabía del paso del Señor, purificando en él todo lo sucio y tallándolo según la hechura de su voluntad. Y El le vino al encuentro, enviándole un *ángel músico*, “con una viola en la mano izquierda y el arco en la derecha. El ángel pasó una sola vez el arco por las cuerdas de la viola; y fue tal la suavidad de la melodía, que llenó de dulcedumbre el alma de Francisco y le hizo desfallecer, hasta el punto que, como refirió después a sus compañeros, le parecía que si el Señor hubiera continuado moviendo el arco hasta abajo se le

hubiera separado el alma del cuerpo no pudiendo soportar tanta dulzura”⁴⁴.

Una noche, como todas las noches, el hermano León fue a rezar con Francisco maitines. Antes, al pasar el puentecillo de madera, cantó “Señor, me abrirás los labios”, pero Francisco no respondió. Se atrevió a pasar y a empezar a buscarlo “a la luz de la luna”⁴⁵. Al fin dio con él. Tenía el rostro y las manos levantadas hacia arriba y, arrodillado, decía: “¿Quién eres Tú, dulcísimo Dios mío? y ¿quién soy yo, gusano vilísimo e inútil siervo tuyo?”⁴⁶. Francisco repetía siempre estas mismas palabras sin decir otra cosa, extendiendo por tres veces sus manos hacia una llama luminosa, que al cabo de un rato desapareció. Después de esto, el hermano León se puso a andar de manera sigilosa, pisando sólo con las puntas de los pies. El ruido de las hojarascas, sin embargo, lo delató. Francisco “le mandó que se esperase y no se moviese”. Sobrecogido de miedo, el hermano León obedeció. “¿Quién eres tú?”, preguntó Francisco. “Soy el hermano León, padre mío”, respondió León, temblando de los pies a la cabeza. “Y ¿por qué has venido aquí, hermano ovejuela? ¿No te tengo dicho que no andes observándome? Te mando, por santa obediencia, que me digas si has visto y oído algo”. “Padre —respondió el hermano León—, yo te he oído hablar y decir varias veces: ¿Quién eres Tú, dulcísimo Dios mío? y ¿quién soy yo, gusano vilísimo e inútil siervo tuyo?”⁴⁷. León cayó de rodillas, pidiendo perdón a Francisco y rogando le explicase aquellas palabras oídas y no entendidas. Francisco así lo hizo “a quien por su sencillez y candor, Dios le había hecho entender algunas cosas suyas”.

Francisco intuía que alguna señal iba a poner en él el Señor de su bendición y su presencia, de modo que advirtió: “... Pero guárdate bien, hermano ovejuela, de seguir espíandome; vuélvete a tu choza con la bendición de Dios. Y ten buen cuidado de mí, porque dentro de pocos días Dios va a realizar cosas tan grandes y maravillosas sobre esta montaña que todo el mundo se admirará; cosas nuevas que El nunca ha hecho con criatura alguna en este mundo”⁴⁸.

⁴¹ *Ib.*

⁴² *Ib.*

⁴³ *Ib.*

⁴⁴ *Ib.*

⁴⁵ *Ib.* 3.

⁴⁶ *Ib.*

⁴⁷ *Ib.*

⁴⁸ *Ib.*; 1 CELANO 91.

Escuchando el Evangelio con corazón limpio, le habló el Señor mostrándole el camino y el estilo de vida que él y sus hermanos habían de llevar. Esta era la convicción de Francisco: “Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio”⁴⁹. Ahora también el Señor le iba a hablar por medio de su Palabra. Dijo al hermano León que trajera el libro de los Evangelios, el evangeliario. Por tres veces le rogó lo abriese al azar. Por tres veces consecutivas le salió el texto de la pasión del Señor. “Con lo cual comprendió Francisco que, como había imitado a Cristo en las acciones de su vida, así también debía configurarse con El en las aflicciones y dolores de la Pasión antes de pasar de este mundo”⁵⁰. Esta costumbre de echar suertes para saber la voluntad de Dios es muy antigua en la Iglesia de Cristo, proviniendo del judaísmo (He 1,23-26). Los cristianos de occidente todavía la usaban en la Edad Media. Entre los cristianos orientales está todavía en vigor⁵¹.

Llegó el día 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, una de las más antiguas solemnidades litúrgicas de la Iglesia, celebrada ya en Jerusalén en tiempos de Constantino. No es tanto la cruz de Jesús sufriente cuanto la de Cristo glorioso, habiendo vencido la muerte y salvado al mundo lo que recuerdan y celebran ese día los cristianos. Entre los del tiempo de Francisco esta fiesta era cual ningún otra la más popular al vivir en un aire de cruzadas, es decir, de “rescate” de los Santos Lugares.

Fue con toda probabilidad ese 14 de septiembre de 1224 cuando tuvo lugar el hecho de la estigmatización de Francisco. “Cierta mañana de un día próximo a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz”⁵². “Muy de mañana, antes de amanecer, Francisco se postró en oración delante de la puerta de su chocita con el rostro vuelto hacia el oriente; y oraba de este modo: ‘Señor mío, Jesucristo, dos gracias te pido me concedas antes de mi muerte: la primera, que yo experimente en vida, en el alma y en el cuerpo, aquel dolor que Tú, dulce Jesús, soportaste en la hora de tu acerbísima pasión; la

segunda, que yo experimente en mi corazón, en la medida de lo posible, aquel amor sin medida en que Tú, Hijo de Dios, ardías cuanto te ofreciste a sufrir tantos padecimientos por nosotros pecadores”⁵³.

“Mientras oraba... vio bajar de lo más alto del cielo a un serafín, que tenía sus alas tan ígneas como resplandecientes. Apareció entonces entre las alas la efigie de un hombre crucificado, cuyas manos y pies estaban extendidas a modo de cruz y clavados en ella... Al instante comenzaron a aparecer en las manos y en los pies de Francisco las señales de los clavos, tal como lo había visto poco antes en la imagen del hombre crucificado. Se veían las manos y los pies atravesados en la mitad por los clavos, de tal modo que las cabezas de los clavos estaban en la parte inferior de las manos y en la superior de los pies, mientras que las puntas de los mismos se hallaban al lado contrario... Así, también el costado derecho —como si hubiera sido traspasado por una lanza— escondía una roja cicatriz, de la cual manaba frecuentemente sangre, empapando la túnica y los calzones”⁵⁴.

No hubo testigos de este acontecimiento prodigioso, si bien dejó señales claras. Fue Francisco mismo quien narró con discreción y cierta repugnancia esta experiencia mística. “Estuvo muy perplejo sobre si debía manifestar o no la visión del serafín y la impresión de las llagas... Por fin, acosado por la conciencia, llamó junto a sí a algunos hermanos de más confianza, les propuso la duda en términos generales, sin mencionar el hecho, y les pidió su consejo”. Fue el hermano Iluminado, hombre de gran confianza y santidad, quien le dijo: “Hermano Francisco, debes saber que si Dios te muestra alguno de sus sagrados secretos no es para ti solo, sino también para los demás; tienes, pues, motivo para temer que si tienes oculto lo que Dios te ha manifestado para utilidad de los demás te hagas merecedor de reprensión”⁵⁵.

Con mucha discreción Francisco relató lo sucedido, evitando, sin embargo, mostrar sus llagas, que en lo sucesivo trató de disimular con vendajes. Las llagas nunca desapare-

⁴⁹ *Testamento* 14.

⁵⁰ *Leyenda Mayor* 13,2; *Consideraciones sobre las Llagas* 3; 1 CELANO 92.

⁵¹ O. KARRER, *Franz von Assisi. Legenden und Laude*, Zurich 1945, 741.

⁵² *Leyenda Mayor* 13,3; *Consideraciones sobre las Llagas* 3.

⁵³ *Consideraciones sobre las Llagas* 3.

⁵⁴ *Leyenda Mayor* 13,3; 1 CELANO 94-95; *Tratado de los milagros* 4; *Consideraciones sobre las Llagas* 3; THOMAS DE ECCLESTON, *Llegada de los hermanos menores a Inglaterra* 13; “*Analecta Franciscana*” 1, 247.

⁵⁵ *Consideraciones sobre las Llagas* 3; *Leyenda Mayor* 13,4,8; 2 CELANO 136.

cieron. Y algunos tuvieron ocasión de verlas, movidos de curiosidad, devoción o duda. Así, el hermano Elías se valió de la estratagema de preguntar un día a Francisco: “Padre, ¿quieres que te sacuda la túnica?”⁵⁶. El hermano Rufino pudo tocar con sus manos la herida del costado “al darle friegas”⁵⁷. El “hermano” Jacoba y sus hijos pudieron verlas en vida y en su cuerpo muerto⁵⁸. También las vio el hermano León⁵⁹. El papa Alejandro IV (1254-1261) asegura también haberlas visto cuando vivía Francisco⁶⁰. Fue este papa quien dictó excomunión contra los pintores que representarían a san Francisco sin llagas⁶¹. Clara y las damas pobres vieron asimismo las llagas en el cuerpo muerto de Francisco⁶².

Ha habido y hay hombres que leyendo esto lo interpretan desde una perspectiva meramente racionalista, reduciéndolo a un puro camelo, a una alucinación o, todo lo más, a una pía ocurrencia. En todo caso se puede afirmar, con total serenidad y coherencia, que estamos ante un hecho más allá de lo natural, dentro de la experiencia mística y religiosa.

Esta experiencia mística y religiosa de Francisco guarda una admirable semejanza con la de otros hombres, de los que nos habla la Biblia en el Antiguo Testamento.

A Moisés Dios le salió al encuentro, revelándosele en el fuego que no consume la zarza ardiente, testificando la impasibilidad de Aquel que no está sujeto ni al tiempo ni a la corrupción. “Y subió Moisés al monte. La nube cubrió el monte. La gloria de Yahvé descansó sobre el monte Sinaí y la nube lo cubrió por seis días. Al séptimo día, llamó Yahvé a Moisés de en medio de la nube. La gloria de Yahvé aparecía a la vista de los hijos de Israel como fuego devorador sobre la cumbre del monte”⁶³. Moisés queda envuelto en un temor sagrado. La causa del mismo es la santidad del Santo, es decir, del totalmente Otro, del que no admite comparación alguna con la finitud y debilidad de un ser frágil, como

es el hombre. A Moisés le muestra esa infinita distancia que le separa de El. Moisés está frente a la vitalidad, frente a presencia de la que brota un poder vital, que resulta intolerable e insostenible para el hombre mortal que lo descubre. Por eso Moisés se cubre el rostro. “No te acerques aquí; quita las sandalias, porque el lugar en que estás es tierra sagrada”... Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios⁶⁴.

“Francisco, ante tal visión quedó fuertemente turbado”⁶⁵. Es el mismo terror que tuvo Moisés ante el Santo y el Viviente. “Has de saber, hermano ovejuela de Jesucristo, que, cuando yo decía las palabras que tú escuchaste, mi alma era iluminada con dos luces: una me daba la noticia y el conocimiento del Creador, la otra me daba el conocimiento de mí mismo. Cuando yo decía: ‘¿Quién eres Tú, dulcísimo Dios mío?’, me hallaba invadido por una luz de contemplación, en la cual yo veía el abismo de la infinita bondad, sabiduría y omnipotencia de Dios. Y cuando yo decía: ‘¿Quién soy yo, etc.?’, la otra luz de contemplación me hacía ver el fondo deplorable de mi vileza y miseria. Por eso decía: ‘¿Quién eres Tú, Señor de infinita bondad, sabiduría y omnipotencia, que te dignas visitarme a mí, que soy un gusano vil y abominable?’ En aquella llama que viste estaba Dios, que me hablaba bajo aquella forma, como había hablado antiguamente a Moisés”⁶⁶. Francisco se sabe en el mundo de Moisés: al ser visitado por Dios, a él también se le concedió percibir la distancia infinita entre nosotros y El.

Francisco es un respetuoso de Dios. Comentando el padrenuestro escribe: “*Santificado sea tu nombre*: clarificada sea en nosotros tu noticia para que conozcamos cuál es la anchura de tus beneficios, la largura de tus promesas, la altura de la majestad y la hondura de los juicios”⁶⁷. En la Regla escribe a los hermanos acerca de la trascendencia de Dios, para él indecible: “... honremos, adoremos, sirvamos, alabemos y bendigamos, glorifiquemos y sobreexaltemos, engrandezcamos y demos gracias al altísimo y sumo Dios eterno, trinidad y unidad, Padre, e Hijo y Espíritu Santo, creador de

⁵⁶ 2 CELANO 138.

⁵⁷ 2 CELANO 138; *Consideraciones sobre las Llagas* 4; 1 CELANO 195.

⁵⁸ *Tratado de los milagros* 39; *Consideraciones sobre las Llagas* 4.

⁵⁹ *Consideraciones sobre las Llagas* 4.

⁶⁰ *Leyenda Mayor* 13,8.

⁶¹ BAC, o.c., 466.

⁶² *Consideraciones sobre las Llagas* 4; *Leyenda de Perusa* 13; *Espejo de perfección* 108; *Leyenda Mayor* 13,8.

⁶³ Ex 24,15-17.

⁶⁴ Ex 3,5.6b.

⁶⁵ *Consideraciones sobre las Llagas* 3.

⁶⁶ *Ib.*

⁶⁷ *Paráfrasis del padrenuestro* 3.

todas las cosas y salvador de todos los que en El creen y esperan y lo aman; que, sin principio y sin fin, es inmutable, invisible, inenarrable, inefable, incomprensible, inescrutable, bendito, loable, glorioso, sobreexaltado, sublime, excelso, suave, amable, deleitable y sobre todas las cosas todo deseable por los siglos”⁶⁸.

Dios, para Francisco, es “el sobre todas las cosas todo deseable”. Moisés, también fascinado, cautivado y atraído, dice al Señor: “Déjame ver, por favor, tu gloria”⁶⁹. El hombre no desea otra cosa que hundirse en Dios como en un océano.

El profeta *Isaías* estuvo también delante de unos seres de luz y de fuego, en llamas, ardiendo, exteriorizando así el poder y la explosión de vida que hay en Dios. El es el ser de la luz y de fuego por excelencia, la hoguera incandescente y viva de donde parten los otros fuegos, y donde se enciende todo hogar y toda lumbre. “... vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado y sus haldas llenaban el templo. Unos serafines se mantenían erguidos por encima de El; cada uno tenía seis alas: con un par se cubría la faz, con otro se cubrían los pies y con el otro par aleteaban. Y se gritaban el uno al otro: ‘Santo, santo, santo, Yahvé de los ejércitos: llena está toda la tierra de su gloria’. Se conmovieron los quicios y los dinteles a la voz de los que clamaban, y la Casa se llenó de humo”⁷⁰. También *Isaías* se halla sobrecogido, con conciencia de su finitud, de que es un pecador: “Y dije: Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahvé de los ejércitos han visto mis ojos”⁷¹.

También Francisco está ante un ser ardiente, un serafín⁷², que le ilumina de tal modo que toma conciencia de su finitud y su pecado: “¿Quién eres Tú... y quién soy yo, gusano vil e inútil siervo tuyo?”.

Ezequiel, el profeta, describe igualmente este encuentro bajo unas expresiones atrevidas, grandiosas: “... había algo

como una piedra de zafiro en forma de trono, y sobre esta forma de trono, por encima, en lo más alto, una figura de apariencia humana”⁷³. Yahvé aparece rodeado de cuatro vivientes con figuras de hombre, de león, de toro, de águila, con un acompañamiento de brasas encendidas, de antorchas, de centellas y relámpagos y el remolino cósmico de las ruedas brillantes y rodantes, que se alzan prodigiosamente por los aires. En el centro de todo este cuadro, rebosando energía, aparece “algo como la forma de la gloria de Yahvé. A su vista caí rostro en tierra y oí una voz que hablaba”⁷⁴. La gloria adopta una forma humana, una figura de hombre. De modo audaz se fusionan las dos imágenes de la gloria de Dios y de una figura humana, afirmando, en el fondo, que no son más que una sola imagen: ¡Es la audacia de un Dios trascendente que se da en comunión! A Francisco, asimismo, “hacia los últimos días de su vida, se le mostró en una misma visión la sublime imagen del serafín y la humilde efigie del Crucificado”⁷⁵.

En Jesús de Nazaret, el Cristo, Dios nos manifiesta que su poder deslumbrante, vital, ardiente es esencialmente un poder de amor, de compasión, de espera, de confianza y de ternura, y que este amor ha debido pasar por la muerte para manifestarse más fuerte, más vivo, más luminoso y penetrante que nunca, más allá de la misma muerte.

La experiencia mística de Francisco, una de las más desconcertantes, vigorosas y luminosas de la historia de la Iglesia de Cristo, muestra al hombre la doble síntesis que realiza la fe cristiana: por una parte, se está frente a un misterio, en el que el asombro y el temor sagrado coexisten con la unión más íntima, el diálogo y la relación es tan personal que llevan a una identificación con el enteramente Otro. Y, por otra, es un misterio en el que la cruz, signo del sufrimiento y de la pasión, que vienen por la obediencia, coexiste con el gozo y la gloria, ya que la muerte es reconocida y aceptada como un acto supremo de amor, de entrega voluntaria, siendo así en la fe un triunfo auténtico, a pesar de que las apariencias hablen de un fracaso y de una humillación.

⁶⁸ *I Regla* 23,10.

⁶⁹ *Ex* 33,18.

⁷⁰ *Is* 6,1-4.

⁷¹ *Is* 6,5.

⁷² Serafín deriva de la raíz hebrea *saraf*, “arder”.

⁷³ *Ez* 1,26.

⁷⁴ *Ez* 1,28.

⁷⁵ *Leyenda Mayor* 13,10.

Lo que a hombres como a Francisco ha ocurrido es un acontecimiento místico, un misterio, es decir, algo invisible, establecido del todo en la hondura y, por tanto, indecible enteramente. Son situaciones que el lenguaje humano es incapaz de describir, sólo de correr el velo a medias. Pablo de Tarso nos habla así de su más alta experiencia: “Sé de un hombre en Cristo que, hace catorce años —si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe— fue arrebatado al tercer cielo”⁷⁶. “Un hombre en Cristo”, o sea, quien vive esta experiencia no es el hombre humano y terreno, sino el salvado y agarrado por Cristo. Tan extraordinaria ha sido esta experiencia que le ha sellado para siempre como una persona excepcional. Por otra parte, esto en modo alguno es algo de lo que se pueda disponer a voluntad. Es Dios quien libre y gratuitamente lo concede. Para Francisco, este acontecimiento lo sellará de tal modo que, ya hasta su muerte, contemplará y cantará esta vida de acá abajo como una vida transfigurada, en la que todos los seres son hermanos y hermanas: el lobo y el cordero, el obispo y el *podestà*, hasta la “hermana muerte”.

Cuando esto ocurre, ya no suceden las cosas para este hombre como antes, que “dirigía” su vida según su propio aire. Ahora no: su vida está determinada por Cristo. El es el que actúa e impera en él, tanto para Pablo como para Francisco o para cualquier otro hombre, sobre el que viene Dios así: “He sido crucificado con Cristo. Y ya no vivo yo, sino que es Cristo el que vive en mí”⁷⁷.

⁷⁶ 2 Cor 12,2.

⁷⁷ Gál 2,19b.20.

14. Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor

Desde el monte Alvernia, Francisco, el estigmatizado, fue traído a Santa María de los Angeles, la Porciúncula, pasando por Borgo San Sepolcro, Monte Casale y Città di Castello. Como le era muy doloroso caminar, lo montaron sobre un borriquito. En lo sucesivo tenía que viajar siempre así, cabalgando, a pesar de que la hermana Clara le confeccionase unas sandalias especiales para aliviar sus pies llagados. “Cuando Francisco, consumido y debilitado ya por las grandísimas mortificaciones corporales, las vigiliadas nocturnas, la mucha oración y los ayunos, no podía caminar, y, sobre todo, desde que fue sellado con las llagas del Salvador, no le era posible andar a pie, solía trasladarse a lomos de un borriquito”¹.

Al paso por los pueblos y aldeas, las gentes se echaban a la calle, con manifestaciones de entusiasmo y devoción. Todos querían ver, tocar al estigmatizado del Alvernia, convertido en una reliquia viviente y dotado de una eficacia y poder sobrenaturales. De todo este bullicio, Francisco no era consciente. Marchaba absorto en Dios. “Lo manosean, lo tiran de un lado y de otro; le cortan retazos de la túnica para guardarlos como recuerdo; el hombre parece insensible a todo y, como si estuviera muerto, no advierte nada de lo que sucede”². No se daba cuenta de por qué ciudad o comarca pasaban. “En efecto, cuando pasaron por Borgo San Sepolcro y la multitud se volvió a sus casas, al llegar a una lepro-

¹ *Pasión de san Verecundo*, BAC, o.c. 971.

² 2 CELANO 98; *Leyenda Mayor* 10,2.

sería, a una milla más allá de Borgo, volvió en sí de la celeste contemplación, y, como si viniese del otro mundo, preguntó al compañero: «Cuándo llegamos a Borgo?»³.

Llegando a Monte Casale tenían los hermanos en el eremitorio a otro enfermo de terribles ataques epilépticos. «Francisco lo supo y mandó que le diesen una rebanada de pan. Haciendo sobre ella la señal de la cruz se la envió al hermano enfermo», quedando perfectamente sano de aquella enfermedad⁴.

Se dirigieron después a Città di Castello. Había allí una mujer demente «que traía alborotada toda la región con sus alaridos, sus gritos feroces y sus ladridos de perro». Se la presentaron a Francisco. Después de hacer oración, hizo sobre ella la señal de la cruz, quedando sana en el cuerpo y en el espíritu⁵.

Ya vuelto a la Porciúncula, Francisco hizo saber que deseaba reanudar sus correrías apostólicas. Los hermanos, viéndolo tan debilitado, le instaban a que se sometiese a un tratamiento médico. Francisco seguía insistiendo, de modo que durante el invierno y la siguiente primavera, montado sobre un borriquillo, viajó de un lado para otro, recorriendo la Umbría. «Muchas veces en un solo día recorría cuatro o cinco castillos y aun pueblos, anunciando a todos el reino de Dios y edificando a los oyentes no menos con su ejemplo que con su palabra, pues había convertido en lengua todo su cuerpo»⁶.

Vino el hermano Elías y comunicó a Francisco un sueño tenido cuando ambos moraban juntos en cierta ocasión en Foligno. «Una noche, mientras dormían, se apareció al hermano Elías un sacerdote vestido de blanco, de edad avanzada y de aspecto venerable, y le dijo: 'Levántate, hermano, y di al hermano Francisco que se le han cumplido dieciocho años desde que renunció al mundo y se volvió a Cristo; que, a partir de hoy, le quedan todavía dos años en esta vida y que, pasados éstos, le llamará el Señor a sí y entrará por el camino de todo mortal'»⁷.

³ Consideraciones sobre las Llagas 4.

⁴ *Ib.*; 1 CELANO 68; *Leyenda Mayor* 12,11.

⁵ *Ib.*; 1 CELANO 70; *Leyenda Mayor* 12,11.

⁶ 1 CELANO 97; *Leyenda Mayor* 14,1; cf Salmo 118,11.

⁷ 1 CELANO 109.

La enfermedad de los ojos era ya muy grave, sobre todo por falta de cuidados. «Le acometió una gravísima enfermedad de ojos... El mal iba creciendo de día en día y, al parecer, la falta de cuidado lo agravaba. Por fin, el hermano Elías, a quien había escogido para sí como madre (es decir, guardián, según el reglamento de los eremitorios⁸), y para los demás hermanos como padre (o sea, vicario suyo⁹), le indujo a que no rechazara la medicina, sino que la aceptara en el nombre del Hijo de Dios, por quien fue creada, según está escrito: el Señor puso en la tierra medicinas, el varón prudente no las desdena»¹⁰.

Francisco aceptó, sometiéndose con humildad a este consejo. Lo condujeron a Rieti, ciudad «en la que residía, según decían, un gran especialista en dicha enfermedad de los ojos»¹¹.

Antes lo llevaron a San Damián. Era el otoño de 1224. Allí estaban la hermana Clara y las damas pobres. A Francisco le hicieron una chocita de esteras. Y el hermano Elías, ministro general de la Fraternidad, le ordenó se dejara ayudar y cuidar... Hacía mucho frío entonces y el tiempo no era propicio para empezar el tratamiento. Pero en San Damián había tantos ratones que a Francisco le era difícil descansar y dormir. Le acosaban por el día y por la noche y hasta cuando se ponía a rezar. Si comía, saltaban sobre su mesita. Francisco y los hermanos reconocieron que era una prueba. Es el invierno de 1224-25. Una noche, Francisco, colmada ya su paciencia y a las puertas del agotamiento, se dirigió al Señor, que parecía tenerlo abandonado: «Señor, ven en mi ayuda en mis enfermedades para que pueda soportarlas con paciencia». «Dime, hermano —oyó una voz bien conocida que le preguntaba—, si por estas enfermedades y tribulaciones alguien te diera un tesoro tan grande que, en su comparación, consideraras como nada el que toda la tierra se convirtiera en oro; todas las piedras, en piedras preciosas, y toda el agua, en bálsamo; y estas cosas las tuvieras en tan poco como si en realidad fueran sólo pura tierra y piedras y aguas materiales, ¿no te alegrarías por tan gran tesoro?». «En ver-

⁸ Regla para los eremitorios 8-10.

⁹ Testamento 27.

¹⁰ Eclo 38,4; cf 1 CELANO 98.

¹¹ 1 CELANO 99.

dad, Señor —respondió Francisco—, ése sería un gran tesoro, inefable, muy precioso, muy amable y deseable”. “Pues bien, hermano, regocíjate y alégrate en medio de las enfermedades y tribulaciones, pues por lo demás has de sentirte tan en paz como si estuvieras ya en mi reino”¹².

Rodeado de este sufrimiento, de esta postración, de esta oscuridad y de esta acosación, Francisco fue lleno del gozo de Dios. El enfermo, azotado por tantos males, se sintió inspirado a cantar, a dar gracias, y esto con una originalidad y belleza inigualables, tanto que su cántico es de lo más fresco, hermoso y puro que haya manado del corazón del hombre.

San Damián era un lugar querido, muy dentro de él, jamás perdido en su memoria. Allí fue donde el Señor lo llamó. Su corazón y su mente ardían en el recuerdo de tantos beneficios de Dios: el olivo al que un día ató su caballo para echarse en los brazos del leproso, besarlo y abrazarlo; la cueva en la que se ocultó para verse libre del calabozo paterno; el poyete de piedra, donde el anciano sacerdote de la iglesita le explicaba con tanto amor el Evangelio; esta capilla, que él reconstruyó con sus manos, y desde donde ahora se alzaba a Dios la oración incesante de las damas pobres; y, sobre todo, el crucifijo, viejo del tiempo y del humo de los velones, que le habló al corazón, mostrándole el camino. San Damián le traía el recuerdo sin mancha de los comienzos, llevado ahora adelante por tantos hermanos, diseminados por la tierra, fieles a la proclamación del Evangelio puro, siguiendo a Cristo pobre, viviendo en leprosarios, eremitorios, hospitales, de aquí para allá, libres como la hermana alondra, ligeros de equipaje, por las plazas y los caminos de este mundo.

Francisco bendijo su existencia, luminosa, fecunda, clarividente y bella, y la de sus hermanos. Bendijo la vida universal, debilitada, rehusada y enferma, que triunfa por encima del mal, del miedo y de la muerte. Bendijo al sol, que ilumina y enciende los trabajos y gozos, las luchas y los sueños, la alegría y la victoria humilde de los hombres. Y bendijo a esta tierra, donde se amasa el pan y se reparte, donde se bebe el

vino y se celebra fiesta, agradeciendo a Dios por haber creado todo esto.

Esa mañana Francisco estaba rebosante, como un arroyo de aguas recién llovidas. “Se levantó por la mañana y dijo a sus compañeros: ‘El Señor se ha dignado certificar en vida a este indigno siervo suyo de que gozaré de su reino’”¹³.

“Pensaba y decía que el sol es la más hermosa de todas las creaturas y la que más puede asemejarse a Dios y que en la Sagrada Escritura el Señor es llamado ‘sol de justicia’¹⁴; así, al titular aquellas alabanzas de las creaturas al Señor, que compuso con motivo de que el Señor le cercioró que estaría en su reino, las quiso llamar *Cántico del hermano sol*”¹⁵. Los primeros biógrafos de Francisco llaman a este poema bien *Cántico de las criaturas*, bien *Alabanzas del Señor*¹⁶, o bien *Alabanzas de las criaturas*¹⁷.

El *Cántico del hermano sol* o *Alabanzas del Señor por las criaturas* es, junto con “unas letrillas santas —así llamadas—, con canto, para consuelo y edificación de las damas pobres, porque sabía que estaban muy afligidas a causa de su enfermedad”¹⁸, lo único que llegó a nuestras manos para ser cantado de este poeta y juglar que fue Francisco.

Al ser músico y poeta, Francisco gustaba que la melodía y el ritmo acompañasen el texto de sus composiciones¹⁹. Aplicó una música a esta letra y enseñó a sus compañeros a recitarla y cantarla:

Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor,
tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
tan sólo Tú eres digno de toda bendición
y nunca es digno el hombre de hacer de Ti mención.
Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol,
que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor,
y lleva por los cielos noticia de su autor.
Y por la hermana luna, de blanca luz menor,
y las estrellas claras que tu poder creó
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,

¹³ *Espejo de perfección* 100.

¹⁴ Mal 3,20.

¹⁵ *Espejo de perfección* 119; cf también 101.123.

¹⁶ 1 CELANO 109.115; *Espejo de perfección* 90.100.118.119.121.

¹⁷ 2 CELANO 213.217; *Espejo de perfección* 118.119.

¹⁸ *Espejo de perfección* 90; *Leyenda de Perusa* 85.

¹⁹ *Leyenda de Perusa* 85.88; *Espejo de perfección* 90.

¹² *Florencillas* 19; *Leyenda de Perusa* 83; 2 CELANO 213; *Espejo de perfección* 100.119.

y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!
Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado, mi Señor!
Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado, mi Señor!
Y por la hermana tierra, que es toda bendición,
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color,
y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor!
Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!
¡No probarán la muerte de la condenación!
¡Servidle con ternura y humilde corazón!
¡Agradeced sus dones, cantad su creación!
¡Las criaturas todas, load a mi Señor!

Francisco dictó este *Cántico del hermano sol* en italiano. Así ha llegado hasta nosotros. Después lo hizo cantar a sus compañeros. Estaba tan encariñado con esta su composición, que llegó incluso a pensar que el hermano Pacífico había de ir por el mundo enseñándola a cantar a todos los hombres. “Su espíritu gozaba entonces de consuelo y dulzura tan hondos, que quería mandar que llamasen al hermano Pacífico, que en el mundo era llamado ‘rey de los versos’ y fue muy cortesano maestro de cantores; tenía intención de darle algunos compañeros, buenos y espirituales, que fueran con él por el mundo predicando y cantando las alabanzas del Señor. Deseaba que quien mejor pudiera predicar entre ellos, predicase primero al pueblo y después cantaran todos juntos las alabanzas del Señor como juglares de Dios”²⁰.

En este tiempo, la autoridad civil —el *podestà*— y la autoridad religiosa —el obispo— están enfrentadas en Asís. El obispo Guido había excomulgado al *podestà*. En represalia, éste prohibió a todos los ciudadanos tener negocio alguno con aquél. Para Francisco resultaba doloroso saber que los ciudadanos se desgarraban unos a otros. Con esta ocasión, él añadió estos versos a su cántico:

Y por los que perdonan y aguantan por tu amor
los males corporales y la tribulación:
¡felices los que sufren en paz con el dolor
porque les llega el tiempo de la coronación!

Francisco llamó a uno de los hermanos y le dijo: “Vete al *podestà* y dile de mi parte que tenga a bien presentarse en el obispado con los magnates de la ciudad y con cuantos ciudadanos pueda llevar”. Entretanto, hizo que un grupo de hermanos músicos ensayase el *Cántico del hermano sol*, con la nueva estrofa compuesta. Luego los mandó ir a donde iba a tener lugar el encuentro y celebración de la reconciliación. Llegados y todos reunidos, ellos dijeron: “Francisco ha compuesto durante su enfermedad unas alabanzas del Señor por sus criaturas, en loor del mismo Señor y para edificación del prójimo. El mismo os pide que os dignéis escucharlas con devoción”. Al interpretarlas, “el *podestà* se levantó inmediatamente y, con las manos y brazos cruzados, las escuchó con la mayor devoción, como si fueran palabras del Evangelio, y las siguió atentamente, derramando muchas lágrimas. Acabado el cántico, dijo en presencia de todos: Os digo de veras que no sólo perdono al obispo, a quien quiero y debo tener como a mi señor; pero, aunque alguno hubiera matado a un hermano o hijo mío, lo perdonaría igualmente. El obispo, a su vez, levantando con sus manos al *podestà*, arrodillado a sus pies, le dijo: Por mi cargo debo ser humilde, pero mi natural es propenso y pronto a la ira; perdóname. Y con sorprendente afabilidad y amor se abrazaron y se besaron mutuamente”²¹.

El *Cántico del hermano sol* es la primera obra literaria de la lengua italiana. Para muchos es, sobre todo, el fruto de la fantasía de este poeta que fue Francisco, amigo de los pájaros, de las flores y del lobo. Esta concepción está en consonancia con la imagen fácil que se tiene de este hombre, artista e inocuo.

El *Cántico*, sin embargo, es la profesión de fe de Francisco. Ahí está expresada su concepción del mundo, su modo de situarse en el universo, su forma de mirar las cosas, los acontecimientos y las personas con el ojo transparente de un corazón libre y limpio del todo. Antes de partir, el hermano Francisco deja a todos sus hermanos, los hombres, su arte de vivir, su sabiduría acumulada día tras día pacientemente, el fruto de su experiencia, tallada en la admiración, en la ilu-

²⁰ Leyenda de Perusa 100.

²¹ Espejo de perfección 101; Leyenda de Perusa 84.

minación, en el silencio y comunión con todo lo que vive y respira.

El lenguaje oficial de entonces era el latín. Francisco expresa su propia experiencia en la lengua vulgar, la del pueblo, del que él formaba parte. Cuando los hombres escuchen este poema lo entenderán: es la lengua corriente, de cada día. Francisco no entrega su sabiduría para que se encierre y quede reservada en círculos de iniciados. El no fue un hombre esotérico. Su experiencia es una oferta universal para que pueda ser compartida por todos.

Francisco fue un poeta, por eso eligió el lenguaje de la poesía para expresarse. La realidad, para él, es de orden artístico, o sea, del orden de la gracia. Como poeta, es sensible a la gracia, al encanto de las cosas, acogiendo la existencia de las mismas como una gracia, como un don gratuito, fruto de un amor. El poeta Francisco comulga con el mundo como un mundo esencialmente de la gracia. Las criaturas que él canta son bellas y útiles. Es la luz de la fe la que hace que Francisco descubra su origen y su sentido: nos han sido dadas por Dios para nuestro bien. Ha sido El quien las ha formado y su hermosura nos habla de El: "... el hermano sol, que ilumina, y abre el día, y es bello en su esplendor, y lleva por los cielos noticia de su autor". "... y las estrellas claras, que tu poder creó tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son, y brillan en los cielos".

Dios lo ha creado todo para nosotros. Por medio de todo ello el Padre Dios muestra su preocupación y cuidado por nosotros. Aceptando las criaturas, desde esta iluminación de la fe, revelan sus secretos: vienen de El para ayudarnos. Son "fraternales". El mundo es fraternal. Quien está en el mundo así, desde esta revelación y descubrimiento, tiene un talante de acogida y de simpatía, de construcción, de respeto y de confianza. Todo esto ha sido y sigue siendo trastornado por la maldad y el pecado de los hombres. Esto lo sabe Francisco también. El, sin embargo, se siente enraizado en esta fe fundamental que canta la bondad de un mundo salido de las manos y del corazón grande del Padre Dios. Para Francisco, el mundo, la creación, no es una trampa ni una amenaza, sino una ocasión de encuentro, un espacio de admiración, de creación y de humilde respeto. De ahí que no huya de él, ni

lo rechaza, ni sienta ningún miedo. Hay dentro de él un amor que nos envuelve y nos colma gratuitamente merced a todas las realidades de la existencia que, así, son un manantial de alegría serena y permanente y de una confianza que no muere. Francisco invita al hombre a ejercer su función esencial: la alabanza, cantar a Dios, por este clima general de amor que todo lo envuelve, sin cesar nunca y en todas partes.

El *Cántico de las criaturas o del hermano sol* no está escrito desde la euforia demasiado superficial de un panorama bello o un encuentro feliz de amigos, después de muchos años. Las circunstancias para Francisco eran, humanamente, adversas y hoscas. "Yacía Francisco más de cincuenta días sin poder soportar de día la luz del sol ni de noche el resplandor del fuego. Permanecía constantemente a oscuras tanto en la casa como en aquella chocita. Tenía, además, grandes dolores en los ojos día y noche, de modo que casi no podía descansar ni dormir durante la noche; lo que dañaba mucho y perjudicaba a la enfermedad de sus ojos y sus demás enfermedades. Y lo que era peor: si alguna vez quería descansar o dormir, había tantos ratones en la casa y en la chocita donde yacía —que estaba hecha de esteras y situada a un lado de la casa—, que con sus correrías encima de él y a su derredor no le dejaban dormir, y hasta en el tiempo de la oración le estorbaban sobremanera. Y no sólo de noche, sino también le molestaban de día: cuando se ponía a comer, saltaban sobre su mesa; lo cual indujo a sus compañeros y a él mismo a pensar que se trataba de una tentación diabólica, como era en realidad"²².

Quienes se inventan una imagen fácil, sentimental e ingenuamente desvaída de Francisco no deben olvidar la paradoja desconcertante que él escribía este poema clavado de dolor, ciego y enfermo. Nadie como él ha percibido y cantado el esplendor y la bondad del universo; pero, a la vez, nadie como él realizó la renuncia más absoluta a todo. Fue este despojamiento el que le abrió los ojos para acoger la ternura de las criaturas y entregarse a ellas, habiendo perdido su nocividad, que en ellas introduce el pecado del mundo. Fraternalmente, limpiamente, amorosamente acoge la creación Francisco. Por eso así ella le revela el amor del que procede.

²² Leyenda de Perusa 83.

El mundo del *Cántico del hermano sol* no es el del romanticismo ni el de la propuesta supuestamente ecologista, sino el de la fe cristiana. Francisco canta el don del amor que todas las criaturas representan. El detectó la poesía genuina que anida en el corazón de las cosas, descubriendo la relación entre la gracia y el encanto que tienen y la gracia que son las criaturas.

Cuando Francisco se encontró un poco mejor fue transportado desde San Damián hasta la ciudad de Rieti, distante unos cuarenta kilómetros. También las gentes salieron en tropel a recibir al estigmatizado Francisco que, por ello, “no quiso entrar en la ciudad”. Se quedó en la iglesia de San Fabián, servida por un sacerdote pobre. Junto a la iglesia tenía éste una viña, que le proporcionaba el vino necesario para todo el año. En una casita cercana a la iglesia descansaba Francisco. Para llegar a ella había que atravesar por un caminito la viña. Quienes lo veneraban y querían venían diariamente a visitarlo. Este fue el motivo por el que la viña fue casi saqueada del todo: había quienes cortaban racimos y se los comían, había quienes, cortándolos, los guardaban y se los llevaban y había quienes, de manera inconsciente, todo lo pisaban. El sacerdote empezó a enojarse por todo esto y decía: “Aunque pequeña la viña, de ella recogía lo suficiente para mis necesidades y este año todo lo he perdido”.

Francisco mandó llamarlo. “No te turbes, señor, pues de momento no podemos hacer otra cosa; pero ten confianza en el Señor y espera que, por este pequeñuelo siervo suyo, podrás resarcirte íntegramente del daño causado. Dime: ¿cuántos cántaros de vino has cosechado el año en que esta viña más ha dado?”. “Trece cántaros, Padre”, respondió el sacerdote. “No estés por más tiempo malhumorado —le tranquilizó Francisco— ni ofendas por esto de palabra a nadie; ten fe en el Señor y en mis palabras; si recogieres menos de veinte cántaros, yo haré que llegues a este número”. Al tiempo de la vendimia recogió veinte cántaros de vino, no menos ²³.

Pasados algunos días lo trasladaron a la ciudad. El cardenal Hugolino había preparado alojamiento para él en el palacio episcopal de Rieti. También allí acudían personas a visi-

tar y a aconsejarse de Francisco. Un día vino un canónigo, de nombre Gedeón, hombre sensual y muy mundano. Se hallaba enfermo de resultas de su vida libertina y depravada, con grandes dolores en los riñones. Esto le obligaba a guardar cama desde hacía largo tiempo. Lo dejaron en presencia de Francisco, enfermo igualmente, para que lo bendijera. “¿Cómo voy a signarte con la señal de la cruz a ti —le declaró Francisco—, que de tiempo atrás vienes viviendo según tus deseos carnales, sin meditar ni temer los juicios de Dios?”. El corazón de Francisco estaba lleno de compasión, como el de su Señor Jesús, de modo que le dijo: “Te signo en el nombre del Señor. Pero si El se digna curarte, guárdate de volver a tu vómito, porque en verdad te digo que si vuelves a él te abrumarán mayores males que los anteriores y recibirás un castigo terrible por tus pecados y por tu ingratitud y tu desprecio de la bondad del Señor”. Se curó ciertamente el canónigo Gedeón, pero, “pasados algunos años, volvió a su mala vida, sin atender a las recomendaciones que el Señor le hizo por medio de su siervo Francisco. Sucedió que habiendo cenado cierto día en casa de otro canónigo y habiendo quedado a dormir en ella, de repente cayó sobre todos el techo de la casa. Los demás pudieron escapar. Solo quedó atrapado y murió el miserable” ²⁴.

El cuerpo de Francisco estaba ciertamente debilitado por un sinnúmero de enfermedades. Su espíritu, con todo, estaba libre del desaliento, la amargura o el malhumor. Su agudeza mental, su sensibilidad, su imaginación y su cortesía permanecían íntegras. Hasta que llegó la “hermana muerte” él mantuvo su corazón jovial y abierto, su talante de poeta y la manera original que tenía de expresar sus pensamientos y sentimientos ²⁵.

Fue también huésped Francisco en Rieti de Tabaldo, el “sarraceno”, canónigo, médico y posiblemente de origen árabe, que también viviría en el palacio episcopal ²⁶. Es otoño de 1225. Aquellos días Francisco quiso oír un poco de música para recrearse y distenderse. Llamó a uno de sus compañeros que antes de convertirse al Evangelio había sido citarista. Era sin duda el hermano Pacífico. “Quisiera —le

²³ *Espejo de perfección* 104; *Leyenda de Perusa* 67; *Floreccillas* 19.

²⁴ 2 CELANO 41; *Leyenda Mayor* 11,5; *Leyenda de Perusa* 95.

²⁵ 2 CELANO 126; *Leyenda Mayor* 5,11.

²⁶ *Leyenda de Perusa* 66.

dijo— que te procuraras en secreto de prestado de algún buen hombre una cítara y compusieras una bella canción, a cuyo son aliviaras un poco al hermano cuerpo, que está afligido por esta enfermedad y lleno de dolores. Y luego, acompañados de ella, dijésemos las palabras y alabanzas del Señor”. A Pacífico le daba vergüenza ir a pedir un instrumento, que le traía a la memoria y, sobre todo, al corazón toda su vida anterior. “Padre, me da vergüenza ir a pedir la cítara; más que nada porque los habitantes de esta ciudad saben que, estando en el mundo, la tocaba, y ahora temo que sospechen que he sido tentado de volver a tocar la cítara”. “Déjmoslo, hermano, —insinuó Francisco— que es conveniente renunciar a muchas cosas para que no se resienta el buen nombre”²⁷.

Con frecuencia Francisco hacía cantar el *Cántico del hermano sol*. El hermano Elías, previendo que Francisco se convertiría en verdad en la “gloria” de esta Orden, que bastantes deseaban grande, influyente, poderosa, respetada y competitiva, tenía ya proyectada la basílica que acogería el cadáver de Francisco. Consideraba, por otra parte, el susodicho hermano Elías que un santo ha de seguir representando el papel que las gentes esperan siempre de él. Por eso que a él no le gustaba, porque atentaba contra su programa, que Francisco mandase que cantasen, y así se lo hizo notar: “Aunque los hermanos de esta ciudad te tienen por santo, sin embargo, como están persuadidos de que tu enfermedad es incurable y que pronto morirás, al oír que estas alabanzas se cantan de día y de noche, podrían decirse para sí: ¿Cómo manifiesta tanta alegría el que está próximo a morir? Deberías pensar en ello”. “Déjame, hermano, gozarme en el Señor y en sus alabanzas mientras padezco, pues por la gracia recibida del Espíritu Santo estoy tan adherido y unido a mi Señor que, por su gran misericordia, bien puedo regocijarme en el Altísimo”²⁸. Posiblemente el hermano Pacífico hubiese sido advertido también de esta planificación “mundana” por el hermano Elías, tan contraria al espíritu evangélico de Francisco.

Francisco, muy a pesar del interés “interesado” por su buen nombre, de parte del hermano Elías, tuvo ocasión de

escuchar la música deseada. “Hacia la medianoche siguiente, estando despierto, Francisco oyó, al lado de la casa donde descansaba, el punteo de una cítara, que acompañaba un poema bello, tan agradable como nunca en su vida había escuchado. El músico se paseaba, alejándose primero hasta donde podía ser oído y volviendo luego sin dejar de tocar. Así estuvo durante una hora... Por la mañana, al levantarse, Francisco dijo a su compañero: hermano, te hice un ruego y no me complaciste; pero el Señor, que consolará a sus amigos en las tribulaciones (2 Cor 1,4), se ha dignado complacerme esta noche”. Esto fue considerado por los hermanos como algo extraordinario “porque por decreto del *poderà* de aquel entonces nadie podía transitar por la ciudad, no ya a media noche, pero ni siquiera después del tercer toque de la campana. Y, además, porque, como lo declaró Francisco, fue en el silencio, sin palabras ni estrépito de voces —porque era obra de Dios—, como el músico iba y venía tocando durante una larga hora para consuelo de su alma”²⁹.

Después trajeron a Francisco al eremitorio de Fontecolombo, cerca de Rieti. Allí lo iban a someter a un tratamiento de cura de los ojos, a lo que le habían obligado por obediencia tanto el señor obispo de Ostia³⁰ como el hermano Elías³¹, ministro general de los hermanos. Un día vino el médico a visitarlo y a operarlo. Había que cauterizar con hierro candente las carnes cercanas al ojo más afectado, desde la oreja hasta la ceja. Presenciando Francisco los preparativos del cauterio “se estremeció de horror”. Pero luego, dirigiéndose al hierro incandescente, le dijo: “Hermano mío fuego, el Altísimo te ha creado poderoso, bello y útil, muéstrate ahora cortés conmigo, ya que siempre te he amado y te seguiré amando por amor de tu Creador. Ruego también a nuestro creador, que nos ha creado a los dos, que modere tu ardor, para que yo pueda soportarlo”. Acabando esta oración, trazó sobre él la señal de la cruz. “Nosotros, que estábamos con él entonces, nos retiramos desprovistos, porque no lo resistía nuestra piedad y compasión y se quedó el médico solo con él”. Cuando volvieron les dijo Francisco: “Pusilánimes y de poca fe, ¿por qué habéis huido? Pues yo os

²⁷ 2 CELANO 126.

²⁸ *Espejo de perfección* 121.

²⁹ *Leyenda de Perusa* 66.

³⁰ *Leyenda de Perusa* 86.

³¹ 1 CELANO 98; *Leyenda de Perusa* 83.

digo en verdad que no he sentido dolor alguno, ni el ardor del fuego. Y si todavía no ha quedado bien cauterizado, puede cauterizarlo mejor". La operación continuó. "Juzgó el médico necesario quemar todas las venas desde la oreja hasta la ceja, pero no le sirvió de nada. Asimismo, otro médico le perforó con un punzón candente las dos orejas y tampoco le alivió nada"³².

No obstante tanto sufrimiento, se oía cantar a Francisco a menudo canciones, cuya letra y música componía él mismo, enviando incluso letrillas a Clara y a las damas pobres, muy preocupadas por la salud del Pobrecillo³³.

Francisco estaba en camino, sin haber llegado, en el seguimiento de Cristo. De ahí que soliese decir a los hermanos: "Comencemos, hermanos, a servir al Señor Dios, pues escaso es o poco lo que hemos adelantado... Le hubiera gustado volver a servir a los leprosos y padecer desprecios, como en tiempos pasados"³⁴.

Faltando seis meses para su muerte, todavía lo llevaron a Siena para ver si hubiese algún remedio a su enfermedad de los ojos. Fue allí donde "empezó a agravarse en todo su cuerpo: su estómago, deshecho por larga enfermedad, más la hepatitis y los fuertes vómitos de sangre hacían pensar en la proximidad de la muerte". Enterándose de esto el hermano Elías vino a ver a Francisco. Hizo que se le llevase a Celle di Cortona. Y "estando allí por algún tiempo, comenzó a hincharse el vientre; la hinchazón se extendió a piernas y pies, y el estómago se le fue debilitando tanto, que apenas podía tomar alimento"³⁵.

En este viaje de Rieti a Siena, "en una gran planicie que se extiende entre Campillo y San Quirico, fue cuando Francisco tuvo un encuentro misterioso: divisó a cierta distancia, a un lado del camino, a tres mujeres que parecían esperarlo y a las que tomó en un principio por unas pordioseras. Al pasar finalmente cerca de ellas, lo saludaron, inclinando reverentes la cabeza, y diciendo: ¡Bienvenida sea la dama pobreza! Oyendo esto, Francisco se llenó de un gozo inefable.

³² *Espejo de perfección* 115; *Leyenda Mayor* 5,9.

³³ *Leyenda de Perusa* 85; *Espejo de perfección* 90; cf 2 CELANO 204.

³⁴ 1 CELANO 103; *Leyenda Mayor* 14,1.

³⁵ 1 CELANO 105.

Intrigados los compañeros por el trato tan raro de aquellas mujeres, se volvieron para mirarlas; mas ellas habían ya desaparecido "más veloces que las aves". Después llegaron a considerar que eran tres ángeles, personificando la castidad, la obediencia y la pobreza, y que se habían juntado para venir a felicitar a aquel perfecto caballero, Francisco, por su inquebrantable fidelidad en amar y en servir "a la que solía llamar con el nombre unas veces de madre; otras, de esposa, así como de señora o dama"³⁶.

Siena recibió a Francisco con veneración y con curiosidad. Vino un hombre que le trajo un faisán. Francisco mandó que lo alejaran y lo dejaran en una viña, pero el animalito volvía adonde él, que lo "abrazaba y acariciaba al tiempo que le decía palabras de ternura". Un médico se lo llevó consigo uno de los días, "pero el faisán, igual que si hubiese recibido una injuria al verse separado de Francisco, no quiso comer nada todo el tiempo que estuvo separado de él"³⁷. Otro día vino a saludarlo un teólogo dominico, "hombre ciertamente espiritual". El maestro le preguntó sobre el texto del profeta Ezequiel: "Si tú no le adviertes, si no hablas para advertir al malvado que abandone su mala conducta, a fin de que viva, él, el malvado, morirá por su culpa, pero de su sangre yo te pediré cuentas a ti"³⁸. Francisco le respondió con tanta unción y hondura, que, al despedirse, dijo el dominico a sus compañeros: "Hermanos míos, la teología de este hombre tiene la elevación del águila, y planea sobre las dos alas de la pureza y de la contemplación, mientras que nuestra ciencia queda a ras de tierra"³⁹.

A Siena llegó igualmente un hermano menor de Brescia, que, con la complicidad del hermano Pacífico, logró ver las llagas de Francisco. "Hermano Pacífico —le dijo él al rey de los versos—, que el Señor te perdone, que a veces me causas mucha pena"⁴⁰.

Tal era su flaqueza de estómago, que con frecuencia sentía ansias de vomitar, como una tarde ocurrió. "Los esfuerzos que hizo fueron tan grandes, que empezó a echar sangre,

³⁶ 2 CELANO 93; *Leyenda Mayor* 7,6; cf *Saludo a las virtudes* 2.

³⁷ 2 CELANO 170; *Leyenda Mayor* 8,10.

³⁸ Ez 3,18.

³⁹ 2 CELANO 103; *Espejo de perfección* 53; *Leyenda Mayor* 11,2.

⁴⁰ 2 CELANO 137.

y continuó echándola durante toda la noche hasta la madrugada. Los compañeros, creyendo que, debido a su extremada debilidad y angustia, estaba a punto de morir, le dijeron con gran sufrimiento y muchas lágrimas: Padre, ¿qué haremos sin ti? ¿A quién nos confías huérfanos? ¿A dónde iremos, como ovejas sin pastor? ¿Huérfanos sin padre? ¿Hombres rudos y simples sin guía?... Bendícenos y bendice a todos los hermanos. Deja también a tus hermanos un memorial de tu última voluntad para que, si el Señor quiere llevarte de este mundo, tus hermanos puedan decir y recordar: éstas son las palabras que nuestro Padre dijo a sus hijos y hermanos al morir. Ante esto, Francisco mandó llamar al hermano Benito de Piratro, que era sacerdote, discreto y santo. Como Francisco estaba enfermo, en algunas ocasiones celebraba la Eucaristía con él. Escribe, hermano Benito —le dijo Francisco—, que *bendigo* a todos mis hermanos, a los que están en la Orden y a los que vendrán a ella hasta el fin del mundo. Ya que la debilidad y los dolores de mi enfermedad me impiden hablar, voy a dejar expresada a mis hermanos, actuales y venideros, mi última voluntad en tres frases: que, en señal del recuerdo de mi bendición y testamento, se amen y respeten siempre unos a otros; que amen y respeten siempre a nuestra señora la santa pobreza; que sean siempre fieles y sumisos a los prelados y a todos los clérigos de la santa madre Iglesia”⁴¹.

Recomendaba a los hermanos que temieran y evitaran el mal ejemplo. Por fin, *maldecía* a aquellos que con sus perversos y malos ejemplos fuesen causa de que los hombres hablen mal de la Orden, “de la vida de los hermanos y de los buenos y santos hermanos, que por eso sufren vergüenza y aflicción”⁴².

Esta bendición, exhortación y maldición se sigue leyendo hoy en las Fraternidades franciscanas, después de la Regla y del Testamento de Francisco⁴³.

Francisco deseaba morir en la Porciúncula. Los habitantes de Asís también lo querían ver morir en su ciudad. Fue

el hermano Elías quien lo hizo trasladar de Siena a Celle di Cortona⁴⁴.

Estando en este eremitorio, un día llegó “un pobre lamentándose de la muerte de su mujer y de la orfandad en que quedaba su familia, muy pobre. Te doy, por amor de Dios, este manto —le dijo Francisco— con la condición de que no lo des tú a nadie, si no es a buen precio. El manto de Francisco era nuevo. En seguida se presentaron los hermanos con la intención de que el hombre no se llevase el manto. El pobre, sin embargo, en presencia de Francisco lo defendía con uñas y dientes, como algo que era suyo. Al final los hermanos rescataron el manto, una vez que dieron al pobre su precio”⁴⁵.

En Asís establecieron a Francisco “junto a la iglesita de Santa María de la Porciúncula”. El clima era, sin embargo, insoportable, debido al estío sofocante aquel año. De ahí que decidiesen llevarlo a vivir a “Bagnara, encima de Nocera, donde acababan de construir una casa para los hermanos y donde éstos moraban... Al empezársele a hinchar las piernas y los pies, a causa de la hidropesía, empezó a sentirse Francisco muy mal”⁴⁶.

“Teniendo noticia las gentes de Asís de que estaba muy enfermo, vinieron en seguida a aquel lugar unos caballeros para llevárselo”. En el camino llegaron a una aldea llamada Satriano. Los caballeros y su séquito desfallecían de hambre, de manera que fueron a buscar algo que comer, sin encontrar nada. “Volviéndose a Francisco, le dijeron bromeando: hermano, vas a tener que darnos parte de tus limosnas porque nada hemos hallado para comer. Si no habéis hallado cosa alguna —respondió Francisco— ha sido porque habéis puesto la confianza en vuestras moscas, es decir, en vuestros dineros y no en Dios. Volved a las mismas casas donde quisisteis comprar y, sin avergonzaros, pedid limosna por el amor de Dios. El Espíritu Santo les inspirará y recibiréis todo en abundancia”⁴⁷. Ciertamente recibieron, dándoseles con alegría. Francisco solía decir a propósito de la necesidad de pe-

⁴⁴ 1 CELANO 105.

⁴⁵ 2 CELANO 88; *Espejo de perfección* 31.

⁴⁶ *Leyenda de Perusa* 96; 2 CELANO 77; cf *Leyenda Mayor* 7,10; *Espejo de perfección* 22.

⁴⁷ *Leyenda de Perusa* 96.

⁴¹ Cf *Testamento de Siena*, BAC, o.c., 124-125.

⁴² *Leyenda de Perusa* 59.

⁴³ DESBONNETS-VORREUX, o.c., 891; BAC, o.c., 628.

dir, que manifiesta nuestra dependencia de los demás: “No os avergoncéis, que, después del pecado, todas las cosas se nos dan como limosna, y el Gran Limosnero reparte pródigo con piadosa clemencia a los que merecen y a los que desmerecen”⁴⁸.

La entrada en Asís estuvo envuelta en un aire de fiesta popular: Francisco, el hombre de Dios, estaba entre ellos y aquí moriría⁴⁹. Al estar la Porciúncula en despoblado, el hermano Elías lo hizo subir dentro de las murallas, alojándolo en el palacio del obispo y rodeando el ayuntamiento, con un cuerpo de guardia, para impedir cualquier intento de rapto⁵⁰.

⁴⁸ 2 CELANO 77.

⁴⁹ 1 CELANO 105.

⁵⁰ *Espejo de perfección* 121; *Leyenda de Perusa* 99.

15. El Testamento, memorial de Francisco

Francisco fue llegando hasta Dios a lo largo de su vida. Su andadura la fue haciendo cada vez en la conciencia más honda de gratitud y de respeto.

Los últimos días de su vida, sus compañeros estuvieron todos cerca de Francisco. Con todo, les asediaba la pregunta qué sería de la Orden y de ellos mismos cuando la gobernase sólo el hermano Elías y el partido de los innovadores. Uno de estos compañeros de Francisco se sinceró con él: “Padre, tú te irás, y la familia que te ha seguido va a quedar en esta tierra. Indica, si lo ves en la Orden, alguno en cuya confianza pueda descansar tu ánimo, a quien pueda imponerse con seguridad el peso de ministro general”. “Hijo, no veo ninguno capaz de ser caudillo de ejército tan diverso —respondió Francisco, entrecortando sus palabras con suspiros—, pastor de grey tan numerosa. Pero quiero haceros su retrato, esto es, como dice el adagio, modelaros el tipo, en el cual se vean las cualidades que ha de tener el padre de esta familia...”¹.

Ya Francisco no pudo asistir al capítulo de 1226. Remedió, en cierto sentido su ausencia física, dirigiendo una larga *Carta al capítulo o a toda la Orden* que, según Hubertino de Casale, habría escrito ya “al final de su vida”². Las preocupaciones y los temas de esta carta son muy semejantes a los del Testamento: insiste de manera especial en el culto al Cuerpo del Señor, en el rezo digno del oficio divino por parte de los clérigos. Y para liberar de la rutina y de la tibie-

¹ 2 CELANO 184.185.186.

² *El árbol de la vida* (Arbor vitae) V, 7 (Hacia 1305); cf BAC, o.c., 63-68.

za a los hermanos exhorta a no celebrar diariamente más que una Eucaristía en cada Fraternidad, siendo esto, además, defensa contra la posible tentación de avaricia. Al final sale a la superficie la conciencia exquisita, transparente y sencilla de Francisco, pidiendo perdón de sus pecados a Dios, a María la Virgen, a los santos, y “al hermano ministro general de nuestra Orden, como a mi venerable señor, y a los sacerdotes de nuestra Orden y a todos los otros mis hermanos benditos. En muchas cosas he caído por mi grave culpa, especialmente porque no guardé la Regla que prometí al Señor, ni dije el oficio según manda la Regla o por negligencia o por mi enfermedad, o porque soy ignorante e indocto”. La carta se cierra con una exhortación: “Yo, el hermano Francisco, hombre inútil y criatura indigna del Señor Dios, por el Señor Jesucristo... les suplico que lo que está escrito aquí lo guarden solícitamente y lo hagan observar con mayor diligencia, según el beneplácito de Dios omnipotente, ahora y siempre, mientras exista este mundo”³.

En Siena, Francisco ya mandó escribir por medio del hermano Benito de Piratro su alianza como última voluntad⁴.

Con el pasar del tiempo, Francisco fue viendo con tanta clarividencia, sobre todo en los últimos años y días, que todo su afán era el seguimiento casi literal de Cristo.

Estando en la Porciúncula, fue cuando él se decidió a dictar su Testamento. Eran los últimos días de su vida. Ante la inminencia de la muerte, entrega su última exhortación, amonestación y voluntad.

A los hermanos debía bastarles la Regla: “Los hermanos tienen su Regla; incluso se comprometieron a ella... Por eso, desde que los hermanos saben lo que han de hacer y han de evitar, no me queda sino predicarles con el ejemplo, ya que para esto les he sido dado durante mi vida y después de mi muerte”⁵. A partir de lo manifestado en Siena, fue madurando hasta el punto que llegó a cristalizarse en una forma más concreta. Ya Francisco no era el jefe de la Fraternidad, en sentido jurídico. “Por conservar la virtud de la santa humildad, a pocos años de su conversión, renunció al oficio de

superior de la Orden en un capítulo delante de los hermanos... Y ya, hasta su muerte, permaneció súbdito, portándose con mayor humildad que ningún otro”⁶.

Francisco tenía conciencia de su responsabilidad y de su ministerio frente a los hermanos. “Mi cargo es espiritual: estar sobre los hermanos para contener los vicios y corregirlos. Y, si no puedo reprimirlos y enmendarlos con mis exhortaciones y mi ejemplo, no quiero convertirme en verdugo que castigue y flagele, como hacen los poderosos de este mundo... Hasta el día de mi muerte no cesaré de enseñar con mi ejemplo y mi vida cómo han de marchar los hermanos por el camino que el Señor me mostró, y que yo les mostré y les enseñé a fin de que no hallen excusa delante del Señor, ni yo tenga que rendir cuentas más tarde ante Dios ni de ellos ni de mí mismo”⁷. Esta preocupación suya lo testimonian sus cartas a los custodios, a la Orden (Capítulo), a todos los clérigos (de la Orden) y sobre todo el Testamento.

Francisco era de temperamento muy poeta. Se sentía, como un niño, sorprendido y asustado ante el movimiento que ha desencadenado, como asimismo por su evolución vital, que él ya no puede controlar ni dirigir, porque no posee las cualidades necesarias de jefe y organizador de algo que le desborda. De esto empezó a darse cuenta enseguida: “... Y porque no puedo tener el debido cuidado de la Fraternidad... por las enfermedades que Tú, dulcísimo Señor, conoces...”⁸.

Quizá resida aquí la tragedia de Francisco: el proyecto de vida evangélica, tan hondamente enraizado en él, con dificultad podía ser trasplantado a otros, con toda su radicalidad y pureza, hasta el punto que llegase a convertirse, con ese espíritu tan personal suyo, en el patrimonio y el principio vital de una Orden de proporciones tan enormes, incluso ya viviendo él.

Es comprensible que él estuviese preocupado por el proyecto evangélico de vida en sus hermanos. Había quienes deseaban la fidelidad sin glosa llevada adelante en medio de las realidades de los hombres, como el hermano Antonio de

³ Carta a toda la Orden, BAC, o.c., 63-68.

⁴ Leyenda de Perusa 59.

⁵ Leyenda de Perusa 112.

⁶ 2 CELANO 143; cf 2 CELANO 151.

⁷ Leyenda de Perusa 106.

⁸ 2 CELANO 143.

Padua, y se daban, asimismo, quienes, como el hermano Elías y el partido de los progresistas y de los ministros, pretendían hacer de los hermanos menores un gran movimiento monástico, ascético, jerarquizado, poderoso y competitivo.

“Se daba cuenta de que muchos ambicionaban puestos de magisterio... Añadía que conviene que asuman la responsabilidad de las almas quienes en esto nada buscan para sí y están siempre y en todo pendientes de la divina voluntad..., quienes no anhelan el honor humano, sino la gloria ante Dios; quienes no aspiran a la prelatura, antes bien la temen; quienes, teniéndola, no se encumbran, más bien se humillan, y, privados de ella, no se abaten, sino se sienten honrados... Dolíase de que algunos hubiesen abandonado sus primeras obras y por nuevos descubrimientos hubiesen olvidado la primitiva simplicidad...”⁹.

Francisco se dolía de esa ambición del poder, de esa lucha por escalar y de entenderse desde las categorías del mundo, ajenas al Evangelio de Jesús, regla y vida de los hermanos menores. De esto se quejaba Francisco, siendo esto una denuncia: “Hay prelados que llevan a los hermanos por otros caminos, proponiéndoles ejemplos de antiguos (fundadores de Ordenes) y teniendo en poco mis consejos”¹⁰.

“Poco después, estando gravemente enfermo, por la fuerza del Espíritu se incorporó en el lecho y exclamó: ¿Quiénes son esos que arrebataron de mis manos mi Orden y mis hermanos? Si voy al capítulo general, yo les demostraré qué es lo que yo quiero”¹¹.

El Testamento¹² de Francisco se abre con una mirada retrospectiva. Francisco refiere con sencillez el proceso de su conversión hasta que llegó a abandonar el mundo que, en expresión suya, dice “salí del siglo”. Esta ruptura la ve Francisco de un modo intuitivo y plástico: se puso a cuidar leprosos, a pedir limosna, a reconstruir con sus manos iglesias derruidas. Todo este obrar y estar y vivir nuevos eran signo externo de su conversión, de su “salí del siglo”. Ponerse a la escucha del Evangelio le costó caro a Francisco: todo

lo dejó atrás, rompió con su vida profesional y se entregó a un género de vida del todo al margen de aquella sociedad. El optó por una forma de vida “fuera del siglo”¹³.

Después evoca su fe sencilla en las iglesias. Entraba en ellas y se ponía a rezar. Esta fe en las iglesias le pone en relación con la fe en los sacerdotes; ambas han sido don gratuito, inmerecido, del Señor.

Francisco cuenta cómo practicó esta fe, razonando su conducta: los sacerdotes son los ministros del sacramento de la Eucaristía. Por eso, Francisco hace una profesión de fe y de reverencia a este misterio. En el pensamiento de Francisco, la fe en la Eucaristía va siempre unida a la reverencia a la palabra escrita de Dios y a los nombres divinos. Muestra también su reverencia a los teólogos, que administran y comunican esta Palabra.

Seguidamente —en esta lectura breve que hacemos de su Testamento— reanuda el relato histórico. Francisco recuerda el comienzo de la Fraternidad, de la Regla, de su confirmación por el papa, del desarrollo de la misma Fraternidad, del vestido y del trabajo y ocupaciones de los primeros hermanos.

“Sometidos a todos”, escribe a propósito del trabajo. Y en la Regla: “Sean menores y estén sujetos a todos los que se hallan en la misma casa”¹⁴. La presencia de los hermanos ha de ser sin avasallar, sin competir, sin arrollar, sin escalar. Es el estilo de vida según el Evangelio. Francisco evoca aquellos tiempos primeros, yendo también “de puerta en puerta”. Y, sobre todo, deseándoles a los hombres la paz. Las casas, por otra parte, donde se alojen los hermanos no les han de hacer perder la memoria que son forasteros y peregrinos, es decir, sin tener derechos y sin quererlos. Si no se les recibe en un lugar, prosigan su camino, que ellos no están atados a ningún lugar.

Francisco prohíbe a sus hermanos acercarse a la curia romana por cartas de recomendación, de protección o de privilegios. Francisco hace profesión clara y firme de obediencia. Esta ha de ser, por otra parte, la actitud asimismo de los

⁹ 1 CELANO 104.

¹⁰ 2 CELANO 188; cf *Leyenda de Perusa* 18.

¹¹ *Espejo de perfección* 41.

¹² *Antología de textos franciscanos. Escritos de Francisco*.

¹³ W. GOETZ, *Die ursprünglichen Ideale des hl. Franz von Assisi*, en “Historische Vierteljahrschrift” 6 (1943) 132.

¹⁴ 1 Regla 7,1.

hermanos, sin olvidar que la suprema instancia de la Fraternidad jurídicamente es el cardenal de Ostia, el protector de la misma.

Francisco en el Testamento no ofreció otra Regla, sino una exhortación, una amonestación, su última intención, su memorial para que no se pierda jamás la memoria entre los hermanos de lo que constituye el proyecto evangélico, tal cual se expresa en la Regla.

Francisco ruega que se conserven sus escritos, que no se les añada nada, que no se corrijan y que se transmitan. Quienes así hagan sean benditos.

El Testamento de Francisco tiene un innegable carácter espontáneo y ocasional. Su importancia y su transcendencia reside en que recoge y transmite la última voluntad, el memorial de este “cristiano pobre” del Evangelio.

16. Bienvenida, mi hermana la muerte

En la ciudad de Arezzo tenía Francisco un amigo médico. Su nombre era Buongiovanni, o sea, Buen Juan. Por respeto al Evangelio, Francisco no lo llamaba nunca por este nombre, al decirse allí: “Ninguno es bueno, sino sólo Dios”. Tampoco le gustaba llamar a ninguno “padre” o “maestro”, ni lo escribía en las cartas, precisamente por la palabra del Señor, en el Evangelio: “Y a nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra, ni os llaméis maestros...”. De ahí que Francisco llamase a su amigo médico “hermano Juan”, Finiato o también Bembegnate, o sea, Bienvenido¹. Un día, al venir a verlo, Francisco le preguntó: “¿Qué te parece, Finiato, de mi mal de hidropesía?”. “Hermano, por la gracia de Dios, te irá bien”. “Dime la verdad —insistió Francisco—, ¿qué te parece? No te dé pena, pues, gracias a Dios, no soy un asustadizo, que tema a la muerte. Confortado con la gracia del Espíritu Santo, estoy tan unido con mi Señor, que estoy contento con morir como con vivir”. “Padre —le dijo abiertamente el médico—, según los conocimientos de nuestra ciencia médica, tu enfermedad no tiene cura, y creo que a fines del mes de septiembre o el 4 de octubre morirás”. Oyendo esto Francisco, que yacía en el lecho, extendió sus manos hacia arriba y con espontáneo gozo de alma y cuerpo, dijo: “*Bienvenida sea mi hermana la muerte*”².

Esta noticia le llenó de alegría espiritual. “Pues, si es voluntad de Dios que muera pronto, llama a los hermanos León y Ángel para que me canten a la hermana muerte”.

¹ DESBONNETS-VORREUX, o.c., 115. Nota 1.

² *Espejo de perfección* 122; *Leyenda de Perusa* 100.

En seguida que vinieron, “cantaron entre lágrimas el *Cántico del hermano sol* y de las demás criaturas del Señor, que Francisco había compuesto”. Al llegar a la última estrofa del mismo, añadió estos versos de la hermana muerte, diciendo:

“Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!
¡No probarán la muerte de la condenación!
¡Servidle con ternura y humilde corazón!
¡Agradece sus dones, cantad su creación!
¡Las criaturas todas, load a mi Señor!”³.

Francisco hacía que sus compañeros le cantaran “muchas veces al día las alabanzas del Señor; y lo mismo hacía de noche para consuelo y edificación de los seglares, que hacían vela en las afueras del palacio”. Esto, como sabemos, no le gustaba al hermano Elías, que no quería se rompiera la imagen de santo que las gentes tenían acerca de Francisco, al que pensaba levantar una gran basílica para honrar su memoria. Francisco, sin embargo, lo tranquilizó⁴.

A la hidropesía se le vino a añadir una pérdida de la fuerza corporal. “Carente ya de energías, no podía moverse en forma alguna. Fue entonces cuando un hermano le preguntó, si no prefería morir a manos de un verdugo que tolerar esta larga y continua enfermedad. Hijo mío —respondió Francisco—, para mí lo más querido, lo más dulce, lo más grato, ha sido siempre, y ahora lo es, que se haga en mí y de mí lo que sea más del agrado de Dios. Sólo deseo estar en todo de acuerdo con su voluntad y obedecerla. Pero el sufrir tan sólo tres días esta enfermedad me resulta más duro que cualquier martirio. Lo digo no en atención al premio, sino a las molestias que trae consigo”⁵.

Un día se pusieron alrededor de su lecho los hermanos. Sin ver nada, Francisco cruzó sus manos, colocando su derecha sobre el hermano Elías, y preguntó: “¿Sobre quién tengo mi mano derecha? ¿Sobre el hermano Elías?”. Al responderle afirmativamente, continuó: “A ti, hijo mío, te bendigo... Adiós, hijos míos, vivid en el temor de Dios y permaneced

siempre en El, porque vendrá sobre vosotros una terrible tentación y la tribulación está cerca. Dichosos los que perseveren en las obras que comenzamos... Yo me apresuro a ir al Señor, y confío llegar a mi Dios, a quien con devoción he servido en mi espíritu”⁶.

Francisco se alojaba entonces en el palacio del obispo de Asís. Por eso, él rogó a los hermanos que cuanto antes lo trasladaran a Santa María de la Porciúncula, pues deseaba entregar su espíritu a Dios allí “donde conoció claramente el camino de la verdad”⁷.

Colocaron a Francisco sobre unas parihuelas. Se puso en marcha el cortejo, saliendo por la puerta principal de la ciudad en dirección a la Porciúncula. En medio de olivares, almendros y silencio se encaminaron abajo hacia la llanura. A mitad de camino, al pasar enfrente del hospital de San Salvador de los Muros, llevado por los crucíferos, Francisco dijo a los que lo trasportaban que dejaran las parihuelas en el suelo. Francisco no veía nada, pero quiso que lo pusieran mirando hacia la ciudad. El corazón se le ensanchó recordando sus calles empinadas, sus fachadas, sus plazas, sus rincones, sus torres, sus flores y, sobre todo, sus gentes. Sus casas limpias, escalonadas, vivas de rosales, de geranios en los muros y en las terrazas chicas y hermosas. A la derecha, el *Colle dell'Inferno*, la colina del infierno, lugar de ejecución de los malvados y condenados a muerte. San Damián, a la izquierda, morada de la hermana Clara y las damas pobres. Arriba, el desnudo peñón de la Roca, coronada con las ruinas del torreón desmantelado. Detrás, en un fondo plomizo y verde, se alza el monte Subasio, y ya en su falda, en medio de cascadas y torrentes de agua, tantas veces oída, el eremitorio de Las Cárces. Y, en medio, la torre del ayuntamiento, apoyada en el templo de Minerva, que preside la plaza de Asís. Y la torre de la catedral, San Rufino, donde fue bautizado con el nombre de Juan Bautista.

Francisco se incorporó, dando la bendición a la ciudad. “Señor, creo que esta ciudad fue en tiempos antiguos mora-

⁶ 1 CELANO 108. Existe otro relato de este mismo hecho (cf 2 CELANO 216), en el que se silencia el nombre del hermano Elías, ya apóstata. Por otra parte, otras dos fuentes (*Espejo de perfección* 107 y *Florencillas* 6) refieren que Francisco a quien bendijo fue al hermano Bernardo.

⁷ 1 CELANO 108.

³ *Espejo de perfección* 123; *Leyenda de Perusa* 7; 1 CELANO 109.

⁴ *Espejo de perfección* 121; *Leyenda de Perusa* 99.

⁵ 1 CELANO 107.

da y refugio de hombres malos e injustos, mal vistos en todas estas provincias; pero veo que, por tu misericordia sobreabundante, cuando Tú has querido, le has manifestado las riquezas de tu amor, para que ella sea estancia y habitación de quienes te conozcan, den gloria a tu nombre y difundan en todo el pueblo cristiano el perfume de una vida pura, de una fe sólida y de una buena reputación. Te pido, por tanto, Señor Jesucristo, Padre de las misericordias, que no tengas en cuenta nuestra ingratitud, sino que recuerdes siempre la abundante misericordia que has mostrado en esta ciudad, para que ella sea siempre morada y estancia de quienes te conozcan y glorifiquen tu nombre bendito y glorioso en los siglos de los siglos. Amén”⁸.

En Santa María de los Angeles hicieron para Francisco una cabaña, al lado de la iglesita. Francisco amaba este lugar por encima de cualquier otro. “Mirad, hijos —dijo a sus hermanos—, no abandonéis nunca este lugar; si os echan por una parte, entrad por otra, pues lugar es, en verdad, santo y morada de Cristo y de María, su madre. Cuando éramos pocos, fue aquí donde el Altísimo nos hizo crecer en número; aquí, con la luz de su sabiduría, iluminó las almas de sus pobres; aquí encendió nuestros corazones en el fuego de su amor. Aquí, todo el que ore con devoto corazón, alcanzará lo que pide, y quien pecare contra este lugar, será más gravemente castigado. Por tanto, hijos míos, tened este lugar como dignísimo de toda reverencia y honor; como verdadera morada de Dios, amada con predilección por El y su Madre”⁹.

Mandó que lo colocaran sobre la desnuda tierra, despojado de la túnica de saco, ocultando con la mano izquierda la llaga del costado derecho, para que no se viera. Y dijo a sus hermanos: “*He concluido mi tarea; Cristo os enseñe la vuestra*”¹⁰. El guardián, sabedor del deseo de Francisco, le dijo: “Reconoce que, por mandato de santa obediencia, se te prestan esta túnica, los calzones y la capucha. Y para que veas que no tienes propiedad sobre estas prendas, te retiro todo poder de darlas a nadie”. Francisco dio señal de su gozo de

haber mantenido siempre la fidelidad a la dama pobreza. En la cabeza tenía una “gorra de saco para cubrir las cicatrices que le dejó la curación de los ojos”¹¹.

Estando así, “indicó a un hermano que se acercara y le encargó: Vete y di al hermano Bernardo que venga en seguida. Posó sus manos sobre la cabeza y le bendijo... El primer hermano que me dio el Señor fue el hermano Bernardo. Fue él quien primero comenzó y puso en práctica con toda diligencia la perfección del santo Evangelio, distribuyendo sus bienes entre los pobres. Por eso y por otras muchas prerrogativas estoy obligado a amarle más que a cualquier otro hermano de toda la Orden. Quiero, pues, y ordeno, en cuanto está en mi poder, que el ministro general, cualquiera que sea, le ame y honre como a mí mismo y que los ministros provinciales y los hermanos de toda la Orden lo miren como si de mí se tratara”¹².

Clara, “temerosa de morir antes que él, pues los dos estaban enfermos lloraba amargamente y no lograba consolarse, porque creía que no iba a ver más al bienaventurado Francisco, que era su único padre después de Dios, su confortador y maestro y el primero que la fundamentó en la gracia de Dios... Valiéndose de un hermano, se lo comunicó a Francisco... Para que se sobrepusiera a toda tristeza, iluminado éste por el Espíritu Santo, le habló así al hermano que ella le había mandado: ve y di a la señora Clara que abandone toda tristeza y dolor, porque no pueda verme por ahora; pero que sepa de cierto que, antes de morir ella, me verán ella y sus hermanas, y tendrán en esto gran consuelo”¹³. Es Clara misma en su Regla quien narra estos momentos: “Poco antes de su muerte, nos volvió a escribir su última voluntad diciendo: yo, el hermano Francisco, pequeñuelo, quiero seguir la vida y la pobreza de nuestro Altísimo Señor Jesucristo y de su santísima Madre y perseverar en ella hasta el fin; y os ruego, mis señoras, y os aconsejo que viváis siempre en esta santísima vida y pobreza. Y estad muy alerta para que de ninguna manera os apartéis jamás de ella por la enseñanza o consejo de quien sea”¹⁴.

⁸ *Espejo de perfección* 124; *Leyenda de Perusa* 5; cf 1 CELANO 108.109.

⁹ *Espejo de perfección* 83; 1 CELANO 106.

¹⁰ 2 CELANO 214.

¹¹ 2 CELANO 215.

¹² *Leyenda de Perusa* 12; *Espejo de perfección* 107; *Floreillas* 6.

¹³ *Espejo de perfección* 108; *Leyenda de Perusa* 13.

¹⁴ *Regla de santa Clara* 6.

Francisco se acordó también de su amiga romana, “hermano” Jacoba de Settesoli. “Sabéis —dijo a los hermanos— que la señora Jacoba de Settesoli ha sido y es muy devota y fiel a mí y a nuestra Orden. Creo que agradecería mucho y le serviría de gran consuelo que le comunicarais mi estado de salud, y en particular que le dierais el encargo de que me envíe paño religioso de color ceniza y también de aquel manjar que solía prepararme tantas veces en Roma”.

Cuando ya estaban buscando a un hermano que, como mensajero, llevase dicha carta, se oyó el ruido de unos jinetes: era el “hermano” Jacoba, acompañada de “dos hijos suyos, senadores, y numeroso acompañamiento de hombres a caballo”¹⁵.

Entra un compañero de Francisco y, sin poder contener la alegría, le dice: “Padre, una buena noticia...”. Antes que pudiese acabar, Francisco exclamó: “¡Bendito sea Dios, que a nuestro ‘hermano’ señora Jacoba le ha encaminado hacia nosotros! Abrid las puertas y haced pasar a la que está ya entrando, porque la disposición que prohíbe la entrada a las mujeres no reza con el ‘hermano’ Jacoba”. Y es que la clausura, aun siendo costumbre antiquísima en el monaquismo, no fue ley canónica eclesiástica hasta el papa Bonifacio VIII¹⁶.

Jacoba llegó provista de todo lo necesario para la mortaja: un paño ceniciento, un juego de cirios, una muselina que cubriese la cara y una almohadilla para la cabeza¹⁷. Cuando la señora Jacoba preparó aquel pastel que a Francisco le gustaba y que los romanos llaman “mostaccioli”, y se hace con almendras, azúcar o miel y otros ingredientes¹⁸, Francisco se acordó del hermano Bernardo, y dijo a sus compañeros: este pastel le gustaría al hermano Bernardo. Vete y di al hermano Bernardo que venga en seguida, insistió Francisco¹⁹. Pareciendo que Francisco estaba ya un poco repuesto, el “hermano” Jacoba quería despedir su séquito, quedándose con sus hijos y algunos más, pero Francisco la disuadió:

“No hagas eso, que yo me voy el sábado; tú volverás el domingo con todo tu séquito”²⁰.

Presintiendo Francisco que su muerte era ya inminente, “llamó a los dos hermanos e hijos suyos preferidos (Ángel y León) y les mandó que, espiritualmente gozosos, cantaran en voz alta las alabanzas del Señor por la muerte que se avecinaba o, más bien, por la vida que era tan inminente”. Se trata del *Cántico del hermano sol*, que Francisco hizo acabar con la estrofa: “Y por la hermana muerte: iloado, mi Señor!”²¹.

“La mañana del viernes, 2 de octubre, hizo llamar a todos los hermanos de aquel lugar. Cuando los tuvo sentados frente a él, posó su mirada sobre ellos, considerándolos representantes de todos los hermanos. Luego, comenzando por un hermano, bendijo sucesivamente a todos, poniendo su mano derecha sobre la cabeza de cada uno. Bendijo así a todos los que vivían entonces en la Orden, y a los que habían de vivir en ella hasta el fin del mundo”²².

Hizo todavía un gesto profundo y hermoso: compartir el pan, partido por sus hermanos, como signo de amor, de perdón y de reconciliación. “Luego mandó traer panes y los bendijo. Como, a causa de la enfermedad, no podía partírselos, hizo que un hermano los partiera en muchos trozos; y, tomando de ellos, entregó a cada uno de los hermanos su trozo, ordenándoles que lo comieran entero. Pues así como el Señor el Jueves Santo quiso cenar con los apóstoles antes de su muerte, del mismo modo quiso Francisco, antes de su muerte, bendecirlos a ellos, y en ellos, a todos los demás hermanos, y quiso también que comieran con todos los demás hermanos”. Y añaden sus compañeros, que son quienes narran esto: “Creemos que ésta fue su intención, pues, aunque ese día no era jueves, había dicho a los hermanos que creía que lo era”²³.

Los hermanos percibieron este gesto y su alcance. “Todo esto lo hizo en memoria de la cena del Señor y para poner de manifiesto el afecto de amor que profesaba a los herma-

¹⁵ *Espejo de perfección* 112; *Leyenda de Perusa* 8; *Tratado de los milagros* 37; *Consideraciones sobre las Llagas* 4.

¹⁶ M. BIGARONI, *Compillatio Assisiensis*, Porzioncola 1975, 19. Nota 14.

¹⁷ *Tratado de los milagros* 38.

¹⁸ *Leyenda de Perusa* 12; cf *Leyenda de Perusa* 8.

¹⁹ *Leyenda de Perusa* 12.

²⁰ *Tratado de los milagros* 38.

²¹ *Leyenda de Perusa* 100; cf 1 CELANO 109; 2 CELANO 217.

²² *Leyenda de Perusa* 22.

²³ *Espejo de perfección* 88.

nos”²⁴. Ya el día siguiente era sábado, el último de su vida en esta tierra. Francisco mandó le trajesen el código de los Evangelios y pidió que se le leyera el Evangelio de san Juan desde las palabras: “Seis días antes de la Pascua... sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre...”²⁵.

“Aun a la muerte misma, terrible y antipática para todos, exhortaba a la alabanza, y, saliendo con gozo a su encuentro, la invitaba a hospedarse en su casa: Bienvenida sea —decía— mi hermana muerte”²⁶. “Y con la fuerza que pudo, entonó aquel salmo: a voz en grito clamó al Señor, a voz en grito suplico al Señor”²⁷. Las hermanas alondras se llenaron de gozo y empezaron a revolotear sobre el tejado de la cabaña²⁸. El cuerpo de Francisco quedó resplandeciente²⁹, señal de su total transformación, transfigurado, habiendo entrado ya en el mundo de la resurrección.

Con la noticia de su muerte, fueron llegando las gentes, y la noche se fue poblando de silencio, roto sólo por el clamor de la oración y los salmos de los hermanos³⁰. Francisco murió al atardecer del sábado día 3 de octubre de 1226, siendo sepultado al día siguiente, domingo³¹. Al amanecer de ese día, los hombres y mujeres, que habían ido acudiendo, cortaron ramas de los árboles y con gran profusión de velas encendidas y, en procesión, trasladaron el cadáver a la ciudad de Asís entre himnos y cantos³².

Pasando por la iglesia de San Damián, “donde moraba enclaustrada, junto con otras vírgenes, aquella noble virgen Clara..., se detuvieron allí un poco de tiempo y les presentaron a aquellas vírgenes consagradas el sagrado cuerpo... para que lo vieran y lo besaran”³³. “Llegados por fin, radiantes de júbilo, a la ciudad, depositaron con toda reverencia el precioso tesoro que llevaban en la iglesia de San Jorge”³⁴.

²⁴ 2 CELANO 217.

²⁵ Jn 12,1 y 13,1; 1 CELANO 110.

²⁶ 2 CELANO 217.

²⁷ Salmo 141; 1 CELANO 109; 2 CELANO 217.

²⁸ *Leyenda Mayor* 14,6; 1 CELANO 109; 2 CELANO 217a.

²⁹ *Leyenda Mayor* 15,2; 1 CELANO 112.

³⁰ 1 CELANO 112; *Leyenda Mayor* 15,3.

³¹ *Leyenda Mayor* 15,6.

³² *Leyenda Mayor* 15,5; 2 CELANO 217a.

³³ *Leyenda Mayor* 15,5.

³⁴ *Ib.*

La actitud de Francisco de Asís a muchos hombres puede parecerles una provocación, ya que la experiencia de la muerte es limitación de la vida y del sentido de la realidad. Sin duda, integrar el trauma de la muerte en el contexto de la vida es símbolo de madurez humana y también de madurez religiosa. La muerte deja así de ser la última instancia de la vida. Hay que pagar un precio, sin embargo, para llegar a esta conciencia y espera de la inmortalidad: aceptar la mortalidad de la vida. Y Francisco fue aceptando, en un proceso, su muerte a lo largo de su vida. En la experiencia de vida humana que conocemos, raramente nos encontramos con esos hombres que han integrado de manera tal su muerte hasta el punto de recibirla con el saludo de “Bienvenida mi hermana la muerte”, muriendo cantando como Francisco.

Francisco superó el trauma de la muerte, transfigurándola en expresión suprema de libertad y, por ello mismo, de humanización. Francisco, que no fue romántico, no celebró su muerte de manera morbosa. Él la percibió de manera realista: “Ningún viviente escapa de su persecución”. Con todo, Francisco no le vuelve la espalda, sino que le abre la puerta, saludándola.

El secreto de tamaña actitud reside en que Francisco, por obra y gracia de la Gracia, fue aceptando la vida tal cual es, con su reclamo de eternidad, pero a la vez con su ineludible mortalidad. La vida es mortal. Esto quiere decir que la muerte se aloja ya en el comienzo mismo y en la hondura propia de la vida. Es ya al nacer cuando empezamos a morir, y es a lo largo de la vida cuando vamos muriendo, hasta que llegamos a morir del todo. Por ello que la muerte pertenezca a la vida. Y es que la estructura misma de la vida terrena, situada en el tiempo y en el espacio, se articula en un frágil equilibrio, que va desestructurándose poco a poco, hasta llegar a diluirse. Al querer Dios la vida mortal, el hombre que cree llega a acogerla como algo normal y querido por Él, de la misma manera que acoge el nacer y el despertar del sueño. La muerte así acogida no es un arrebató o raptó de la vida, sino de *este tipo de vida*, mundana y mortal, abierta, sin embargo a *otro tipo de vida*, eterna e inmortal, en Dios. El hombre va, por ello, andando un camino, dentro de la mortalidad de esta vida, hacia la vida eterna, creando dentro de

su trayectoria de libertad la forma personal y propia de esta vida eterna.

Es el pecado quien ha venido a dramatizar la aceptación de la muerte, como perteneciente a la vida y al misterio de la creación buena de Dios. Es el pecado quien introduce el embotamiento de la capacidad de comprensión, empañando así la vida con la muerte. La muerte es una tragedia, un desenlace fatal, cruel y detestable para aquellos que no es sino la negación total de la vida. Es una tremenda experiencia de ruptura, entonces, entre esta vida y la nada. Por eso surge el miedo y la desesperación frente a las primeras manifestaciones de la muerte. Es san Pablo quien afirma que la muerte ha entrado en el mundo con el pecado. De ahí deriva su cara de disgregación y de hostilidad, tal como es temida y experimentada la muerte por los hombres.

Francisco vivió el proyecto cristiano de conversión, es decir, de recuperación de su humanidad perdida. A él la muerte se le reveló en su carácter vital, dejando de ser enemiga de la vida y descubriéndosele como simple paso de *este tipo de vida al nuevo y definitivo modo de vida en Dios*, inmortal y pleno. Desde este manantial de la fe en la palabra de Dios, Francisco pudo aceptarlo todo venido de la mano de Dios. El supo integrarlo todo en una unidad vital, que le llevó a aceptar asimismo gustosamente en su propia vida la muerte, su compañera de viaje.

Por eso Francisco, al acoger la muerte dentro de la vida, aceptó y acogió las manifestaciones de la muerte, como son, por ejemplo, las limitaciones, la ignorancia, los achaques, la fragilidad corporal y espiritual, todas las enfermedades y todos los dolores.

Francisco no llevó con amargura la mortalidad, sino con jovialidad, como quien ha ido encontrándose con la verdad de su propia vida. Al verse frente a frente con el último paso de la vida a la muerte, él lo supo asumir también con alegría, al no sentir la vida, sin más, amenazada para siempre.

La muerte así acogida revela la grandeza espiritual y religiosa de Francisco. El muere saludando amablemente a la muerte que se le acerca, muere cantando. La alegría de Francisco mana de una fuente muy honda. Su vinculación a la vida, a la naturaleza y a toda la humanidad era tan radical

que consiguió llegar a la raíz que todo lo llena de vida imprecadera, y él se sumergió en esa Fuente de la que mana todo cuanto existe, respira y se mueve: Dios ³⁵.

Quien bebe como él de la Fuente de la vida, no puede ya morir, a pesar de que haya de pasar por la terrible noche de los sentidos y del espíritu. Ahí radica la jovialidad de Francisco ante la muerte.

La vida que ha tomado su agua de esta Fuente inagotable, no experimenta la muerte como una tragedia, sino como llegada al reino de la libertad, es decir, Dios presente, habiendo en medio de los justos, que han marchado tras Él, el corazón centrado y descansando ya en su tesoro inagotable. Francisco es testigo de la verdad de todo esto, sumamente consolador y hermoso.

Francisco canta el triunfo de la muerte, por eso se atreve a cantar un himno a la vida. No es un entusiasmo ingenuo lo que se nos da en este cántico, sino la profesión de fe de un hombre que ha recorrido todos los caminos y ha comprendido la amplitud de nuestro destino mortal en la vida. Francisco no cantó el mundo meramente de los sentidos, sino el mundo rebosante de gracia. Iluminado por el sol esplendente que es Jesús, Francisco ha vivido escuchando el latido inmenso y fraterno de todas las criaturas, alabando a quien es su respiro inacabable.

El papa Gregorio IX, su amigo Hugolino, vino a la ciudad de Asís el domingo 16 de julio de 1228, inscribiendo a Francisco en el catálogo de los santos, como testigo fiel de Cristo y su Evangelio ³⁶.

El día 25 de mayo de 1230, con la asistencia de los hermanos que se habían reunido en capítulo general, celebrado en Asís, fue trasladado aquel cuerpo bendito, que vivió consagrado al Señor, a la basílica construida en su honor por el hermano Elías ³⁷. Mausoleo de la dama pobreza ha sido llamada esta basílica, por otra parte, una de las obras maestras del arte italiano.

³⁵ He 17,27.

³⁶ *Leyenda Mayor* 15,7.

³⁷ *Leyenda Mayor* 15,8.

17. Creer y vivir según el Evangelio

Francisco origina admiración tanto en creyentes como en no creyentes. Su transparencia, su luminosidad, su ingenuidad se imponen como una seducción, como una atracción, una nostalgia, una provocación incluso.

Su ternura y su libertad hicieron que él viviera y se moviera entre los hombres y las cosas por encima de la mediocridad y mezquindad que ata a la mayoría de los hombres, y, al mismo tiempo, es precisamente eso lo que incita en ellos lo mejor de ellos mismos: su deseo de no dominar, de acoger, de reconciliarse, de servir en desconcertante gratuidad.

Su fermento, su poder de creación, de afirmación nueva, positiva de los valores del Evangelio eran los signos de que un retoño estaba brotando en medio de tanto envejecimiento y cansancio, trayendo así el futuro.

Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco...

Ya para sus contemporáneos, Francisco resultaba, a la vez, una preocupación y un misterio. A él y a sus primeros hermanos les tuvieron por locos: y es que su estilo de vida era del todo distinto, casi de manera absurda, al de los hombres de aquel tiempo. Así hemos de aceptarlos porque así fueron realmente. La fuerza de su atracción reside en que en ellos se manifestó la frescura de un amor insólito, la explosión de una vida incomparable y sugestiva, que hundía sus raíces en el Evangelio de Jesús.

Si queremos tomar contacto con la vida de este cristiano evangélico e incómodo que es Francisco de Asís, hemos de

dejarnos introducir en esta atmósfera de gestos, palabras y exigencias que proceden de él.

Para muchos, Francisco es un poeta, un niño, un hermano de los hombres y de las criaturas... Con todo, hacer inofensivo y cómodo a Francisco y su proyecto y aventura evangélicos es falsearlos.

Quienes pretenden presentar y, sobre todo, vivir el seguimiento de Cristo en perfecta conformidad con las exigencias del mundo y de la historia de los hombres están robando la locura y el escándalo que permanentemente crean hombres como Francisco.

Su testimonio inquietante consiste en recordar esta locura y escándalo del Evangelio: estimarlo todo como nada en relación a lo único necesario, el reino de Dios y su justicia, manifestada en Jesús, el Cristo (Flp 3,7-9), renunciar a la fuerza, al dominio y a la violencia, abrazar la pobreza, reconociendo la amenaza de perdición que es la riqueza, sin odiar al enemigo, sino amándolo como a uno mismo...

Pedro Bernardone era el padre de Francisco. Su oficio era el de comerciante de telas. Su madre se llamaba Pica y era de origen provenzal. Aunque bautizado con el nombre de Juan, después le dieron el sobrenombre de "Francesco" (francesito). Amaba la música, las canciones de los trovadores y las diversiones. Todo cuanto caía en sus manos lo derrochaba en fiestas. Era espléndido. Anduvo el camino de la vanidad, hasta el punto que sus compañeros nombraron al joven Francisco "rey de la juventud" de Asís¹. Su afán de exhibición le llevaba a hacerse coser frívolamente en sus vestidos, piezas caras y baratas².

La violencia y el desgarramiento enfrentan a los hombres de este tiempo: campesinos y burgueses, pueblo llano ("minores") y pueblo alto ("maiores"), financieros y caballeros arruinados, iletrados y doctores universitarios, señores de una ciudad y señores de otra, el rey de Francia y el rey de Inglaterra, el Papa y el Emperador, cristianos y musulmanes (cruzadas)... Hay una plena evolución en las estructuras sociales, debida al desarrollo del comercio, la circulación, la

urbanización, el saber, las técnicas... de manera que van surgiendo comunidades horizontales de burgueses, artesanos, universitarios, cuya creatividad y espíritu de gremio va poniendo en jaque la autoridad y sociedad feudal, de estructura vertical, convertida en opresiva.

Francisco, hijo de la burguesía, está enloquecido en la búsqueda de la gloria: ser caballero. A los veinte años, se alista a la lucha: Asís está en guerra con la vecina ciudad de Perusa. Prisionero pasará un año en la cárcel³.

El está metido de lleno en este mundo de conflicto, de cambio, de ascenso social, de libertad y democracia burguesas, y esto en espíritu y en acción. Ocurrirá, con todo, de manera gradual, que el encuentro con el Evangelio producirá tal viraje en su existencia que se situará más bien al margen de esta sociedad.

Avido de gloria, soñaba su casa toda repleta de armas militares: escudos, lanzas... La ocasión se le presentó, otra vez, de ir a luchar al sur de Italia, la Pulla. De camino, durante la noche, en Spoleto, una voz le acosó: "*¿Quién puede favorecer más, el siervo o el señor?*"⁴. "*El señor*", respondió Francisco⁴. Es el primer paso en el camino de conversión.

La campaña de Asís estaba frecuentada por leprosos. Francisco huía de ellos, vomitaba, se tapaba la nariz... Un día, sin saber cómo, se acercará a un leproso, lo tocará con sus manos, lo besará, lo abrazará enternecidamente... Este fue el segundo momento determinante en su conversión, tanto que así escribirá en su Testamento: "*Como estaba en pecado, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos y practiqué con ellos misericordia. Y, al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me tornó en dulzura de alma y cuerpo; y, después de esto, permanecí un poco de tiempo y salí del siglo*"⁵.

Otro día, rezando ante el Crucificado, en una capilla ruinosa, se le hablará al corazón: "*Francisco, ¿no ves que mi casa se derrumba? Anda, pues, y repárala*"⁶. Y se hará albañil,

³ 2 CELANO 4; *Tres compañeros* 4.

⁴ 1 CELANO 5; *Tres compañeros* 5.6; cf. JOHAN HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media*, Alianza Ed., Madrid 1981, 93-106.

⁵ *Testamento* 2.3; 2 CELANO 9.

⁶ *Tres compañeros* 13.14; 2 CELANO 10.11.

¹ 2 CELANO 7.

² 1 CELANO 2; *Tres compañeros* 2.

reconstruyendo con sus manos varias capillas de los alrededores de Asís. Ya no buscará la gloria, el ascenso social, ser armado caballero, destruir ciudades, sino reparar la Iglesia de Cristo en ruinas.

Como a Jesús de Nazaret, del que su familia creía “no estar en sus cabales” (Mc 3,21), así a Francisco su padre quiere hacerlo “entrar en razones” azotándolo y encerrándolo en un calabozo. Al no conseguirlo, exige que su hijo le devuelva el dinero, en parte derrochado. *Francisco*, ante el obispo de Asís, *se despoja por entero* y confiesa: “Oídmeme: hasta ahora he llamado padre mío a Pedro Bernardone; pero como tengo propósito de consagrarme al servicio de Dios, le devuelvo el dinero por el que está tan enojado y todos los vestidos que de sus haberes tengo; y quiero desde ahora decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, y no padre Pedro Bernardone”⁷.

Fueron éstos los momentos determinantes de su conversión al Evangelio de Jesús.

Francisco llevaba consigo no sólo sus propias preguntas y búsquedas, sino también las de su tiempo y época. Escuchando el Evangelio en la capilla de Santa María de los Angeles, que él restauró con sus manos, el día 24 de febrero de 1208, en el marco de una celebración: “... os mando como corderos entre lobos... Curad enfermos, y decid: Está cerca de vosotros el reinado de Dios ...De balde lo recibisteis, dadlo de balde. No os procuréis oro, plata ni calderilla para llevarlo en la faja...” (Mt 10: Discurso de la misión. Cf Lc 10), Francisco exclama: “*Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica*”⁸. Con los dos primeros compañeros, Bernardo de Quintaval y Pedro, hará oración, se arrodillará y rezará humildemente: “Señor Dios, Padre glorioso, te rogamos que, por tu clemencia, nos manifiestes lo que hemos de hacer”. El sacerdote les abrirá el libro del Evangelio, “pues ellos no sabían todavía manejarlo debidamente”⁹.

Es por medio de la Iglesia y en un marco dialógico y personal de oración como Francisco se encontrará cara a cara

con el Dios vivo y sus caminos. Dios no es un problema que hay que resolver, sino un misterio que hay que descubrir. Como a Moisés, El pide a cada hombre que se descalce, o sea que renuncie a todas sus seguridades, protecciones e ideas sobre El: “No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada” (Ex 3,5). Dios es siempre sorprendente, y se revela a los hombres en un diálogo de disponibilidad, consentimiento, pobreza y adoración. El no es nunca un país conquistado, sino una tierra santa que se ha de pisar con los pies descalzos y las manos caídas.

Por esta puerta abierta hacia el Evangelio del Dios vivo penetraron Francisco y, tras él, otros, que sólo estaban esperando la presencia de una señal que les pusiese en camino: el rico Señor de Asís, Bernardo de Quintaval, el campesino Juan el Simple, el sacerdote Silvestre... la noble joven Clara de Offreducci, su hermana Inés, y sus compañeras Pacífica, Bienvenida... Luquesio y su mujer Buona Donna... y todos los habitantes de una aldea, Cannara¹⁰, que un día escucharán la Palabra evangélica de conversión de Francisco.

En comunidad y en celibato evangélico o en comunidad matrimonial seglar, bajo el impulso de Francisco (1182-1226), se fue desarrollando una vasta corriente evangélica, que empezó a conmover la Iglesia de Cristo y el mundo a partir del siglo XIII. Serán las tres Ordenes: los Hermanos Menores (1209), las Damas Pobres (Clarisas) (1212) y los Hermanos de Penitencia (Orden Franciscana Seglar) (1221). Era no sólo él sino toda su época la que aquella mañana, escuchando el Evangelio de las “instrucciones de la misión”, recibía de corazón aquella Palabra de vida, que le ponía en marcha y le hacía exclamar sorprendido: “*Esto es lo que ansío cumplir con todas mis fuerzas*”¹¹.

El Evangelio radical

Francisco es un apasionado, con seriedad extrema, ingenua incluso, por el Evangelio que, para él, no es, ante todo, ni los textos, ni una moral, por muy sublime y altruista que

⁷ *Tres compañeros* 19.20; 1 CELANO 15; 2 CELANO 12.

⁸ 1 CELANO 22; *Leyenda Mayor* 3,1; *Tres compañeros* 25a.

⁹ *Anónimo de Perugia* 10.11; *Tres compañeros* 28.29.

¹⁰ *Florencillas* 16.

¹¹ *Tres compañeros* 25.

sea, sino un rostro, el de Jesús resucitado, revelador de Dios ¹².

El Evangelio es siempre escuchado y vivido —como obediencia— en una situación histórica concreta y a partir de ella. Francisco lo descubre a partir de lo que él es en su misma carne: miembro de la burguesía, volcado cordialmente en sus luchas, soñando con el prestigio social... Es un hombre, en verdad, de su tiempo, pero preocupado, ante todo, por vivir radicalmente la aventura desconcertante a la que le empuja el Evangelio. Esta aventura espiritual la empieza hacia la edad de veinticinco años.

Tanto su vocación como su misión se inciben en el mundo de experiencia de los profetas de Dios: como Jeremías ha sido seducido por él: “*Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste, me violaste*” (Jer 20,7a); como Amós ha sido agarrado para ser su testigo y su vasallo: “*El Señor me agarró*” (Am 7,15a); como Saulo de Tarso, Cristo se ha apoderado de El y le ha puesto en su camino: “*Cristo Jesús se apoderó de mí*” (Flp 3,12c).

Tanto es así que Francisco mismo califica de *revelación* el vivir según el Evangelio, junto con sus hermanos: “*Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio*. Y yo lo hice escribir en pocas palabras y sencillamente y el señor Papa me lo confirmó” ¹³.

Los escritos de Francisco testifican el primado absoluto ¹⁴ de la Sagrada Escritura, sobre todo del Evangelio, en su vida y proyecto.

Leer la Biblia de manera fundamentalista, de forma no espiritual e impersonal, con la conciencia que es un patrimonio del que podemos disponer, recurriendo a él para adueñarnoslo a nuestro antojo, es una experiencia de muerte. Francisco alerta, escribiendo que la relación con la Sagrada Escritura ha de ser siempre de naturaleza espiritual. Es la

Palabra quien dispone de nosotros: desde ahí es *espíritu y vida* (Jn 6,63): “Dice el apóstol: la letra mata, pero el espíritu vivifica (2 Cor 3,6). Son matados por la letra los que únicamente desean saber las solas palabras, para ser tenidos por más sabios entre los otros y poder adquirir grandes riquezas que legar a sus consanguíneos y amigos. También son matados por la letra los religiosos que no quieren seguir el espíritu de las divinas letras, sino prefieren saber sólo las palabras e interpretarlas para otros...” ¹⁵.

Sus primeros biógrafos refieren que Francisco buscaba en la *Sagrada Escritura la norma única de su vida*, y esto, sobre todo, en las situaciones de duda ¹⁶.

Casi la mitad de sus escritos lo ocupan textos bíblicos ¹⁷. Francisco amaba leer el Evangelio de la liturgia del día, incluso cuando no podía participar en la celebración de la Eucaristía ¹⁸.

En el origen de la aventura espiritual de Francisco no se da ni la preocupación social, ni el deseo de reformar la Iglesia, ni la voluntad de oponerse a los movimientos heréticos (valdenses, albigenses, humillados), sino la respuesta cordial de conversión al Dios vivo. Este radicalismo de la fe es lo que anima todo lo demás, al estar en el corazón de su vida y proyecto evangélicos. Es Jesús y su Evangelio quienes introducen al hombre en este misterio inefable y sobrecogedor, de ahí la importancia de la *soledad*, del *silencio* y el lugar que ha de ocupar la *oración en la vida* de sus hermanos: “... después que hemos abandonado el mundo, ninguna otra cosa hemos de hacer sino seguir la voluntad del Señor y agradarle... Y guardémonos mucho de la malicia y astucia de Satanás que quiere que el hombre no tenga su mente y su corazón vueltos a Dios. Por eso, todos los hermanos estemos muy vigilantes, no sea que, so pretexto de alguna merced, o quehacer, o favor, perdamos o apartemos del Señor nuestra mente y corazón. Antes bien, en la santa caridad que es Dios (cf 1 Jn 4,16), ruego a todos los hermanos, tanto a los ministros como

¹⁵ Aviso espiritual 7.

¹⁶ 1 CELANO 92; 2 CELANO 15; *Leyenda Mayor* 3,3-4; *Tres compañeros* 28-29; 1 CELANO 110; 2 CELANO 105.

¹⁷ H. BÖHMER, *Analekten zur Geschichte des Franziskus von Assisi*, S. Francisci Opuscula. Tübingen 1904.

¹⁸ Nota manuscrita en el breviario de San Francisco, BAC, o.c., 974.

¹² TH. MATURA, *El proyecto evangélico de Francisco de Asís hoy*, Paulinas, Madrid 1978, 27.

¹³ *Testamento* 14.15.

¹⁴ P. WILLIBRORD, *Le message spirituel de Saint François d'Assise dans ses écrits*, Blois 1960, 281-283.

a los otros, que, removido todo impedimento y pospuesta toda preocupación y solicitud, como mejor puedan, sirvan, amen, honren y adoren al Señor Dios, y háganlo con limpio corazón y mente pura, que es lo que El busca por encima de todo... Y adorémosle con puro corazón, porque es preciso orar siempre y no desfallecer”¹⁹.

Esto es para él y sus hermanos una llamada y una pregunta, ya que la experiencia nos lleva a constatar que es más fácil vivir en y para lo inmediato, lo banal y superficial que tener el corazón abierto, desligado y libre para dejar lugar al encuentro con el misterio de Dios: “Hagamos siempre habitación y morada a Aquel que es el Señor Dios omnipotente”²⁰.

Lo que impresiona, en primer lugar, en Francisco, es su radicalismo evangélico exterior; sosteniéndole, sin embargo, está su experiencia de Dios. Leyendo sus escritos uno se da cuenta que Francisco ha sido “agarrado”, “seducido”, “alcanzado” por El. Ni para él ni para ningún hombre creyente, a la manera de él, esto es un lenguaje vacío o meramente piadoso: una experiencia de vida, tan transparente, desconcertante, radical e incómoda brota y se dirige al Dios, que se reveló y manifestó en Jesús, el Cristo. El viraje en la vida de Francisco, sus gestos, sus escritos y palabras, su atracción y, a la vez, su provocación manan en verdad de Aquel al que “ha oído y ha visto, ha contemplado con sus ojos y ha tocado con sus manos” (1 Jn 1,1). Sólo desde El y desde ahí Francisco es su testigo.

Esta experiencia de fe radical no fue para él ni es para nadie fácil. La preocupación que muestra Francisco por la necesidad de mantenerse libre, vigilante, transparente, está basada en que en él y en los demás veía cómo la superficialidad, la evasión, la desviación, la apariencia y la huida alejan ciertamente al hombre de la búsqueda de la profundidad donde Dios se da a conocer y se revela. Si la raíz de la fe está debilitada, corroída o medio muerta, nada puede mantenerse en la vida de los creyentes. Pobre, poeta, marginado, desclausurado, no violento..., se dice de Francisco. Sin embargo, la palabra decisiva que él dirige continuamente a los hombres

es la pregunta sobre la fe y sobre la experiencia de encuentro con el Dios vivo, que se acerca y se adentra por medio de Jesús, el Cristo.

En los Evangelios sinópticos se da un cierto número de palabras de Jesús que ofrecen al creyente exigencias extremas, totales... Son *las palabras radicales*, que obligan a romper, a retractarse, a reorientarse y volcarse desde la raíz y el núcleo mismo de su ser. Ellas han sido tenidas siempre como el escándalo, la locura y el peligro por los *sabios y entendidos de este mundo*. Y es que el Evangelio de Jesús es ciertamente siempre una sinrazón a las razones y pretensiones de los hombres *sabios* de este mundo. Esto es lo que advierte el Nuevo Testamento tanto por boca de Jesús (Mt 11,25-30) como por boca de Pablo (1 Cor 1,20b.21).

Los escritos de Francisco, sobre todo las dos *Reglas*, que son la forma de vida según el Evangelio²¹, están poblados de estas *palabras evangélicas radicales*, que testifican la voluntad de conversión y la práctica del seguimiento.

Vivir según el Evangelio

La búsqueda de Dios la hizo Francisco junto con *los hermanos que El le dio*²². Ni él ni sus primeros hermanos eran personas con formación escolar o académica: “*Eramos indocitos/idiotas y estábamos sometidos a todos*”²³. De él mismo afirma: “*Porque soy ignorante e idiota/indocto*”²⁴. Idiota o ignorante no hemos de entenderlo en nuestro sentido moderno. Francisco era hijo de la burguesía, de familia adinerada. Hablaba²⁵, cantaba²⁶ y predicaba²⁷ en francés, en ocasiones. El no frecuentó ninguna escuela superior, ni monástica ni laica. Con todo, su cultura, diríamos hoy, fue de tipo medio. El no fue un anti-intelectual, es decir, no rechazó propiamente la ciencia en sí, sino una forma determinada de cultivarla. El se

¹⁹ 1 Regla 22.23; 2 Regla 5.10; 2.ª Carta a todos los fieles 19.

²⁰ 1 Regla 22.

²¹ Testamento 14; 1 Regla 1; 2 Regla 1.

²² Testamento 14; cf E. GRAU, *Die ersten Brüder des hl. Franziskus*, en “*Fransiskanische Studien*” 40 (1958) 132-144.

²³ Testamento 19; cf K. ESSER, *La Orden Franciscana. Orígenes e ideales*, Aránzazu 1976, 70.

²⁴ Carta a toda la Orden 39.

²⁵ 2 CELANO 13; *Tres compañeros* 23.

²⁶ *Tres compañeros* 33; *Anónimo de Perusa* 15; *Espejo de perfección* 93.

²⁷ *Tres compañeros* 24.

encuentra en la senda de la tradición de la “sancta simplicitas”, ajena a toda forma de curiosidad²⁸.

Su postura ante la ciencia y la sabiduría es manifiestamente bíblica: siente gran desconfianza hacia la sabiduría humana y hacia toda aquella teología que no sea capaz de alimentar el espíritu de devoción a la vez que una honda veneración hacia la sabiduría divina. Francisco reconoce el ministerio de los biblistas teólogos: él mismo pide ayuda al hermano Cesáreo de Spira, experto en Sagrada Escritura, en la selección de textos a insertar en la Regla²⁹. El ordena se tenga sumo respeto y reverencia a los teólogos: “A todos los teólogos y a los que nos administran las santísimas palabras, debemos honrar y tener en veneración, como a quienes nos administran espíritu y vida (cf Jn 6,64)”³⁰.

Francisco no está en disposición de competencia humana frente a los problemas bíblicos y teológicos al ser *iletrado*; sin embargo, él sí que penetra hasta la médula de la palabra de Dios, cosa que no pueden dar ni la ciencia ni la cultura de este mundo. Francisco busca el contacto directo con el Evangelio, sin complicarlo ni deformarlo, ya que se le revela como una instancia, como una llamada y una provocación a la que hay que responder. Sólo a los limpios de corazón se da a conocer Dios (Mt 5,8).

Tampoco sus hermanos han de aspirar a sobresalir en el plano meramente científico, sino que “por encima de todo deben anhelar: tener el espíritu del Señor y su santa operación, orar continuamente al Señor con un corazón puro, y tener humildad y paciencia en la persecución y en la enfermedad, y amar a los que nos persiguen y reprenden y acusan”³¹.

La primacía la tiene la interpretación existencial de la Sagrada Escritura, ya que sólo se entiende el Evangelio cuando se lo pone en práctica. El presupuesto necesario, por otra parte, para una labor científica es la oración y la entrega humilde al Dios vivo: “Al hermano Antonio (de Padua), mi

obispo, el hermano Francisco: salud. Me agrada que enseñes la sagrada teología a los hermanos, a condición de que, por razón de este estudio, no apagues el espíritu de la oración y devoción, como se contiene en la Regla”³².

Se acostumbraba en aquel entonces explicar la Biblia colocando en los márgenes o entre líneas las aclaraciones pertinentes. A esto se le llamaba *glosa*. En el correr del tiempo, con todo, ésta creció tanto que llegó a convertirse en verdaderos comentarios a la Sagrada Escritura, con su dinámica propia. *Esta glosa impedía, en verdad, ver el bosque*, o sea, fue velando cada vez más el sentido originario, desconcertante y fresco de la palabra de Dios, hasta el punto que lo marginaron bajo un cúmulo de reflexiones teóricas.

Ante este peligro de “secuestro” de la Palabra por parte de los sabios de este mundo, Francisco ordenará, a propósito de su Testamento y de la Regla: “Y a todos mis hermanos, clérigos y laicos, mando firmemente, por obediencia, *que no introduzcan glosas* en la Regla ni en estas palabras, diciendo: esto quieren dar a entender; sino que así como me dio el Señor decir y escribir sencilla y puramente la Regla y estas palabras, del mismo modo las entendáis *sencillamente y sin glosa*, y las guardéis con obras santas hasta el fin”³³. Esta postura de Francisco será una “palabra de orden, que tendrá como blanco las glosas dialécticas, las escapatorias, las sutilezas casuísticas minimizantes”³⁴, que tienen como pretensión reducir el desconcierto salvador de la Palabra de Dios, so capa de “adaptar” el Dios inaferrable a los proyectos y perspectivas moderadas de los hombres.

A Francisco es revelado un nuevo estilo de existencia, que se convertirá en un fermento que surge de la raíz del Evangelio. Su evangelismo recuerda la Palabra liberadora de Dios que sigue resonando, como gracia, en Jesús, el Cristo, por encima de las sospechas, miedos y desconfianzas de los hombres.

De la frescura evangélica de Francisco en la Iglesia y sociedad de su tiempo nos informan algunos testigos no

²⁸ J. LECLERCQ, *L'amour des lettres et le désir de Dieu. Initiation aux auteurs monastiques du Moyen Age*, París 1957, 194.

²⁹ JORDAN DE GIANO, *Crónica* 15. Traducción francesa en *Sur les routes d'Europe au XIII siècle*, París 1959, 34.

³⁰ Testamento 12.13; Carta a toda la Orden 34-37.

³¹ 2 Regla 10,8-9.

³² Carta a san Antonio; 2 Regla 5,2; Aviso espiritual 7.

³³ Testamento 38.39.

³⁴ H. DE LUBAC, *Exégèse médiévale. Seconde partie. II*. Aubier. París 1964, 263-264.

franciscanos del mismo siglo XIII. Jacobo de Vitry, obispo y cardenal, lo llama “*varón sencillo e iletrado*”³⁵. Tomás de Spalato, estudiante en Bolonia, que lo vio y oyó predicar en la plaza de la ciudad el día de la Asunción de la Madre de Dios el año 1222, escribe: “Muchas personas cultas que estaban presentes quedaron muy admiradas del sermón que predicaba *un hombre iletrado*”³⁶. Y su biógrafo, Tomás de Celano, refiere que los sabios y científicos, que se habían formado en París, “veneran, admiran y honran humilde y devotamente a Francisco, *idiota y amigo de la verdadera simplicidad y de toda sinceridad*”³⁷.

La vida según el Evangelio que le fue revelada a él y a sus hermanos implica estos aspectos:

a) *El rechazo de todo poder*. Francisco y sus hermanos son hombres con las manos vacías, desarmados, sin voluntad de imponerse sino de servir humildemente: “Ninguno de los hermanos tenga potestad o dominio, y menos entre ellos”³⁸. Todos los hermanos tienen la misma dignidad, los mismos deberes y los mismos derechos. Esto excluye la existencia de clases. Todos se llaman y son *hermanos menores*: “Y nadie sea llamado prior, mas todos sin excepción llámense hermanos menores. *Y lávense los pies el uno al otro* (cf Jn 13,14)”³⁹.

Han de vivir un amor mutuo concreto: alegrándose cuando se vuelven a ver, abriéndose unos a otros en sus necesidades, procurándose mutuamente lo necesario: “Y donde quiera que estén y se encuentren unos con otros los hermanos, condúzcanse mutuamente con familiaridad entre sí. Y exponga confiadamente el uno al otro su necesidad... Y si alguno de los hermanos cae enfermo, los otros hermanos le deben servir como quisieran ellos ser servidos (cf Mt 7,12)”⁴⁰.

Llevados del espíritu del Evangelio han de *servirse y obedecerse unos a otros*: sin hablar mal, sin hacerse mal, aceptando a cada uno en su libertad, respetándose dentro del compromiso común: “Y ningún hermano haga mal o hable mal a

otro; sino, más bien, por la caridad del espíritu, sírvanse y obedézcanse unos a otros de buen grado (cf Gál 5,13). *Y ésta es la verdadera y santa obediencia de nuestro Señor Jesucristo*”⁴¹.

Quienes tienen responsabilidad sobre los hermanos son llamados *ministro, servidor, custodio, guardián*. Su autoridad es un humilde servicio, que se ejerce visitando, alentando y corrigiendo a los hermanos, diseminados en Fraternidades, estando vigilantes frente a toda voluntad de poder y autoridad de dominación: “Visítenlos frecuentemente y amonéstelos y anímenlos espiritualmente... Y recuerden los ministros y siervos que dice el Señor: No vine a ser servido, sino a servir (Mt 20,28), y que les ha sido confiado el cuidado de las almas de los hermanos...”⁴². A ellos se les ha de obedecer: nos recuerdan y mandan lo que hemos prometido al Señor: vivir en conversión y seguimiento del Evangelio. Esto realizado en un espíritu de dulzura, benignidad y amor tales que “los ministros tengan para con los hermanos una familiaridad tan grande, que puedan los hermanos hablar y comportarse con los ministros como los señores con sus siervos; pues así debe ser, que los ministros sean siervos de todos los hermanos”⁴³. Mandar por parte de los ministros y obedecer por parte de los hermanos tiene un límite: el que corresponde a la conciencia y a la Regla: “Y no les manden algo que esté en contra de su alma y de nuestra Regla... les mando firmemente que obedezcan a sus ministros en todo lo que prometieron al Señor guardar y no está en contra del alma y de nuestra Regla”⁴⁴. Aun en el caso de que por fidelidad a la conciencia, según el Evangelio, se imponga la negativa a obedecer, no se ha de abandonar la Fraternidad, ya que vale más sufrir la persecución que separarse de los hermanos⁴⁵.

b) *Ir por el mundo en el espíritu de las bienaventuranzas*. Francisco y sus hermanos no son monjes: están entre los hombres. El rasgo original de la experiencia primitiva franciscana es que los hermanos ejercían la profesión o el oficio que tenían en los campos, en las leproserías, en los centros

³⁵ Testimonios extraños a la Orden y otros fragmentos, BAC, o.c. 967.

³⁶ BAC, o.c. 970.

³⁷ 1 CELANO 120.

³⁸ 1 Regla 5,9-12.

³⁹ 1 Regla 6,3.

⁴⁰ 2 Regla 6,7-9.

⁴¹ 1 Regla 5,13-15.

⁴² 1 Regla 4,5.6; 2 Regla 10.

⁴³ 2 Regla 10.

⁴⁴ 2 Regla 10.

⁴⁵ Aviso espiritual 3,7-9.

de servicio “social”: “Los hermanos, donde quiera que se encuentren *sirviendo o trabajando en casa de otros, no sean mayordomos ni cancilleres ni estén al frente en las casas en que sirven*; ni acepten ningún oficio que engendre escándalo o cause perjuicio a su alma (cf Mc 8,36), sino *sean menores* y estén sujetos a todos los que se hallan en la misma casa. Y los hermanos que saben trabajar, trabajen y ejerzan el oficio que conozcan, siempre que no sea contra la salud del alma y pueda realizarse decorosamente... *Y puedan tener las herramientas e instrumentos convenientes para sus oficios*”⁴⁶. El trabajo es el medio para poder subsistir. De ahí que la existencia de los hermanos sea la de los verdaderos pobres.

Francisco trabaja con sus manos y así desea lo hagan los demás hermanos, y los que no saben un oficio que lo aprendan: “Y yo trabajaba con mis manos, y quiero trabajar; y quiero firmemente que todos los otros hermanos trabajen en algún oficio compatible con la decencia. Los que no lo saben que lo aprendan, no por la codicia de recibir la paga del trabajo, sino por el ejemplo y para combatir la ociosidad. Y cuando no nos den la paga del trabajo, recurramos a la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta”⁴⁷. La mendicidad es considerada, pues, como el último recurso; sin embargo, si el trabajo no es suficiente para asegurar la vida y hay que mendigar, los hermanos han de considerarse felices: “Y deben gozarse cuando conviven con gente de baja condición y despreciada, con los pobres y débiles, y con los enfermos y leprosos, y con los mendigos de los caminos”⁴⁸.

El modo de estar, de tratar y tomar contacto con los hombres es capital, según el Evangelio radical, para Francisco y sus hermanos. La actitud hacia los hombres ha de ser la de *acogida, dulzura, humildad, sin violencia frente a la resistencia*: “Y todo aquel que venga a los hermanos, amigo o adversario, ladrón o bandido, sea acogido benigneamente”⁴⁹. *Nada de juicios, nada de disputas o querellas, nada de afirmación de sus derechos, nada de privilegios eclesiásticos, nada de proselitismo, incluso religioso, artífices de paz, sin pretensión alguna, sino dulces, corteses, alegres, benévolo*s: “Aconsejo, amonesto y

exhorto en el Señor Jesucristo a mis hermanos que, *cuando van por el mundo, no litiguen ni contiendan de palabra* (cf 2 Tim 2,14), ni juzguen a otros, sino sean apacibles, pacíficos y mesurados, mansos y humildes, hablando a todos decorosamente, como conviene”⁵⁰. *En el oscurecimiento y el sometimiento a todos*: “Sean menores y estén sujetos a todos los que se hallan en la misma casa”⁵¹.

La misión de los hermanos es testimoniar con el amor, a todos los que se encuentran, el valor irremplazable de la persona y la realidad del amor de Dios a los hombres. Yendo *entre los no cristianos* (musulmanes...), *eviten las disputas e imponerles la propia concepción, estén siempre en actitud fraternal, proclamen la fe mediante su forma de vivir, ante todo, y no por sus discursos*: “Y los hermanos que van entre sarracenos y otros infieles pueden comportarse entre ellos espiritualmente de dos modos... no promuevan disputas y controversias, sino que se sometan a toda criatura por Dios (1 Pe 2,13) y confiesen que son cristianos... Cuando les parezca que agrada al Señor, anuncien la palabra de Dios para que crean en Dios Omnipotente, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo...”⁵². *En caso de necesidad*, se ha de practicar la no resistencia, la *no violencia*, que la violencia se anula no encontrando oposición o resistencia; respondiendo con las mismas armas la espiral de la violencia no cesa: “No resistan al mal, sino a quien les pegue en una mejilla, vuélvanle también la otra (cf Mt 5,39)”⁵³.

Los *hermanos menores y siervos inútiles* han de llevar la Buena Noticia de la *conversión* y de la *salvación* a todos los hombres desde el no poder, desde la no violencia, desde la dulzura: “Humildemente les rogamos y suplicamos todos nosotros, *hermanos menores, siervos inútiles* (Lc 17,10), que todos perseveremos en la verdadera fe y penitencia, porque de otro modo nadie se puede salvar”⁵⁴.

En medio de hombres armados, enfrentados, Francisco rechaza la dialéctica de la guerra, en la que él también antes se vio encerrado. De ahí sus *gestos proféticos*: El *encuentro con*

⁴⁶ 1 Regla 7,1.3.9.

⁴⁷ Testamento 20-22; 1 Regla 7.9; 2 Regla 5.6.

⁴⁸ 1 Regla 9.2.

⁴⁹ 1 Regla 7,14.

⁵⁰ 2 Regla 3,10-11.

⁵¹ 1 Regla 7,1.11.16; Testamento 19.

⁵² 1 Regla 16,3.5-7.

⁵³ 1 Regla 14.4.

⁵⁴ 1 Regla 23,7.

el Sultán⁵⁵, cuando los cruzados cristianos intentan combatir, vencer y destruir al hombre de otra fe, musulmán, adversario, no tiene como objeto proclamar la fe católica, sino *ser, presentarse y estar como hermano*. El fin de una guerra civil espantosa entre los distintos grupos ciudadanos de Arezzo es otro gesto del espíritu de pacificación de Francisco, hasta el punto que “sus moradores llegan a observar con gran calma el código de ciudadanía”⁵⁶, o sea, “vuelven a respetarse mutuamente en sus derechos cívicos”⁵⁷. Compartir el pan y el vino, servirles con humildad y dulzura, mantener contactos con ellos, acogerlos en lo mejor que se da también en ellos... es lo que ordena Francisco hagan los hermanos menores con los *hermanos ladrones*⁵⁸. Entre las más famosas y simpáticas narraciones es conocida la del *hermano lobo de Gubbio*⁵⁹ que, entre las distintas opiniones, describiría la transformación de un histórico bandido con el que habrían hecho las paces los habitantes de esta ciudad por la mediación y negociación de Francisco⁶⁰.

Enfermo, cercano ya a la muerte, se preocupa evangélicamente de ejercer el *ministerio de la reconciliación* (2 Cor 5,18.19) *entre el obispo y el podestà* (gobernador) de Asís, tan enfrentados que aquél había excomulgado a éste. Francisco, el poeta, que había ya compuesto el *Canto del hermano sol*, añade estos versos: “Loado seas, mi Señor,/por aquellos que perdonan por tu amor/y soportan enfermedad y tribulación./ Bienaventurados aquellos que sufren en paz,/pues por ti, Altísimo, coronados serán”, Reunido el pueblo, el obispo y el *podestà* en la plaza oirán el *Canto del hermano sol* con los nuevos versos compuestos por Francisco, que cantarán dos hermanos. “Confío en que el Señor —había dicho él— humillará los corazones de los desavenidos, y volverán a amarse y a tener amistad como antes”^{60a}. Así ocurrió, de modo que la hermana muerte lo acogió en la práctica de la reconciliación.

⁵⁵ 1 CELANO 57; 2 CELANO 30; *Leyenda Mayor* 9,7-8; *Leyenda menor* 3,9; *Florencillas* 24.

⁵⁶ 2 CELANO 108; *Leyenda de Perusa* 108i.

⁵⁷ *Leyenda Mayor* 6,9.

⁵⁸ *Espejo de perfección* 66; *Leyenda de Perusa* 115.

⁵⁹ *Florencillas* 21.

⁶⁰ TH. DESBONNETS-D. VORREUX, *Saint François d'Assise. Documents. Ecrits et premières biographies*. Paris 1968, 1237.

^{60a} *Leyenda de Perusa* 84; *Espejo de perfección* 101.

c) *El servicio al Señor en pobreza y humildad*. En los gestos y en los escritos de Francisco, las exigencias de la pobreza no están motivadas por una réplica o respuesta social ni siquiera por el deseo de identificarse con los pobres, sino por fidelidad a Cristo y a su Evangelio: “*El Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo* (cf 2 Cor 8,9)”⁶¹. La pobreza exterior, sociológica, vivida y escogida voluntariamente por el reino de Dios, como apertura a riqueza y confianza en su salvación, no degenera, desde ahí, en fanatismo, intransigencia, legalismo y fariseísmo.

Ser pobres es reconocer, ante todo, que Dios es el Bien, la Riqueza, la Suficiencia: “... altísimo y sumo Dios, todo bien, sumo bien, bien total, eres el solo bueno (cf Lc 18,19)”⁶², a El pertenece todo bien⁶³. Todo viene de El, de manera que ningún hombre es digno de apropiarse ninguno de los valores de la naturaleza o de la gracia que hay en él: “Come del árbol de la ciencia del bien el que se apropia para sí su voluntad y se enaltece de lo bueno que el Señor dice o hace en él”⁶⁴. *Lo que tenemos como propio son nuestros límites, nuestra debilidad y nuestro pecado*: “Tengamos la firme convicción de que a nosotros no nos pertenecen sino los vicios y pecados”⁶⁵.

Ser pobres es guardarse de toda avaricia y codicia: “Amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo a que se guarden los hermanos de toda soberbia, vanagloria, envidia, avaricia (cf Lc 12,15), preocupación y solicitud de este mundo (cf Mt 13,22)”⁶⁶. *Es vestir ropas viles*: “Y todos los hermanos vistan ropas viles”⁶⁷, *con la actitud de humildad, de pequeñez y de simplicidad, que renuncia al poder espiritual de dominar, de imponerse, juzgando o despreciando a quienes hacen de otro modo*: “Amonesto y exhorto a todos los hermanos a que no desprecien ni juzguen a quienes ven que se visten de prendas muelles y de colores y que toman manjares y bebidas exquisitos; al contrario, cada uno júzguese y despreciese a sí mismo”⁶⁸. *Estando, como forasteros y peregrinos, en las casas po-*

⁶¹ 2.ª Carta a todos los fieles 5; 2 Regla 6,3-4.

⁶² *Alabanzas a Dios* 11.

⁶³ 1 Regla 17,5.6.

⁶⁴ *Aviso espiritual* 2.

⁶⁵ 1 Regla 17,7; 22,5-8.

⁶⁶ 2 Regla 10,7; 1 Regla 8,1-2.

⁶⁷ 1 Regla 2,14; 2 Regla 2,16.

⁶⁸ 2 Regla 2,17.

bres e iglesias que atienden⁶⁹. Usando medios pobres en el transporte⁷⁰. Rechazando toda capitalización⁷¹. Trabajando, sin voluntad de enriquecimiento, de poder o de dominación, pero con competencia, como medio para subsistir y compartir⁷². Pidiendo limosna, si no alcanza el fruto del trabajo⁷³, “gozando al convivir con gente de baja condición y despreciada, con los pobres y débiles, y con los enfermos y leprosos, y con los mendigos de los caminos”⁷⁴.

Es evangélicamente sorprendente la visión que Francisco tiene de la posesión en su relación con la violencia: la voluntad de tener va de la mano de la voluntad de asegurar, y ésta de la voluntad de defender, usando incluso las armas para ello: “Si tuviéramos algunas posesiones, necesitaríamos armas para defendernos. Y de ahí nacen las disputas y los pleitos, que suelen impedir de múltiples formas el amor de Dios y del prójimo; por eso no queremos tener cosa alguna temporal en este mundo”⁷⁵, sino “servir al Señor en pobreza y humildad”⁷⁶.

Conclusión

Después de casi ocho siglos, todavía hoy muchos hombres y mujeres viven de esta común y permanente referencia a Francisco y a su carisma. Son los franciscanos que, en él, se reconocen de la misma familia. La *incomodidad*, que Francisco y su carisma evangélico producen, descubre nuestra mediocridad y mezquindad, pero, a la vez, su *evangelismo radical* habla de la provocación, de la posibilidad y atractivo de esta aventura, verdadera en aquellos que se dejan *agarrar*, *seducir* y *alcanzar* por Jesús, el Cristo, como él y sus primeros hermanos.

Francisco y sus hermanos constituyen todavía hoy una llamada a revivir este acontecimiento del Evangelio. El franciscanismo, a lo largo de la historia, es la inquietud y la exigencia de un cierto tipo de hombres así ante Dios y ante los

demás hombres: transparentes, sin poder, pequeños, desarmados, hermanos.

La familia franciscana ha estado siempre atormentada, bajo la tensión creadora de los nuevos comienzos. Ella tiene que rendir cuentas de su pretensión, justificada y comprensible, como el cristianismo con Cristo, de ser la depositaria de la memoria del pasado y, a la vez, de su dinámica actual.

Con todo, Francisco remite al Evangelio. Esta tarea incumbe a todos los creyentes cristianos: en la medida en que los creyentes se entregan, reducen o rechazan el Evangelio fracasa o vive fresco el carisma de Francisco.

Francisco no se puso como modelo. El describió e indicó una vida y un camino a seguir: *el Evangelio sin glosa*. Ahí reside la inquietud y la vitalidad del carisma franciscano, que sigue siendo una llamada, un estímulo y un remordimiento, imposible de acallar. En él apareció la encarnación, de las más auténticas, de un proyecto evangélico, que invita a los hombres a vivir a fondo la experiencia de la fe en Dios y en Jesús. Esto es lo que hay que tomar en serio. Sólo a partir de ahí es posible el compromiso evangélico, de otra forma las referencias al Evangelio son sólo retóricas y nuestras realizaciones construcciones en el vacío.

Francisco y sus hermanos no surgieron contra nadie ni contra nada, sino de la creencia sin condiciones en el Evangelio, “la fuerza de Dios para salvar a todo el que cree” (Rom 1,16). En él y en ellos se operó la revolución de la conversión que hizo surgir estructuras nuevas de libertad y de verdadera vida. Esto indica que el movimiento evangélico franciscano apunta al hombre, visto con una lucidez a veces cruel, pero siempre amado como un hermano⁷⁷.

Francisco no es el final, sino un dedo que apunta hacia Jesús y hacia su Evangelio. Es fácil y evasivo mostrar simpatía hacia este hombre. Lo franciscano es con frecuencia un título de honor, sin embargo Francisco no dispensa de vivir aquello a lo que él nos llama y señala: Cristo y su Evangelio radical. Ya advierte él en uno de sus avisos: “*Es grandemente vergonzoso para nosotros los siervos de Dios que los santos hicie-*

⁶⁹ Testamento 24.

⁷⁰ 1 Regla 15; 2 Regla 3,12.

⁷¹ 1 Regla 8; 2 Regla 4.

⁷² 1 Regla 7; 2 Regla 5; Testamento 20-23.

⁷³ 1 Regla 9; 2 Regla 6,2-3; Testamento 22.

⁷⁴ 1 Regla 9,2.

⁷⁵ Tres compañeros 35; Anónimo de Perusa 17.

⁷⁶ 2 Regla 6,2.

⁷⁷ 1 Regla 17,22; cf H. SCHALÜCK, *Sensibilität und Solidarität. Impulse zur franziskanischen Evangelisation*. Bonn 1981, 19-22.

ron las obras, y nosotros con narrarlas, queremos recibir gloria y honor”⁷⁸.

Quien toma el Evangelio en serio es heredero de Francisco, y el Evangelio no es, en primer lugar, ni su vida, ni sus escritos, sino el mensaje de Jesús que la Iglesia, comunidad creyente, transmite e interpreta.

Francisco de Asís y sus primeros hermanos nos recuerdan y muestran qué les ocurre a los hombres que se dejan seducir, agarrar y alcanzar por la fuerza del Evangelio.

18. Una palabra final

Francisco de Asís fue un cristiano en una forma tan transparente, de tan desconcertante ingenuidad, de un evangelismo tan verdadero por tan incondicionalmente creyente, de una libertad de convencionalismos tan clara, que las categorías y medidas habituales de la lógica o del así llamado sentido común fueron y son muy poco válidas para captar su ser, su pensar, su obrar y el proyecto que de él deriva.

El fue consciente de la llamada que se le hizo y de la misión que se le ofreció. El anduvo el camino en entrega total y en incomparable pureza.

Su fidelidad la plasmó en un lenguaje religioso o, mejor dicho, fontal y primitivamente evangélico, el único capaz de garantizar la fecundidad de su vida y su proyecto.

El franciscanismo ha sido y es el espacio en que esta exigencia evangélica es repetida y en que, con la urgencia constante en la historia, se debate esta tensión entre la fidelidad al proyecto evangélico de Francisco y el servicio a los hombres. El fuego está siempre ahí, sin jamás apagarse.

Estas páginas no han sido escritas para glorificar el franciscanismo, sino para narrar este Evangelio de Francisco de Asís y sus primeros hermanos. Su memoria no puede ser olvidada. Con él se puso en marcha, a su señal y por su medio, una de las encarnaciones más genuinas del Evangelio.

En la redacción de este libro han ocupado un primer puesto los propios escritos de Francisco, que una investigación crítica pone hoy como base para la comprensión de su persona y su proyecto, una referencia a la Iglesia y al mundo

⁷⁸ *Aviso espiritual* 6.

en los que él nació y una lectura en profundidad de las primitivas fuentes franciscanas.

Están aquí no sólo largas y silenciosas horas de reflexión, sino el pequeño fruto de una búsqueda cordial y amorosa del proyecto evangélico de Francisco de Asís.

Como hermano menor, teólogo, siervo de Cristo y de su Iglesia, pecador y creyente, he contado lo que he visto y oído. De esto doy testimonio. En alabanza de Cristo y de su siervo Francisco. Amén.

19. Canto

Tú llevas sepultado, amasado en el polvo,
muchas horas del tiempo, que ya no se envejece.

Francisco, hermano,
no te ladra el silencio: que allá es todo Palabra.
No te clava en la cruz el diario sufrimiento
de estar siempre muriendo,
de estar siempre buscando,
de estar siempre trepando por la vida.

Tu historia personal no fue bien registrada
en fichas, que amontonan el paso de los días,
quedando siempre ahí, ya para siempre.

Tu gran saco de gozo estuvo siempre abierto,
de par en par, como aduana fresca,
y así cupiesen todos:
la alondra y la tortuga,
el caballo y el perro,
las lágrimas y el aire.

Te sentaste confiado al caer de la tarde
a ofrecer al que llega la posada y el agua.
Paciente, despejado, humilde, confiado,
abriste el corazón, limpio de mala hierba.

Francisco, erguido, el cuerpo caminante,
los ojos alumbrados para abrazar el viento,
el árbol, la montaña, el roble y el manzano.
Hermano de los grillos, la flor, el campo, el heno,
los prados, el centeno, la siembra y el viñado,
se te dio comprender la bondad de las cosas,
el alzarse del sol y el rilar de la luna.

No quisiste fortuna que enmohece,
decidiste vivir pidiendo libertad del cautiverio.
Pregonero convicto, juglar de los caminos,

poeta en comunión, amigo de ladrones,
compañero cordial de los pequeños.

La nieve, el fuego, el lobo,
el sapo y el cachorro,
la fuente, el algarrobo,
el manantial y el loro
supieron de tu amor,
de tu respeto y lloro.

Te fue dado leer el poema del mundo
y quisiste adorar, en cada instante,
con voz callada y alta,
al Padre de la luz y de la aurora.
Desde ahí aprendiste la hermosa admiración,
que sentías por todo.

Y no agarraste nada y nada te apropiaste.
Quisiste como hermanos y hermanas a los hombres:
los "menores", los torpes,
los ágiles, los jóvenes,
los cansados, los pobres.

Tú no fuiste un romántico.
Tú afrontaste, rezando, el dolor y la muerte,
la enfermedad y el hambre,
la duda y el embate.

Tú leíste, en pureza cordial, el Evangelio.
Tú creíste, sin más, en el Pan compartido
y el Vino, que alegra
toda esta larga fiesta de los hombres.
Todo ha sido creado,
todo brota caliente
del Misterio sin fondo,
siempre presente.
Todo se halla en camino,
con dolores de parto,
al horizonte cierto de la liberación.

Las cosas viven nuevas al filo de las horas.
El mundo conciliado tiene una voz que le levanta.
Francisco, hermano, esto lo sabes tú,
que aprendiste en la escuela de la resurrección.

Renunciaste a aplastar,
machacar, orillar,
a cortar, a enterrar,
a horadar, a quemar,
a talar, a arrasar.

Acogiste, en la paz, todos los seres:
las bestias y las plantas,
las sierras, las besanas,
los trigos y las ranas.

Por todo diste gracias.
Con todo te volviste,
en palabra y silencio,
al Padre Dios,
cercano, inconfundible,
original y libre,
bondadoso, apacible,
hablador, invisible.

Tú no fuiste sectario.
Tú no leíste a medias
este libro del cosmos:
Todo vive y respira,
todo se mueve y anda
con la fundamental bondad,
que le ha sido inyectada.
Todo se torna malo
al atraparlo sólo
de manera egoísta,
al usar de las cosas
como peldaño sólo
desde el que herir al otro
y reducirlo al suelo.

Despojado de ti, manifestaste
a todos el reconocimiento,
con que amabas las cosas.
Tu pasión se esparció,
plena de amor y de respeto,
a la realidad humilde cotidiana:
las estrellas, las rosas,
las encinas, raposas,
los claveles, los niños,
el gallo y mariposa.

Y fue tu corazón
quien traspasó
el secreto que encierra
este extendido hogar
del que salimos y volvemos.

Comparte con nosotros, Francisco,
todo el respeto, toda la admiración

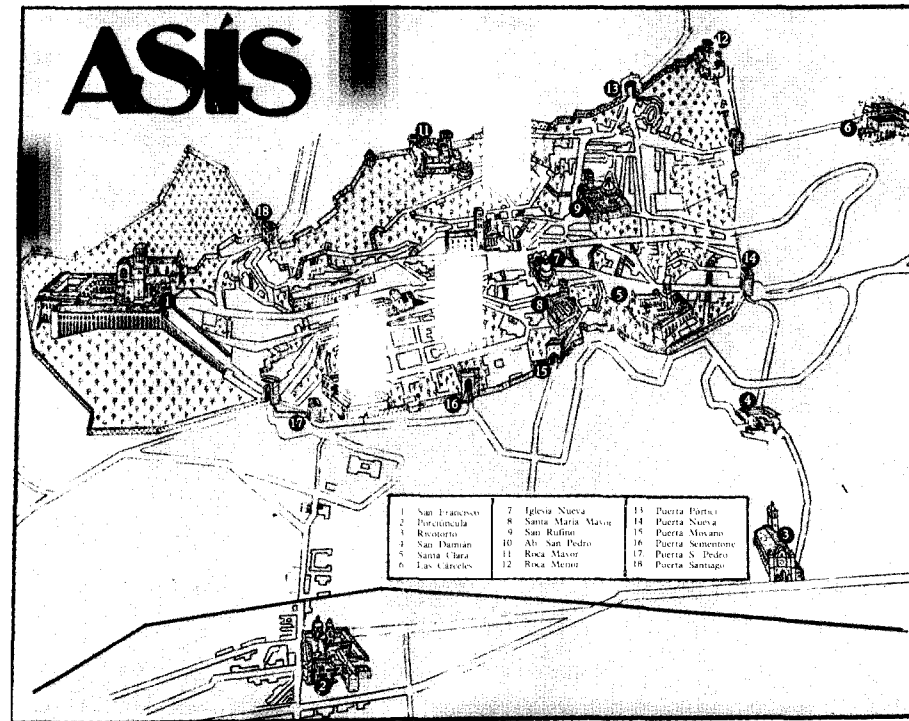
que sientes por los hombres.
Enséñanos la fuerza, que encierra,
el simbolismo,
la semejanza honda de los seres:
la ternura infantil hacia el cordero,
que nos trae la memoria
del Muerto en favor nuestro,
del puesto en cruz
para atraer al mundo;
la devoción al fuego,
a la luz, al camino,
a la fuente y al cerro,
que nos recuerdan
a Jesús caminante,
a Jesús curador y peregrino.

La creación sensible
se va transfigurando,
el mundo viejo se va quedando atrás,
lejano y enterrado:
la humanidad entera marcha
a la transformación total
de todo lo que espera.

Francisco, hermano,
bien sabes tú
dónde se halla el ayer,
el presente y mañana:
en el talante nuevo,
el corazón tendido
y la mano enlazada
en la paz, la justicia,
la libertad y el gozo,
en todo gesto claro
que el Espíritu empuja
a decir la devoción fraterna
con que amamos la vida.

En el modo de estar,
de mirar, de abrazar,
de callar y de hablar,
de respetar, de izar,
de adorar, perdonar,
de cantar y expresar...
que manan desde ahí,
el Evangelio, abecedario puro,
franciscano.

1. - Asís
2. - Italia franciscana
3. - Umbría y Las Marcas franciscanas
4. - Autógrafo: Bendición de san Francisco
5. - Autógrafo: Alabanzas de Dios
6. - Camino de Santiago



Benedicat tibi dñi
 diat te oñe dar f
 nua tibi nñite v a ac tui
 cōuer tal iulru hui adre
 n dertibip co

file dñs bene
 te dica



255

Escritos de Francisco de Asís

Alabanzas a Dios

1. Tú eres el santo, Señor Dios único, *el que haces maravillas*.
2. Tú eres el fuerte, tú eres el grande, tú eres el altísimo, tú eres el rey omnipotente; tú, Padre santo, *rey del cielo y de la tierra*.
3. Tú eres trino y uno, Señor Dios de dioses; tú eres el bien, todo bien, sumo bien, Señor Dios vivo y verdadero.
4. Tú eres el amor, la caridad; tú eres la sabiduría, tú eres la humildad, *tú eres la paciencia*, tú eres la hermosura, tú eres la mansedumbre; tú eres la seguridad, tú eres la quietud, tú eres el gozo, tú eres nuestra esperanza y alegría, tú eres la justicia, tú eres la templanza, tú eres toda nuestra riqueza con hartura.
5. Tú eres la hermosura, tú eres la mansedumbre, tú eres el protector, tú eres nuestro custodio y defensor; tú eres la fortaleza, tú eres el refrigerio.
6. Tú eres nuestra esperanza, tú eres nuestra fe, tú eres nuestra caridad, tú eres toda nuestra dulzura, tú eres nuestra vida eterna, grande y admirable Señor, omnipotente Dios, misericordioso Salvador.

Bendición al hermano León

1. *El Señor te bendiga y te guarde; te muestre su rostro y tenga piedad de ti.*
2. *Vuelva a ti su rostro y te conceda la paz.*
3. *El Señor te bendiga, hermano León.*

Explicación del padrenuestro

1. *¡Santísimo Padre nuestro: creador, redentor, consolador y salvador nuestro!*
2. *Que estés en los cielos: en los ángeles y en los santos; iluminán-*

dolos para conocer, porque tú, Señor, eres la luz; inflamándolos para amar, porque tú, Señor, eres el amor; habitando en ellos y colmándolos para gozar, porque tú, Señor, eres el bien sumo, eterno, de quien todo bien procede, sin quien no hay bien alguno.

3. *Santificado sea tu nombre:* clarificada sea en nosotros tu noticia, para que conozcamos cuál es la anchura de tus beneficios, la largura de tus promesas, la altura de la majestad y la hondura de los juicios.

4. *Venga a nosotros tu reino:* para que reines tú en nosotros por la gracia y nos hagas llegar a tu reino, donde se halla la visión manifiesta de ti, el perfecto amor a ti, tu dichosa compañía, la fruición de ti por siempre.

5. *Hágase tu voluntad, como en el cielo, también en la tierra:* para que te amemos con todo el corazón, pensando siempre en ti; con toda el alma, deseándote siempre a ti; con toda la mente, dirigiendo todas nuestras intenciones a ti, buscando en todo tu honor; y con todas nuestras fuerzas, empleando todas nuestras energías y los sentidos del alma y del cuerpo en servicio, no de otra cosa, sino del amor a ti; y para que amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos, atrayendo a todos, según podamos, a tu amor, alegrándonos de los bienes ajenos como de los nuestros y compadeciéndolos en los males y no ofendiendo a nadie.

6. *El pan nuestro de cada día:* tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, *dánsle hoy:* para que recordemos, comprendamos y veneremos el amor que nos tuvo y cuanto por nosotros dijo, hizo y padeció.

7. *Y perdónanos nuestras deudas:* por tu inefable misericordia, por la virtud de la pasión de tu amado Hijo y por los méritos e intercesión de la beatísima Virgen y de todos tus elegidos.

8. *Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores:* y lo que no perdonamos plenamente, haz tú, Señor, que plenamente lo perdonemos, para que por ti amemos de verdad a los enemigos y en favor de ellos intercedamos devotamente ante ti, no devolviendo a nadie mal por mal, y para que procuremos ser en ti útiles en todo.

9. *Y no nos dejes caer en tentación:* oculta o manifiesta, imprevista o insistente.

10. *Mas líbranos del mal:* pasado, presente y futuro. Gloria al Padre...

Saludo a la Bienaventurada Virgen María

1. ¡Salve, Señora, santa Reina, santa Madre de Dios, María, virgen convertida en templo,

2. y elegida por el santísimo Padre del cielo, consagrada por El con su santísimo Hijo amado y el Espíritu Santo Paráclito;

3. que tuvo y tiene toda la plenitud de la gracia y todo bien!

4. ¡Salve, palacio de Dios! ¡Salve, tabernáculo de Dios! ¡Salve, casa de Dios!

5. ¡Salve, vestidura de Dios! ¡Salve, esclava de Dios! ¡Salve, Madre de Dios!

6. ¡Salve también todas vosotras, santas virtudes, que, por la gracia e iluminación del Espíritu Santo, sois infundidas en los corazones de los fieles, para hacerlos, de infieles, fieles a Dios!

Cántico de las criaturas

1. Altísimo, omnipotente, buen Señor, tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.

2. A ti solo, Altísimo, corresponden y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.

3. Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas, especialmente el señor hermano Sol, el cual es día y por el cual nos alumbras.

4. Y él es bello y radiante con gran esplendor: de ti, Altísimo, lleva significación.

5. Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas: en el cielo las has formado luminosas, y preciosas, y bellas.

6. Loado seas, mi Señor, por el hermano viento, y por el aire, y el nublado, y el sereno, y todo tiempo, por el cual a tus criaturas das sustento.

7. Loado seas, mi Señor, por la hermana agua, la cual es muy útil, y humilde, y preciosa, y casta.

8. Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego, por el cual alumbras la noche: y él es bello, y alegre, y robusto, y fuerte.

9. Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra, la cual nos sustenta y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.

10. Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor y soportan enfermedad y tribulación.

11. Bienaventurados aquellos que las sufren en paz, pues por ti, Altísimo, coronados serán.

12. Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar.

13. ¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal! Bienaventurados aquellos a quienes encontrará en tu santísima voluntad, pues la muerte segunda no les hará mal.

14. Load y bendecid a mi Señor y dadle gracias y servidle con gran humildad.

Carta a todos los fieles

(Primera redacción)

¡En el nombre del Señor!

1. Los que hacen penitencia

1. *Todos aquellos que aman al Señor con todo el corazón, con toda el alma y la mente y con todas sus fuerzas, y a sus prójimos como a sí mismos;*

2. *y aborrecen sus cuerpos con sus vicios y pecados;*

3. *y reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo;*

4. *y hacen frutos dignos de penitencia;*

5. *¡oh, cuán dichosos y benditos son los hombres y mujeres que practican estas cosas y perseveran en ellas!*

6. *Porque se posará sobre ellos el espíritu del Señor y hará en ellos habitación y morada;*

7. y son hijos del Padre celestial cuyas obras realizan; y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo.

8. Somos esposos cuando el alma fiel se une, por el Espíritu Santo, a nuestro Señor Jesucristo.

9. Le somos hermanos cuando cumplimos la voluntad del Padre, que está en los cielos.

10. Madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por el amor divino y por una conciencia pura y sincera, y lo damos a luz por las obras santas, que deben ser luz para el ejemplo de otros.

11. ¡Oh, cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande!

12. ¡Oh, cuán santo es tener un tal esposo, consolador, hermano y admirable!

13. ¡Oh, cuán santo y cuán amado es tener un tal hermano y un tal hijo, agradable, humilde, pacífico, dulce, amable y más que todas las cosas deseable, nuestro Señor Jesucristo! El que dio su vida por sus ovejas y oró así al Padre:

14. *Padre santo, guarda en tu nombre a los que me diste en el mundo; tuyos eran y me los diste a mí.*

15. *Y las palabras que me diste, a ellos se las di; y ellos las recibieron y creyeron verdaderamente que salí de ti y conocieron que tú me enviaste.*

16. *Ruego por ellos y no por el mundo.*

17. *Bendícelos y conságralos, también yo me consagro a mí mismo por ellos.*

18. *No ruego solamente por ellos, sino por los que han de creer en mí por su palabra, para que sean consagrados en la unidad, como también nosotros.*

19. *Y quiero, Padre, que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria en tu reino. Amén.*

2. Los que no hacen penitencia

1. Pero, en cambio, aquellos y aquellas que no llevan vida en penitencia,

2. ni reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo,

3. y ponen por obra vicios y pecados,

4. y caminan tras la mala concupiscencia y los malos deseos de su carne y no guardan lo que prometieron al Señor,

5. y sirven corporalmente al mundo con los deseos carnales y con los afanes del siglo y con las preocupaciones de esta vida, apresados por el diablo,

6. cuyos hijos son y cuyas obras hacen, son unos ciegos,

7. pues no ven a quien es la luz verdadera, nuestro Señor Jesucristo.

8. No tienen sabiduría espiritual, porque no tienen al Hijo de Dios, que es la verdadera sabiduría del Padre.

9. De ellos se dice: *Su sabiduría ha sido devorada; y: Malditos los que se apartan de sus mandamientos.*

10. Ven y conocen, saben y practican el mal, y a sabiendas pierden sus almas.

11. Mirad, ciegos; estáis engañados por vuestros enemigos, la carne, el mundo y el diablo, porque al cuerpo le es dulce cometer el pecado, y amargo servir a Dios;

12. pues todos los vicios y pecados, *del corazón del hombre salen y proceden*, como dice el Señor en el Evangelio.

13. Y nada tenéis en este siglo ni en el futuro.

14. Pensáis poseer por mucho tiempo las vanidades de este siglo, pero estáis engañados, porque vendrán el día y la hora que no recordáis, desconocéis e ignoráis. Se enferma el cuerpo, se acerca la muerte, y se muere así con muerte amarga.

15. Y donde sea, cuando sea y como sea que muere el hombre en pecado mortal sin penitencia y sin satisfacción, si, pudiendo satisfacer, no satisface, arrebató el diablo el alma de su cuerpo con tanta angustia y tribulación, que nadie las puede conocer sino el que las padece.

16. Y todos los talentos y el poder, y la ciencia y la sabiduría que creían tener les serán arrebatados.

17. Y legan a los parientes y amigos su herencia; y éstos, tomándola y repartiéndosela, dicen luego: Maldita sea su alma, pues pudo habernos dado y ganado más de lo que ganó.

18. El cuerpo se lo comen los gusanos, y así pierden cuerpo y alma en este breve siglo, e irán al infierno, donde serán atormentados sin fin.

19. A todos aquellos a quienes llegue esta carta, rogamos, en la caridad que es Dios, que acojan benignamente con amor divino las sobriedades odoríferas palabras de nuestro Señor Jesucristo.

20. Y los que no saben leer, háganselas leer con frecuencia;

21. y reténganlas consigo con obras santas hasta el fin, porque son *espíritu y vida*.

22. Y los que no hagan esto tendrán que dar cuenta, en el día del juicio, ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo.

(Segunda redacción)

En el nombre del Señor, Padre e Hijo y Espíritu Santo. Amén.

1. A todos los cristianos, religiosos, clérigos y laicos, hombres y mujeres; a cuantos habitan en el mundo entero, el hermano Francisco, su siervo y súbdito: mis respetos con reverencia, paz verdadera del cielo y caridad sincera en el Señor.

2. Puesto que soy siervo de todos, a todos estoy obligado a servir y a suministrar las odoríferas palabras de mi Señor.

3. Por eso, recapacitando que no puedo visitaros personalmente a cada uno, dada la enfermedad y debilidad de mi cuerpo, me he propuesto comunicaros, a través de esta carta y de mensajeros, las palabras de nuestro Señor Jesucristo, que es el Verbo del Padre, y las palabras del Espíritu Santo, que *son espíritu y vida*.

I. La Palabra encarnada

4. Este Verbo del Padre, tan digno, tan santo y glorioso, anunciándolo el santo ángel Gabriel, fue enviado por el mismo altísimo Padre desde el cielo al seno de la santa y gloriosa Virgen María, y en él recibió la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad.

5. Y, siendo El sobremanera rico, quiso, junto con la bienaventurada Virgen, su Madre, escoger en el mundo la pobreza.

6. Y poco antes de la pasión celebró la Pascua con sus discípulos, y, tomando el pan, dio las gracias, pronunció la bendición y lo partió, diciendo: *Tomad y comed, esto es mi cuerpo.*

7. Y, tomando el cáliz, dijo: *Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por todos para el perdón de los pecados.*

8. A continuación oró al Padre, diciendo: *Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz.*

9. Y sudó como gruesas gotas de sangre que corrían hasta la tierra.

10. Puso, sin embargo, su voluntad en la voluntad del Padre, diciendo: *Padre, hágase tu voluntad; no se haga como yo quiero, sino como quieres tú.*

11. Y la voluntad de su Padre fue que su bendito y glorioso Hijo, a quien nos dio para nosotros y que nació por nuestro bien, se ofreciese a sí mismo como sacrificio y hostia, por medio de su propia sangre, en el altar de la cruz;

12. no para sí mismo, por quien todo fue hecho, sino por nuestros pecados,

13. dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas.

14. Y quiere que todos seamos salvos por El y que lo recibamos con un corazón puro y con nuestro cuerpo casto.

15. Pero son pocos los que quieren recibirlo y ser salvos por El, aunque *su yugo es suave, y su carga ligera.*

16. Los que no quieren gustar *cuán suave es el Señor* y aman más las tinieblas que la luz, no queriendo cumplir los mandamientos del Señor, son malditos,

17. y de ellos dice el profeta: *Malditos los que se apartan de tus mandamientos.*

18. En cambio, ¡oh, cuán dichosos y benditos son los que aman a Dios y obran como dice el Señor mismo en el Evangelio: *Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón y con toda la mente, y a tu prójimo como a ti mismo!*

II. Los que hacen penitencia

19. Amemos, pues, a Dios y adorémoslo con puro corazón y mente pura, porque esto es lo que sobre todo desea cuando dice: *Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad.*

20. Porque todos los que lo adoran, es preciso que lo adoren en espíritu de verdad.

21. Y dirijámosle alabanzas y oraciones día y noche, diciendo: *Padre nuestro, que estás en los cielos, porque es preciso oremos siempre y no desfallezcamos.*

22. Debemos también confesar todos nuestros pecados al sacerdote; y recibamos de él el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo.

23. Quien no come su carne y no bebe su sangre, *no puede entrar en el reino de Dios.*

24. Pero cómalo y bébalo dignamente, porque quien lo recibe indignamente, *come y bebe su propia sentencia no reconociendo el cuerpo del Señor, es decir, sin discernirlo.*

25. Hagamos, además, *frutos dignos de penitencia.*

26. Y amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos.

27. Y si alguno no quiere amarlos como a sí mismo, al menos no les haga el mal, sino hágales el bien.

28. Mas los que han recibido la potestad de juzgar a otros, ejerzan el juicio con misericordia, como ellos mismos desean obtener misericordia del Señor.

29. *Pues juicio sin misericordia tendrán los que no hacen misericordia.*

30. Tengamos, por lo tanto, caridad y humildad; y hagamos limosna, porque ésta lava las almas de las manchas de los pecados.

31. Los hombres pierden todo lo que dejan en este siglo; pero llevan consigo la recompensa de la caridad y las limosnas que hicieron, por las que recibirán del Señor premio y digna remuneración.

32. Debemos también ayunar y abstenernos de los vicios y pecados, y de la demasia en el comer y beber, y ser católicos.

33. Debemos también visitar con frecuencia las iglesias y tener en veneración y reverencia a los clérigos, no tanto por lo que son, en el caso de que sean pecadores, sino por razón del oficio y de la administración del santísimo cuerpo y sangre de Cristo, que sacrifican sobre el altar y reciben y administran a otros.

34. Y a nadie de nosotros quepa la menor duda de que ninguno puede ser salvado sino por las santas palabras y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, que los clérigos pronuncian, proclaman y administran.

35. Y sólo ellos deben administrarlos y no otros.

A los religiosos

36. Y de manera especial a los religiosos, que renunciaron al siglo, están obligados a hacer más y mayores cosas, pero sin omitir éstas.

37. Debemos aborrecer nuestros cuerpos con sus vicios y pecados, porque dice el Señor en el Evangelio: *todos los males, vicios y pecados salen del corazón.*

38. Debemos amar a nuestros enemigos y hacer el bien a los que nos tienen odio.

39. Debemos guardar los preceptos y consejos de nuestro Señor Jesucristo.

40. Debemos, igualmente, negarnos a nosotros mismos y poner nuestros cuerpos bajo el yugo de la servidumbre y de la santa obediencia, según lo que cada uno de los hermanos prometió al Señor.

41. Y nadie esté obligado por obediencia a obedecer a alguien en lo que se comete delito o pecado.

42. Pero aquel a quien ha sido encomendada la obediencia y que ha tenido *por mayor, sea como el menor* y siervo de los otros hermanos.

43. Y con cada uno de los hermanos practique y tenga la misericordia que quisiera que se tuviera con él si estuviese en caso semejante.

44. Tampoco se deje llevar de la ira contra el hermano por algún delito suyo, sino con toda paciencia y humildad amonéstelo y sopórtelo benignamente.

45. No debemos ser sabios y prudentes según la carne, sino, más bien, sencillos, humildes y puros.

46. Y hagamos de nuestros cuerpos objeto de oprobio y desprecio, porque todos por nuestra culpa somos miserables y podridos, hediondos y

gusanos, como dice el Señor por el profeta: *Soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abyección de la plebe.*

47. Nunca debemos desear estar sobre otros, sino, más bien, debemos ser siervos y estar sujetos a toda humana criatura por Dios.

Dichosos los que perseveran

48. Y sobre todos aquellos y aquellas que cumplan estas cosas y perseveren hasta el fin, se posará el Espíritu del Señor y hará en ellos habitación y morada.

49. Y serán hijos del Padre celestial, cuyas obras realizan.

50. Y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo.

51. Somos esposos cuando el alma fiel se une, por el Espíritu Santo, a Jesucristo.

52. Y hermanos somos cuando cumplimos la voluntad del Padre, que está en el cielo,

53. madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por el amor y por una conciencia pura y sincera; lo damos a luz por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros.

54. ¡Oh, cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande!

55. ¡Oh, cuán santo es tener un esposo consolador, hermoso y admirable!

56. ¡Oh, cuán santo y cuán amado es tener un tal hermano e hijo agradable, humilde, pacífico, dulce y amable y más que todas las cosas deseable! El cual dio su vida por sus ovejas y oró al Padre por nosotros, diciendo: *Padre santo, guarda en tu nombre a los que me diste.*

57. Padre, todos los que me diste en el mundo, tuyos eran y me los diste a mí.

58. Y las palabras que me diste, a ellos se las di; y ellos las recibieron, y conocieron verdaderamente que de ti salí y creyeron que tú me enviaste; ruego por ellos y no por el mundo; bendícelos y conságralos.

59. También yo me consagro por ellos, para que ellos sean consagrados en la unidad, como nosotros somos uno.

60. Y quiero, Padre, que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria en tu reino.

61. A quien tanto ha soportado por nosotros, tantos bienes nos ha traído y nos ha de traer en el futuro, toda criatura, del cielo, de la tierra, del mar y de los abismos, rinda como a Dios alabanza, gloria, honor y bendición;

62. porque El es nuestra fuerza y fortaleza, él solo bueno, él solo altísimo, él solo omnipotente, admirable, glorioso, y él solo santo, laudable y bendito por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

III. Los que no hacen penitencia

63. Pero, en cambio, todos aquellos que no llevan vida en penitencia ni reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo,

64. y que ponen por obra vicios y pecados; y que caminan tras la mala concupiscencia y los malos deseos y no guardan lo que prometieron,

65. y que sirven corporalmente al mundo con los deseos carnales,

con los cuidados y afanes de este siglo y con las preocupaciones de esta vida,

66. engañados por el diablo, cuyos hijos son y cuyas obras hacen, son unos ciegos, pues no ven a quien es la luz verdadera, nuestro Señor Jesucristo.

67. No tienen sabiduría espiritual, porque no tienen en sí al Hijo de Dios, que es la verdadera sabiduría del Padre; de ellos se dice: *Su sabiduría ha sido devorada.*

68. Ven, conocen, saben y practican el mal, y a sabiendas pierden sus almas.

69. Mirad, ciegos, engañados por nuestros enemigos, la carne, el mundo, el diablo, que al cuerpo le es dulce cometer pecado, y amargo servir a Dios, pues todos los males, vicios y pecados, del corazón del hombre salen y proceden, como dice el Señor en el Evangelio.

70. Y nada tenéis en este siglo ni en el futuro.

71. Pensáis poseer por mucho tiempo las vanidades de este siglo, pero estáis engañados, porque vendrán el día y la hora que no recordáis, desconocéis e ignoráis.

72. Se enferma el cuerpo, se acerca la muerte, vienen los parientes y amigos diciendo: "Dispón de tus bienes".

73. Ved que su mujer, y sus hijos, y los parientes, y amigos fingen llorar.

74. Y, al mirarlos, los ve llorar, se siente movido por un mal impulso, y, pensándolo entre sí, dice: Pongo en vuestras manos mi alma, y mi cuerpo, y todas mis cosas.

75. Verdaderamente es maldito este hombre que en tales manos confía, y expone su alma, y su cuerpo, y todas sus cosas; de ahí que diga el Señor por el profeta:

76. *Maldito el hombre que confía en el hombre.*

77. Y en seguida hacen venir al sacerdote, y éste le dice: "¿Quieres recibir la penitencia de todos tus pecados?"

78. Responde: "Lo quiero". "¿Quieres satisfacer con tus bienes, en cuanto se pueda, los pecados cometidos y lo que defraudaste y engañaste a los demás?"

79. Responde: "No". Y el sacerdote le dice: "¿Por qué no?"

80. "Porque todo lo he dejado en manos de los parientes y amigos".

81. Y comienza a perder el habla, y así muere aquel miserable.

82. Pero sepan todos que, donde sea y como sea que muere el hombre en pecado mortal sin haber satisfecho, si, pudiendo satisfacer, no satisface, arrebatada el diablo el alma de su cuerpo con tanta angustia y tribulación, que nadie puede conocer sino el que la padece.

83. Y todos los talentos, y el poder, y la ciencia, que creía tener, le serán arrebatados.

84. Y lega a sus parientes y amigos su herencia, y éstos se la llevarán, se la repartirán y dirán luego: "Maldita sea su alma, pues pudo habernos dado y ganado más de lo que ganó".

85. El cuerpo se lo comen los gusanos. Y así pierde cuerpo y alma en este breve siglo, e irá al infierno, donde será atormentado sin fin.

Ruego final y bendición

86. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

87. Yo, el hermano Francisco, vuestro menor siervo, os ruego y suplico, en la caridad que es Dios y con el deseo de besaros los pies, que os sintáis obligados a acoger, poner por obra y guardar con humildad y amor estas palabras y las demás de nuestro Señor Jesucristo.

88. Y a todos aquellos y aquellas que las acojan benignamente, las entiendan y las envíen a otros para ejemplo, si *perseveran en ellas hasta el fin* bendíganles el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

Carta a toda la Orden de los Hermanos Menores

1. En el nombre de la suma Trinidad y de la santa Unidad, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo. Amén.

2. A todos los reverendos y muy amados hermanos; al hermano A., su señor, ministro general de la Religión de los hermanos menores, y a todos los demás ministros generales que le sucederán; y a todos los ministros y custodios; y a los sacerdotes de la misma Fraternidad, humildes en Cristo; y a todos los hermanos, sencillos y obedientes; a los primeros y a los últimos:

3. El hermano Francisco, hombre vil y caduco, vuestro pequeñuelo siervo, os saluda en Aquel que nos redimió y *nos lavó en su preciosísima sangre*,

4. a quien habéis de adorar con temor y reverencia *postrados en tierra* al escuchar su nombre; el Señor Jesucristo, cuyo nombre es *Hijo del Altísimo*, *el cual es bendito por los siglos*.

“Para esto os envió Dios al mundo”

5. Escuchad, señores hijos y hermanos míos, y *prestad atención a mis palabras*.

6. *Inclinad el oído* de vuestro corazón y obedeced a la voz del Hijo de Dios.

7. Guardad sus mandamientos con todo vuestro corazón y cumplid sus consejos perfectamente.

8. *Alabadlo, porque es bueno, y enaltecedlo en vuestras obras*;

9. pues para esto os ha enviado al mundo entero, para que de palabra y de obra deis testimonio de su voz y hagáis saber a todos que *no hay otro omnipotente sino El*.

10. *Perseverad en la disciplina* y en la santa obediencia y cumplid lo que le prometisteis con bueno y firme propósito.

11. Como a hijos se nos brinda el Señor Dios.

Veneración del cuerpo del Señor

12. Así pues, besándoos los pies y con la caridad que puedo, os suplico a todos vosotros, hermanos, que tributéis toda reverencia y todo el honor; en fin, cuanto os sea posible, al santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo,

13. en quien todas las cosas que hay en los cielos y tierra han sido pacificadas y reconciliadas con el Dios omnipotente.

Los hermanos sacerdotes

14. Ruego también en el Señor a todos mis hermanos, sacerdotes que son, y serán, y a los que desean ser sacerdotes del Altísimo que, siempre que quieran celebrar la misa, ofrezcan purificados, con pureza y reverencia, el verdadero sacrificio del santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, con intención santa y limpia, y no por cosa alguna terrena ni por temor o amor de hombre alguno, como para agradar a los hombres;

15. sino que toda voluntad, en cuanto puede con la ayuda de la gracia, se dirija a Dios, deseando con ello complacer al solo sumo Señor, porque sólo El obra ahí como le place;

16. pues —como El mismo dice: *Haced esto en conmemoración mía*—, si alguno lo hace de otro modo, se convierte en el traidor Judas y se hace *reo del cuerpo y la sangre del Señor*.

17. Recordad, mis hermanos sacerdotes, lo que está escrito respecto de la ley de Moisés: si alguno la transgredía aun sólo materialmente, moría *sin misericordia alguna* por sentencia del Señor.

18. *¡Cuánto mayores y peores suplicios merece padecer quien pisotee al Hijo de Dios y tenga por impura la sangre de la alianza, en la que fue santificado, y ultraje al espíritu de la gracia!*

19. Pues el hombre desprecia, mancha y conculca al Cordero de Dios cuando, como dice el Apóstol, *sin diferenciar* y discernir el santo pan de Cristo de otros alimentos o ritos, o bien lo come siendo indigno, o bien, aun cuando fuese digno, lo come de manera vana e indigna, siendo así que el Señor dice por el profeta: Maldito el hombre que hace la obra del Señor con hipocresía.

20. Y a los sacerdotes que no quieren grabar de veras esto sobre el corazón, los condena, diciendo: *Maldeciré con vuestras bendiciones*.

21. Escuchad, hermanos míos: si la bienaventurada Virgen es tan honrada, como es justo, porque lo llevó en su santísimo seno; si el Bautista se estremece dichoso y no se atreve a palpar la cabeza santa de Dios; si el sepulcro en que yació por algún tiempo es venerado,

22. ¡cuán santo, justo y digno debe ser quien toca con las manos, toma con la boca y el corazón y da a otros no a quien ha de morir, sino al que ha de vivir eternamente y está glorificado y en quien *los ángeles desean sumirse en contemplación!*

23. Considerad vuestra dignidad, hermanos sacerdotes, y sed santos, porque El es santo.

24. Y así como os ha honrado el Señor Dios, por razón de este ministerio, por encima de todos, así también vosotros, por encima de todos, amadle, reverenciadle y honradle.

25. Miseria grande y miserable flaqueza que, teniéndolo así presente, os podáis preocupar de cosa alguna de este mundo.

26. ¡Tiemble el hombre todo entero, estremézcase el mundo todo y exulte el cielo cuando Cristo, el Hijo de Dios vivo, se encuentra sobre el altar en manos del sacerdote!

27. ¡Oh celsitud admirable y condescendencia asombrosa! ¡Oh subli-

me humildad! ¡Oh humilde sublimidad, que el Señor del mundo universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan!

28. Mirad, hermanos, la humildad de Dios y derramad ante El vuestros corazones; humillaos también vosotros, para ser enaltecidos por El.

29. En conclusión: nada de vosotros retengáis para vosotros mismos para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega.

La misa en la Fraternidad

30. Amonesto por eso y exhorto en el Señor que, en los lugares en que habitan los hermanos, se celebre sólo una misa cada día según la forma de la santa Iglesia.

31. Y si hay en el lugar más sacerdotes, conténtese cada uno, por el amor de la caridad, con oír la celebración de otro sacerdote;

32. porque el Señor Jesucristo colma a los presentes y a los ausentes que de El son dignos.

33. El cual, aunque se vea que está en muchos lugares, permanece, sin embargo, indivisible y no padece menoscabo alguno, sino que, siendo único en todas partes, obra según le place con el Señor Dios Padre y el Espíritu Santo Paráclito por los siglos de los siglos. Amén.

Las palabras sagradas y objetos de culto

34. Y porque *quien es de Dios escucha las palabras de Dios*, por eso, los que más especialmente estamos designados para los divinos oficios, debemos no sólo escuchar y hacer lo que dice Dios, sino también custodiar los vasos y los demás objetos que sirven para los oficios y que contienen las santas palabras, para que arraigue en nosotros la celsitud de nuestro Creador y en El nuestra sujeción.

35. Amonesto por eso a todos mis hermanos y les animo en Cristo a que, donde encuentren palabras divinas escritas, las veneren como puedan,

36. y, por lo que a ellos toca, si no están bien colocadas o en algún lugar están desparramadas indecorosamente por el suelo, las recojan y las repongan en su sitio, honrando al Señor en las palabras que El pronunció.

37. Pues son muchas las cosas que se santifican por medio de las palabras de Dios y es en virtud de las palabras de Cristo como se realiza el sacramento del altar.

Confesión del hermano Francisco y exhortación a la fidelidad

38. Además, yo confieso todos los pecados al Señor Dios, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo; a la bienaventurada María, perpetua virgen, y a todos los santos del cielo y de la tierra; al hermano H., ministro de nuestra Religión, como a mi venerable señor, y a los sacerdotes de nuestra Orden y a todos los otros mis hermanos benditos.

39. En muchas cosas he caído por mi grave culpa, especialmente porque no guardé la Regla que prometí al Señor, ni dije el oficio según manda la Regla o por negligencia, o por mi enfermedad, o porque soy ignorante e indocto.

40. Así, pues, encarecidamente pido, como puedo, al hermano H., mi

señor ministro general, que haga que la Regla sea inviolablemente guardada por todos;

41. y que los clérigos digan el oficio con devoción en la presencia de Dios, no poniendo su atención en la melodía de la voz, sino en la consonancia del alma, de manera que la voz sintonice con el alma, y el alma sintonice con Dios,

42. para que puedan hacer propicio a Dios por la pureza del corazón y no busquen halagar los oídos del pueblo por la sensualidad de la voz.

43. Yo, pues, prometo guardar firmemente estas cosas, según la gracia que el Señor me dé para ello; y se las confiaré a los hermanos que están conmigo, para que las guarden en cuanto al oficio y demás disposiciones regulares.

44. Pero a los hermanos que no quieran guardar estas cosas, no los tengo por católicos ni por hermanos míos; tampoco quiero verlos ni hablarles hasta que se arrepientan.

45. Esto mismo digo de todos los otros que, postergada la disciplina de la Regla, andan vagando,

46. porque nuestro Señor Jesucristo dio su vida por no apartarse de la obediencia del santísimo Padre.

Recomendación final

47. Yo, el hermano Francisco, hombre inútil y criatura indigna del Señor Dios, por el Señor Jesucristo digo al hermano H., ministro de toda nuestra Religión, y a todos los ministros generales que lo serán después de él, y a los demás custodios y guardianes de los hermanos, los que lo son y los que lo serán, que este escrito lo tengan consigo, lo pongan por obra y lo conserven cuidadosamente.

48. Y les suplico que lo que está escrito en él lo guarden solícitamente y lo hagan observar con mayor diligencia, según el beneplácito de Dios omnipotente, ahora y siempre, mientras exista este mundo.

49. *Benditos seáis del Señor* los que hagáis estas cosas y el Señor esté eternamente con vosotros. Amén.

Oración

50. Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios, concédenos por ti mismo a nosotros, miserables, hacer lo que sabemos que quieres y querer siempre lo que te agrada,

51. a fin de que, interiormente purgados, iluminados interiormente y encendidos por el fuego del Espíritu Santo, podamos seguir las huellas de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo,

52. y llegar, por sola tu gracia, a ti, Altísimo, que en perfecta Trinidad y en simple Unidad vives y reinas y estás revestido de gloria, Dios omnipotente, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Carta a las autoridades de los pueblos

1. A todos los *podestà* y cónsules, jueces y regidores, en cualquier parte de la tierra, y a cuantos llegue esta carta, el hermano Francisco,

vuestro siervo en el Señor Dios, pequeñuelo y despreciable, deseándolos a todos salud y paz.

2. Considerad y ved que el día de la muerte se acerca (cf Gén 47,29).
3. Os ruego, pues, con la reverencia que puedo, que no echéis en olvido al Señor ni os apartéis de sus mandamientos a causa de los cuidados y preocupaciones de este siglo, porque todos aquellos que lo echan en olvido y *se apartan de sus mandamientos, son malditos, y serán echados por El al olvido* (cf Ez 33,13). Y, cuando llegue el día de la muerte, todo lo que creían tener les será arrebatado (cf Lc 8,18). Y cuanto más sabios y poderosos hayan sido en este siglo, tanto mayores tormentos padecerán en el infierno.
6. Por ello, os aconsejo encarecidamente, señores míos, que, posponiendo toda preocupación y cuidado, hagáis penitencia verdadera y recibáis con grande humildad, en santa recordación suya, el santísimo cuerpo y la santísima sangre de nuestro Señor Jesucristo. Y tributad al Señor tanto honor en el pueblo a vosotros encomendado, que todas las tardes, por medio de pregonero u otra señal, se anuncie que el pueblo entero rinda alabanzas y acciones de gracias al Señor.
8. Dios omnipotente. Y sabed que, si no hacéis esto, tendréis que rendir *cuenta en el día del juicio* (cf Mt 12,36), ante vuestro Señor Dios Jesucristo.
9. Los que retengan consigo y guarden este escrito, sepan que son benditos del Señor Dios.

Carta a los clérigos

1. Reparemos todos los clérigos en el gran pecado e ignorancia en que incurren algunos sobre el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo y sobre los sacratísimos nombres y sus palabras escritas que consagran el cuerpo.
2. Sabemos que no puede existir el cuerpo, si previamente no ha sido consagrado por la palabra. Nada, en efecto, tenemos ni vemos corporalmente en este mundo del Altísimo mismo, sino el cuerpo y la sangre, los nombres y las palabras, por los que hemos sido hechos y redimidos *de la muerte a la vida* (1 Jn 3,14).
4. Pues bien, todos los que ejercen tan santísimos ministerios, especialmente los que los administran sin discernimiento, pongan su atención en cuán viles son los cálices, los corporales y los manteles en los que se sacrifica el cuerpo y la sangre de nuestro Señor. Y hay muchos que lo abandonan en lugares indecorosos, lo llevan sin respeto, lo reciben indignamente y lo administran sin discernimiento. A veces hasta se pisan sus nombres y palabras escritas, /porque el hombre animal no percibe las cosas que son de Dios (1 Cor 2,14).
8. ¿No nos mueven a piedad todas estas cosas cuando el piadoso Señor mismo se pone en nuestras manos y lo tocamos y lo recibimos?
9. todos los días en nuestra boca? ¿Es que ignoramos que hemos de ir a parar a sus manos?
10. Así, pues, enmendémonos cuanto antes y resueltamente de todas
11. estas cosas y de otras semejantes; y donde se encuentre colocado y abandonado indebidamente el santísimo cuerpo de nuestro Señor Je-

12. sucristo, retírese de allí y póngase y custódiese en sitio precioso. De igual modo, los nombres y palabras escritas del Señor, donde se encuentren en lugares no limpios, recójanse y colóquense en sitio decoroso.
13. Y sabemos que todas estas cosas debemos guardarlas por encima
14. de todo, según los mandamientos del Señor y las prescripciones de la santa madre Iglesia. Y el que no haga esto, sepa que tendrá que dar *cuenta en el día del juicio* (cf Mt 12,36), ante nuestro Señor Jesucristo.
15. Sepan que son benditos del Señor Dios los que hicieren copias de este escrito, para que sea mejor guardado.

Carta a un ministro

1. Al hermano N., ministro: El Señor te bendiga.
2. Te hablo, como mejor puedo, del caso de tu alma: todas las cosas que te estorban para amar al Señor Dios y cualquiera que te ponga estorbo, se trate de hermanos u otros, aunque lleguen a azotarte, debes considerarlo como gracia.
3. Y quíerelo así y no otra cosa.
4. Y cúmplolo por verdadera obediencia al Señor Dios y a mí, pues sé firmemente que ésta es verdadera obediencia.
5. Y ama a los que esto te hacen.
6. Y no pretendas de ellos otra cosa, sino cuanto el Señor te dé.
7. Y ámalos precisamente en esto, y *tú no exijas que sean cristianos mejores*.
8. Y que te valga esto más que vivir en un eremitorio.
9. Y en esto quiero conocer que amas al Señor y me amas a mí, siervo suyo y tuyo, si procedes así: que no haya en el mundo hermano que, por mucho que hubiere pecado, se aleje jamás de ti después de haber contemplado tus ojos sin haber obtenido tu misericordia, si es que la busca.
10. Y, si no busca misericordia, pregúntale tú si la quiere.
11. Y, si mil veces volviera a pecar ante tus propios ojos, ámale más que a mí, para atraerlo al Señor; y compadécete siempre de los tales.
12. Y, cuando puedas, comunica a los guardianes que por tu parte estás resuelto a comportarte así.
13. Por lo demás, de todos aquellos capítulos de la Regla que hablan de pecados mortales, con la ayuda de Dios y el consejo de los hermanos, haremos uno solo de este género en el capítulo de Pentecostés:
14. Si alguno de los hermanos, por instigación del enemigo, peca mortalmente, esté obligado, por obediencia, a recurrir a su guardián.
15. Y ninguno de los hermanos que sepa que ha pecado lo abochorne ni lo critique, sino tenga para con él gran compasión y *mantenga muy en secreto el pecado de su hermano*, porque *no son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos*.
16. Asimismo, los hermanos están obligados, por obediencia, a remitirlo con un compañero a su custodia.
17. Y el custodio mismo provea con misericordia, *como querría que se hiciera con él en caso semejante*.
18. Y si el hermano cae en otro pecado, venial, confíeselo a un hermano suyo sacerdote.

19. Y, si no hay allí sacerdote, confíeselo a un hermano suyo, hasta que tenga sacerdote que lo absuelva canónicamente, como está dicho.

20. Y estos hermanos no tengan en absoluto potestad de imponer ninguna otra penitencia que ésta: *Vete y no vuelvas a pecar.*

21. Este escrito, para que mejor se guarde, tenlo contigo hasta Pentecostés; allí estarás con tus hermanos.

22. Y estas cosas, y todas las otras que se echan de menos en la Regla, la procuraréis completar con la ayuda del Señor Dios.

Los predicadores

1. Ningún hermano predique contra la forma e institución de la santa Iglesia y a no ser que se lo haya concedido su ministro.

2. Y guárdese el ministro de concedérselo sin discernimiento a nadie.

3. Pero todos los hermanos prediquen con las obras.

4. Y ningún ministro o predicador se apropie el ser ministro de los hermanos o el oficio de la predicación; de forma que, en cuanto se lo impongan, abandone su oficio sin réplica alguna.

5. Por lo que, en la caridad que es Dios, ruego a todos mis hermanos, predicadores, orantes, trabajadores, tanto clérigos como laicos,

6. que procuren humillarse en todo, no gloriarse ni gozarse en sí mismos, ni exaltarse interiormente de las palabras y obras buenas; más aún, de ningún bien que Dios hace o dice y obra alguna vez en ellos y por ellos, según lo que dice el Señor: *Pero no os alegréis de que los espíritus os estén sometidos.*

7. Y tengamos la firme convicción de que a nosotros no nos pertenece sino los vicios y pecados.

8. Y más debemos gozarnos cuando nos veamos asediados de diversas tentaciones y al tener que sufrir en este mundo toda clase de angustias o tribulaciones de alma o de cuerpo por la vida eterna.

9. Guardémonos, pues, todos los hermanos de toda soberbia y vanagloria;

10. y defendámonos de la sabiduría de este mundo y de la prudencia de la carne,

11. ya que el espíritu de la carne quiere y se esfuerza mucho por tener palabras, pero poco por tener obras,

12. y busca no la religión y santidad en el espíritu interior, sino que quiere y desea tener una religión y santidad que aparezca exteriormente a los hombres.

13. Y éstos son aquellos de quienes dice el Señor: *En verdad os digo, recibieron su recompensa.*

14. El espíritu del Señor, en cambio, quiere que la carne sea mortificada y despreciada, tenida por vil y abyecta.

15. Y se afana por la humildad y la paciencia, y la pura, y simple, y verdadera paz del espíritu.

16. Y siempre desea, más que nada, el temor divino y la divina sabiduría, y el divino amor del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

17. Y restituyamos todos los bienes al Señor Dios altísimo y sumo, y reconozcamos que todos son suyos, y démosle gracias por todos ellos, ya que todo bien de El procede.

18. Y el mismo altísimo y sumo, solo Dios verdadero, posea, a El se le tributen y El reciba todos los honores y reverencias, todas las alabanzas y bendiciones, todas las acciones de gracias y la gloria; suyo es todo bien; sólo El es bueno.

19. Y si vemos u oímos decir o hacer mal o blasfemar contra Dios, nosotros bendigamos, hagamos bien y alabemos a Dios, *que es bendito por los siglos (1 Regla 17).*

Oración y acción de gracias

1. Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios, Padre santo y justo, *Señor rey de cielo y tierra*, te damos gracias por ti mismo, pues por tu santa voluntad, y por medio de tu único Hijo con el Espíritu Santo, creaste todas las cosas espirituales y corporales, y a nosotros, hechos a tu imagen y semejanza, nos colocaste en el paraíso.

2. Y nosotros caímos por nuestra culpa.

3. Y te damos gracias porque, al igual que nos creaste por tu Hijo, así, por el santo amor con que nos amaste, quisiste que El, verdadero Dios y verdadero hombre, naciera de la gloriosa siempre Virgen beatísima Santa María, y quisiste que nosotros, cautivos, fuéramos redimidos por su cruz y sangre, y muerte.

4. Y te damos gracias porque este mismo Hijo tuyo ha de venir en la gloria de su majestad a arrojar al fuego eterno a los malditos, que no hicieron penitencia y no te conocieron a ti, y a decir a todos los que te conocieron y adoraron y te sirvieron en penitencia: *Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo.*

5. Y porque todos nosotros, míseros y pecadores, no somos dignos de nombrarte, imploramos suplicantes que nuestro Señor Jesucristo, *tu Hijo amado, en quien has hallado complacencia*, que te basta siempre para todo y por quien tantas cosas nos has hecho, te dé gracias de todo junto con el Espíritu Santo Paráclito como a ti y a El mismo le agrada. ¡Aleluya!

6. Y a la gloriosa madre y beatísima siempre Virgen María, a los bienaventurados Miguel, Gabriel y Rafael y a todos los coros de los bienaventurados serafines, querubines, tronos, dominaciones, principados, potestades, virtudes, ángeles, arcángeles; a los bienaventurados Juan Bautista, Juan Evangelista, Pedro, Pablo y a los bienaventurados patriarcas, profetas, inocentes, apóstoles, evangelistas, discípulos, mártires, confesores, vírgenes; a los bienaventurados Elías y Enoc y a todos los santos que fueron, y serán, y son, les suplicamos humildemente, por tu amor, que, como te agrada, por estas cosas te den gracias a ti, sumo Dios verdadero, eterno y vivo, con tu queridísimo Hijo nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu Santo Paráclito, por los siglos de los siglos. Amén. ¡Aleluya!

7. Y a cuantos quieren servir al Señor Dios en el seno de la santa Iglesia católica y apostólica y a todos los órdenes siguientes: sacerdotes, diáconos, subdiáconos, acólitos, exorcistas, lectores, ostiarios y a todos los clérigos; a todos los religiosos y religiosas, a todos los conversos y pequeños, a los pobres e indigentes, reyes y príncipes, artesanos y agricultores, siervos y señores, a todas las vírgenes y viudas y casadas, laicos, varones y mujeres, a todos los niños, adolescentes, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, a todos los pequeños y grandes, y a todos los pueblos y gentes,

tribus y lenguas, a todas las naciones y a todos los hombres de cualquier lugar de la tierra que son y serán, humildemente les rogamos y suplicamos todos nosotros, hermanos menores, *siervos inútiles*, que todos perseveremos en la verdadera fe y penitencia, porque de otro modo nadie se puede salvar.

8. Amemos todos *con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con toda la fuerza y poder*, con todo el entendimiento, *con todas las energías*, con todo el empeño, con todo el afecto, con todas las entrañas, con todos los deseos y querer, al Señor Dios, que nos dio y nos da a todos nosotros todo el cuerpo, toda el alma y toda la vida; que nos creó, nos redimió y por sola su misericordia nos salvará; que nos ha hecho y hace todo bien a nosotros, miserables y miseros, pútridos y hediondos, ingratos y malos.

9. Ninguna otra cosa, pues, deseamos, ninguna otra queramos, ninguna otra nos agrade y deleite, sino nuestro Creador, y Redentor, y Salvador, solo verdadero Dios, que es bien pleno, todo bien, bien total, verdadero y sumo bien; que es el solo bueno, piadoso, manso, suave y dulce; que es el solo santo, justo, veraz, santo y recto; que es el solo benigno, inocente, puro; de quien, y por quien, y en quien está todo el perdón, toda la gracia, toda la gloria de todos los penitentes y justos, de todos los bienaventurados que gozan juntos en los cielos.

10. Nada, pues, impida, nada separe, nada adúltere; nosotros todos, dondequiera, en todo lugar, a toda hora y en todo tiempo, todos los días y continuamente, creamos verdadera y humildemente y tengamos en el corazón y amemos, honremos, adoremos, sirvamos, alabemos y bendigamos, glorifiquemos y sobreexaltemos, engrandezcamos y demos gracias al altísimo y sumo Dios eterno, trinidad y unidad, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo, creador de todas las cosas y salvador de todos los que en El creen y esperan y lo aman; que sin principio y sin fin, es inmutable, invisible, inenarrable, inefable, incomprensible, inescrutable, bendito, loable, glorioso, sobreexaltado, sublime, excelso, suave, amable, deleitable y sobre todas las cosas todo deseable por los siglos. Amén (*1 Regla 23*).

Testamento

1. El Señor me dio de esta manera, a mí el hermano Francisco, el
2. comenzar a hacer penitencia; en efecto, como estaba en pecados, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me tornó en dulzura de alma y cuerpo; y, después de esto, permanecí un poco de tiempo y salí del siglo.
4. Y el Señor me dio una fe tal en las iglesias, que oraba y decía
5. así sencillamente: Te adoramos, Señor Jesucristo, también en to-

das tus iglesias que hay en el mundo entero y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

6. Después de esto, el Señor me dio, y me sigue dando, una fe tan grande en los sacerdotes que viven según la norma de la santa Iglesia romana, por su ordenación, que, si me viese perseguido, quiero recurrir a ellos. Y si tuviese tanta sabiduría como la que tuvo Salomón y me encontrase con algunos probrecillos sacerdotes de este siglo, en las parroquias en que habitan no quiero predicar al margen de su voluntad. Y a estos sacerdotes y a todos los otros quiero temer, amar y honrar como a señores míos. Y no quiero advertir pecado en ellos, porque miro en ellos al Hijo de Dios y son mis señores. Y lo hago por este motivo: porque en este siglo nada veo corporalmente del mismo altísimo Hijo de Dios sino su santísimo cuerpo y santísima sangre, que ellos reciben y solos ellos administran a otros. Y quiero que estos santísimos misterios sean honrados y venerados por encima de todo y colocados en lugares preciosos. Y los santísimos nombres y sus palabras escritas, donde los encuentre en lugares indebidos, quiero recogerlos, y ruego que se recojan y se coloquen en lugar decoroso. Y también a todos los teólogos y a los que nos administran las santísimas palabras divinas, debemos honrar y tener en veneración, como a quienes nos administran espíritu y vida (cf Jn 6,64).
14. Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo lo hice escribir en pocas palabras y sencillamente y el señor papa me lo confirmó.
16. Y los que venían a tomar esta vida, daban a los pobres *todo lo que podían tener* (Job 1,3), y se contentaban con una túnica, remendada por dentro y por fuera; con el cordón y los calzones. Y no queríamos tener más. El oficio lo decíamos los clérigos al modo de los otros clérigos, y los laicos decían *padrenuestros*; y bien gustosamente permanecíamos en iglesias. Y éramos indoctos y estábamos sometidos a todos.
20. Y yo trabajaba con mis manos, y quiero trabajar; y quiero firmemente que todos los otros hermanos trabajen en algún oficio compatible con la decencia. Los que no lo saben, que lo aprendan, no por la codicia de recibir la paga del trabajo, sino por el ejemplo y para combatir la ociosidad. Y cuando no nos den la paga del trabajo, recurramos a la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta. El Señor me reveló que dijésemos este saludo: El Señor te dé la paz.
24. Guárdense los hermanos de recibir en absoluto iglesias, moradas pobrecillas, ni nada de lo que se construye para ellos, si no son como conviene a la santa pobreza que prometimos en la Regla, hospedándose siempre allí como forasteros y peregrinos (cf Gén 23,4; Sal 38,13; 1 Pe 2,11).
25. Mando firmemente por obediencia a todos los hermanos que, estén donde estén, no se atrevan a pedir en la curia romana, ni por sí ni por intermediarios, ningún documento en favor de una iglesia o de otro lugar, ni so pretexto de predicación, ni por per-
- 26.

secución de sus cuerpos; sino que, si en algún lugar no son recibidos, márchense a otra tierra a hacer penitencia con la bendición de Dios.

27. Y quiero firmemente obedecer al ministro general de esta fraternidad y al guardián que le plazca darme. Y de tal modo quiero estar cautivo en sus manos, que no pueda ir o hacer fuera de la obediencia y de su voluntad, porque es mi señor. Y, aunque soy simple y enfermo, quiero, sin embargo, tener siempre un clérigo que me recite el oficio como se contiene en la Regla. Y todos los otros hermanos estén obligados a obedecer de este modo a sus guardianes y a cumplir con el oficio según la Regla. Y a los que se descubra que no cumplen con el oficio según la Regla y quieren variarlo de otro modo, o que no son católicos, todos los hermanos, sea donde sea, estén obligados por obediencia, dondequiera que hallen a uno de éstos, a presentarlo al custodio más cercano al lugar donde lo descubran. Y el custodio esté firmemente obligado, por obediencia, a custodiarlo fuertemente, como a hombre en prisión día y noche, de manera que no pueda ser arrebatado de sus manos hasta que en propia persona lo consigne en manos de su ministro. Y el ministro esté firmemente obligado, por obediencia, a remitirlo por medio de tales hermanos, que lo custodien día y noche como a hombre en prisión, hasta que lo lleven a la presencia del señor de Ostia, que es el señor, protector y corrector de toda la fraternidad.
34. Y no digan los hermanos: Esta es otra Regla; porque ésta es una recordación, amonestación y exhortación, y es mi testamento, que yo, el hermano Francisco, pequeñuelo, os hago a vosotros, mis benditos hermanos, por esto, para que mejor guardemos católicamente la Regla que prometimos al Señor.
35. Y el ministro general y todos los otros ministros y custodios estén obligados, por obediencia, a no añadir ni quitar nada en estas palabras. Y tengan siempre consigo este escrito junto a la Regla. Y en todos los capítulos que celebran, cuando leen la Regla, lean también estas palabras. Y a todos mis hermanos, clérigos y laicos, mando firmemente, por obediencia, que no introduzcan glosas en la Regla ni en estas palabras, diciendo: Esto quieren dar a entender; sino que así como me dio el Señor decir y escribir sencilla y puramente la Regla y estas palabras, del mismo modo las entendáis sencillamente y sin glosa, y las guardéis con obras santas hasta el fin.
40. Y todo el que guarde estas cosas, sea colmado en el cielo de la bendición del altísimo Padre, y sea colmado en la tierra de la bendición de su amado Hijo, con el santísimo Espíritu Paráclito y con todas las virtudes de los cielos y con todos los santos. Y yo el hermano Francisco, vuestro pequeñuelo siervo, os confirmo cuanto puedo, interior y exteriormente, esta santísima bendición.
- 41.

Fuentes franciscanas

La vida de los primeros hermanos menores

36. El muy valeroso caballero de Cristo, Francisco, recorría ciudades y castillos anunciando el reino de Dios, predicando la paz y enseñando la salvación y la penitencia para la remisión de los pecados; no con persuasivos discursos de humana sabiduría, sino con la doctrina y poder del espíritu. En todo actuaba con gran seguridad por la autoridad apostólica que había recibido, evitando adulaciones y vanas lisonjas. No sabía halagar las faltas de algunos y las fustigaba; lejos de alentar la vida de los que vivían en pecado, la castigaba con ásperas represiones, ya que antes se había convencido a sí mismo viviendo lo que recomendaba con las palabras; no temiendo que le corrigieran, proclamaba la verdad con tal aplomo que hasta hombres doctísimos, ilustres por su fama y dignidad, quedaban admirados de sus sermones, y en su presencia se sentían sobrecogidos de un saludable temor. Corrían a él hombres y mujeres; los clérigos y los religiosos acudían presurosos para ver y oír al santo de Dios, que a todos parecía hombre del otro mundo. Gentes de toda edad y sexo dábanse prisa para contemplar las maravillas que el Señor renovaba en el mundo por medio de su siervo. Parecía en verdad que en aquel tiempo, por la presencia de san Francisco y su fama, había descendido del cielo a la tierra una luz que disipaba aquella oscuridad tenebrosa que había invadido casi la región entera, de suerte que apenas había quien supiera hacia dónde tenía que caminar. Tan profundo era el olvido de Dios y tanto había cundido en casi todos el abandono indolente de sus mandatos, que era poco menos que imposible sacudirlos de algún modo de sus viejos e inveterados vicios.

37. Brillaba como fúlgida estrella en la oscuridad de la noche, y como la aurora en las tinieblas; y en breve cambió el aspecto de aquella región; superada la antigua fealdad, se mostró con rostro más alegre. Desapareció la primitiva aridez y al punto brotó la mies en aquel campo escuálido; también la viña inculta dejó brotar el germen del buen olor de Dios, y, rompiendo en suavísimas flores, dio frutos de bien y honestidad.

Por todas partes resonaban himnos de gratitud y de alabanza; tanto que muchos, dejando los cuidados de las cosas del mundo, encontraron, en la vida y en la enseñanza del beatísimo padre Francisco, conocimiento de sí mismos y aliento para amar y venerar al Creador. Mucha gente del pueblo, nobles y plebeyos, clérigos y legos, tocados de divina inspiración, se llegaron a san Francisco, deseosos de militar siempre bajo su dirección y magisterio. Cual río caudaloso de gracia celestial, empapaba el santo de Dios a todos ellos con el agua de sus carismas y adornaba con flores de virtudes el jardín de sus corazones. ¡Magnífico operario aquel! Con sólo que se proclame su forma de vida, su regla y doctrina, contribuye a que la Iglesia de Cristo se renueve en los fieles de uno y otro sexo y triunfe la triple milicia de los que se han de salvar. A todos daba una norma de vida y señalaba con acierto el camino de salvación según el estado de cada uno.

38. Es particularmente conocido lo que se refiere a la Orden que abrazó y en la que se mantuvo con amor y por profesión. Fue él efectivamente quien fundó la Orden de los Hermanos Menores y quien le impuso

ese nombre en las circunstancias que a continuación se refieren: se decía en la Regla: “Y sean menores”; al escuchar esas palabras, en aquel preciso momento exclamó: “Quiero que esta Fraternidad se llame Orden de Hermanos Menores”.

Y, en verdad, menores quienes, sometidos a todos, buscaban siempre el último puesto y trataban de emplearse en oficios que llevaran alguna apariencia de deshonor, a fin de merecer, fundamentados así en la verdadera humildad, que en ellos se levantara en orden perfecto el edificio espiritual de todas las virtudes.

De hecho, sobre el fundamento de la constancia se erigió la noble construcción de la caridad, en que las piedras vivas, reunidas de todas partes del mundo, formaron el templo del Espíritu Santo. ¡En qué fuego tan grande ardían los nuevos discípulos de Cristo! ¡Qué inmenso amor el que ellos tenían al piadoso grupo! Cuando se hallaban juntos en algún lugar o cuando, como sucede, topaban unos con otros de camino, allí era de ver el amor espiritual que brotaba entre ellos y cómo difundían un afecto verdadero, superior a todo otro amor. Amor que se manifestaba en los castos abrazos, en tiernos afectos, en el ósculo santo, en la conversación agradable, en la risa modesta, en el rostro festivo, en el ojo sencillo, en la actitud humilde, en la lengua benigna, en la respuesta serena; eran concordes en el ideal, diligentes en el servicio, infatigables en las obras.

39. Al despreciar todo lo terreno y al no amarse a sí mismos con amor egoísta, centraban todo el afecto en la comunidad y se esforzaban en darse a sí mismos para subvenir a las necesidades de los hermanos. Deseaban reunirse, y reunidos se sentían felices; en cambio, era penosa la ausencia; la separación, amarga, y dolorosa la partida.

Pero nada osaban anteponer a los preceptos de la santa obediencia aquellos obedientísimos caballeros que, antes de que se hubiera concluido la palabra de la obediencia, estaban ya prontos para cumplir lo ordenado. No sabían hacer distinguos en los preceptos; más bien, evitando toda resistencia, se ponían, como con prisas, a cumplir lo mandado.

Eran “seguidores de la altísima pobreza”, pues nada poscían ni amaban nada; por esta razón, nada temían perder. Estaban contentos con una túnica sola, remendada a veces por dentro y por fuera; no buscaban en ella elegancia, sino que, despreciando toda gala, ostentaban vileza, para dar así a entender que estaban completamente crucificados para el mundo. Ceñidos con una cuerda, llevaban calzones de burdo paño; y estaban resueltos a continuar en la fidelidad a todo esto y a no tener otra cosa.

En todas partes se sentían seguros, sin temor que los inquietase ni afán que los distrajerse; despreocupados aguardaban al día siguiente; y cuando con ocasión de los viajes, se encontraban frecuentemente en situaciones incómodas, no se angustiaban pensando dónde habían de pasar la noche. Pues cuando, en medio de los fríos más crudos, carecían muchas veces del necesario albergue, se recogían en un horno o humildemente se guarecían de noche en grutas o cuevas.

Durante el día iban a las casas de los leprosos o a otros lugares decorosos y quienes sabían hacerlo trabajaban manualmente, sirviendo a todos humilde y devotamente. Rehusaban cualquier oficio del que pudiera originarse escándalo; más bien, ocupados siempre en obras santas y justas,

honestas y útiles, estimulaban a la paciencia y humildad a cuantos trataban con ellos.

40. De tal modo estaban revestidos de la virtud de la paciencia, que más querían morar donde sufriesen persecución en su carne que allí donde, conocida y alabada su virtud, pudieran ser aliviados por las atenciones de la gente. Y así, muchas veces padecían afrentas y oprobios, fueron desnudados, azotados, maniatados y encarcelados, sin que buscasen la protección de nadie; y tan virilmente lo sobrellevaban, que de su boca no salían sino cánticos de alabanza y gratitud.

Rarísima vez, por no decir nunca, cesaban en las alabanzas a Dios y en la oración. Se examinaban constantemente, repasando cuanto habían hecho, y daban gracias a Dios por el bien obrado, y reparaban con gemidos y lágrimas las negligencias y ligerezas. Se creían abandonados de Dios si no gustaban de continuo la acostumbrada piedad en el espíritu de devoción. Cuando querían darse a la oración, recurrían a ciertos medios que se habían ingeniado: unos se apoyaban en cuerdas suspendidas, para que el sueño no turbara la oración; otros se ceñían con instrumentos de hierro; algunos, en fin, se ponían piezas mortificantes de madera.

Si alguna vez, por excederse en el comer o beber, quedaba conturbada, como suele, la sobriedad, o si, por el cansancio del viaje, se habían sobrepasado, aunque fuera poco, de lo estrictamente necesario, se castigaban duramente con muchos días de abstinencia. En fin, tal era el rigor en reprimir los incentivos de la carne, que no temían arrojar se desnudos sobre el hielo, ni revolcarse sobre zarzas hasta quedar tintos en sangre.

41. Tan animosamente despreciaban lo terreno, que apenas consentían en aceptar lo necesario para la vida, y, habituados a negarse toda comodidad, no se asustaban ante las más ásperas privaciones.

En medio de esta vida ejercitaban la paz y la mansedumbre con todos; intachables y pacíficos en su comportamiento, evitaban con exquisita diligencia todo escándalo. Apenas si hablaban cuando era necesario, y de su boca nunca salía palabra chocarrera ni ociosa, para que en su vida y en sus relaciones no pudiera encontrarse nada que fuera indecente o inhonesto.

Eran disciplinados en todo su proceder; su andar era modesto; los sentidos los traían tan mortificados, que no se permitían ni oír ni ver sino lo que se proponían de intento. Llevaban sus ojos fijos en la tierra y tenían la mente clavada en el cielo. No cabía en ellos envidia alguna, ni malicia, ni rencor, ni murmuración, ni sospecha, ni amargura; reinaba una gran concordia y paz continua; la acción de gracias y cantos de alabanza era su ocupación.

Estas son las enseñanzas del piadoso Padre, con las que formaba a los nuevos hijos, no tanto de palabra y con la lengua cuanto de obra y de verdad (*1 Celano 36-41*).

Retrato de Francisco de Asís

83. ¡Oh cuán encantador, qué espléndido y glorioso se manifestaba en la inocencia de su vida, en la sencillez de sus palabras, en la pureza del corazón, en el amor de Dios, en la caridad fraterna, en la ardorosa obediencia, en la condescendencia complaciente, en el semblante angelical! En sus costumbres, fino; plácido por naturaleza; afable en la conversación;

certero en la exhortación; fidelísimo a su palabra; prudente en el consejo; eficaz en la acción; lleno de gracia en todo. Sereno de mente, dulce de ánimo, sobrio de espíritu, absorto en la contemplación, constante en la oración y en todo lleno de fervor. Tenaz en el propósito, firme en la virtud, perseverante en la gracia, el mismo en todo. Pronto al perdón, tardo a la ira, agudo de ingenio, de memoria fácil, sutil en el razonamiento, prudente en la elección, sencillo en todo. Riguroso consigo, indulgente con los otros, discreto con todos.

Hombre elocuentísimo, de aspecto jovial y rostro benigno, no dado a la flojedad e incapaz de la ostentación. De estatura mediana, tirando a pequeño; su cabeza, de tamaño también mediano y redonda; la cara, un poco alargada y saliente; la frente, plana y pequeña; sus ojos eran regulares, negros y candorosos; tenía el cabello negro; las cejas, rectas; la nariz, proporcionada, fina y recta; las orejas, erguidas y pequeñas; las sienes, planas; su lengua era dulce, ardorosa y aguda; su voz, vehemente, suave, clara y timbrada; los dientes, apretados, regulares y blancos; los labios, pequeños y finos; la barba, negra y rala; el cuello, delgado; la espalda, recta; los brazos, cortos; las manos, delicadas; los dedos, largos; las uñas, salientes; las piernas, delgadas; los pies, pequeños; la piel, suave; era enjuto de carnes; vestía un hábito burdo; dormía muy poco y era sumamente generoso. Y como era humildísimo, se mostraba manso con todos los hombres, haciéndose con acierto al modo de ser de todos. El que era el más santo entre los santos, aparecía como uno más entre los pecadores.

Tú, Padre santísimo, que amas a los pecadores, ayúdales; y a los que ves miserablemente postrados en la abyección de la culpa, te pedimos, levántalos, misericordiosamente, con tu poderoso valimiento (1 Celano 83).

Descripción del auténtico hermano menor

El bienaventurado Padre, en cierto modo identificado con los santos hermanos por el amor ardiente y el celo fervoroso con que buscaba la perfección de los mismos, pensaba muchas veces para sus adentros en las condiciones y virtudes que debería reunir un buen hermano menor. Y decía que sería buen hermano menor aquel que conjuntara la vida y cualidades de estos santos hermanos, a saber, la fe del *hermano Bernardo*, que con el amor a la pobreza la poseyó en grado perfecto; la sencillez y pureza del *hermano León*, que fue varón de altísima pureza; la cortesía del *hermano Angel*, que fue el primer caballero que vino a la Orden y estuvo adornado de toda cortesía y benignidad; la presencia agradable y el porte natural, junto con la conversación elegante y devota, del *hermano Maseo*; la elevación de alma por la contemplación, que el *hermano Gil* tuvo en sumo grado; la virtuosa y continua oración del *hermano Rufino*, que oraba siempre sin interrupción, pues, aun durmiendo o haciendo algo, estaba siempre con su mente fija en el Señor; la paciencia del *hermano Junípero*, que llegó al grado perfecto de paciencia por el perfecto conocimiento de su propia vileza, que tenía siempre ante sus ojos, y por el supremo deseo de imitar a Cristo en el camino de cruz; la fortaleza corporal y espiritual del *hermano Juan de Lodi*, que en su tiempo fue el más fuerte de todos los hombres; la caridad del *hermano Rogerio*, cuya vida toda y comportamiento estaban saturados en fervor de caridad; la solicitud del *hermano Lúcido*,

que fue en ella incansable; no quería estar ni por un mes en el mismo lugar, pues, cuando le iba gustando estar en él, luego salía, diciendo: “No tenemos aquí la morada, sino en el cielo” (*Espejo de perfección* 85).

La alegría espiritual y el mal de la tristeza

Aseguraba el Santo que la alegría espiritual es el remedio más seguro contra las mil asechanzas y astucias del enemigo. Solía decir: “El diablo se alegra, sobre todo, cuando logra arrebatar la alegría del alma al siervo de Dios. Lleva polvo que poder colar —cuanto más sea— en las rendijas más pequeñas de la conciencia y con que ensuciar el candor del alma y la pureza de la vida. Pero —añadía—, cuando la alegría espiritual llena los corazones, la serpiente derrama en vano el veneno mortal. Los demonios no pueden hacer daño al siervo de Cristo, a quien ven rebosante de alegría santa. Por el contrario, el ánimo flebe, desolado y melancólico se deja sumir fácilmente en la tristeza o envolverse en vanas satisfacciones”.

Por eso, el Santo procuraba vivir siempre con júbilo del corazón, conservar la unción del espíritu y el óleo de la alegría. Evitaba con sumo cuidado la pésima enfermedad de la flojera, de manera que, a poco que sentía insinuársele en el alma, acudía rapidísimamente a la oración. Y decía: “El siervo de Dios conturbado, como suele, por alguna cosa, debe inmediatamente recurrir a la oración y permanecer ante el soberano Padre hasta que le devuelva la alegría de su salvación. Pues, si se detiene en la tristeza, adolecerá del mal babilónico, que al cabo, si no se purifica por medio de lágrimas, creará en su corazón una roña duradera” (2 Celano 125).

Francisco enseña al hermano León en qué consiste la perfecta alegría

Iba una vez san Francisco con el hermano León de Perusa a Santa María de los Angeles en tiempo de invierno. Sintiendo atormentado por la intensidad del frío, llamó al hermano León, que caminaba un poco delante, y le habló así:

—¡Oh hermano León!: aun cuando los hermanos menores dieran en todo el mundo grande ejemplo de santidad y de buena edificación, escribe y toma nota diligentemente que no está en eso la alegría perfecta.

Siguiendo más adelante, le llamó san Francisco por segunda vez:

—¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor devuelva la vista a los ciegos, enderece a los tullidos, expulse a los demonios, haga oír a los sordos, andar a los cojos, hablar a los mudos y, lo que aún es más, resucite a un muerto de cuatro días, escribe que no está en eso la alegría perfecta.

Caminando luego un poco más, san Francisco gritó con fuerza:

—¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor llegara a saber todas las lenguas, y todas las ciencias, y todas las Escrituras, hasta poder profetizar y revelar no sólo las cosas futuras, sino aun los secretos de las conciencias y de las almas, escribe que no es ésa la alegría perfecta.

Yendo un poco más adelante, san Francisco volvió a llamarle fuerte:

—¡Oh hermano León, ovejuela de Dios!: aunque el hermano menor hablara la lengua de los ángeles, y conociera el curso de las estrellas y las virtudes de las hierbas, y le fueran descubiertos todos los tesoros de la

tierra, y conociera todas las propiedades de las aves y de los peces y de todos los animales, y de los hombres, y de los árboles, y de las piedras, y de las raíces, y de las aguas, escribe que no está en eso la alegría perfecta.

Y, caminando todavía otro poco, san Francisco gritó fuerte:

—¡Oh hermano León!: aunque el hermano menor supiera predicar tan bien que llegase a convertir a todos los infieles a la fe de Jesucristo, escribe que esa no es la alegría perfecta.

Así fue continuando por espacio de dos millas. Por fin, el hermano León, lleno de asombro, le preguntó:

—Padre, te pido, de parte de Dios, que me digas en que está la alegría perfecta.

Y san Francisco le respondió:

—Si, cuando lleguemos a Santa María de los Angeles, mojados como estamos por la lluvia y pasmados de frío, cubiertos de lodo y desfallecidos de hambre, llamamos a la puerta del lugar y llega malhumorado el portero y grita: “¿Quiénes sois vosotros?”. Y nosotros le decimos: “Somos dos de vuestros hermanos”. Y él dice: “¡Mentira! Sois dos bribones que vais engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres. ¡Fuera de aquí!”. Y no nos abre y nos tiene allí fuera aguantando la nieve y la lluvia, el frío y el hambre hasta la noche. Si sabemos soportar con paciencia, sin alterarnos y sin murmurar contra él, todas esas injurias, esa crueldad y ese rechazo, y si, más bien, pensamos, con humildad y caridad, que el portero nos conoce bien y que es Dios quien le hace hablar así contra nosotros, escribe, ¡oh hermano León!, que aquí hay alegría perfecta. Y si nosotros seguimos llamando, y él sale fuera furioso y nos echa, entre insultos y golpes, como a indeseables importunos, diciendo: “¡Fuera de aquí, ladronzuelos miserables; id al hospital, porque aquí no hay comida ni hospedaje para vosotros!”. Si lo sobrellevamos con paciencia y alegría y en buena caridad, ¡oh hermano León!, escribe que aquí hay alegría perfecta. Y si nosotros, obligados por el hambre y el frío de la noche, volvemos todavía a llamar, gritando y suplicando entre llantos por amor de Dios, que nos abra y nos permita entrar, y él más enfurecido dice: “¡Vaya con estos pesados indeseables! Yo les voy a dar su merecido”. Y sale fuera con un palo nudoso y nos coge por el capucho, y nos tira a tierra, y nos arrastra por la nieve, y nos apalea con todos los nudos de aquel palo; si todo esto lo soportamos con paciencia y con gozo, acordándonos de los padecimientos de Cristo bendito, que nosotros hemos de sobrellevar por su amor, ¡oh hermano León!, escribe que aquí hay alegría perfecta.

—Y ahora escucha la conclusión, hermano León: por encima de todas las gracias y de todos los dones del Espíritu Santo, que Cristo concede a sus amigos, está el de vencerse a sí mismo y de sobrellevar gustosamente, por amor de Cristo Jesús, penas, injurias, oprobios e incomodidades. Porque en todos los demás dones de Dios no podemos gloriarnos, ya que no son nuestros, sino de Dios; por eso dice el apóstol: “¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo has recibido de Él, ¿por qué te glorías como si lo tuvieras de ti mismo?”. Pero en la cruz de la tribulación y de la aflicción podemos gloriarnos, ya que esto es nuestro; por lo cual dice el apóstol: “No me quiero gloriarme sino en la cruz de Cristo”.

A El sea siempre loor y gloria por los siglos de los siglos. Amén (*Florencillas* 8).

Francisco y el hermano León rezan maitines sin el breviario

En los comienzos de la Orden estaba una vez san Francisco con el hermano León en un eremitorio donde no tenían los libros para rezar el oficio divino. Llegada la hora de los maitines, dijo san Francisco al hermano León:

—Carísimo, no tenemos breviario para rezar los maitines; pero vamos a emplear el tiempo en la alabanza de Dios. A lo que yo diga, tú responderás tal como yo te enseñaré; y ten cuidado de no cambiar las palabras en forma diversa de como yo te las digo. Yo diré así: “¡Oh hermano Francisco!, tú cometiste tantas maldades y tantos pecados en el siglo, que eres digno del infierno”. Y tú, hermano León, responderás: “Así es verdad: mereces estar en lo más profundo del infierno”.

—De muy buena gana, Padre. Comienza en nombre de Dios —repondió el hermano León con sencillez columbina.

Entonces, san Francisco comenzó a decir:

—¡Oh hermano Francisco!: tú cometiste tantos pecados en el mundo, que eres digno del infierno.

Y el hermano León respondió:

—Dios hará por medio de ti tantos bienes, que irás al paraíso.

—No digas eso, hermano León —repuso san Francisco—, sino cuando yo diga: “¡Oh hermano Francisco!, tú has cometido tantas cosas inicuas contra Dios, que eres digno de ser arrojado por Dios como maldito”, tú responderás así: “Así es verdad: mereces estar con los malditos”.

—De muy buena gana, Padre —respondió el hermano León.

Entonces, san Francisco, entre muchas lágrimas y suspiros y golpes de pecho dijo en voz alta.

—¡Oh Señor mío, Dios del cielo y de la tierra!: yo he cometido contra ti tantas iniquidades y tantos pecados, que ciertamente he merecido ser arrojado de ti como maldito.

Y el hermano León respondió:

—¡Oh hermano Francisco!; Dios te hará ser tal, que, entre los benditos, tu serás singularmente bendecido.

San Francisco, sorprendido al ver que el hermano León respondía siempre lo contrario de lo que él le había mandado, le reprendió, diciéndole:

—¿Por qué no respondes como yo te indico? Te mando, por santa obediencia, que respondas como yo te digo. Yo diré así: “¡Oh hermano Francisco, granuja! ¿Crees que Dios tendrá misericordia de ti? Porque tú has cometido tantos pecados contra el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolación, que no mereces hallar misericordia”. Y tú, hermano León, ovejuela, responderás: “De ninguna manera eres digno de hallar misericordia”.

Pero luego, al decir san Francisco: “¡Oh hermano Francisco, granuja!...”, etc., el hermano León respondió:

—Dios Padre, cuya misericordia es infinita más que tu pecado, usará contigo de gran misericordia, y todavía añadirá muchas otras gracias.

A esta respuesta, san Francisco, dulcemente enojado y molesto sin impacientarse, dijo al hermano León:

—¿Cómo tienes la presunción de obrar contra la obediencia, y tantas veces has respondido lo contrario de lo que yo te he mandado?

—Dios sabe, Padre mío —respondió el hermano León con mucha humildad y reverencia—, que cada vez me disponía a responder como tú me lo mandabas; pero Dios me hace hablar como a El le agrada y no como yo quiero.

San Francisco se maravilló de esto y dijo al hermano León:

—Te ruego, por caridad, que esta vez me respondas como te he dicho.

—Habla en nombre de Dios, y te aseguro que esta vez responderé tal como quieres —replicó el hermano León.

Y san Francisco dijo entre lágrimas:

—¡Oh hermano Francisco, granuja! ¿Crees que Dios tendrá misericordia de ti?

—Muy al contrario —respondió el hermano León—, recibirás grandes gracias de Dios, y El te ensalzará y te glorificará eternamente, porque el que se humilla será ensalzado. Y yo no puedo decir otra cosa, porque es Dios quien habla por mi boca.

Así, en esta humilde porfía, velaron hasta el amanecer, con muchas lágrimas y consuelo espiritual.

En alabanza de Cristo. Amén (*Floreillas* 9).

Los hermanos ladrones

Yendo una vez san Francisco por el territorio de Borgo San Sepolcro, al pasar por una aldea llamada Monte Casale, se le presentó un joven muy noble y delicado, que le dijo:

—Padre, me gustaría mucho ser de vuestra Fraternidad.

—Hijo —le respondió san Francisco—, tú eres joven, delicado y noble; se te va a hacer duro sobrellevar la pobreza y austeridad de nuestra vida.

—Padre, ¿no sois vosotros hombres como yo? —repuso él—. Lo mismo que vosotros la sobrelleváis, la podré sobrellevar también yo con la gracia de Cristo.

Agradó mucho a san Francisco esta respuesta; por lo que, bendiciéndolo, lo recibió, sin más, en la Orden y le puso por nombre hermano Angel. Este joven se portó tan a satisfacción, que, al poco tiempo, san Francisco lo hizo guardián del convento del mismo Monte Casale.

Por aquel tiempo merodeaban por aquellos parajes tres famosos ladrones, que perpetraban muchos males en toda la comarca. Un día fueron al eremitorio de los hermanos y pidieron al guardián, el hermano Angel, que les diera de comer. El guardián les reprochó ásperamente.

—¿No tenéis vergüenza, ladrones y asesinos sin entrañas, que, no contentos con robarles a los demás el fruto de sus fatigas, tenéis cara, además, insolentes, para venir a devorar las limosnas que son enviadas a los servidores de Dios? No merecéis que os sostenga la tierra, puesto que no tenéis respeto ni a los hombres ni a Dios que os creó. ¡Fuera de aquí, id a lo vuestro y que no vuelva a veros aquí!

Ellos lo llevaron muy a mal y se marcharon enojados.

En esto regresó san Francisco de fuera con la alforja del pan y con un recipiente de vino que había mendigado él y su compañero. El guardián le refirió cómo había despedido a aquella gente. Al oírle, san Francisco le

reprendió fuertemente, diciéndole que se había portado cruelmente, porque mejor se conduce a los pecadores a Dios con dulzura que con duros reproches; que Cristo, nuestro Maestro, cuyo Evangelio hemos prometido observar, dice que *no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos*, y que El *no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia*; y por esto El comía muchas veces con ellos.

—Por lo tanto —terminó—, ya que has obrado contra la caridad y contra el santo Evangelio, te mando, por santa obediencia, que, sin tardar, tomes esta alforja de pan que yo he mendigado y esta orza de vino y vayas buscándolos por montes y valles hasta dar con ellos; y les ofrecerás de mi parte todo este pan y este vino. Después te pondrás de rodillas ante ellos y confesarás humildemente tu culpa y tu dureza. Finalmente, les rogarás de mi parte que no hagan ningún daño en adelante, que teman a Dios y no ofendan al prójimo; y les dirás que, si lo hacen así, yo me comprometo a proveerles de lo que necesitan y a darles siempre de comer y de beber. Una vez que les hayas dicho esto con toda humildad, vuelve aquí.

Mientras el guardián iba a cumplir el mandato, san Francisco se puso en oración, pidiendo a Dios que ablandase los corazones de los ladrones y los convirtiese a penitencia.

Llegó el obediente guardián a donde estaban ellos, les ofreció el pan y el vino e hizo y dijo lo que san Francisco le había ordenado. Y plugo a Dios que, mientras comían la limosna de san Francisco, comenzaran a decir entre sí:

—¡Ay de nosotros, miserables desventurados! ¡Qué duras penas nos esperan en el infierno a nosotros, que no sólo andamos robando, maltratando, hiriendo, sino también dando muerte a nuestro prójimo; y, en medio de tantas maldades y crímenes, no tenemos remordimiento alguno de conciencia ni temor de Dios! En cambio, este santo hermano ha venido a buscarnos por unas palabras que nos dijo justamente reprochando nuestra maldad, se ha acusado de ello con humildad, y, encima de esto, nos ha traído el pan y el vino, junto con una promesa tan generosa del Padre santo. Estos sí que son siervos de Dios merecedores del paraíso, pero nosotros somos hijos de la eterna perdición, merecedores de las penas del infierno; cada día agravamos nuestra perdición, y no sabemos si podremos hallar misericordia ante Dios por los pecados que hasta ahora hemos cometido.

Estas y parecidas palabras decía uno de ellos; a lo que añadieron los otros dos:

—Es mucha verdad lo que dices; pero ¿qué es lo que tenemos que hacer?

—Vamos a estar con san Francisco —dijo el primero—, y, si él nos da esperanza de que podemos hallar misericordia ante Dios por nuestros pecados, haremos lo que nos mande; así podremos librar nuestras almas de las penas del infierno.

Pareció bien a los otros este consejo, y los tres, de común acuerdo, marcharon apresuradamente a san Francisco y le ~~habían~~ ^{hablaron} así:

—Padre, nosotros hemos cometido muchos y abominables pecados; no creemos poder hallar misericordia ante Dios; pero, si tú tienes alguna esperanza de que Dios nos admita a misericordia, aquí nos tienes, prontos a hacer lo que tú nos digas y a vivir contigo en penitencia.

San Francisco los recibió con caridad y bondad, los animó con muchos ejemplos, les aseguró de la misericordia de Dios y les prometió con certeza que se la obtendría de Dios, haciéndoles ver cómo la misericordia de Dios es infinita. Y concluyó:

—Aunque hubiéramos cometido infinitos pecados, todavía es más grande la misericordia de Dios; según el Evangelio y el apóstol san Pablo, Cristo bendito ha venido a la tierra para rescatar a los pecadores.

Movidos de estas palabras y parecidas enseñanzas, los tres ladrones renunciaron al demonio y a sus obras; san Francisco los recibió en la Orden y comenzaron a hacer gran penitencia. Dos de ellos vivieron poco tiempo después de su conversión y se fueron al paraíso. Pero el tercero sobrevivió, y, recordando sin cesar sus pecados, se dio a tal vida de penitencia, que por quince años seguidos, fuera de las cuaresmas comunes, en que se acomodaba a los demás hermanos, en los demás tiempos estuvo ayunando tres días a la semana a pan y agua; andaba siempre descalzo, vestido de una sola túnica; nunca se acostaba después de los maitines (*Floreillas* 26).

22. Cronología de la vida de Francisco de Asís

- 1181-1182 Nace en Asís (Italia) entre diciembre y junio. Lo bautizan con el nombre de Juan Bautista, luego cambiado por el de Francisco.
- 1193-1194 Nacimiento de Clara.
- 1199-1200 Guerra civil en Asís: pueblo y burguesía contra la nobleza. Clara y su familia, con los demás nobles, abandonan la ciudad, refugiándose en Perusa.
- 1202 Estalla la guerra entre Asís y Perusa. Francisco combate en las filas de Asís. Vencidos y hechos prisioneros, pasa un año preso en Perusa.
- 1203 Liberación.
- 1204 Enfermo de gravedad. Hastío del mundo.
- 1204-1205 A finales de un año o comienzos del otro, Francisco sale para guerrear en la Pulla (sur de Italia). Pasa la noche en Spoleto, en la que tiene una visión que le ordena regresar a Asís. Francisco está ya en proceso de conversión.
- 1205 Encuentro con el leproso. Hacia otoño, le habla el crucifijo de San Damián. Entra en conflicto con Pedro Bernardone, su padre.
- 1206 Furibundo, Bernardone lo cita ante el tribunal del obispo de Asís, Guido. En enero-febrero, ruptura definitiva entre padre e hijo. Francisco viste la túnica de penitente y ermitaño.
- 1206-1208 En primavera de ese año en Gubbio, cerca de Asís, cuida de los leprosos. Hacia el mes de julio vuelve a Asís y empieza a reparar las iglesitas de San Damián, San Pedro y Santa María de los Angeles o Porciúncula.
- 1208 24 de febrero: Estando en la celebración de la eucaristía en la Porciúncula, Francisco oye el evangelio de la fiesta de san Matías, acerca de la misión de los discípulos y del despojamiento y la pobreza. Cambia su túnica de eremita por la de

predicador ambulante y, descalzo, comienza la exhortación a la conversión y a la fe en el Evangelio de Jesús. Así empieza el estilo de vida franciscana, apostólica, en pobreza, de presencia.

16 de abril: Se le juntan Bernardo de Quintaval y Pedro Cattani.

23 de abril: Recibe al hermano Gil en la Porciúncula.

En la primavera tiene lugar la primera misión. Francisco y el hermano Gil marchan hacia la Marca de Ancona. Allí se les unirán otros tres compañeros, entre los cuales Felipe el Largo.

En otoño o invierno, segunda misión. Los siete hermanos van a Poggio Bustone, en el valle de Rieti. Allí el Señor les ha asegurado el perdón de sus pecados y el futuro crecimiento de la Fraternidad. Francisco envía a los seis, más a otro, que se les había agregado, a la tercera misión, de dos en dos. El hermano Bernardo y el hermano Gil van a Florencia.

- 1209 En los comienzos de este año vuelven los ocho a la Porciúncula. Allí se les unen otros cuatro. En primavera, Francisco escribe una breve Regla. El y sus primeros once compañeros marchan a Roma para solicitar la aprobación de su Regla. El papa Inocencio III la confirma verbalmente. Esta sería la primera Regla, hoy desaparecida. Al regreso pasan por Orte. Llegando a Asís, se establecen en Rivotorto, en una choza abandonada. Otón IV es coronado emperador en Roma el 4 de octubre. Está en Asís entre diciembre de 1209 y enero de 1210, pasando con su cortejo cerca de Rivotorto.

- 1209-1210 Los hermanos se trasladan a la Porciúncula, al ocupar la choza de Rivotorto un campesino para cuadra de su asno. Escuchando la palabra evangélica de conversión y seguimiento, que Francisco proclama, todos los habitantes de una aldea, Cannara, desean vivir con él. Posible comienzo de la Tercera Orden Secular.

La Porciúncula pertenecía a los benedictinos cluniacenses, que se la prestaron a Francisco. Este lugar fue la verdadera cuna de la nueva Orden de los Hermanos Menores.

9 de noviembre: El pueblo y la burguesía de Asís firman un tratado de paz con la nobleza, poniendo así fin a la guerra civil.

- 1211 Verano: Francisco se embarca hacia Siria, regresando desde Dalmacia.

- 1212 La noche del Domingo de Ramos (18-19 de marzo) la noble joven Clara huye de casa y es acogida en la Porciúncula. Toma el hábito de consagrada a Jesucristo. Pasa unos días en el monasterio de San Pablo y alguna semana en el monasterio benedictino de Panzo, cerca de Asís. Finalmente se recoge en San Damián, donde morará hasta su muerte en 1253. Dieciséis días después le sigue su hermana Inés.

- 1213 8 de mayo: El conde Orlando de Chiusi dona el monte Alvernia, cerca de Arezzo, a Francisco y sus hermanos para que les sirva de eremitorio. Sobre él recibirá los estigmas en 1224.

- 1213-1214 Acompañado del hermano Bernardo, Francisco intenta llegar a Marruecos para anunciar el evangelio a los musulmanes. Al llegar a España enferma gravemente, lo que le obliga a regresar a Italia.

- 1215 IV Concilio de Letrán. Durante él Francisco viaja a Roma. Es probablemente entonces cuando encuentra por primera vez a santo Domingo.

- 1216 16 de julio: Muerte del papa Inocencio III. Le sucede Honorio III. Según la tradición, fue en Perusa donde Francisco obtuvo de él la indulgencia de la Porciúncula. En esta ocasión, Jacobo de Vitry conoce el movimiento franciscano.

- 1217 5 de mayo: Capítulo general "de las esteras" en la Porciúncula. Se decide dividir la Orden en provincias y enviar misioneros al extranjero. El hermano Gil sale para Túnez. El hermano Elías, para Siria. Francisco pretende ir a Francia. Llegado a Florencia, se encuentra allí con el cardenal Hugolino, que le convence para que permanezca en Italia.

- 1218 El papa Honorio III, mediante una bula, garantiza la catolicidad de los hermanos menores.

- 1219 26 de mayo: Capítulo de Pentecostés. Nuevas expediciones misioneras: Alemania, Hungría, España, Marruecos, Francia. En junio, Francisco embarca en Ancona rumbo a Oriente. 29 de agosto: Francisco presencia el asalto malogrado de Damieta, cerca de Alejandría, de parte del ejército de los cruzados. Acompañado del hermano Iluminado pasa al campamento del sultán de Egipto, Melek-el-Khamel, entrevistándose con él.

5 de noviembre: Francisco asiste a la toma de Damieta por los cruzados.

- 1220 Primeros de año: Francisco viaja a San Juan de Acre (Akko). Allí hay una fortaleza de cruzados. En Siria encuentra a los hermanos Elías y Pedro Cattani. Visita Tierra Santa. Enterado de las innovaciones monásticas, ascéticas y jerarquizantes, introducidas por los dos vicarios suyos, en su ausencia, se embarca urgentemente para Italia. Llega a Venecia y se dirige a Roma, donde obtiene que el cardenal Hugolino sea nombrado protector oficial de la Orden. Francisco entrega el gobierno de la misma al hermano Pedro Cattani como vicario general suyo.

- 1221 En marzo muere Pedro Cattani. En mayo, capítulo general de Pentecostés, en el que el hermano Elías es elegido vicario en sustitución del fallecido. Francisco redacta la segunda Regla, llamada "de 1221", que no fue aprobada ni por los ministros ni por el papa. El hermano Cesáreo de Spira fue quien, como

experto en Sagrada Escritura, la adornó de muchos textos bíblicos. En este capítulo se trató de la misión a Alemania, decidiéndose que casi noventa voluntarios vayan hacia allá, bajo la dirección del alemán hermano Cesáreo de Spira. Igualmente este año se redacta y aprueba por el papa Honorio III la Regla de la Tercera Orden Secular.

- 1222 15 de agosto: Francisco predica en la plaza mayor de Bolonia, después de haber hecho una misión por Italia meridional y central.
- 1223 Comienzos del año: En Fontecolombo, cerca de Rieti, Francisco redacta la tercera Regla, que se discute en el capítulo general de junio.
29 de noviembre: Honorio III la aprueba, mediante una bula. Esta será la Regla definitiva de los hermanos menores, hoy en vigor.
24-25 de diciembre: La Nochebuena Francisco celebra la Navidad con el pueblo en Greccio. Es el comienzo de la tradición del "pesebre".
- 1224 2 de junio: Sale para Inglaterra un grupo de hermanos.
15 de agosto-29 de septiembre: Francisco, con los hermanos León y Rufino, se retira al monte Alvernia, cerca de Arezzo, para una vigilia de oración y de ayuno. Allí recibe los estigmas.
En octubre-noviembre vuelve a la Porciúncula, pasando por Borgo San Sepolcro, Monte Casale y Città di Castello.
- 1224-1225 Diciembre-febrero: Sobre un borriquillo, Francisco hace una gira de predicaciones por Umbría y Marca de Ancona. Hacia el mes de marzo visita a Clara y a las hermanas en San Damián. Cada día está más enfermo. Ya casi ciego y después de una terrible noche, atormentado por el dolor y el sufrimiento, compone allí el *Canto del hermano sol*.
En junio añade una estrofa a dicho cántico, celebrando la reconciliación entre el obispo y el *podestà* (gobernador) de Asís: "... Y por los que perdonan y aguantan por tu amor / los males corporales y la tribulación: / ¡felices los que sufren en paz con el dolor / porque les llega el tiempo de la coronación!".
23 de junio: Aconsejado en una carta por el cardenal Hugolino, abandona San Damián y se va hacia el valle de Rieti. A comienzos de julio, en Rieti, será tratado por los médicos de la corte pontificia (que está allí del 23 de junio al 6 de febrero). Hugolino ordena que lo trasladen al cercano eremitorio de Fontecolombo, donde lo operan los médicos, cauterizando las sienes de Francisco, pero sin resultado. En septiembre es llevado a San Fabián, cerca de Rieti, para ser tratado por otro médico. Hace reparar la viña de un sacerdote pobre, dañada por tantos visitantes de Francisco.
- 1226 En abril lo llevan a Siena para someterlo a otro tratamiento médico.

En mayo-junio regresa a la Porciúncula, pasando por Cortona. Al ser el verano tórrido, y para aliviarlo de la penosa enfermedad, lo trasladan a Bagnara, en la colinas cercanas a Nocera.

A finales de agosto-principios de septiembre, al empeorar su salud, lo llevan al palacio del obispo de Asís. Notando Francisco que se acerca su muerte, pide volver a la Porciúncula. De camino, en la planicie, sobre unas parihuelas, vuelto a Asís, ciego, bendice a su ciudad. Los últimos días dicta su Testamento, testimonio recio y hermoso del temple, de la vida y del proyecto evangélico de este "cristiano pobre". Ante la proximidad de la "hermana muerte", pide que se le coloque en el suelo. Su guardián le da un hábito, que él acepta de corazón. Hace que se lea en voz alta el evangelio de la Última Cena del Señor. Después bendice a sus hermanos, presentes y futuros.

3 de octubre: Muere al atardecer en la Porciúncula, habiendo saludado a la muerte su llegada con las palabras: "¡Bienvenida sea mi hermana muerte!" y cantando el salmo: "A voz en grito clamo al Señor, a voz en grito suplico al Señor".

4 de octubre, domingo: Enterrado en la iglesia de San Jorge, pasando el cortejo fúnebre por San Damián, donde Clara y las damas pobres despedirán el cadáver de Francisco.

- 1228 16 de julio, Hugolino, su amigo, ya papa con el nombre de Gregorio IX, canoniza a Francisco de Asís.
- 1228-1229 Tomás de Celano, recibido en la Orden por Francisco, escribe la primera biografía sobre él.
- 1230 25 de mayo: El hermano Elías hace exhumar su cadáver y lo traslada a la cripta de la basílica, que construye en honor del mismo.

Indice

	<i>Págs.</i>
A modo de prólogo. Una carta	7
¿Quién es este hombre?	21
1. Asís, 1182	25
2. Francisco, repara mi Iglesia	31
3. El Señor me dio hermanos	41
4. La primavera de Rivotorto	53
5. Los nuevos hermanos	67
6. Clara y las damas pobres	77
7. El lobo y el cordero	87
8. El árbol florecido y azotado	99
9. La senda del prestigio y de la gloria	119
10. El movimiento penitencial franciscano	133
11. La apuesta por la sencillez	141
12. Cuando es de noche	151
13. Religión popular y experiencia mística	163
14. Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor	183
15. El Testamento, memorial de Francisco	201
16. Bienvenida, mi hermana la muerte	207
17. Creer y vivir según el Evangelio	219
18. Una palabra final	239
19. Canto	241
20. Grabados	245
21. Antología de textos franciscanos	259
22. Cronología de la vida de Francisco de Asís ..	289